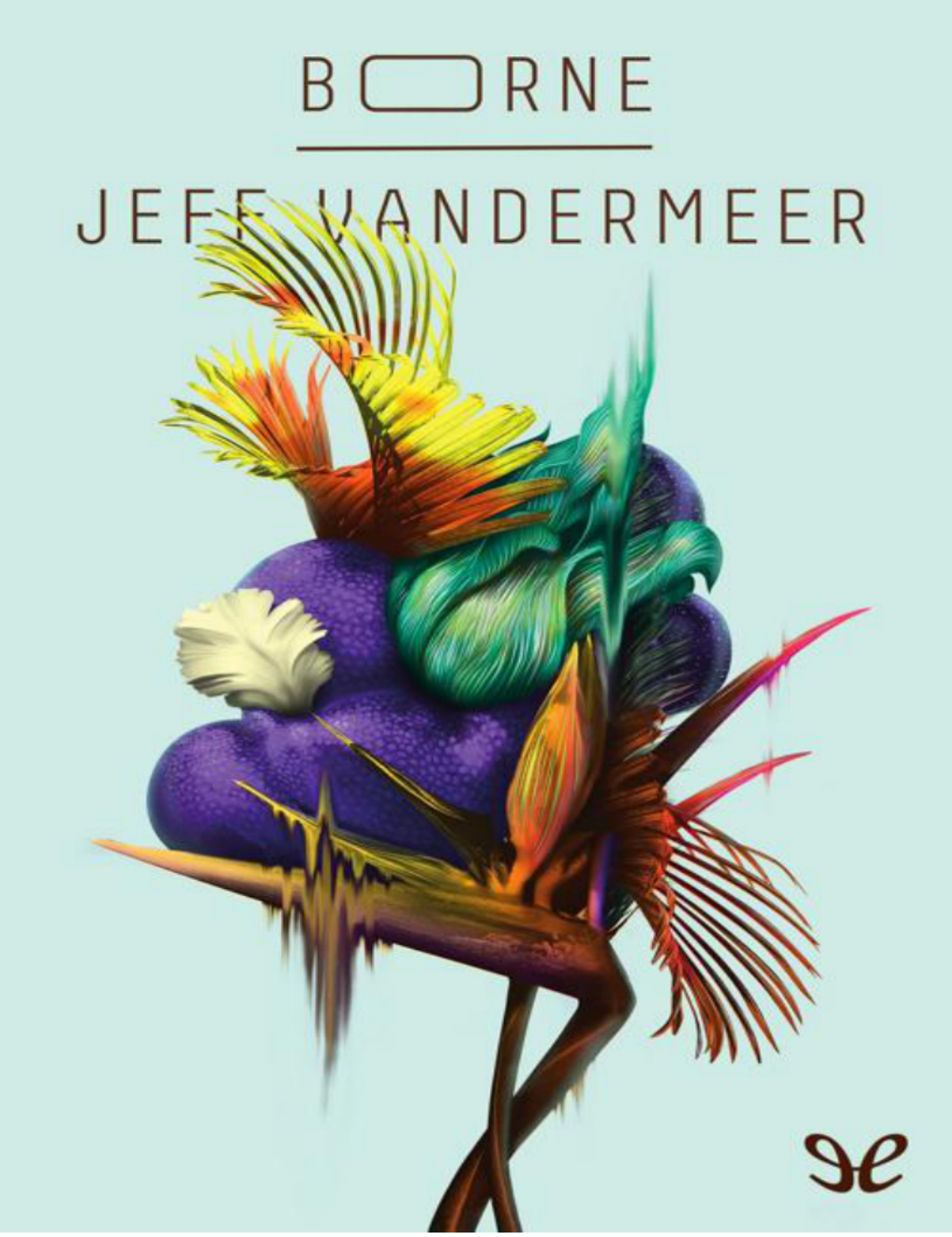
BORNE

JEFF VANDERMEER



La joven Rachel sobrevive rebuscando entre los restos de una ciudad en ruinas debido a la sequía y a la guerra. La ciudad es peligrosa, y está poblada por experimentos biológicos fallidos de la Compañía, además de por un oso gigantesco. Rachel y su compañero, Wick, viven refugiados en un viejo santuario que apenas se mantiene en pie. Un día, Rachel descubre a Borne: apenas es un bulto verde, pero desprende un extraño carisma —¿se trata de un animal? ¿una planta? —, y se lo lleva al refugio. Borne le recuerda a la vida marina que conoció de niña, cuando vivía en una isla, y decide protegerlo. Hablar con él es divertido, y Borne está comenzando a descubrir el mundo. Todavía es ingenuo. Pero a medida que Borne crece, también cambia el equilibrio de poder en la ciudad.

Jeff VanderMeer

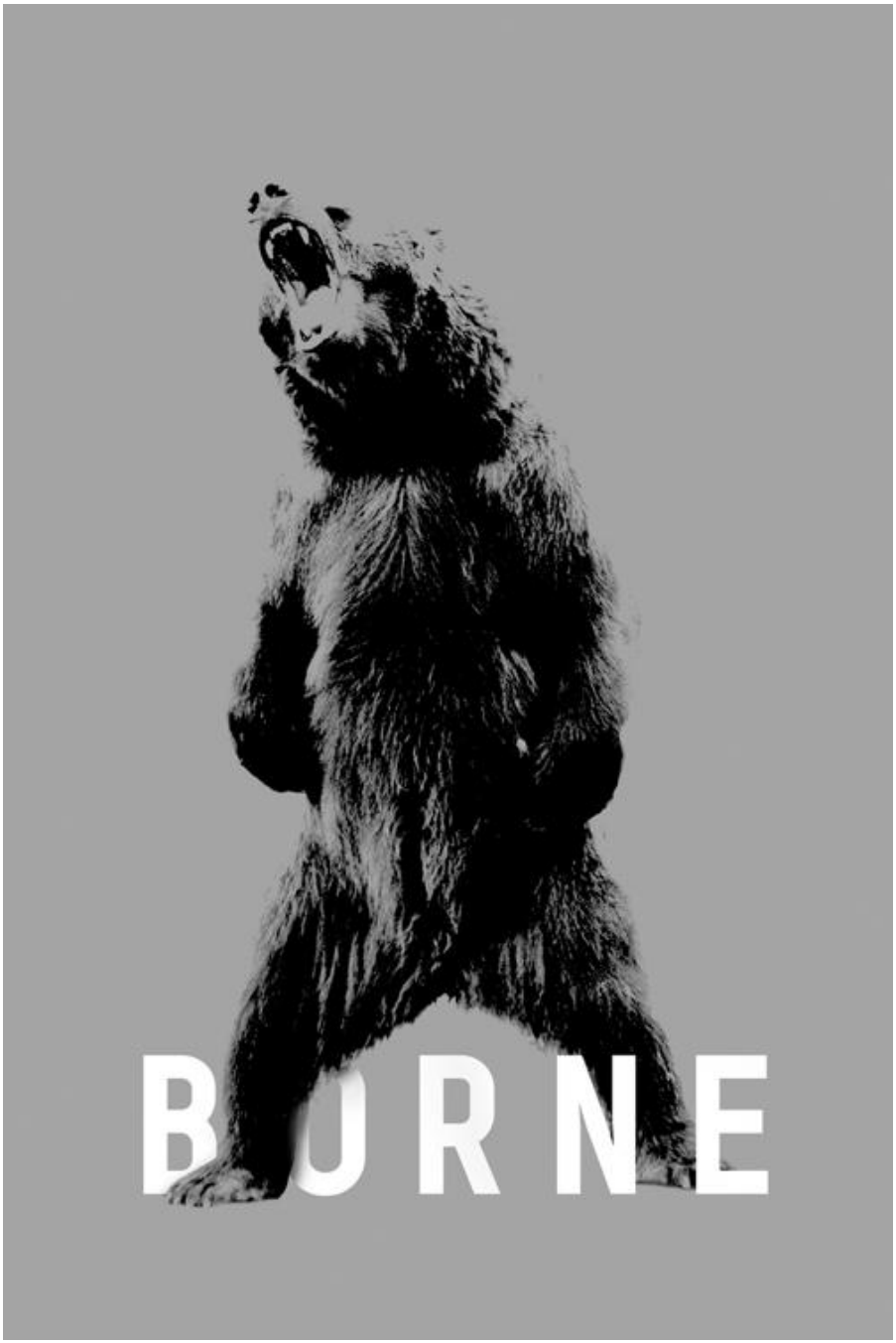
Borne

Borne - 1

ePub r1.0
Watcher 27.07.2023

Título original: *Borne*
Jeff VanderMeer, 2017
Traducción: Jaime Valero Martínez

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1


BORNE

PARA ANN

PRIMERA PARTE

LO QUE ENCONTRÉ Y CÓMO LO ENCONTRÉ

Encontré a Borne en un día soleado y plomizo, cuando Mord, el oso gigante, se puso a merodear cerca de nuestro hogar. En un principio, no pensé en Borne más que como en materia prima reutilizable. No sabía lo que acabaría significando para nosotros. No podía saber que lo cambiaría todo.

Borne no era gran cosa en aquel primer momento: era de color morado oscuro y tenía el tamaño aproximado de uno de mis puños. Iba aferrado al pelaje de Mord como una anémona marina varada y medio contraída. Si lo encontré fue solo porque, como si fuera un faro, proyectaba una luz esmeralda sobre su superficie morada cada medio minuto, aproximadamente.

Cuando me acerqué, percibí el olor del océano, extendiéndose en oleadas, y durante unos segundos dejó de haber una ciudad en ruinas a mi alrededor, se acabaron las búsquedas de comida y agua, las bandas callejeras y nómadas, las criaturas huidas y modificadas, con orígenes e intenciones desconocidos. Dejó de haber cuerpos quemados y mutilados pendiendo de farolas rotas.

En cambio, durante un peligroso instante, esa cosa que acababa de encontrar me remitió a los profundos abismos de mi juventud, previos a mi llegada a la ciudad. Percibí el aroma a flores prensadas de la sal, sentí la brisa y reconocí el frescor del agua que se extendía sobre mis pies. Las búsquedas interminables de conchas marinas, el sonido ronco de la voz de mi padre, el deje agudo de la de mi madre. La melosa calidez de la arena que envolvía mis pies mientras oteaba el horizonte, mientras contemplaba las velas blancas de los barcos que anunciaban visitantes venidos de más allá de nuestra isla. Si es que acaso he vivido alguna vez en una isla. Si es que acaso aquello ocurrió de verdad.

El reflejo del sol en uno de los ojos de Mord, amarillo como el sarro entre los dientes.

Antes de encontrar a Borne, me había dedicado a seguir a Mord durante toda la mañana, desde el momento en que se despertó bajo la sombra del edificio de la Compañía, a lo lejos, en dirección sur. El gobernante de facto de nuestra ciudad levantó el vuelo y se acercó a mi escondite, para calmar su sed abriendo sus inmensas fauces y

deslizando el hocico a través del lecho contaminado del río, que se extendía hacia el norte. Nadie más que Mord podía beber de ese río y salir indemne; la Compañía se había asegurado de ello. Después volvió a elevarse hacia el firmamento, un destello homicida que asemejaba una semilla de amargón. Cuando localizó a su presa a cierta distancia de allí, en dirección este, bajo el ceño fruncido de unas nubes que no amenazaban lluvia, Mord descendió desde las alturas y despojó de su hálito vital a unos trozos de carne que prorrumpieron en gritos. Los dejó reducidos a una papilla carmesí, al hedor más fétido que se pueda imaginar. A veces, la sangre le hacía estornudar.

Nadie, ni siquiera Wick, sabía por qué la Compañía no había previsto que llegaría un momento en que Mord dejaría de ser su perro guardián para convertirse en su perdición. Por qué nadie había intentado destruir a Mord cuando todavía era posible. Ahora era demasiado tarde, pues ya no era solo que Mord se hubiera hecho gigante, sino que, además, gracias a cierto prodigio de la ingeniería extraído por la fuerza de la Compañía, había aprendido a levitar, a volar.

Cuando llegué al lugar donde descansaba Mord, se estremeció a causa de unos ronquidos que tenían la misma magnitud que un terremoto y eran producto de un sueño inquieto, mientras sus cuartos traseros se alzaban sobre mí. Incluso recostado, Mord alcanzaba una altura de tres pisos. Estaba soñoliento tras haber saciado su sed de sangre, y al estirarse sin ningún cuidado había derribado un edificio, acumulando pilas de escombros a los lados, reconvertidos en el lecho de Mord durante su duermevela.

Mord tenía unas garras y unos colmillos diseñados para eviscerar, para destruir, veloces como el pensamiento. Sus ojos —a veces incluso los mantenía abiertos mientras dormía— eran unos faros inmensos y atestados de moscas, los espías de una mente que, según decían algunos, funcionaba a escala cósmica. Pero para mí —plantada junto a él, como una mosca con forma humana—, lo único que representaba era una buena ocasión para recolectar. Mord destruía y reinventaba nuestra ruinosa ciudad por razones que solo él conocía, aunque también la reavivaba a su irreflexiva manera.

Cuando Mord salía atropelladamente de la madriguera que había excavado en el costado derruido del edificio de la Compañía, se le quedaban prendidos toda clase de tesoros en ese pelaje fibroso y recubierto de tierra, que despedía un olor penetrante a carroña y productos químicos. Nos obsequiaba con paquetes de carne anónima, con excedentes de la Compañía, y a veces me encontraba cadáveres de animales irreconocibles, con el cráneo reventado desde el interior, y

los ojos acuosos y desorbitados. Si teníamos suerte, algunos de esos tesoros se desprendían de su cuerpo, formando un torrente continuo durante sus caóticos paseos o durante sus revoloteos por las alturas, y así no hacía falta trepar por su cuerpo. En los mejores días —que no por ello eran buenos—, encontrábamos algunos de esos escarabajos pensados para que te los metas en el oído, los mismos que fabrica Wick, mi pareja. Al igual que sucede con la vida, con Mord nunca se sabía lo que podía pasar, así que te limitabas a seguirle, con la cabeza gacha en gesto de sumisión, confiando en que Mord proveyera.

Es posible que algunas de esas cosas las depositara alguien a propósito, tal y como me advierte siempre Wick. Tal vez fueran trampas. Tal vez fueran una distracción. Pero yo sabía de trampas. Me dedicaba a ponerlas. Ignoraba las advertencias de Wick cuando me iba por las mañanas, y él lo sabía. Si ponía en peligro mi supervivencia, era para llevarle a Wick todo lo que encontraba, para que pudiera revisarlo como un oráculo que ve el futuro en una pila de entrañas. A veces he pensado que Mord nos traía todas esas cosas porque se sentía, a su retorcida manera, responsable de nosotros, sus juguetes, sus muñequitos de tortura. Otras veces, pensaba que la Compañía le incitaba a hacerlo.

Más de un recolector, al inspeccionar el mismo costado que yo estaba contemplando en ese momento, malinterpretó el alcance del sueño de Mord y había terminado levantado en volandas, sin asidero, precipitándose hacia su muerte… Y Mord, ajeno a todo aquello, revoloteaba como una losa sobre su coto de caza, sobre esta ciudad que aún no se merece recuperar su nombre. Por todos esos motivos, no me aventuraba a realizar mucho más que misiones de reconocimiento a lo largo del costado de Mord. «El Oso». «La Furia». «Mord». Tenía muchos nombres, que a menudo provocaban una sensación de pasmo en quienes los pronunciaban.

Entonces, ¿Mord estaba dormido realmente, o había urdido una treta en el siniestro vertedero de residuos tóxicos de su mente? Nada tan sencillo esta vez. Con el incentivo de los ronquidos de Mord, que se manifestaban en forma de temblores titánicos a lo largo del atlas de su cuerpo, me encaramé por sus cuartos traseros, mientras los demás recolectores que se quedaron en el suelo me utilizaban a modo de canario. Y allí, enredado entre las algas ásperas y parduzcas que conformaban su pelaje, me topé con Borne.

Borne estaba tarareando algo muy bajito, con un orificio medio ocluido en la parte superior de su cuerpo que parecía una boca en dilatación continua, con unas espirales de carne que se contraían para luego expandirse. Aún no se había convertido en un ser propiamente

dicho.

Conforme me acerqué, pude ver mejor a Borne entre el pelaje de Mord, y me recordó a un híbrido entre una anémona marina y un calamar; un jarrón liso, recorrido por ondas de color, que pasaban del morado al azul oscuro o el turquesa. Tenía la piel cálida y palpitante, con cuatro pliegues que se curvaban hacia arriba en los laterales. Tenía un tacto tan liso como el de una piedra erosionada por el agua, si bien un poco más gomoso. Olía como los juncos de la playa durante las ociosas tardes de verano, y, por debajo del aroma a agua marina, se percibía el perfume de las pasionarias. Mucho después, comprendí que a otra persona le habría olido diferente, puede que incluso se le hubiera aparecido con una forma distinta.

No tenía pinta de ser alimento y no se trataba de un escarabajo nemotécnico, pero tampoco era un deshecho, así que lo recogí de todos modos. No pude contenerme.

A mi alrededor, el cuerpo de Mord se alzaba y se contraía al ritmo de los estertores de su respiración, así que me agaché para mantener el equilibrio. Roncaba y tenía espasmos en sueños, mientras interpretaba un cántico onírico y psicótico. Sus ojos resultaban fascinantes —enormes, de color amarillo negruzco, tan picados como la superficie de un meteorito o como la cúpula resquebrajada del observatorio que se encontraba al oeste— y los tenía cerrados, mientras extendía su inmensa cabeza hacia el este, sin mostrar la menor inquietud ante cualquier peligro hipotético.

Y ahí estaba Borne, indefenso.

Los demás recolectores, muchos de ellos aliados en base a una tregua efímera, aprovecharon para encaramarse por el costado de Mord, envalentonados, adentrándose en el bosque que formaba su pelaje sucio y sagrado. Escondí mi hallazgo debajo de mi camiseta ancha y no en el morral, para que cuando pasaran junto a mí no pudieran verlo ni robarlo fácilmente.

Borne latía contra mi pecho, como un segundo corazón.

«Borne».

Los nombres de personas, de lugares, significaban muy poco, así que habíamos dejado de atosigar a los demás con ellos. El mapa del viejo horizonte era como sentirse hostigado por un grotesco cuento de hadas, era algo que no se expresaba con palabras, sino empleando los sonidos que suceden a un hecho atroz. El anonimato entre las ruinas de la Tierra, eso era a lo que yo aspiraba. A eso, y tener un buen par de botas para cuando llegara el frío. Y una vieja lata de sopa semienterrada entre los cascotes. Esa clase de cosas se habían convertido en una bendición. Un simple nombre no podía competir

con eso.

Y, aun así, lo llamé Borne.

CON QUIÉN LLEVÉ A BORNE

No hay otra manera de decirlo: Wick, mi pareja y amante, era un traficante de drogas, y la droga que distribuía era tan terrible y tan hermosa, tan triste y tan dulce, como la vida misma. Los escarabajos que Wick modificaba, o que fabricaba a partir de los materiales que había robado de la Compañía, no solo te enseñaban cosas cuando te los metías en el oído; también podían librarte de tus recuerdos y añadir otros nuevos. La gente que no podía soportar el presente se los metía en los oídos para poder experimentar los recuerdos felices de otra persona, recuerdos de una época y de un lugar que ya habían dejado de existir.

Esa droga fue lo primero que me ofreció Wick cuando lo conocí, y lo primero que rechacé, presintiendo en ello una trampa, por mucho que pareciera una vía de escape. Tras la explosión de menta o lima que conllevaba meterse el escarabajo en el oído, se formaban imágenes maravillosas de lugares que yo esperaba que no existieran. Sería demasiado cruel pensar que un santuario así pudiera existir. Una idea como esa podía volverte imbécil, imprudente.

El gesto de aflicción que se dibujó en el rostro de Wick, al percibir mi aversión hacia esa posibilidad, fue lo que me instó a quedarme, a seguir hablando con él. Ojalá hubiera conocido entonces el motivo de su malestar, y no tanto tiempo después.

Dejé la anémona marina sobre la mesa desvencijada que se extendía entre nuestras sillas. Estábamos sentados en una de las deterioradas balconadas que asomaban de la escarpada pared de roca, las mismas que me habían inspirado para bautizar a nuestro refugio como los Palcos del Acantilado. El nombre original del lugar, inscrito en la placa oxidada del vestíbulo subterráneo, resultaba ilegible.

Por detrás se extendía la madriguera en la que vivíamos, y por delante de nosotros, mucho más abajo, ocultas por la barrera protectora que había fabricado Wick para protegernos de miradas indeseadas, fluían las aguas del río venenoso que circundaba la mayor parte de la ciudad. Un potaje de metales pesados, aceite y deshechos que generaba una niebla tóxica, el recordatorio de que probablemente acabaremos muriendo de cáncer o algo peor. Al otro lado del río se extendía un páramo cubierto de maleza. Nada bueno ni cabal emergía de allí, aunque rara vez aparecía alguien por ese horizonte.

Yo vine de allí.

—¿Qué es esta cosa? —preguntó Wick, mientras examinaba detenidamente lo que le había traído.

La cosa en cuestión palpitaba, tan inofensiva y funcional como una lámpara. Aunque uno de los espantosos motivos por los que la Compañía visitaba la ciudad en el pasado era para probar sus biotecs en las calles. La ciudad convertida en un laboratorio inmenso, ahora medio destruido, igual que la Compañía.

Wick esbozó una sonrisa acorde con un hombre tan delgado, que más bien pareció una mueca. Con un brazo apoyado sobre la mesa y la pierna izquierda cruzada sobre la derecha, ataviado con unos pantalones de lino holgados que había encontrado la semana anterior y con una camisa de vestir blanca que se había puesto tantas veces que se estaba amarilleando, Wick parecía tranquilo. Pero yo sabía que era una pose, adoptada tanto por el bien de la ciudad como por el mío. Tenía rasguños en los pantalones. Agujeros en la camisa. Detalles que intentabas ignorar y que contaban una historia más rigurosa.

—¿Qué es lo que no es? Esa es la primera cuestión —dijo.

—¿Y qué es lo que no es?

Wick se encogió de hombros, reacio a dar más detalles. A veces se levantaba un muro entre nosotros, cuando discutíamos acerca de los hallazgos. Hacía gala de una cautela que no me gustaba.

—¿Quieres que vuelva en otro momento? ¿Cuando tengas más ganas de hablar? —inquirí.

Con el tiempo me había vuelto menos paciente con él, lo cual era una falta de consideración por mi parte, ya que ahora era cuando más necesitaba que lo fuera. Se estaba quedando sin materia prima para sus creaciones, y tenía otros motivos para sentirse presionado. Sus rivales —en especial la Maga, que se había adueñado de todo el extremo occidental de la ciudad— invadían sus pensamientos y su territorio, exigiéndole cosas. Su rostro atractivo, debajo de una mata rala de cabello rubio, con la barbilla afilada y los pómulos marcados, había empezado a consumirse del mismo modo que una vela por efecto de la llama.

—¿Puede volar? —preguntó al fin.

—No —respondí, sonriendo—. No tiene alas. —Aunque los dos sabíamos que eso no era ninguna garantía.

—¿Muerde?

—A mí no me ha mordido —respondí—. ¿Por qué, quieres que le muerda?

—¿Deberíamos comérnoslo?

Obviamente, no lo decía en serio. Wick siempre era muy

precavido, incluso cuando cometía alguna imprudencia. Pero se estaba abriendo, a pesar de todo. Yo jamás lograba predecir cuándo ocurriría. Puede que esa fuera la clave.

—No, no deberíamos —dije.

—Podríamos jugar a lanzárnoslo.

—¿Te refieres a que le ayudemos a volar?

—Si no nos lo vamos a comer…

—Es que ya ha dejado de ser una pelota.

Y era cierto. Durante un rato, la criatura a la que yo había bautizado como Borne se había mantenido replegada, pero ahora, con una delicadeza titubeante que me pareció adorable, había vuelto a adoptar esa forma de jarrón. Quedó tendida sobre la mesa, palpitando y reluciendo de una manera que me resultó reconfortante. Su luminiscencia hacía que pareciera más grande, o puede que ya hubiera empezado a crecer.

Wick ensanchó sus ojos de color castaño verdoso, que adoptaron una expresión más afable sobre su rostro enjuto, mientras reflexionaba acerca del enigma que le había traído. Esos ojos que lo veían todo, salvo, quizá, la imagen que yo tenía de él.

—Sé lo que no es —dijo Wick, poniéndose serio otra vez—. No es una creación de Mord. Dudo que supiera que lo llevaba encima. Pero eso tampoco significa que provenga necesariamente de la Compañía.

Mord podía ser muy astuto, y su relación con la Compañía cambiaba constantemente. A veces nos preguntábamos si acabaría estallando una guerra civil en las ruinas del edificio de la Compañía, entre quienes apoyaban a Mord y aquellos que lamentaban haberlo creado.

—¿De dónde lo habrá recogido Mord, si no fue de la Compañía?

Un temblor en los labios de Wick intensificó la pureza de sus rasgos, hizo que resultaran más cautivadores.

—Me llegan rumores. De cosas que deambulan por la ciudad y que no rinden pleitesía a Mord, ni a la Compañía, ni a la Maga. Veo esas cosas en los suburbios, en el desierto por las noches, y me pregunto…

Varios zorros y otros pequeños mamíferos me habían seguido durante aquella mañana. ¿Era eso a lo que se refería Wick? Su proliferación era un misterio… ¿Los estaría creando la Compañía, o es que acaso el desierto estaba invadiendo la ciudad?

No mencioné a los animales, ya que quería conocer su testimonio, así que insistí:

—¿Qué cosas?

Pero Wick eludió mi pregunta y cambió de tema:

—En fin, no será difícil averiguar más cosas.

Wick deslizó una mano por encima de Borne. Los gusanos de color carmesí que tenía alojados en la muñeca se asomaron brevemente para analizarlo, antes de replegarse de nuevo hacia el interior de su piel.

—Sorprendente. Procede de la Compañía. Al menos, fue creado en su seno.

Wick había trabajado para la Compañía durante su apogeo, hace una década, antes de ser «expulsado, desechado», tal y como él mismo lo expresaba en los escasos momentos en los que bajaba la guardia.

—¿Pero no por la Compañía?

—Hace gala de una simplicidad en su diseño que normalmente solo se consigue cuando se trabaja solo.

Cuando Wick mareaba la perdiz con un tema, me enervaba. El mundo ya era bastante incierto de por sí, y si yo buscaba algo en Wick, aparte de seguridad, era conocimiento.

—¿Crees que es un error? —pregunté—. ¿Una ocurrencia tardía? ¿Algo que tiraron a la basura?

Wick negó con la cabeza, pero su ceño fruncido no me tranquilizó. Wick era autosuficiente y reservado. Yo también. O eso pensábamos los dos. Pero ahora me daba la impresión de que me estaba ocultando algún detalle importante.

—Entonces, ¿qué es?

—Podría ser cualquier cosa. Podría ser un faro. Podría ser un grito de socorro. Podría ser una bomba.

¿De verdad que no lo sabía?

—Entonces, ¿opinas que deberíamos comérnoslo?

Wick se rio, haciendo tambalear las líneas arquitectónicas de su rostro. La carcajada no me molestó. No en ese momento, al menos.

—Yo no lo haría. Es mucho peor comerse una bomba que un faro. —Se inclinó hacia delante, y me causó tanto placer contemplar su rostro que pensé que Wick tuvo que darse cuenta—. Pero deberíamos descubrir para qué sirve. Si me lo das, podría descomponer sus partes, inspeccionarlo con mis escarabajos. Así podría descubrir más cosas. Sacarle partido.

A nuestra manera, Wick y yo éramos iguales. Compañeros. A veces le llamaba jefe porque me dedicaba a recolectar para él, pero no tenía por qué entregarle la anémona marina. No había ningún punto en nuestro acuerdo que me obligara a hacerlo. Cierto, Wick podría llevársela mientras yo durmiera… pero esa era la prueba a la que siempre estaba sometida nuestra relación. ¿Éramos una pareja simbiótica o parasitaria?

Me quedé mirando a la criatura que estaba tendida sobre la mesa,

embargada por un sentimiento de posesión. Se originó en mi interior de una manera inesperada, pero tajante, y no se debía solo a que me hubiera jugado el pellejo con Mord para encontrar a Borne.

—Me parece que me lo quedaré una temporada —repuse.

Wick se quedó mirándome un rato, se encogió de hombros y respondió, con una indiferencia excesiva:

—Como quieras.

Puede que aquella criatura fuera inusual, pero no era la primera vez que veíamos algo así. Tal vez Wick creyera que no tenía mayor importancia.

Después se sacó un escarabajo dorado del bolsillo, se lo introdujo en el oído y dejó de verme. Siempre hacía lo mismo cuando yo le preguntaba algo inapropiado sobre la Compañía, desatando en él una especie de autodesprecio furibundo y melancólico. Yo le decía que si me contaba lo que le había ocurrido allí se quedaría más tranquilo, pero nunca me hacía caso. Según él, lo hacía para protegerme. Pero yo no me lo creía. En el fondo, no.

Es posible que estuviera intentando olvidar los detalles de algún fracaso personal que era incapaz de perdonarse, algo que él mismo se había buscado, o las cosas que había hecho cuando llegó el final. Sin embargo, el oficio que había escogido —o al que se había visto abocado— tras su marcha no hacía sino recordarle la existencia de la Compañía a todas horas, día tras día. Era difícil saberlo, porque yo no tenía muchas nociones sobre biotecnología, así que pensaba que las respuestas que requería de él serían demasiado técnicas, y a lo mejor Wick pensaba que yo no entendería los detalles.

Si me hubiera prestado más atención, si Wick hubiera discutido conmigo acerca de Borne, puede que el futuro hubiera sido diferente. Si hubiera insistido en arrebatármelo. Pero no lo hizo. No pudo.

DÓNDE VIVÍA, Y POR QUÉ

Durante la época en que encontré a Borne, Wick y yo estábamos vinculados en muchos sentidos. Nos unía el refugio que teníamos en común: los Palcos del Acantilado, que se alzaban en el extremo noreste de la ciudad, con vistas al río envenenado. Hacia el oeste, la ciudad formaba una pendiente que descendía hasta el nivel del mar, y allí se desplegaba el territorio de la Maga. Hacia el sur, a través de oasis y páramos yermos por igual, se encontraban los restos de la Compañía, custodiados por Mord. Buena parte de todo aquello se extendía a lo largo de un inmenso lecho marino reseco que

desembocaba en la llanura semiárida que había en las afueras de la ciudad.

Wick fue quien encontró los Palcos del Acantilado, y durante un tiempo los custodió sin mí. Pero no fue hasta que me invitó a vivir allí cuando se aferró de verdad a ese lugar. Él aportaba su menguante suministro de biotecnología y ardides químicos, y yo aportaba mi talento para tender trampas, tanto físicas como psicológicas. Basándome en los planes de Wick, reforcé o despejé los pasillos más estables, y ahora los demás desembocaban en fosas disimuladas, suelos cubiertos de cristales rotos o cosas peores. Me serví de una imaginería aterradora: portadas de libros con calaveras dibujadas, una cuna ensangrentada que no fue concebida para romperse, varias docenas de pares de zapatos (algunos conservaban todavía pies momificados en su interior). Del techo pendían los frágiles restos de un animal similar a un perro que se había adentrado en el lugar y se acabó perdiendo, mientras que las pintadas realizadas sobre el muro de enfrente provocarían pesadillas a cualquier intruso. Siempre que supiera leer, claro. Un circo de los horrores vinculado a las feromonas y los alucinógenos de Wick, que se activaban al tocar un alambre. Recibimos en varias ocasiones la visita de atacantes y ocupas, y siempre habíamos logrado ahuyentarlos.

Una de las rutas que diseñamos conducía a los aposentos de Wick, otra a las escaleras del antiguo vestíbulo, que daba acceso a un escondite situado cerca de la capa superior de mantillo. Otra ruta conducía subrepticiamente hasta la piscina reacondicionada donde Wick removía una cuba hirviente de creaciones biotec, como si fuera un científico loco. Desde allí se llegaba al acantilado donde se encontraban las balconadas que daban nombre al lugar.

Desde el centro, cerca del lugar de trabajo de Wick, las líneas que tracé mentalmente se centraban con especial ahínco en el extremo sur del montículo, que se encontraba situado enfrente de la Compañía, separados por la enorme división marcada por el extremo sudoeste de la ciudad. Allí el tramo se complicaba deliberadamente, mi intención era la de crear un laberinto para cualquier visitante inesperado… antes de simplificarse de nuevo en la salida que desembocaba en tres pasadizos, solo uno de los cuales conducía a un lugar seguro; y a continuación, la puerta, que desde el exterior parecía formar parte del montículo, disimulada por una mezcolanza de musgo y enredaderas. Un fuerte hedor a carroña, una de las feromonas distorsionadoras más inspiradas de Wick, se volvía insoportable al acercarse a la puerta. Incluso a mí me costaba salir por esa entrada.

A lo largo de la madriguera en la que habíamos convertido a los

Palcos del Acantilado, se habían forjado diversas lealtades, más íntimas incluso que nuestros pactos para la hora de dormir. ¿Pasillos? ¿Túneles? Esa distinción había desaparecido a raíz de nuestra política de excavaciones, y tras el añadido, por parte de Wick, de arañas especiales y otros insectos. Yo llevaba el seguimiento de mis trampas con un mapa, pero Wick, al estilo de la Compañía, utilizaba como centro de control a una criatura acuática metida dentro de una olla con un poco de agua, con unos planos en continuo cambio trazados con delicadeza sobre su lomo.

En cierto momento, del mismo modo que nuestros sistemas defensivos se habían entrelazado, nuestros cuerpos también lo hicieron, y aquello provocó una sinergia inesperada. Lo que había sido fruto de una soledad y una carencia extremas, había evolucionado desde la conveniencia mutua a la amistad, y de ahí hasta un sentimiento o una frontera indefinida que no podía ser amor… que yo me negaba a considerar amor.

En momentos de debilidad, deslizaba mi mano sobre su pecho hirsuto y me metía con él por su palidez, por tener esa piel que resultaba casi translúcida, en contraste con el tono oscuro de mis muslos, y me sentía feliz durante un rato en el epicentro oculto de nuestros Palcos del Acantilado. A mí me bastaba con que fuéramos amantes allí, y volviéramos a ser simples aliados a continuación.

Pero lo cierto es que, cuando pasábamos esas noches juntos, yo era consciente de que Wick se dejaba llevar y se mostraba vulnerable. Era algo que yo percibía con mucha intensidad, aunque pudiera equivocarme. Y si por ese motivo le ocultaba algo a Wick, me seguía abriendo de todos modos a los Palcos del Acantilado, a través de una conexión que parecía estar compuesta por rayos láser. Esas líneas que irradiábamos, que surgían de nuestro cuerpo y de nuestro cerebro, atravesaban las estancias que manteníamos a salvo gracias a nuestro talento. Sensores, cuerdas trampa, sensibles al roce y a la vibración, como si estuviéramos siempre en el epicentro de algo importante. Ni siquiera allí tumbado, debajo de mí, Wick quedaba libre de esa conexión.

También hay que mencionar la emoción del secretismo, ya que, para preservar nuestra seguridad, no podíamos dejarnos ver juntos en el exterior —salíamos por caminos distintos, en momentos distintos—, y parte de esa emoción se introdujo en nuestra relación. Cualquiera que pasara furtivamente por encima de nosotros pensaría que, bajo sus pies, por debajo de esa arboleda de pinos escuálidos, se extendía solamente un estercolero inmenso, un viejo vertedero con docenas de capas compuestas por vigas destrozadas, restos humanos, frigoríficos

abandonados, coches incendiados… Desperdicios espachurrados hasta formar una mullida capa de mantillo.

Pero por debajo de todo eso estábamos nosotros, estaba el fiel techo de los Palcos del Acantilado, y el corte transversal que nos servía de hogar: las líneas que conectaban a una mujer llamada Rachel con un hombre llamado Wick. Todo lo que habitaba en nuestro interior tenía una apariencia secreta, un mapa que giraba lentamente en círculos dentro de nuestras mentes, como una especie de cosmología personal.

Este era, pues, el lugar al que llevé a mi anémona marina llamada Borne. Este nido, esta guarida, esta trampa inmensa que tanto tiempo y recursos requería para mantenerla. Mientras que, en alguna parte, un reloj llevaba la cuenta del tiempo que nos quedaba. Tanto Wick como yo sabíamos que, por mucha materia prima biotec que creara, o que consiguiera a base de trueques, las piezas para los escarabajos y otros elementos esenciales que se había llevado de la Compañía hacía mucho tiempo se acabarían agotando. Mis trampas físicas, sin los asombrosos añadidos de Wick, no mantendrían a raya a los saqueadores durante mucho tiempo.

Cada día nos acercábamos un poco más a un punto en el que nos tocaría redefinir la relación que manteníamos con los Palcos del Acantilado, y la que manteníamos el uno con el otro. Y, en mitad de todas esas rutas, mi apartamento, donde, tensados por nuestras conexiones, follábamos, chingábamos, hacíamos el amor, alejados por igual de cualquier frontera que pudiera ser invadida y de cualquier enemigo que quisiera intentar acceder. Allí podíamos ser ambiciosos y egoístas, allí podíamos vernos el uno al otro tal y como éramos. O al menos, eso pensábamos; porque si algo teníamos en común, era el enemigo del mundo exterior.

Aquella primera noche después de que llevara a Borne hasta nuestro hogar, nos quedamos tumbados en mi apartamento y escuchamos el sonido hueco y distante de la lluvia torrencial que impactaba contra la superficie musgosa que se encontraba mucho más arriba. Ambos sabíamos que no era lluvia de verdad; en esta ciudad, la lluvia de verdad se presentaba de una forma efímera y etérea, así que no nos aventurábamos al exterior. Incluso la lluvia de verdad solía ser tóxica.

No hablamos mucho. No echamos ningún polvo. Nos quedamos allí tendidos, cómodamente abrazados, mientras que Borne se encontraba en una silla situada lo más lejos posible de nosotros, en un rincón del dormitorio. Wick tenía unas manos fuertes, con las huellas dactilares borradas casi por completo después de tantos años de manipular los

materiales que llenaban sus cubetas de protovida. Me gustaba cogerle de la mano.

Así de lejos habíamos llegado, hasta el punto de poder permanecer en silencio cuando estábamos juntos. Pero incluso entonces, durante esa primera noche, la presencia de Borne cambió las cosas, y yo no supe si aquel silencio se debía en parte a eso.

Por la mañana, nos asomamos desde una de nuestras puertas secretas para ver cómo la tierra agrietada se retorcía debido a la dolorosa agonía de miles de diminutas salamandras rojas. Una maraña de miembros que se agitaban lentamente, salpicados por ojos de obsidiana. Parecía un espejismo. Un mosaico de signos de interrogación vivientes que habían llovido del cielo ennegrecido, sin que aquello tuviera ningún significado. Hacia el oeste, se podía oír la furia de Mord y sentir los temblores que provocaba a su paso. ¿Su rabia sería fruto de esa lluvia disparatada, o vendría motivada por alguien o algo más?

En una ocasión, aparecieron unos cometas en el cielo y la gente los confundió con criaturas celestiales. Ahora teníamos a Mord y a las salamandras. ¿Qué auguraban? ¿Cuál era el destino hacia el que se encaminaba la ciudad? Pasados unos minutos desde que el sol comenzó a proyectarse sobre sus cuerpecillos, las salamandras se disolvieron, formando una sustancia líquida que fue absorbida por la tierra y de la que solo quedó una película rojiza similar a una mancha de aceite, moteada por las huellas diminutas de los animales que se acercaron a husmear.

Wick no mostró demasiado interés por las salamandras, pese a que necesitaba reponer los suministros de su piscina.

—Están contaminadas —dijo, algo que yo ya había deducido por la cara que puso.

POR QUÉ LO LLAMÉ BORNE Y CÓMO CAMBIÓ

Llamé Borne a esa criatura a raíz de una de las pocas cosas que Wick me había contado sobre la época que pasó trabajando para la Compañía. Cuando se acordó de un ser al que había creado, Wick dijo:

—La criatura nació, pero yo la alumbré. [1]

Cuando no salía a recolectar cosas para Wick o para mí, cuidaba de Borne. Aquello requirió cierto grado de experimentación, en parte porque era la primera vez que cuidaba de algo o de alguien. Sin contar a unos cangrejos ermitaños cuando era pequeña, y a un perro callejero durante un día, al que después tuve que dejar marchar. Yo no tenía

familia, y mis padres murieron antes de que llegara a la ciudad.

No sabía nada sobre Borne, y al principio lo traté como si fuera una planta. Me pareció lo más lógico, a raíz de mis observaciones iniciales. La primera vez que Borne se sintió lo bastante a gusto como para relajarse y abrirse, yo estaba degustando una cena tranquila compuesta de viejos paquetes de comida de la Compañía que encontré enterrados en un sótano medio derruido. Borne estaba sentado sobre la mesa, enfrente de mí, tan enigmático como siempre. Al rato, mientras masticaba, escuché una especie de quejido, y un chasquido sonoro y viscoso. Mientras dejaba el paquete sobre la mesa, el orificio que tenía Borne en la parte superior del cuerpo se ensanchó, despidiendo un olor como a rosas y a tapioca. Borne desplegó sus costados para formar unos segmentos que revelaron unos delicados apéndices de color verde oscuro que empezaron a retorcerse, sin dejar de proteger el núcleo, todavía oculto.

Sin pensar, dije:

—Borne, no eres una anémona marina… ¡eres una planta!

Ya me había acostumbrado a hablarle, pero al oír el sonido de mi voz, Borne volvió a replegarse, adoptando lo que interpreté como su «modo defensivo», y no volvió a relajarse en todo el día. Así que lo dejé en el baño, encima de un plato, en un estante situado debajo de un agujero en el techo que dejaba pasar la escasa luz del exterior. Una luz rancia y verdosa que me gustaba sentir por las mañanas, antes de salir a cumplir con los encargos de Wick.

Al final del segundo día, Borne se había puesto de color amarillo y rosado, y la tenacidad de su pose defensiva hacía pensar en una enfermedad o en un éxtasis religioso, dos estados que yo había visto demasiado a menudo en la ciudad. Olía como a quemado. Quité a Borne del estante y lo volví a dejar sobre la mesa de la cocina. Sin embargo, entonces me di cuenta de que los gusanos que utilizaban mis deposiciones como abono, y que excretaban los nutrientes que Wick empleaba en su cubeta, habían desaparecido.

Así que ahora sabía unas cuantas cosas útiles. Borne podía sufrir una sobredosis de luz solar. Borne se pirraba por los gusanos fertilizantes. Borne podía moverse por sí solo, pero no lo hacía cuando yo estaba delante. Así que había elegido sobreexponerse a la luz del sol. En aquel momento, nada indicaba que Borne tuviera alguna malformación, ni que se tratara en modo alguno de un error.

Ascendí a Borne de la categoría de planta a la de animal, pero seguí sin considerar que tuviera voluntad propia. Aunque debería haberlo hecho, puesto que, después de sus peripecias por el baño, Borne no hizo ningún intento por disimular sus movimientos. Cuando

volvía a casa me lo encontraba en el dormitorio, pese a que estaba en la cocina cuando me marché, o aparecía otra vez en el pasillo, cuando antes estaba en el suelo del salón. Cuando me acercaba, Borne permanecía siempre callado e inmóvil, y yo nunca lograba sorprenderle con las manos en la masa. Me dio la impresión de que se estaba divirtiendo con la situación, pero probablemente fueran imaginaciones mías. Aquello me hizo gracia. Se convirtió en una especie de juego, lo de adivinar dónde estaría a mi regreso. Tenía más ganas que nunca de volver a casa.

Pero cuando se lo conté a Wick, mientras le entregaba una babosa moribunda de color azul celeste que había encontrado cerca de la Compañía, no le pareció gracioso.

—¿No te preocupa?

—¿Por qué debería preocuparme?

—Porque te está ocultando sus capacidades. Desde el primer momento. No tienes ni idea de lo que podría hacer más adelante. Me estás diciendo que es organizado y posiblemente tan listo como un perro, y seguimos sin saber cuáles son sus intenciones.

—Dijiste que Borne no tenía por qué tener ningún propósito.

—A lo mejor me equivocaba. Dámelo. Puedo descubrir de qué se trata.

Me estremecí al oír eso.

—Solo si lo diseccionas.

—Puede. Sí, claro que sí. Aquí no cuento con aparatos sofisticados. No tengo ni el tiempo ni el equipamiento necesarios para llevar a cabo un procedimiento que no sea invasivo.

La Maga avanzaba, los suministros no durarían eternamente… ese era el ritmo que regía nuestras vidas.

Para Wick, Borne solo era otra variable, algo que necesitaba controlar para dominar su propio estrés. Yo eso lo entendía, pero puede que la vida en el interior de los Palcos del Acantilado nos hubiera llevado a pensar, equivocadamente, que en algún momento podríamos hacer planes que fueran más allá del día siguiente o la semana próxima. Esa era la duda que se me había metido dentro junto con las carcajadas motivadas por las tonterías de Borne…

Por impulso, abracé a Wick, lo aferré con fuerza, pese a que intentó zafarse. «Esto es una cuestión de negocios, de supervivencia», eso fue lo que interpreté de su reticencia, y comprendí que no debía mezclar nuestra relación personal con los negocios. Pero no podía evitarlo.

Seguía sin poder entregarle a Borne. No por pena, ni por compasión, ni por ningún otro sentimiento falso. Y como no podía

entregarle a Borne, dejé de mencionarlo delante de Wick. Cuando me preguntaba por él, le respondía con evasivas. «Está bien. No es más que una especie de vegetal. Una planta que camina». Wick me miraba como si pudiera leerme la mente, pero no me arrebató a Borne.

Todo aquello era una prueba para comprobar si podíamos seguir confiando el uno en el otro, y cada vez que yo tensaba esa confianza un poco más, pensaba que no podría soportar la presión y se acabaría rompiendo.

LO QUE ENCONTRÉ EN EL APARTAMENTO DE WICK

La confianza, no obstante, requiere ciertas traiciones. Mucho antes de la llegada de Borne, me dediqué a registrar los aposentos de Wick, aprovechando un momento en que salió a vender sus drogas. Di por sentado que él había hecho lo mismo conmigo, pero ¿quién sabe? Este aspecto de la confianza no se comenta con la otra persona.

Mi traición requirió cierta destreza —para forzar cerraduras, sortear trampas, desconectar sensores ópticos—, pero al final no valió la pena el esfuerzo. Las tres habitaciones de Wick no revelaron gran cosa sobre su persona. Las pruebas de su existencia, en ese espacio tan abarrotado, se reducían a muy pocas cosas. Ni fotografías, ni retratos familiares, ni apenas efectos personales.

Es posible, pensé, que decidiera vivir de una forma tan espartana para mantener alejados de su mente los secretos que tenía. Yo pensaba que, en algún lugar recóndito de nuestros Palcos del Acantilado, se encontraba enterrado un almacén repleto de artefactos que Wick mantenía guardados bajo llave, para que no pudieran comprometerle. Pero si eso era cierto, jamás había logrado encontrarlo.

Solo contaba con una evidencia palpable, extraída sigilosamente de un cajón del escritorio gracias a un ingenioso sistema para forzar cerraduras: el esquema de un pez, enrollado dentro del tubo exterior de un telescopio roto, y una caja metálica llena de diminutas conchas de nautilo de color bermellón, enroscadas y resecas.

Me guardé una concha de nautilo para más tarde y examiné el esquema del pez. Lo desdoblé y lo sostuve bajo la tenue luz de las luciérnagas que Wick había incrustado en el techo. Supe que era un vestigio del último proyecto de Wick en la Compañía, aquel del que solo hablaba cuando estaba ebrio. Desde luego, nada parecido a eso había emergido nunca de la piscina que usaba a modo de cubeta. Aún.

Al margen del propósito que hubiera cumplido ese esquema, lo que representaba era a un pez muy feo, como un mero o una carpa

inmensos. Una perspectiva transversal, de perfil, con líneas que emergían del cerebro, y de otras partes también, con números y letras aleatorias al final de las flechas. El hecho de que el pez tuviera el rostro melancólico de una mujer de piel pálida y ojos azules no ayudaba mucho, producía un efecto siniestro. Aquello me escamó, como si un científico loco hubiera decidido dar vida a un mascarón extraído de un viejo buque de vela.

Aunque «escamar» no es la mejor forma de describir el escalofrío que me recorrió el espinazo. Identifiqué en las notas más recientes que ocupaban los márgenes la caligrafía de Wick, y todas tenían un deje de nostalgia: pequeños apuntes acerca de cómo podría recrear el proyecto del pez, que claramente se había ido al traste con el tiempo. Pero también había una segunda caligrafía, que dominaba el espacio central con lo que parecían trazos más antiguos, cuyo entusiasmo había terminado por dar paso a la enajenación. Los trazos comenzaban a abigarrarse, algunos parecían puñaladas, y cada vez resultaban menos legibles, hasta convertirse en un amasijo de nubes oscuras compuestas por garabatos. Ese deterioro enmascaraba el significado, pero al mismo tiempo resultaba muy revelador. Y las pocas palabras que se distinguían entre tanto barullo no aportaban nada. Cerca del punto donde el texto dejaba de ser legible, estaba garabateada una frase: «Se acabó la Compañía».

Dejé el telescopio vacío sobre la cama y seguí rebuscando, temiendo que Wick me sorprendiera con las manos en la masa. Pero no tardé en darme cuenta de que no quedaba nada por registrar. Así que mi sexto sentido de recolectora me instó a revisar de nuevo el telescopio. La superficie estaba cubierta por una pátina de algo que parecía nácar. Lo acerqué a la luz de las luciérnagas para examinarlo.

Después fruncí el ceño. Parecía que había algo grabado en la superficie del telescopio. Es más, de cerca, resultó que esa superficie «metálica» estaba compuesta por cientos de escamas de pescado, rígidas y diminutas, que formaban un diseño tan compacto que apenas se distinguían las juntas. La superficie seguía siento plateada y reluciente, sin marcas aparentes, pero cuando moví la mano descubrí que el calor de mis dedos había provocado algo en las escamas: habían aparecido unas fotografías en miniatura. Astuto, muy astuto, Wick, aunque no logré entender a qué venían tantas precauciones. Las fotografías parecían datar de antes de la destrucción de la ciudad, eran reproducciones de libros antiguos, pero no parecían tan importantes como para mantenerlas en secreto.

Con curiosidad, deslicé rápidamente una mano sobre la superficie del telescopio para calentar todas las escamas con mi roce —fue casi

como si estuviera tocando un instrumento musical—, y después entrecerré los ojos para ver el resultado.

La mayoría de las imágenes que no eran fotografías de lugares ya destruidos formaban un registro de impresiones de la ciudad. Había listas de lugares con encabezados como «Recuperar» y preguntas/respuestas del tipo: «¿Qué hay que hacer para matar un edificio? No hacer nada». Una parte de ellas parecía el equivalente a una microficha que contuviera la rica historia de la ciudad antes de la aparición de la Compañía. Otros fragmentos eran tan microscópicos que no alcancé a averiguar qué relevancia tendrían, y me pregunté cómo se las arreglaría Wick para leerlos, a no ser que también tuviera escondido por ahí algún dispositivo de visionado. Nada de ello parecía propio del Wick al que yo conocía: un ermitaño que nunca mencionaba cómo era la ciudad antes de la Compañía, y que parecía haber desterrado de su mente la esperanza de un futuro para la ciudad.

Finalmente, comprendí la necesidad de tanto secretismo cuando me di cuenta de que no se trataba solo de fotografías viejas y datos todavía más antiguos. Algunas escamas contenían visiones monstruosas de proyectos jamás completados que me estremecieron, porque hacían que Mord pareciera una nimiedad. Y lo que era aún más importante: otras escamas incluían un buen número de especificaciones técnicas para biotecs que yo sabía que Wick había creado. Ninguno de nuestros enemigos debía tener acceso a esa información.

A veces me preguntaba si Wick me seguiría resultando fascinante si acababa por descubrir todos sus secretos, si llegaría a conocerle sin esa aura de misterio.

De regreso en mi apartamento, metí el nautilo que había robado en un vaso de agua y lo observé mientras se reanimaba. Se puso de color escarlata, comenzó a desenroscarse mientras me miraba fijamente, con gesto casi desafiante, y después se desintegró como si nunca hubiera existido. Un truco de magia. Una ilusión.

Fui incapaz de ingerir ese elixir misterioso de Wick. Vacié el agua, limpié el vaso y lo tiré sobre una pila de ropa vieja y sucia que había en el pasillo.

*

Mi siguiente traición tuvo una motivación muy simple: Borne me gustaba demasiado. En el fondo lo sabía, sabía que debía entregárselo a Wick. Pero también sabía que sería necesaria una catástrofe para que lo hiciera. Cuanta más personalidad mostraba Borne, más apego

sentía por él.

Borne también me facilitó la decisión de quedármelo cuando descubrí que se comía cualquier cosa: ya fuera una miga, un guijarro o un trozo de madera. Cualquier gusano de cualquier tipo que se pusiera a tiro, desaparecía sin dejar rastro. Borne se comía gran parte de lo que yo habría desechado como basura, y en cierto modo provocó que tener una pila de abono resultara redundante. Creo que habría sido capaz de comerse un cubo de basura si hubiera tenido suficiente hambre.

Pese a que la convivencia con Borne resultó tranquila, no fue óbice para que me siguiera desconcertando. ¿Y cuál era el motivo fundamental y más preocupante de ese desconcierto? Pues que, a pesar de que Borne ingería muchas cosas, su cuerpo no expulsaba nada. Aquello me parecía absurdo, una broma siniestra, incluso. Confieso que me hacía reír. Ni bolitas. Ni excrementos. Ni charquitos. Nada.

Borne también estaba creciendo. Sí, creciendo. Al principio no quise admitirlo, porque el hecho de que creciera acarreaba consigo la posibilidad de un cambio más radical, la idea de un niño convirtiéndose en un adulto. ¿En cuántas especies la transformación resultaba tan drástica, con un progenitor tan diferente del retoño? Así que sí, al final del primer mes, aunque el proceso había sido gradual, no pude seguir negando que Borne había triplicado su tamaño.

Tampoco podía negar que estaba escondiendo a Borne de Wick a propósito. Ya no dejaba que Wick entrara en mi apartamento, y si lo hacía, me aseguraba de meter a Borne en el cuarto del fondo, para que no lo viera. Ignoré sus intentos por abordar el tema de Borne, como si fuera una amenaza o una criatura con la que había que tener cuidado.

Como Borne no mostró nunca ninguna clase de comportamiento amenazante, jamás lo consideré una amenaza. Incluso el hecho de considerarlo como un ente masculino me empezó a parecer un poco ridículo, ya que no hacía gala de la agresividad ni el ensimismamiento que son habituales en la mayoría de los machos. En vez de eso, Borne se convirtió, durante esos primeros días, en una pizarra en blanco en la que yo había decidido escribir solamente palabras útiles.

LO QUE WICK ME CONTÓ SOBRE EL PROYECTO DEL PEZ Y SOBRE LA COMPAÑÍA

Casi todo lo que sé sobre el proyecto del pez, y sobre la Compañía, me llegó de labios de Wick en forma de fragmentos de una historia siniestra que yo misma tuve que reconstruir. No sabría decir si se

aferraba a esos recuerdos para ahuyentar al mundo o para permitir la entrada a una parte de él. La Compañía llegó sin previo aviso, cuando la ciudad ya estaba cayendo y no tenía defensas frente al intruso. Durante un tiempo, la Compañía debió de representar la salvación a ojos de sus habitantes. Durante ese tiempo, debió de bastarles con la mera perspectiva de generar empleos. Traté de imaginarme a un joven Wick sintiéndose atraído hacia la Compañía, trabajando duro para dejar de ser un aprendiz y pasar a fabricar sus propias criaturas. Aunque esa imagen siempre se difuminaba, desaparecía. En mi imaginación solo podía ver al Wick plenamente formado, tal y como lo conocía.

El proyecto del pez había sido su perdición, el motivo de que lo expulsaran de la Compañía después de muchos años de servicio. Pero, aunque el pez lo dejó sumido en la desesperación, el recuerdo de la criatura también le llenaba de nostalgia.

—Un pez como un tanque —me dijo Wick una noche, más de un año antes de mi encuentro con Borne.

Estábamos en nuestra balconada, contemplando el cielo negro, ignorando los murmullos y las corrientes del río venenoso que había más abajo. A veces, a través del velo protector que Wick había creado para ocultarnos, veíamos a otras personas en las balconadas del norte, situadas fuera del área que controlábamos. Parecían estatuas o maniquíes, entes irremediablemente remotos, pese a que sabíamos que podrían resultar peligrosos.

Estábamos a principios de aquel año, era por la tarde y hacía un frío que pelaba. El viento soplaba con fuerza entre la oscuridad, se estrellaba contra la balconada de piedra trayendo consigo los débiles efluvios del río, y yo escuchaba el reconfortante ulular de los búhos y el trasiego de las criaturas furtivas que avanzaban entre la maleza. Recuerdo pensar que esas criaturas que no podíamos ver no tenían ninguna utilidad para nosotros, y que seguían con sus quehaceres sin necesidad de incluirnos en sus planes. Yo tampoco me sentía nada útil en ese momento. Los dos nos habíamos emborrachado con foxinos etílicos y estábamos agotados tras un largo día de trabajo. Yo tenía las suelas de las botas manchadas de sangre después de una misión de recolección que se había torcido, aunque tampoco demasiado.

El cielo y sus estrellas desenfocadas buscaban algo. El firmamento se tambaleó y echó a rodar, a pesar de que yo apenas me moví mientras lo contemplaba desde mi silla. Así y todo, escuché lo que estaba diciendo Wick a mi lado. Estaba despierta. La melancolía me aportaba claridad, una especie de lucidez inmerecida. Wick estaba mucho más ebrio.

—¡Un pez maravilloso! Con una boca inmensa y taciturna, como el hocico de ciertos perros. Era feo y hermoso a la vez, y se movía como un leviatán. ¡Por el suelo, nada menos! Podía respirar aire. Me encantaba que pudiera respirarlo. También le concedí unos ojos preciosos, con venillas de color dorado y esmeralda.

Yo ya había escuchado esa parte, pero por más que Wick siguiera desbarrando acerca del pez, esos sentimientos tan intensos que sentía no estaban motivados por él. En el fondo, no. Mientras pasaba el tiempo y las estrellas comenzaban a frenar su avance en las alturas, a reorganizarse en torno a constelaciones reconocibles, la mayor parte de las emociones de Wick fueron derivando hacia personas de la Compañía: el viejo amigo que le había abandonado, o al que él había abandonado, y el empleado nuevo que le había traicionado. El supervisor que había revisado el proyecto del pez. Todas esas personas a las que había permitido entrar en su vida, y que se habían vuelto contra él. O que habían cambiado. O que sencillamente habían actuado conforme a su naturaleza, mientras que Wick había cobrado cierto protagonismo a sus ojos durante un tiempo, para luego volver a perderlo.

Yo no los conocía, y Wick nunca me daba suficiente contexto como para que me importaran. Pero es que, además, yo no podía recordar un solo momento de mi vida adulta en el que hubiera confiado en tres personas al mismo tiempo. Que Wick hubiera confiado en tanta gente me parecía ridículo e irresponsable: un lujo del viejo mundo. Que pudiera haber confiado en ellos más de lo que confiaba en mí era una posibilidad que prefería no considerar.

También me preguntaba si la visión que tenía Wick de la Compañía, y su disposición a perdonar, podrían conciliarse algún día con mi propio punto de vista. Para mí, la Compañía era una garrapata blanca y rolliza en el costado de la ciudad, el lugar que nos había robado nuestros recursos y había originado el caos. El lugar que, según se rumoreaba, había enviado sus productos finalizados a través de conductos subterráneos hacia lugares lejanos, dejándonos las sobras y los estanques de contención.

A veces me topaba con uno de los pocos recolectores ancianos que quedaban, los cuales me contaban historias acerca de lo próspera que era la ciudad antes de la aparición de la Compañía, y se les iluminaba el rostro de tal manera que casi me hacían cambiar de opinión respecto a los escarabajos nemotécnicos. Casi. Puede que lo que me contaran no fuera toda la verdad, como cuando hablamos de alguien que acaba de morir y contamos solo las cosas buenas. Esa era la magia de la Compañía: siempre salía ganando. Había conseguido formar

parte ineludible de la historia de nuestra ciudad, por mucho que ya solo quedara de ella un cascarón, un fantasma, un oso gigante y asesino.

—Alguien lo mató, me lo mostró a través de una cámara incrustada en uno de mis escarabajos espía.

Sin embargo, más adelante, Wick me dijo que al pez lo había matado otra persona.

Y una versión más: que lo dejaron herido y resistió durante un tiempo en los estanques de contención situados en el exterior del edificio de la Compañía. En esta versión, el pez habría sobrevivido durante casi un año; más de lo esperado, en parte porque Wick lo alimentó. La criatura se había convertido en uno de los engendros de ese lugar: el monstruo con rostro humano que emergía de las profundidades para devorarte. Aunque el rostro humano estaba muerto casi desde el principio, roído y mordisqueado por criaturas acuáticas menos sofisticadas, estaba deformado a causa de la descomposición, y nadie habría podido reconocer quién había sido en el pasado. Los demás peces tampoco llegaron a recobrarse del horror que coronaba su cabeza.

En una cuarta versión, Wick insinuaba que el pez podría seguir rondando por allí, sumergido en las profundidades. Wick y sus versiones. Wick dolido. Wick teniendo otro ataque de ira. Wick rememorando cómo le habían obligado a abandonar la Compañía, cuando su proyecto del pez fue saboteado, evocando la caída en desgracia de la Compañía, tras haber roto todo contacto con la central, y cómo le tocó buscarse la vida sin la protección a la que se había acostumbrado. Se convirtió en un traficante de drogas, un superviviente, un hombre tan escuálido y traslúcido que no habría parecido fuera de lugar entre una fila de criaturas salidas de una caverna o de las profundidades oceánicas.

En mis momentos más sombríos, cuando dudaba de mi verdadera identidad, cuando la traicionaba al concebir mi atracción por Wick como una especie de antídoto, comprendía que lo que él estaba admitiendo en el fondo era que en el pasado había ayudado a crear un arma tan mortífera que ni siquiera su extremada belleza podía justificar su uso.

Había una verdad que Wick omitía convenientemente en la mayoría de sus recuerdos, pero que resultaba evidente en las notas del esquema que guardaba en su apartamento: el objetivo de ese pez monstruoso había sido el de cumplir labores de seguridad y control de masas, inspirar miedo, y puede que incluso matar. En algún lugar remoto, un gobierno que todavía conservaba, en aquel momento, la

autoridad o la estabilidad necesarias para reinstaurar el orden, estaba decidido a revivirlo.

Y entonces, aquella noche en la balconada, por primera y única vez, otro monstruo se introdujo en la perorata inconexa de Wick sobre la Compañía:

—Mord estaba al corriente del proyecto del pez. Él me explicó lo que era yo.

No supe cómo interpretar eso. ¿Wick había coincidido con Mord en la Compañía? ¿Cuando Mord era más pequeño, cuando no podía volar? Pero cada vez que percibía que a Wick se le escapaba algo importante, se interrumpía bruscamente, como si advirtiera mi repentino interés, y se quedaba en silencio. Un silencio que no era un desenlace natural.

Era más bien una línea divisoria, la frontera más allá de la cual no podía aventurarse.

LO QUE LES HICE A LOS DEMÁS, Y LO QUE LOS DEMÁS ME HICIERON A MÍ

En la ciudad, la línea que separa las pesadillas de la realidad era fluctuante, del mismo modo que el contexto de las palabras «asesino» y «muerte» había cambiado con el tiempo. Puede que Mord fuera el responsable. Puede que lo fuéramos todos.

Un asesino era alguien que mataba por razones ajenas a la supervivencia. Un asesino era un hombre o una mujer que había perdido el juicio, no una persona que intenta subsistir un día más. En una ocasión, golpeé a una mujer con una roca. Nos cruzamos mientras nos dedicábamos a recolectar en la misma calle desierta del extremo oeste de la ciudad. Yo había encontrado una pieza lisa de metal que estaba siendo absorbida por una planta de aspecto carnoso, rojiza y reluciente. No sabía si a Wick le resultaría útil, pero era la primera vez que veía algo parecido.

Cuando doblé una esquina cargada con mi premio, me topé con una mujer que iba caminando. Tenía unos cincuenta años, la delgadez propia de la mayoría de los supervivientes y una melena canosa al viento. Su ropa había sido confeccionada con retales de color negro y gris.

Sonrió al verme. Después vio lo que llevaba en brazos y dejó de sonreír.

—Dámelo. Eso es mío. —Tal vez quisiera decir: «Eso va a ser mío».

No esperé a que se acercara lo suficiente como para poder enzarzarse conmigo. Me agaché y cogí una roca con la mano libre.

Cuando echó a correr hacia mí, por mitad de la calle, la arrojé y le acerté en la frente. La mujer perdió fuelle y cayó de costado, resoplando. Después se levantó y le arrojé otra roca, que también le acertó en la cabeza.

Esta vez retrocedió unos pasos, tambaleándose, arqueó la espalda y apoyó las manos sobre las rodillas. Comenzó a formarse un charco de color rojo brillante en torno a sus pies. Se sentó de golpe sobre los escombros, se llevó una mano a la cabeza y se quedó mirándome, mientras yo soltaba la tercera roca que había recogido.

—Solo quería echarle un vistazo —dijo, atónita, mientras se llevaba la mano a la herida una y otra vez, para después volver a apartarla. Se le empezaron a poner los ojos vidriosos—. Un vistazo, eso es todo.

No me quedé para ayudarla ni para hacerle más daño. Me fui.

¿La mujer murió? ¿La maté yo? Y si así fue, ¿eso me convierte en una asesina?

Lo que ocurrió entre esa mujer y yo no era algo nuevo, por mucha amnesia que podamos padecer. Era algo tan viejo como el mundo, o incluso más. La primera regla, la única regla, es que debes cuidar de tu pellejo a toda costa, protegerte lo mejor posible. Tienes derecho a hacerlo.

Pero una tarde, tres semanas después de encontrar a Borne, bajé la guardia. Una pandilla de niños que avanzaban sigilosamente entre el musgo y los cascotes sujetaron la puerta después de que yo entrase, antes de que se cerrara. Me siguieron en silencio por los pasillos que conducían hasta mi apartamento, utilizando la misma senda que yo para evitar las trampas, las feromonas y las arañas ofensivas. No me di cuenta porque estaba pensando en Borne, preguntándome dónde me lo encontraría esta vez.

Wick había salido para atender su ruinoso imperio de la droga. Ninguna de mis herramientas defensivas —cucarachas predadoras en el pasillo, arañas-cangrejo incrustadas en la puerta, un cuchillo de los de toda la vida— pudo detenerlos.

Aparte de Mord, las lluvias tóxicas y los extraños biotecs desechados, que podían matarte o causarte algún perjuicio, lo niños solían ser la amenaza más terrible en la ciudad. No se percibía el menor rastro de humanidad en su mirada. No guardaban recuerdos del viejo mundo que pudieran frenarlos, contenerlos o serenarlos. Seguramente, sus padres estarían muertos o algo peor, y sus vidas estaban marcadas por una violencia atroz desde su más tierna infancia.

Eran cinco, y cuatro de ellos habían intercambiado sus ojos por abejas de color verde y dorado que se enroscaban dentro de sus cuencas, dotándolos de una visión compuesta. Unas garras adornaban sus manos como si fueran comas afiladas. Las escamas que les cubrían el pescuezo se enrojecían cuando respiraban. El más bajito de los cinco llevaba la espalda al descubierto, donde asomaba un ala que agitaba el aire como si fuera un fuelle. Era el único que aún conservaba unos ojos humanos de color gris teja. Al cabo de un rato, deseé que hubiera tenido avispas en su lugar.

Olían a salmuera, a polvo y a sudor. Se relamieron y flexionaron sus bíceps, como si fueran conquistadores en miniatura. Por aquel entonces, no sabíamos cómo era posible que se hubieran transformado tanto, a no ser que fuera producto de la contaminación de la Compañía, y tampoco podíamos identificar el nuevo impulso que se estaba generando ni de dónde procedía.

Me defendí, pero a veces no basta con eso. No basta con plantar cara y mostrarse agresivo. Si quieres mantener la cordura, no debes culparte por haberte visto superado en número.

Fue inútil. Me sentí inútil. Me torturaron de diversas formas poco imaginativas durante horas. El más bajito se dedicó sobre todo a observar, plantado junto a la cama, con un destello opaco en sus inmensos ojos de color gris, cuya superficie blanca no era tan pálida como su piel. Iban puestos de drogas que seguramente habrían encontrado en una pila de desechos tóxicos.

Entre gritos, gemidos y forcejeos —mientras las sábanas se teñían de rojo, y los otros tres se excitaban con su dominio de la situación—, no paré de repetirle al niño de los ojos grises:

—No mires. No mires.

Quise creer que estaba intentando ahorrarle esa escena, pero en realidad lo que quería era ahorrármela a mí. Para él ya era demasiado tarde.

Cuando comenzaron a aburrirse de sus jueguecitos, rompieron todo lo que no tenía valor y se encaramaron a hombros unos a otros para arrancar mis luciérnagas.

Entonces encontraron a Borne. Debió de moverse o llamar su atención de algún modo. No tardaron en perder interés por mí. De camino a la salida, decidieron llevarse a Borne. A través de un ojo empañado y cubierto de sangre reseca, vi cómo lo cogían.

Esa fue la primera vez que les supliqué, cuando se lo llevaron. Esa fue la primera vez que supe lo importante que era Borne para mí. Pero dio igual. Se lo llevaron y me dejaron a solas en la oscuridad, con un tajo en el pómulo, con el rostro, las piernas y los brazos cubiertos de

sangre, con heridas que en algunos casos eran profundas. Tenía la piel ardiendo. Tenía la piel entumecida. Sentí mucho calor, salvo en las zonas que tenía en carne viva. No me quedaban fuerzas para levantarme.

La ciudad me había hecho una visita, para recordarme que no significaba nada para ella, que ni siquiera en los Palcos del Acantilado me encontraba a salvo. Que todos los alambres de mi cabeza que estaban conectados a nuestras defensas se podían arrancar sin mucho esfuerzo.

*

Pasó el tiempo, y yo lo pasé temblando, vulnerable, malherida. Me desgañité de tanto gritar, ya no tenía el menor control sobre mí misma; el dolor se había ocupado de que así fuera. Cuando recobré la consciencia por tercera o cuarta vez, tenía la cabeza apoyada sobre el regazo de Wick, que me estaba mirando con cara extraña. Su cuerpo emitió un destello verdoso a causa del estrés, un efecto secundario de dar cobijo a los gusanos de diagnóstico. Una sensación de calidez embargaba mi cuerpo mientras Wick me atendía, con un dolor en segundo plano que amenazaba con eclipsarlo todo.

—Lo siento mucho —dijo en voz baja, como si estuviera hablando con un cadáver.

La preocupación que no percibí en su rostro quedó patente a través de su voz, tan quebrada y afectada —como si hubiera estado llorando — que me dejó de piedra, se convirtió en algo aterrador. No quería verlo desolado, necesitaba su fortaleza.

—Quédate quieta. No deberías sentir dolor durante un rato.

Sentí dolor. Mitigado, sí, pero lo sentí. De todos modos, asentí para reconfortarnos a los dos, y se me nubló la vista cuando giré los ojos para mirarle. Aun así, pude atisbar el armazón de su rostro, hermoso y preciso. Para mí, eso seguía siendo importante.

Soltó un escarabajo de diagnóstico sobre mi cuerpo. Estaba viejo y achacoso, tenía el caparazón cubierto de arañazos, pero sus patitas tenían un tacto delicado, lustroso.

Me tocó por todas partes, sentí un rubor tan repentino como pasajero. Wick ya me había cerrado las heridas con la ayuda de unas babosas quirúrgicas. Recordaba la sensación de frescor que producían con su labor de la última vez que me lesioné. Mis agresores habían sido ocurrentes, me habían rajado siguiendo un patrón, trazando palabras que no tenían ningún significado para nadie, y mucho menos para ellos. Las babosas rememoraron con sus correteos esos trazos, esas palabras, dotándolas sin querer de significado.

—Te abrazaría —dijo Wick desde la lejanía—, pero me da miedo hacerte daño.

Entonces recordé que se habían llevado a Borne, y quise pedirle a Wick… ¿el qué? ¿Que saliera tras ellos? Pero él me dijo que guardara silencio y añadió:

—Siento no haber estado aquí. Siento que lograran entrar.

Se encontraba en un punto diferente al mío, le preocupaban cosas distintas.

—¿Te han hecho mucho daño? —preguntó después, con cierto énfasis, y comprendí lo que me estaba preguntando realmente.

Era una pregunta médica, pero al mismo tiempo no lo era. Wick había estado recreando mentalmente la agresión, imaginándose lo peor… y necesitaba saber hasta qué punto debía mostrarse invasivo con sus diagnósticos.

—Solo lo que puedes ver —respondí, y la tensión se disipó notablemente del cuerpo de Wick, cosa que me inquietó, no sé por qué.

Mis agresores habían sido demasiado obcecados o demasiado inhumanos como para violarme. El de los ojos grises, el mayor, tendría unos once años. Tenía el cabello pajizo y unas manos delicadas. Es posible que, aunque me hubieran violado, no se lo hubiera contado a Wick, pero el caso es que no lo hicieron. Dos de los que tenían ojos de avispa me metieron la lengua en la boca mientras me rajaban, pero más bien fue como si estuvieran tratando de infectarme con algo. Todavía me quedaba un regusto metálico en la lengua.

Me eché a llorar. Fue un torrente continuado de lágrimas, sin que la expresión de mi rostro cambiara en absoluto. Existe un límite en lo que puedes llegar a soportar antes de que el esfuerzo requerido para sobrevivir comience a resultar excesivo como para que valga la pena. Habría sido mejor que me hubieran atacado en la calle. Habría sido mejor quedarme tirada ahí fuera, que verme tendida en mitad de los Palcos del Acantilado y tener que absorber el sentimiento de culpa de Wick, su preocupación, su estima. Tener que sentirme expuesta, cuando lo único que quería era arrastrarme hasta un agujero oscuro para morir o recuperarme de mis heridas.

Pero dejé que Wick hiciera su trabajo, y también le conté lo que había pasado, para que así supiera cómo reforzar nuestras defensas. Estaba viva y, por experiencias pasadas, sabía que con el tiempo acabaría olvidando lo suficiente como para volver a creer que algún día seríamos libres. Que algún día nos libraríamos de la ciudad, de Mord, de todo eso. No sé si eso se podía considerar una esperanza.

Puede que solo se tratara de pura inercia y tozudez.

—También se llevaron a Borne —dije al rato, sin saber si estaba articulando bien las palabras. La ausencia de Borne era un hecho que debía desterrar de mi mente si quería recuperarme.

Wick frunció el ceño desde la silla que estaba situada junto a mi cama.

—No se han llevado a Borne. —Señaló con un ademán hacia el salón—. Está justo ahí.

A pesar del malestar, del entumecimiento y de los correteos del escarabajo sobre mi torso, sentí una abrumadora sensación de alivio y desconcierto.

—¿Lo han traído de vuelta?

—No creo. Estaba en el pasillo, junto a la puerta. Pero tus agresores se habían ido. Fui yo el que lo volvió a meter.

—Gracias —dije, consciente de que la decisión no debió de resultar fácil para él.

—Ha crecido —añadió.

No dije nada. No me atreví. Por primera vez, me di cuenta de que Wick parecía preocupado o inquieto por razones que quizá no tuvieran nada que ver conmigo. Había logrado mantener a Wick alejado de Borne durante dos semanas seguidas.

El escarabajo concluyó su labor.

Wick se puso de pie.

—Necesitas descansar. He traído comida para la cocina. He instalado mejores defensas. Tengo que salir, pero volveré pronto.

Lo entendí. Tenía que comprobar que mis agresores se habían ido de verdad. Tenía que cambiar las cerraduras, asegurarse de que nadie más pudiera entrar de esa manera. Todo eso suponía consumir recursos de los que no disponíamos, exponernos al peligro mucho antes de lo debido.

La comezón y el escozor —la agonía insoportable tras lo ocurrido — tardaron horas en regresar, como si hubieran venido a por mí desde años luz de distancia. Alargué el brazo para tocarle la mejilla a Wick, el contorno de su boca, pero estaba demasiado lejos.

—Tendría que haber estado aquí —dijo.

—Si no hubieras vuelto, estaría muerta —repuse, pero aquello no sirvió de consuelo.

Si la ciudad hubiera querido matarme realmente, lo habría hecho, como con tantos otros.

—Debería llevarme a Borne —dijo Wick, como quien no quiere la cosa.

Torcí el gesto.

—No. Por favor. No.

Wick se habría quedado más tranquilo si le hubiera gritado, o si se lo hubiera dicho con la misma indolencia. Pero no lo hice. Pronuncié esas cuatro palabras con un hilo de voz quebrada, y Wick no pudo contrarrestarlas.

*

En cierto momento, tras la marcha de Wick, comprendí que no iba a ser capaz de dormir, así que decidí levantarme. Me dolía todo, pero me pudo la inquietud; no tenía costumbre de pasar tanto tiempo acostada. Quise ir a ver a Borne. En mi estado de nervios, me preocupaba que mis agresores pudieran haberle hecho daño a él también. O puede que simplemente quisiera asegurarme de que Wick no se lo hubiera llevado.

Borne estaba sentado en una silla, frente a la mesa de la cocina, proyectando un tenue resplandor verdoso y dorado. Wick había vuelto a colocar algunas de mis luciérnagas, pero no muchas, así que lo único que se veía realmente era el brillo de Borne.

Borne medía al menos quince centímetros más que por la tarde, y su base se había vuelto más gruesa y robusta. Puesto sobre la silla, me llegaba a la altura de los hombros. A simple vista no parecía haber sufrido ningún daño. Seguía conservando una simetría perfecta. Resultaba hermoso entre la penumbra. Poderoso.

—Soy yo —dijo Borne.

Grité. Retrocedí unos pasos, tanteé en busca de un arma: un palo, un cuchillo, lo que fuera. Tenía una voz áspera, como la del niño de los ojos grises.

—Solo soy yo —dijo Borne—. Borne.

«Solo soy yo».

Los gusanos que Wick me había dejado dentro se afanaron por liberar las sustancias necesarias para calmarme. Estaba temblando. Profiriendo un gemido incontrolable.

—Solo soy yo —repitió Borne, como si estuviera poniendo a prueba las palabras.

Me encogí de nuevo, pegada a la pared contraria. En esta ocasión, su tono no se pareció tanto al de mi agresor, resultó más cálido y musical. Fue la que acabaría considerando como su voz normal, aunque podía emplear muchas.

—Rachel —dijo Borne—. No te pongas así. Asustada. —La voz del niño de los ojos grises ya se había desvanecido por completo.

—¡No me digas cómo me tengo que sentir! —le chillé—. ¿Qué eres?

Borne comenzó a arrastrarse para bajar de la silla.

—No te acerques más. ¡Aléjate de mí, joder!

Traté de articular más palabras, para cubrir el espacio vacío que se extendía entre nosotros.

Aprovechando el lapso, Borne dijo:

—Vete a descansar. Por favor, descansa. No te preocupes. Duerme.

Comprendí que Borne había tenido que sopesar detenidamente cada palabra antes de elegirlas, sin tener muy claro cómo encajarlas entre sí.

—¿Dormir? —Solté una carcajada glacial—. No pienso irme a dormir ahora que has empezado a hablar.

—Soy Borne —dijo la cosa que se encontraba frente a mí—. Estoy hablando, hablando, hablando.

Esas palabras emergieron como una especie de balbuceo melifluo que me recordó lo bien que me lo había pasado con él durante las últimas semanas. Pero ¿de dónde surgían esas palabras? Borne no tenía rostro, ni boca propiamente dicha.

—¿Esto es un sueño?

—¿Un sueño? —dijo Borne.

—¿Cómo escapaste de ellos?

—¿Ellos? —dijo Borne.

—Sí, ellos. Los niños que me atacaron.

—Niños —repitió Borne—. Atacaron.

La cabeza me daba vueltas, daba vueltas contra mi voluntad, mientras mi cuerpo se balanceaba por efecto de los gusanos que trajinaban en mi interior. Me tambaleé, me di cuenta de que me estaba deslizando por la pared hasta quedarme sentada. Por lo visto, los gusanos habían decidido que necesitaba dormir. Todo se volvió borroso, impreciso.

Al cabo de un rato, tuve la sensación de que la silueta de Borne se cernía sobre mí, de que unas criaturas correteaban por mis venas. Estaba en la cama. Estaba en el suelo. Estaba en el salón. Despierta. Dormida. En un estado intermedio. Delirando, desvariando, preguntándome si estaba viviendo una pesadilla, o si la pesadilla solo acababa de empezar. Todos los recuerdos de mi pasado que intentaba reprimir emergieron a la superficie, salieron propulsados por mi boca, y Borne permaneció allí, escuchando. Se lo conté todo sobre mí. Cosas que ni siquiera había admitido ante mí misma, que llevaban tanto tiempo contenidas que ya no tenía control sobre ellas.

Era imposible saberlo entonces, pero lo que le confesé a Borne probablemente me salvó la vida.

Antes era distinto. Antes, la gente tenía un hogar, tenía padres y acudía a la escuela. Había países compuestos por ciudades, y esos países tenían líderes. La gente viajaba para divertirse o para vivir aventuras, no para sobrevivir. Pero para cuando alcancé la edad adulta, el contexto global se había convertido en una broma de mal gusto. Es increíble cómo un tropiezo se puede convertir en una caída en picado, y dicha caída en el infierno en el que vivíamos como fantasmas en un mundo embrujado.

Antes, a los ocho o nueve años, aún quería ser escritora, o por lo menos cualquier cosa que no fuera una refugiada. Ni una trampera. Ni una recolectora. Ni una asesina. Tenía mis cuadernos repletos de garabatos. Poemas sobre lo mucho que me gustaba el mar. Adaptaciones de fábulas. Incluso escenas extraídas de novelas que ya nunca terminaré. Borne bien podría haber sido una criatura salida de esas narraciones infantiles. Borne podría haber sido mi amigo imaginario.

Más tarde, llegué a la conclusión de que eso explica por qué le hablé a Borne de mi pasado, por qué le conté aquello que nunca podría contarle a Wick, igual que él no podía hablarme de ese esquema, ni de la historia secreta de la ciudad, ni del biotec con forma de nautilo. Aunque es posible que, llegados a ese punto, se lo hubiera contado a cualquiera.

*

Nací en una isla que no sucumbió a la guerra ni a la enfermedad, sino por la crecida de las aguas. Mi padre era una especie de político; un miembro del consejo que gobernaba la isla más grande del archipiélago. Le gustaba pescar y construir cosas en su tiempo libre. Coleccionaba mapas náuticos antiguos y se entretenía localizando los errores. Tenía una barca que había construido él mismo, llamada Caparazón de tortuga. Cuando eran novios, solía llevarse a mi madre a sus «picnics flotantes», donde la tierra quedaba reducida a un puntito en el horizonte.

—Debía de confiar mucho en él —dijo mi madre, cuando mi padre me contó la historia—. Debía de confiar mucho en él, como para adentrarme tanto en el mar.

Mi madre también había nacido en la isla, pero su gente provenía de lejos, del continente, y cuando se casaron se montó un escándalo, porque era algo que nunca había ocurrido. A ese escándalo le debo mi nombre, Rachel, porque no procedía de nadie de la familia, sino de

forasteros. Era un compromiso.

Mi madre era médica y se ocupaba de los niños. Era de sonrisa y carcajada fácil, quizá demasiado, porque también se reía cuando estaba nerviosa o angustiada. Yo veía cómo mi padre la observaba detenidamente, puede que para intentar determinar cuál era la diferencia. Le gustaba la comida picante de la tierra natal de su familia y le dio por construir pequeñas maquetas de barcos. Se burlaba cariñosamente de la fascinación que sentía mi padre por los barcos usando sus maquetas. Versiones a escala hechas con palillos. Le encantaba leer, igual que a mi padre, así que crecí rodeada de libros.

No nos faltaba de nada. Sabíamos quiénes éramos. Pero eso no sirvió para frenar la crecida de los mares, y una por una las islas más pequeñas fueron desapareciendo a nuestro alrededor. De noche podíamos ver sus luces con nuestro telescopio, plantados en la orilla. Hasta que dejaron de verse. Desde entonces, no volvimos a sacar el telescopio.

Apenas tenía seis años cuando nos marchamos, a bordo de un barco de refugiados. Lo recuerdo porque mis padres me fueron contando esas historias a medida que me hacía mayor. Me las contaron incluso cuando seguíamos siendo refugiados, saltando de campamento en campamento, de país en país, creyendo que podríamos dejar atrás el hundimiento del mundo. Pero el mundo se estaba desmoronando en casi todas partes.

Aún conservo vagos recuerdos de los campamentos. El barro omnipresente que acababa hecho papilla de tanto pisotearlo, mosquitos tan rollizos que más te valía mantener la boca cerrada, calor extremo compensado más tarde por un frío equivalente. Verjas y perros guardianes, que siempre parecían mejor atendidos que las tiendas de campaña. Los nuevos documentos que teníamos que solicitar, los viejos que nunca bastaban. Los biotecs desechados que arrojaban a paletadas en comederos para nosotros, y la progresiva extinción de los teléfonos y otros dispositivos. La sensación de tener hambre a todas horas. Las enfermedades, resfriarse o tener fiebre sin parar. La gente que se encontraba al otro lado, los guardias, eran iguales que nosotros, y yo no entendía por qué ellos tenían que estar fuera y nosotros dentro.

Pero también recuerdo a mis padres riendo y contando historias sobre nuestro hogar, cuando fui lo bastante mayor como para poder apreciarlas. Fotografías, un cuenco ceremonial que mi padre había insistido en llevar con nosotros, la bisutería artesanal de mi madre, un álbum de fotos. Cada vez que nos trasladábamos y empezábamos de cero, mi padre construía cosas: carpas, cercados o huertos. Mi madre

echaba una mano y atendía a los enfermos, incluso a pesar de que los países en los que vivíamos no reconocían su licencia médica. ¿Fueron actos altruistas?

Mis padres luchaban por recuperar sus vidas, sus identidades. Así que, no, no eran actos altruistas, pero ayudaban a la gente.

Mi padre debió de alegrarse por mí, y por mi madre. Es posible que ella pudiera regresar algún día a su tierra. Él no, y rara vez nos cruzábamos con alguien que hubiera vivido en la isla. Las historias que me contaba mi padre acabaron resultando aburridas de tanto repetirlas, pero ahora entiendo que simplemente estaba intentando fijar ese lugar con la brújula de sus recuerdos.

En medio de todo aquello, mis padres no se olvidaron de mi educación. No fue una educación académica, sino una basada en lo que de verdad importa. A qué dar valor. A qué aferrarse. De qué desprenderse. Por qué cosas luchar y cuáles dejar correr. Dónde estaban las trampas.

En una ocasión, encontramos cierta paz. Mi padre nos llevó a otra isla: no era lo mismo, ni mucho menos, pero movido por un impulso que podría considerarse fútil o valiente —o las dos cosas a la vez—, estaba decidido a recrear lo que había dejado atrás. Vivimos bien allí durante casi dos años. Teníamos una ciudad en la que vivir, una playa por la que pasear, un jardín botánico, una escuela, niños con los que jugar y que se parecían a mí. Vivimos en un pequeño apartamento de dos habitaciones, y mi padre construyó en el patio trasero una canoa con un motor de desguace. Mi madre volvió a ejercer como médico, cobrando en especies.

Cada cierto tiempo llegaban informaciones desde el continente, en las que se decía que lo que quiera que iba mal, ahora estaba yendo peor, pero mis padres me ocultaron las noticias durante tanto tiempo como les fue posible, como mejor pudieron. Hasta que un día, se produjo la conmoción: unos soldados nos apiñaron en un ferry que vomitaba diésel y nos llevaron de vuelta al continente, a otro campamento. Adiós a las aguas turquesas, a la barca de mi padre y a nuestro apartamento.

A partir de ahí, todo fue en declive. La situación no hizo sino empeorar, hasta que ya ni siquiera pudimos contar con los campamentos. Nos quedamos solos, caminando a duras penas por una tierra donde la cordura y la locura iban de la mano. Donde la amabilidad y la crueldad a veces procedían de la misma fuente. Mi padre llevaba un cuchillo escondido en la bota y se turnaba con mi madre para custodiar un pequeño revólver. Teníamos las mismas

probabilidades de cruzarnos con un puñado de cuerpos quemados y semienterrados en una zanja, que con un granjero y sus hijos armados con escopetas. En una ocasión, un tipo sonriente nos invitó a su casa y trató de violar a mi madre. Desde entonces, a mi padre le quedó una cicatriz en el brazo izquierdo y nos mantuvimos alejados de las carreteras principales.

A veces preferíamos morirnos de hambre antes que unirnos a las filas de personas que avanzaban hacia un espejismo, con paso lento y fatigoso. Las carreteras secundarias que tomábamos se vieron reducidas a serpientes grises sobre la negrura del bosque o el páramo. A lo lejos, las luces de una cabaña o de un pueblo nos provocaban un sentimiento de pavor y cautela, seguido por el deseo de evitarlos.

Meses después de haber perdido la esperanza de encontrar refugio, apareció sobre una colina distante una ciudad tan milagrosa que al amanecer parecía una inmensa lámpara de araña caída sobre la Tierra, o un transatlántico varado y puesto de costado. No pude apartar los ojos de ella, y les supliqué a mis padres que fuéramos allí. Me ignoraron. Hicieron bien. La ciudad permaneció en el horizonte a lo largo de varias jornadas, y durante la noche del noveno día, tras haber rodeado su extremo oriental, abriéndonos camino a duras penas a través del boque y la llanura, se prendió fuego; todas sus luces centelleantes quedaron engullidas por una tremenda conflagración que ahuyentó la oscuridad en kilómetros a la redonda.

Apareció el parpadeo rojo de las luces de alerta de los bombarderos que despegaron desde la ciudad, y nosotros contemplamos la escena desde el suelo, maravillados, porque hacía años que no veíamos un avión de ningún tipo. Algo tan antiguo y tan novedoso a la vez. Nos preguntamos si esos aeroplanos serían indicio de un resurgimiento, si se avecinaría la reinstauración de una vida normal. Pero solo fue un espejismo. No significó nada.

Seguimos avanzando hacia el este con más prisa que antes, temiendo el éxodo de los supervivientes como si se tratara de una ola que pudiera anegarnos, pese a que no eran tan diferentes de nosotros. Después se extendió durante días un humo denso y negro, acompañado de una polvareda y de una lluvia renegrida, mientras que del suelo comenzaron a salir gusanos retorcidos, conejos y otras criaturas moribundas.

Pronto recordaríamos aquellos días con afecto. Pero, en todo momento, mis padres mantuvieron la esperanza, siguieron tratando de encontrar un lugar seguro. No pensaban rendirse. Nunca se rindieron. Yo lo sabía, incluso ahora que ya no estaban.

Le conté más cosas a Borne, pero no me veo con fuerzas para transcribirlas, porque resulta muy doloroso plasmarlas en palabras. Además, eso trae a colación el único detalle que no conseguía recordar: cómo llegué a esta ciudad, y qué les había ocurrido a mis padres. Mis últimos recuerdos previos a la ciudad eran de riadas, de balsas improvisadas y del silencio que se extendió entre aquellos que estaban muertos o agonizando en el agua… mientras asomaba una porción de tierra en el horizonte. Lo último que recuerdo fue sumergirme por segunda, por tercera vez, con los pulmones llenos de cieno.

Pero cuando me recobré, estaba en la ciudad, caminando. Iba caminando por el río, como si siempre hubiera estado allí.

Sola.

LO QUE HICE DESPUÉS, AUNQUE TAL VEZ ESTUVIERA MAL

Por cada vistazo atento a mi habitación donde se percibía la falta de agua corriente, por el moho que había emprendido su cruzada particular contra las constelaciones de luciérnagas incrustadas en el techo, por el muro medio derruido con esa ventana que ofrecía vistas a una montaña de basura… por eso, y por las escenas que se producían en las calles, donde una persona cansada y mugrienta se peleaba con otra persona igual de cansada y de mugrienta por unas sobras que en el viejo mundo nadie habría querido para nada… por todo eso, aún podía imaginarme una época en la que las cosas pequeñas que tanto nos gustaban nos serían devueltas.

—Solo soy yo —dijo Borne, y durante el largo rato que me pasé acurrucada en mi cama, intentando recuperarme, no respondí. No como es debido. Me limité a escupirle una sarta de incoherencias absurdas.

Wick aparecía a su lado de vez en cuando y luego volvía a largarse. A veces me daba cuenta de que me miraba con una expresión culpable y suspicaz, o eso me parecía a mí.

¿Esa suspicacia tenía su origen en Borne? Desde la agresión, Borne había vuelto a cambiar. Había abandonado esa apariencia de anémona marina para adoptar otra que recordaba a un jarrón grande o a un calamar puesto en equilibrio sobre un mantel liso. El orificio de la parte superior se había curvado y se encaramó por lo que yo describiría como un cuello alargado, de donde brotaron unos filamentos fibrosos, casi como una especie de amaneramiento. Esos filamentos, acompañados por un suspiro suave y prolongado, se

abigarraban y luego se volvían a separar, como si formaran parte de una insólita danza sincronizada. Borne ya era tan alto que su coronilla se elevaba unos sesenta centímetros sobre la cama. Los colores seguían fluyendo a toda velocidad por su cuerpo, o flotando perezosamente con formas que asemejaban nubes de tormenta, irregulares, oscuras, estratificadas. De color azul celeste. Lavanda. Esmeralda. A menudo olía a vainilla.

Me quedé mirándole mientras seguía recostada, con una mezcla de curiosidad e inquietud, y me di cuenta de que Borne había desarrollado una sorprendente colección de ojos que rodeaban su cuerpo. Algunos eran humanos —con pupilas azules, negras, marrones, verdes— y otros eran ojos de animales, pero podía ver a través de todos ellos. Me dejaron perpleja, porque no sabía qué significaban. Decidí considerarlos como una especie de adorno extravagante, el equivalente a un cinturón en el cuerpo de Borne.

Cuando Borne advirtió que le miraba, profirió un sonido comparable al de alguien que se aclara la garganta después de un sobresalto, y su carne absorbió todos los ojos salvo dos, que migraron hacia la parte superior de su cuerpo y se separaron. A veces volvían a descender hacia sus caderas, pero en cuanto tomaban posición sobre su torso se hacían más grandes, adoptaban un color cerúleo, y les crecían unas pestañas largas y oscuras. Cada uno se movía con independencia del otro.

Borne debió de pensar que así tenía un aspecto más normal.

*

Al sexto día me sentí más despejada, apenas me desperté con un ligero atolondramiento. Wick se había vuelto a marchar, con reticencia, para dirigir su negocio. No había localizado a mis agresores, y sabía que probablemente nunca lo conseguiría. No habíamos vuelto a hablar de lo ocurrido, ni de gran cosa en general. Yo incluso me hacía la dormida cuando entraba. Reservaba mis energías para Borne.

Desde la cama, le hice una pregunta. En el fondo, era la única pregunta posible; una pregunta peligrosa, acorde con mi estado de ánimo. Seguía bajo los efectos de las sustancias de los gusanos y quería ser útil, hacer cualquier cosa menos quedarme allí tirada.

—¿Qué eres? —Se me aceleró el corazón, pero no tenía miedo. En el fondo, no.

—No lo sé —respondió Borne con un tono áspero, aunque dulce. Durante unos segundos desconcertantes, me pareció como si hubiera hablado con las voces de mi padre y de mi madre a la vez. Después añadió, con franqueza—: ¿Sabes lo que eres tú?

Le ignoré.

—Vamos a jugar a un juego para averiguar qué eres.

Borne se quedó callado un instante y sus colores se atenuaron. Después se recobró.

—Vale —dijo—. ¡Vale!

—En ese caso, tienes que ser sincero conmigo.

—Sincero. —Le dio unas vueltas a la palabra en su cabeza.

—Tienes que decir la verdad.

Una oleada vibrante de color púrpura recorrió su piel.

—Sincero. Puedo ser sincero. Soy sincero. Sincero.

¿Le había provocado un disgusto o alguna otra emoción, o simplemente estaba experimentando con la palabra?

—Sabes muchas cosas sobre mí —me aventuré a decir—, pero yo no sé nada sobre ti. El juego consiste en una serie de preguntas. ¿Te apetece responderlas?

—Responderé a tus preguntas —dijo Borne, indeciso. ¿Sabría lo que era una pregunta?

—¿Eres una máquina? —pregunté.

—¿Qué es una máquina?

—Una cosa fabricada. Una cosa fabricada por la gente.

Borne se quedó desconcertado, y pasó un buen rato hasta que dijo:

—Tú eres una cosa fabricada. Te fabricaron dos personas.

—Me refiero a algo fabricado con metal o con carne. Pero no a través de medios biológicos ni naturales.

—A ti te fabricaron dos personas. Estás hecha de carne —insistió Borne. Parecía nervioso.

—¿Por qué no me salvaste de esos niños?

—¿Salvar?

—Rescatar. Ayudar. Impedir que me hicieran daño.

Borne se quedó callado otro rato y su cuerpo se replegó, hasta quedar reducido a una silueta gris. Incluso sus ojos desaparecieron.

Después regresaron los colores con un estallido de rojos, rosas y un verde turbio, nebuloso. Los ojos brotaron como un halo rotatorio incrustado a la piel, cerca de la parte superior de su orificio.

—¡Sí que ayudé! ¡Ayudé! Ayudé a Rachel. Ayudé. —Lo dijo con vehemencia.

Traté de controlar los temblores que aquejaban mi voz. El espíritu de Mord me inundó.

—Esos niños me hicieron daño durante horas —repuse—. Y mientras tanto, tú no hiciste nada. Me dejaron malherida. Podrías haber hecho algo.

Otro silencio, para después añadir, susurrando:

—No pude. No ayudé. No hasta que…

—Hasta que, ¿qué?

—Hasta que los conocí.

Comprendí que «conocer» no era el verbo que quería utilizar.

Puede que la palabra que buscaba no existiera, o puede que estuviera intentando, tal vez decirme dos o tres cosas al mismo tiempo.

—¿Conocerlos en qué sentido?

—No estoy completo —dijo Borne—. No estaba completo. No estoy completo.

Probó a decir «ensamblado», pero no sirvió de mucho, así que concluyó la frase con una especie de frustración con el lenguaje que provocó que los pseudópodos fibrosos se tensaran como púas.

—¿Ahora estás completo? ¿Estás consciente? —No quise emplear la palabra «activado», porque me daba miedo.

—Más completo —respondió Borne.

—Los mataste —dije, con serenidad.

«Pero no antes de que me hicieran daño», reprochaba el pensamiento que se agazapaba tras esas palabras.

—¿Matar?

—Dejar de ser. No vivir más. Estar muerto. En otra parte.

La confusión le provocó un estremecimiento.

—Ahora los conozco. Sí, los conozco.

—Matar está mal —dije—. No se debe matar nunca. No mates.

A no ser que alguien te ataque. A no ser que no te quede más remedio. Pero no le hice esa distinción a Borne, porque no me sentía con fuerzas.

Sus ojos ya no resultaban hermosos. Cada vez parecían más cautivos e inquietantes. ¿Eran imaginaciones mías, o uno de ellos tenía un tono gris que me resultaba familiar? Entonces le di la espalda a Borne y me dejé vencer por el sueño durante un rato. Era más fácil que asimilar lo que me acababa de decir.

De todos modos, ¿le habría dado la espalda si no me sintiera segura en su presencia?

*

La séptima noche dormí en el cuarto de Wick, y Mord, en la superficie, durmió por encima de nosotros, despatarrado sobre el mar de marga y detritos que cubría los Palcos del Acantilado. Su respiración nos recordaba a una carga de profundidad espectral que resonaba a través de los estratos, de las vigas y del panel de yeso, a través de las columnas de carga y de los arcos resquebrajados. Sus ecos penetraban

en los átomos de una docena de techos, reverberaban en el interior de nuestros cuerpos. Percibíamos el sonido en nuestras carnes, después de haberlo escuchado con los oídos, y allí permaneció un buen rato, por debajo de la piel.

También nos llegó su hedor, atenuado, transmitido por los conductos y las innumerables imperfecciones del sedimento que se extendía sobre nuestras cabezas, transportado por los túneles excavados por los gusanos y los escarabajos. Como el trueno que sucede al relámpago, llegó con demora, pero después se nos aferró al gaznate. Era el hedor de todos los seres vivos que Mord había matado durante la última semana. ¿Podría olemos, aquí abajo? ¿Podría olemos como si fuéramos ratones? ¿Pequeños ratoncillos humanos?

Wick se quedó paralizado, le aterraba pensar que su presencia no fuera fortuita, que Mord supiera que estábamos allí, que por la mañana se dispusiera a extraernos del suelo. Y así, durante un rato, susurramos y nos movimos a cámara lenta, actuamos como si nosotros fuéramos submarinos y Mord un buque que nos estuviera buscando en la superficie. Hasta para susurrar, Wick pegaba los labios a mi oreja. No podía parar de comentar los rumores acerca de posibles avistamientos de vástagos de Mord, que estarían registrando la ciudad y las tierras aledañas. ¿En busca de qué? Wick no lo dijo, pero me dio la impresión de que lo sabía.

Después dejamos incluso de susurrar, cuando Mord comenzó a gemir en sueños. Sus balbuceos parecían palabras mascadas, trituradas, filtradas a través de la tierra. Resultaban incomprensibles, pero me pareció que denotaban angustia.

Varias horas después sentimos cómo nos quitaba su peso de encima, y fue como si los Palcos del Acantilado se incorporasen de nuevo, aliviados. Cuando examinamos la superficie por la mañana, se había formado un profundo hoyo a causa del peso de Mord. Si se hubiera pasado la noche entera allí, ¿habría seguido hundiéndose, aplastando un nivel tras otro hasta que, todavía dormido, su cuerpo atravesara de golpe nuestro techo? El hedor tardó un par de días en disiparse, y cada vez que lo olía se me nublaba la mente.

Me había acercado al cuarto de Wick para que él no viniera al mío y se acordara de Borne, pero no tardó en sacar el tema tras la marcha de Mord. Casi deseé que Mord siguiera allí para hacerle callar.

—Todavía me lo puedo llevar —dijo Wick.

—¿A quién? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—A Borne. Ya va siendo hora. Debería llevármelo y averiguar qué es. Mientras te recuperas.

—No hace falta.

Wick titubeó, estuvo a punto de añadir algo más, pero se lo pensó mejor y pareció conformarse con mi respuesta. Me abrazó con fuerza y, como si yo fuera su escudo frente a Mord, enseguida se puso a roncar suavemente sobre mi hombro. Se lo permití, aunque me hiciera daño: ese era el precio de la paz. Porque nos venía bien a los dos. Porque así todo era más fácil.

Pero yo no podía dormir. Me puse a pensar en las ridículas conversaciones que estaba manteniendo con Borne, porque no parecía saber gran cosa acerca del mundo, solo conocía algunos fragmentos inconexos.

Borne: «¿Por qué el agua está calada?».

Yo: «No lo sé. ¿Porque no está seca?».

Borne: «Si algo está seco, significa que no está callado».

Yo: «¿Calado o callado?».

Borne: «Callado».

Yo: «En un beso, sabrás todo lo que he callado».

Borne: «¿Qué?».

Traté de explicarle lo que es un beso.

Borne: «¿Es algo húmedo?».

Yo: «Sí, calado».

Borne: «Tengo sed. Y necesito comer algo. Tengo hambre. Tengo hambre. Tengo hambre».

La conversación volvió a decaer mientras buscaba algo para alimentar a Borne, lo cual, una vez más, no resultó difícil. Lo que más le gustaba era lo que podría llamarse «comida basura», aunque ese concepto se había quedado obsoleto hacía mucho.

Es posible, también, que me hubiera encariñado tanto con Borne porque en esa época Wick estaba serio casi siempre. Durante mucho tiempo, Borne no supo lo que significaba estar serio.

Por la mañana, cuando Mord y su peso no fueron más que un mal recuerdo, Wick lo intentó de nuevo.

—Puedo hacerlo con suavidad —dijo, pero eso no me tranquilizó —. Puedo devolvértelo tal y como está ahora.

—No.

Sentí cómo su cuerpo se ponía en tensión.

—No tendría ni que pedírtelo. Deberías saber que es lo mejor.

—No lo es.

—Sabes que algo no encaja, Rachel. —Prácticamente había empezado a gritar.

Como la mayoría de los hombres, Wick no podía evitar expresar el terror que le producía una cosa en forma de ira hacia otra. Así que no

dije nada. Pero él siguió erre que erre.

—Entrégame a Borne —dijo.

Le seguí dando la espalda.

—Tienes que dármelo, para que sepamos lo que es. Vive aquí, con nosotros, y tú lo proteges de una forma que va contra natura. No sabes nada sobre esa cosa.

—No.

—Puede que te esté influenciando con sustancias bioquímicas —dijo Wick—. Es posible que no puedas pensar con claridad.

Ese comentario me hizo reír, aunque puede que fuera cierto.

—No tienes derecho, Rachel —insistió, y por el énfasis que puso en esa palabra, quedó claro que se sentía dolido.

—Háblame de tu paso por la Compañía. —Estaba harta de hablar, harta de todo—. Háblame de ese telescopio tan raro.

Pero Wick no tenía nada que decir sobre su telescopio. No tenía nada que decir en absoluto, y yo tampoco. Ambos sabíamos que, una palabra más, y o bien yo me levantaría de su cama o él me pediría que me fuera.

Wick. Wick y Rachel. Un retrato conjunto. Wick y yo, en extremos opuestos del marco, medio salidos del encuadre. Aquejados de un extraño recelo hacia el otro, a pesar de lo mucho que había cuidado de mí, quizá porque él se esperaba más reproches por mi parte, para reforzar el sentimiento de culpa que había decidido alimentar. Y puede que sí le culpara: por convertirme en una pusilánime, por hacerme dependiente de sus defensas, de sus arañas y escarabajos, y no de mis propias trampas.

¿Era justo? No, no lo era. Pero yo tenía mi propio motivo para culparme: ahora le estaba ocultando un secreto enorme.

«Borne puede hablar. Borne mató a mis agresores y escondió sus cuerpos. Borne es inteligente. Borne me hace feliz».

LO QUE LE ENSEÑÉ A BORNE, Y LO QUE ÉL ME ENSEÑÓ A MÍ

Borne me hacía feliz, pero la felicidad suele hacer que la gente se vuelva más estúpida. Durante mi convalecencia, tuve ciertas dificultades para recordar lo que me esperaba en el exterior, como si tuviera que volver a asimilarlo todo de nuevo, a pesar de haber aprendido tantas lecciones.

Toda clase de ideas peligrosas se introdujeron en mi cabeza mientras estuve grogui. Era como si los zorrillos y otros animales del

desierto corrieran en círculos por mi mente, deteniéndose tan solo para mirarme desde lejos, incitándome a divagar. Seguí fantaseando con la idea de que vivía en un apartamento de verdad, en uno de los refugios estables de mi pasado. Todo saldría bien; simplemente había cogido la gripe o un resfriado, y me tocaba estar de baja hasta que mejorase. ¿Y qué haría cuando me pusiera bien? Retomar la universidad y algún trabajo a tiempo parcial. Terminaría mis estudios para poder convertirme en escritora. Porque la ciudad en ruinas solo era un mal sueño, mi vida como recolectora era un mal sueño. Pronto despertaría, y esas visiones en las que estaba a punto de ahogarme, en las que perdía a mis padres —y con ellos, toda conexión con mi pasado—, resultarían ser también un espejismo.

Cuanto más tiempo y energía dedicaba Wick a protegerme, más ideas como esa me asolaban. Apenas guardaban relación con los recuerdos de mi huida, de la búsqueda de refugio, de todos los peligros previos a la ciudad.

Pero la mente siempre encuentra formas de protegerse, construye bastiones, y algunos de esos muros se convierten en trampas. Desde el momento en que comencé a pasear con Borne por mis aposentos, desde que empecé a aventurarme por los pasillos. Era una fantasía tan triste que me dediqué a deambular, sin reconocerlos, junto a los indicios que me decían que aquello era mentira. La silla clavada a la pared. El archivo inservible a causa del óxido, reconvertido en barricada a la entrada del túnel. La ausencia de bibliotecas y de otras personas.

Pese a todo, esas semanas de reclusión también albergan algunos de mis mejores recuerdos con Borne. Wick pasaba mucho tiempo fuera para vigilar los movimientos de la Maga, para surtir de escarabajos a su pequeña banda de traficantes… y, posiblemente, también a causa de nuestra discusión.

Así que Borne y yo tuvimos mucho más tiempo para explorar. Borne se había hartado de estar encerrado en el apartamento. Cuando sabía que Wick se iba a pasar varias horas fuera, lo sacaba a recorrer los pasillos, en estado de alerta por temor a que nos descubrieran, y afectada por esas heridas que tanto estaban tardando en curarse.

Llegados a ese punto, el jueguecito de no contarle a Wick que Borne podía hablar era una tontería. Seguro que lo sabía. Pero como yo nunca lo admití, y Wick nunca lo mencionó, Borne se convirtió en un secreto a voces que habitaba entre nosotros como si fuera un monstruo con entidad propia. Aquello me hizo volverme imprudente, como si quisiera que Wick se enfrentara conmigo. Como si pensara, en cierto modo, que nuestra relación sería una mentira total a no ser que

Wick se enfrentara conmigo.

Ignorando el esfuerzo que suponía para mi cuerpo, Borne y yo corríamos por pasadizos polvorientos y en penumbra. Borne tenía miedo de chocarse contra la pared y tropezaba con sus propios pseudópodos, exclamando mientras reía:

—¡Vas demasiaaaaaado rápido!

O:

—¿Por qué resulta tan divertiiiiiido?

Yo también me echaba a reír. Cuando no tienes por qué correr, y tienes la oportunidad de hacerlo solo por darte el gusto, se convierte en un lujo singular.

Después nos tumbábamos en el suelo, al otro lado del pasillo, y Borne, además de repetir la cantinela de que tenía hambre y necesitaba comer algo —ahora le permitía cazar ratas y lagartos para saciar su apetito—, me hacía algunas preguntas. Siempre andaba preguntando, parecía ávido de respuestas.

—El polvo está muy seco. ¿Por qué está tan seco el polvo? ¿No necesita humedad para compensar?

—Entonces sería barro.

—¿Qué es el barro?

—Tierra mojada.

—No he visto barro aún.

—No, aún no.

Un día le enseñé una foto de una comadreja en una vieja enciclopedia, y él extendió un tentáculo para señalarla y dijo:

—¡Ooooh! ¡Un ratón alargado!

Aquello me dio la idea de enseñarle a leer, aunque Borne ya se había embarcado en esa actividad por su cuenta. Cuando jugábamos al escondite, a veces me lo encontraba inclinado sobre el borde de un montículo de libros desperdigados, extendiendo sendos tentáculos desde los costados para sostener un libro, mientras que un tercer tentáculo, con una lucecita en la punta, pendía desde lo alto de su cabeza.

Leía sobre todo tipo de temas, en el fondo no tenía ninguna preferencia. Sus numerosos ojos se movían de un lado a otro con entusiasmo, mientras daba cuenta de las páginas a un ritmo constante. No creo que necesitara luz, ni ojos, para leer, pero sé que le gustaba imitar lo que me veía hacer. Puede que incluso le pareciera de buena educación aparentar que necesitaba luz, que necesitaba ojos.

Pero la verdad es que no tengo ni idea de lo que pensaba ni cómo lo pensaba, porque la mayor parte del tiempo solo contaba con sus preguntas.

Finalmente, lo acabé llevando a la piscina de Wick, que era su laboratorio. Yo adoraba la piscina, y puede que eso significara que también adoraba a Wick, en cierto modo. En un principio, por encima de la piscina había una claraboya que daba a la parte alta de los Palcos del Acantilado, dejando un espacio abierto que llegaba hasta la cúspide, y que Wick se las había ingeniado para camuflar desde arriba con sus espejismos.

Cuando la luz que se filtraba por el agujero del techo era la adecuada, formaba ondas de color verdoso y dorado, como si el musgo y el liquen de la superficie se hubieran mezclado con los rayos del sol y hubieran experimentado una transformación. La luz se proyectaba sobre los filamentos vivientes que Wick había colocado allí como parte de su trabajo, y se podía ver cómo revoloteaban las motas de polvo, alguna zarigüeya o chinche de agua ocasional, y, emergiendo del agua, una niebla que se enroscaba sobre sí misma al estilo de ciertos tipos de helechos.

Llevaba un tiempo acostumbrarse al revoltijo de productos químicos, que despedía un olor como a cueva, aderezado con un toque especiado. La especia en cuestión podía ser dulce o amarga, pero siempre resultaba penetrante. Wick necesitaba que hubiera luz por las mañanas para servir de alimento a ese potaje abundante, nauseabundo y resplandeciente donde daba vida a sus escarabajos y otras creaciones. Nuestros pises y nuestras cacas también servían de alimento, aunque el olor penetrante se debía más bien a las algas, a la turba y a alguna sustancia química agria. Ya me había acostumbrado al olor hacía mucho, incluso me resultaba agradable.

Criaturas similares a anguilas culebreaban por la ciénaga, y en la superficie asomaban las aletas de unos peces extraños que enseguida se volvían a sumergir.

—¿Qué es una piscina? —preguntó Borne.

—Un lugar donde la gente se mete… a nadar.

—¡Pero si está llena de bichos asquerosos! Hay bichos asquerosos viviendo ahí dentro. Asquerosos. Muy asquerosos.

Borne acababa de aprender la palabra «asqueroso» y la utilizaba a menudo.

—Tú deja en paz a esos bichos asquerosos, Borne, incluso aunque tengas hambre.

Aparté con suavidad el tentáculo que había comenzado a alargar hacia el agua. Desconocía los efectos que podrían provocar en él esas sustancias químicas. Y tampoco quería que Borne se comiera los suministros de Wick, puesto que así no se ganaría sus simpatías.

Borne lo resumió a la perfección:

—Una piscina es un lugar donde a la gente le gusta nadar entre bichos asquerosos.

—Más o menos —dije, riendo—. No verás muchas como esta cuando salgas al mundo real.

Y entonces deseé no haber dicho eso, porque suponía admitir que aquel no era el mundo real. Que vivíamos en una burbuja, compuesta de espacio y tiempo, que ni podía, ni habría de perdurar.

También llevé a Borne a la balconada que daba al acantilado, pero aquello resultó un poco más peliagudo, porque pensé que necesitaría un disfraz, por si acaso. Encontré un sombrero de flores con un único agujero de bala y una mancha de sangre reseca a juego. Encontré un par de gafas de sol grandes y de diseño. Podía vestirlo con una sábana azul o con un vestido de noche negro que había recolectado en un apartamento semiderruido. El vestido de noche estaba comido por las polillas y había perdido su color, hasta adoptar un tono gris oscuro, pero me decanté por él porque no tenía ningún lugar donde lucirlo y porque a esas alturas ya me quedaba grande.

Así que Borne se reajustó para ser un poco más largo y un poco más estrecho de lo habitual —«metió barriga», por así decirlo—, y se puso ese ridículo atuendo. Lo curioso es que le sentaba bien, y no fue hasta más tarde cuando comprendí que había adoptado una forma similar a la de mi propio cuerpo, que estaba contemplando una versión rudimentaria de mí misma con la piel verde.

Pero según Borne, al disfraz le faltaba algo.

—¿Qué pasa con los zapatos? —me preguntó, y lamenté haberle soltado unos días antes aquella perorata sobre el valor de un buen par de zapatos.

—No necesitas zapatos. ¿Quién te va a ver los pies?

Es más, probablemente no le vería nadie.

—Todo el mundo lleva zapatos —repuso, citándome—. Todo el mundo sin excepción. Tú incluso te metes con ellos en la cama.

Era verdad. Nunca llegué a superar lo de tener que dormir a la intemperie tan a menudo. Cuando te tocaba dormir a la intemperie, en algún lugar peligroso, no te quitabas nunca los zapatos por si acaso solo tenías unos segundos para recoger tus cosas e irte corriendo.

Borne se moría por llevar zapatos. Quería el conjunto completo. Así que le di unos zapatos. Le di el par que tenía de repuesto, que en realidad eran unas botas, las mismas con las que llegué a la ciudad.

Con mucho énfasis, extendió unas piernas-pie y alargó sus brazos-mano para ponerse sus zapatos nuevos. Había mudado el tono de su piel por otro similar al mío. Desde el orificio situado en lo alto de su

cabeza, medio ahogadas por el sombrero, se oyeron estas palabras:

—Ya nos podemos ir.

Pero si Borne quería el conjunto completo, yo quería al humano completo.

—No hasta que te hagas crecer una boca —repuse—, y una cara de verdad.

—Ups. —Se le había olvidado. En aquella época, siempre decía «ups» cuando consideraba que había cometido un error. Puede que también estuviera intentando ser un poquito «puñetero», un concepto con el que había estado experimentando, normalmente con resultados entrañables.

La transformación le llevó apenas un segundo. Todos sus ojos desaparecieron, después brotaron dos en el lugar apropiado —que ya nunca, jamás, eran grises—, junto con una protuberancia nasal que recordaba mucho a la cabeza del lagarto que se había comido unas horas antes, y una boca extravagante y sonriente. Más el sombrero. Más el vestido de noche negro. Más las botas.

Se le veía tan serio que me entraron ganas de abrazarlo, ni se me pasó por la cabeza pensar en el regalo que le acababa de hacer. No caí en la cuenta de qué otros usos se les pueden dar a los disfraces.

Salimos a la balconada. Borne hizo como si no pudiera ver bien con las gafas de sol y se las quitó. Su boca recién estrenada se abrió con un gesto de genuina sorpresa.

—Es precioso —exclamó—. Es precioso, precioso, precioso…

Otra palabra nueva.

Lo más impactante de todo, lo que nunca podría asimilar, fue que efectivamente era precioso. Era preciosísimo, y no me había dado cuenta hasta entonces. Bajo el singular manto azulado del ocaso, el río formaba una corriente de color lavanda, naranja y dorado que bañaba las numerosas islas rocosas y sus afloramientos arbóreos. Tenía un aspecto asombroso. Bajo esa luz, los Palcos del Acantilado adoptaban un color radiante que casi parecía negro, pero no del todo, que casi parecía azul, pero no del todo, y proyectaba unas sombras densas y frescas.

Borne no sabía que todo aquello era mortífero, venenoso, asqueroso de verdad. Puede que para él no lo fuera. Tal vez podría nadar en ese río y salir ileso. Y creo que, también en ese momento, me di cuenta de que había empezado a quererlo. Porque él no veía el mundo como lo veía yo, no veía las trampas. Porque hizo que me replanteara palabras tan sencillas como «asqueroso» o «precioso».

En ese momento, supe que había decidido intercambiar mi seguridad por otra cosa. Ese fue el momento. Y daba igual lo que

ocurriera después: había cruzado una frontera, y la pregunta no era en quién debía confiar, sino quién debía confiar en mí.

SEGUNDA PARTE

CÓMO ERA Y QUÉ OCURRIÓ DESPUÉS

La primera vez que vi a Mord fue seis años antes de mi encuentro con Borne, al anochecer de un día en el que no conseguí encontrar nada más que un trozo de carne que se estaba pudriendo en una cuneta, cerca de una alcantarilla medio abierta. Sé reconocer una trampa en cuanto la veo. Marqué la zona con tiza para no olvidarme y me alejé en dirección oeste, hacia los restos de una autopista abandonada cubierta de liquen, óxido y huesos astillados. Formaban un estampado de color verde, rojo y blanco que casi parecía como si alguien lo hubiera diseñado a propósito. No era liquen aprovechable, de lo contrario habría recogido un poco para más tarde.

Los altos niveles de químicos en el aire de la ciudad hacían que el atardecer resultara un espectáculo asombroso, aunque estuvieras agotado, tuvieras una distracción fatal o no te apeteciera ponerte trascendental. El naranja y el amarillo se fundían en capas que dejaban paso al azul y el morado. Miré hacia el norte, hacia el sur, y no vi a nadie. Encontré una tumbona descolorida y me senté a comerme unas galletitas saladas que estaban rancias. Se me formó un nudo en la garganta mientras contemplaba la puesta de sol.

Estaba cubierta de mugre después de llevar todo el día metiéndome por túneles en el distrito industrial, que estaba medio abandonado. Olía mal. Estaba exhausta. A pesar de mis precauciones, cualquiera podría haberme visto. Cualquiera podría haberme atacado. Pero me daba igual. A veces tienes que bajar la guardia para recordar lo que se siente, y yo ya había alcanzado mi cupo semanal. Esa carne echada a perder —porque un chiflado, un caníbal o un pervertido quería preparar una trampa— me había tocado las narices.

Mord se elevó entre la maraña de edificios que se extendía frente a mí. Al principio, fue como una esfera inmensa e irregular de color marrón oscuro sobre el borde anaranjado del sol. Durante un instante aterrador, pensé que se trataba de un eclipse, o de una nube química, o de mi muerte. Pero entonces el «eclipse» comenzó a desplazarse sin esfuerzo hacia mí, bloqueando el sol, ocultando el cielo, y pude ver su inmensa cabezota peluda con todo detalle.

Fui incapaz de echar a correr. Debería haberme ido corriendo, pero no lo hice. Debería haberme levantado a toda prisa de la tumbona y haberme dirigido hacia un conducto de desagüe. Pero no lo hice. Me

quedé sentada en mi tumbona, con una galletita asomando de mi boca, mientras contemplaba cómo la sombra del monstruo se alzaba sobre mí.

Mord no era tan grande por aquel entonces, y aún vivía en el edificio de la Compañía. Cuando se alzó sobre mí como un buque de guerra, tenía el pelaje de color marrón dorado, impoluto, olía a limpio, como si un pelotón de empleados de la Compañía se hubiera dedicado a acicalarlo durante horas.

Tenía unos ojos inmensos, brillantes y curiosos, sorprendentemente humanos, no tan curvos e inyectados en sangre como llegarían a serlo más tarde. La superficie blanca y lisa de sus colmillos evocaba, más que una amenaza sanguinolenta, la promesa de una ejecución rápida y limpia. Se deleitaba al sentir el roce del viento sobre su pelaje.

No puedo explicar plenamente el efecto que Mord produjo en mí en ese momento. Cuando inclinó esa cabeza sedosa y espléndida hacia mí, cuando deslizó su mirada sobre mi cuerpo, para luego pasar de largo con una especie de regocijo íntimo, cuando se puso a planear a escasos metros sobre mi cabeza, extendiendo el aroma a jazmín que emanaba de su pelaje. Y mientras contemplaba ese cuerpo gigantesco que me sobrevolaba, contuve el impulso de alargar un brazo para tocarlo.

Una parte de mí se preguntó si estaría siendo testigo del paso de un dios, o, quizá, si aquello era producto del hambre, una alucinación. El caso es que, en ese momento, me entraron ganas de abrazar a Mord. Quise sumergirme en su pelaje. Quise aferrarme a él como si fuera el último atisbo de cordura en el mundo, aunque hacerlo supusiera mi fin.

Cuando Mord pasó de largo, no me atreví a girar la cabeza para mirar. Tenía miedo. Miedo de que me estuviera mirando a su vez, con una expresión voraz. Miedo a que en realidad no existiera, a que me lo hubiera inventado yo por culpa de alguna carencia extraña. ¿Cómo era posible que Mord pudiera volar? ¿A qué milagro o maldición se debía? Yo no tenía ni idea, y Wick nunca me había explicado ninguna teoría. En ese momento, la posibilidad de que Mord hubiera sido humano alguna vez me parecía tan remota como una casita en la cumbre de una montaña recóndita. Pero era ese don para volar el causante de que algunos habitantes de la ciudad creyeran que habíamos muerto y ahora nos encontrábamos en el más allá. En algún infierno o purgatorio. Y una parte de esos creyentes se ofrecían a Mord como sacrificio… y no lo hacían mirándolo con la boca abierta desde una silla de jardín, mordisqueando una galletita salada. Porque

si ya estás muerto, ¿qué más te da?

Me quedé allí sentada con mis últimas galletas, mientras el ocaso se asentaba sobre mí y las estrellas comenzaban a aparecer. Al cabo de un rato, me puse a tiritar y percibí unos ruidos extraños que se acercaban, así que me fui a buscar un lugar seguro donde pasar la noche.

Llevaba poco tiempo en la ciudad. Poco después conocería a Wick, y entonces, tras tomar ciertas precauciones, me mudé con él a los Palcos del Acantilado.

*

Por mucho que Borne hubiera matado a mis agresores, y por muy pocas cosas que supiera de él, no pude acatar el dictamen de Wick. ¿Acaso Borne no tendría muchas cosas buenas que yo podría extraer de él, sin importar cuál fuera su propósito original? Esa era la pregunta fundamental que no paraba de repetirse en mi mente, aunque ya conociera la respuesta de Wick.

Durante las siguientes semanas, me esforcé tanto por aceptar a Borne que dejó de parecerme extraño. Aunque siguiera creciendo sin parar, hasta que llegó a ser más alto que Wick. Aunque siguiera intentando adoptar nuevas formas —cónica, cuadrada o esférica—, para después retomar su apariencia de calamar invertido.

Wick ya casi no se ausentaba y seguía cuidando de mí. Debería haberme mostrado más agradecida, pero su presencia me irritaba cada vez más. Cuando él estaba cerca, Borne tenía que permanecer inmóvil, mudo, ciego, sentado en un rincón, mientras Wick y yo conversábamos. Parecía un signo de interrogación gigante, y que Wick nunca mirase directamente hacia él, significaba que en el fondo estaba muy atento a la presencia de mi nuevo amigo.

Pero incluso cuando Wick se marchaba, mis conversaciones con Borne siguieron resultando forzadas y titubeantes. En un primer momento eludí las preguntas que debía formular, aunque después las retomé porque no me quedaba más remedio. Me veía a mí misma como un escudo frente a Wick; pensaba que sus preguntas serían más invasivas y sus conclusiones más severas.

Retomé la idea de que Borne fuera una máquina. Encontré un libro antiguo entre las ruinas y le enseñé una foto de un robot, después otra de una vaca creada por ingeniería genética. ¡Lo que daríamos hoy en día por ver a una vaca deambulando por la ciudad!

—¿Lo ves? ¿Eres como esto?

Borne se enderezó, exudando pseudópodos como si emergieran por sus poros.

—No soy una máquina. Soy una persona. Igual que tú, Rachel. Igual que tú.

Era la primera vez que hacía algo que le resultaba ofensivo. Le había dejado perplejo otras veces, sí, pero nunca le había ofendido.

—Lo siento, Borne —dije, y lo sentía de verdad. Cambié de tema, aunque no radicalmente—: Entonces, ¿sabes cómo llegaste a la ciudad?

—No lo recuerdo. Había agua, mucha agua, y después me vi caminando. Caminando sin más.

—No —repuse, con paciencia—. Ese recuerdo es mío. Te lo conté yo.

Esa confusión se repetía más de la cuenta.

Borne se quedó pensativo un instante, después dijo:

—Sé cosas acerca de cosas que no me pertenecen. Está todo mezclado. Lo mezclo yo. Se supone que debo mezclarlo. Bajo la luz blanca.

Pensé en esa luz blanca recurrente en los testimonios sobre experiencias cercanas a la muerte. «Estaba en un túnel. Vi una luz blanca».

—¿Qué recuerdas de esa luz?

Pero Borne no respondió a mi pregunta, prefirió optar por una respuesta que pensó que me agradaría:

—¡Me encontré cuando tú me recogiste! Tú me encontraste. Tú me asiste. Me asiste.

La palabra «asir» era una novedad para Borne, y se lo pasaba en grande con ella; no se cansaba de «asir» o «ser asido». La pronunciaba como si se tratara de una sirena, algo que yo le había enseñado —«aaaasiiir, aaaasiiiir, aaaasiiir»—, y echaba a correr por los pasillos como si fuera un colegial demente.

Pero cuando lo dijo esta vez, bajó la voz progresivamente y aplastó su cuerpo contra el suelo, junto a mi cama, tal y como hacía cuando hablaba de las cosas que le daban miedo.

—¿Sabes cuál es tu propósito en la vida? —le pregunté.

Los apéndices sobre los que reposaban los ojos de Borne, que habían brotado hacía poco y se extendían continuamente desde su cuerpo para luego volver a contraerse, me miraron con desconcierto.

—El motivo —dije—. Es decir… la razón para estar vivo. ¿Fuiste creado con un propósito?

—¿Todo tiene que tener un propósito, Rachel?

Esas palabras me tocaron la fibra, sentada en aquel salón, contemplando ese techo cubierto de moho.

¿Cuál era mi propósito? ¿Recolectar para Wick, para mí, y ahora

también para Borne? Sobrevivir y… ¿esperar? ¿A qué?

Pero mi intención era ser una buena madre y una buena amiga para Borne, así que le dije:

—Sí, todo tiene un propósito. Todas las personas tienen o buscan un propósito.

O un motivo.

—¿Yo soy una persona? —preguntó Borne. Sus apéndices oculares se estremecieron, mientras me miraba con total atención.

—Sí, Borne, eres una persona —respondí sin titubear.

Borne era una persona para mí, aunque ya estaba evolucionando hacia otro concepto.

—¿Soy una persona en mi sano juicio?

—No sé qué quieres decir —repuse. Era lo que solía decirle cuando quería ganar tiempo para meditar mi respuesta.

—Si existe un sano juicio, tiene que haber otro insano.

—Sí, supongo que sí.

—¿Cómo se acaba con un juicio insano? ¿Naces con ello?

—Es una pregunta complicada —dije.

Normalmente, habría respondido algo como: «¿Quieres tener un juicio insano?», o le habría dicho que existen varias posibilidades: o naces con ello, o te viene provocado por un trauma. Pero estaba agotada después de llevar todo el día reparando trampas.

—¿Es complicada porque yo ya tengo un juicio insano? —No. ¿A veces te gusta estar en silencio?

Puede que Borne fuera una persona, pero era una persona difícil, porque preguntaba por todo.

—¿El silencio se debe a un juicio insano? —preguntó Borne.

—El silencio es oro.

—¿Lo dices porque está hecho de luz?

—¿Cómo consigues hablar, si no tienes boca? —le pregunté, pero sin malicia.

—¿Porque no estoy en mi sano juicio?

—Juicio sano. Boca insana.

—¿No tener boca significa tener una boca insana?

—No tener boca significa…

Pero no pude seguir conteniéndome la risa.

Yo pensaba que esas conversaciones eran como una especie de juego para Borne. Pero en realidad se trataba de una mente juvenil, en formación, que aún no era capaz de comunicar conceptos complejos a través del lenguaje. En parte se debía a que los sentidos de Borne no funcionaban igual que los míos. Borne tenía que aprender lo que eso

significaba, al tiempo que le tocaba orientarse por el mundo humano a través de mí. La confusión resultante de esa situación, de encontrar unidad en todo aquello, de volverse básicamente trilingüe al tiempo que se vive en el mundo de los humanos, resultaba muy peliaguda. Desde siempre, desde que nos conocíamos, Borne se expresaba con aproximaciones, cometía muchos deslices cuando quería decir una cosa y a lo mejor acababa diciendo otra.

Mucho después, cuando me di cuenta de todo esto, repasé mentalmente nuestras conversaciones, para comprobar si podía dotarlas de otro significado. Pero era demasiado tarde. Son lo que son. Significan lo que significaban, y, en cualquier caso, algunas de ellas no las recuerdo bien… y eso me duele.

*

La última noche antes de que me tocara volver a salir a recolectar, Wick vino a ver qué tal estaba. Se había convertido en una rutina durante esa fase de nuestra relación, en un deber y una obligación. Borne adoptó lo que más tarde definiría, en broma, como el «modo mutis» o «meter tripa». Replegó sus ojos, se encogió, se dirigió hacia un rincón y se quedó allí sentado, mudo e inmóvil.

—¿Qué tal estás? —preguntó Wick desde el umbral. Unas sombras marcadas agudizaron la curvatura de sus pómulos, y tuve la impresión de estar hablando con un concepto, con una abstracción.

—Bien, gracias —dije.

—Mañana te irá bien.

—Sí —respondí, aunque no se tratara de una pregunta.

Wick se quedó allí plantado un instante, con los ojos centelleando como las esquirlas de un mineral, conteniéndose, distante. No me gustaba verle dolido por mi culpa, pero no hice nada para remediarlo. Wick no tenía por qué ser tan tozudo con el tema de Borne —eso era culpa suya—, y yo no añadí nada más. Así que Wick retrocedió, de regreso al pasillo, quizá para ir a meterse un escarabajo nemotécnico en el oído.

Conforme Wick retrocedía, Borne se desplegaba. Así era el proceso por aquel entonces. Coincidiendo también con esa época, la situación en la ciudad comenzó a cambiar, y estaban germinando cosas extrañas al tiempo que se marchitaban las ya conocidas.

Desde mi última salida al exterior, la Maga se había convertido en la principal potencia de la ciudad. Ahora controlaba una zona situada al noroeste que se iniciaba trazando una línea que se extendía aproximadamente desde el punto donde finalizaba la jurisdicción del edificio de la Compañía, en el extremo sur de la ciudad. Un ejército

creciente de acólitos le ayudaba a fabricar sus drogas y a proteger su territorio frente a Mord y otras amenazas. Wick solo contaba con su singular piscina, con el bastión de los Palcos del Acantilado, con una recolectora que sabía tender trampas, pero que le ocultaba secretos, y con una criatura con un potencial desconocido de la que deseaba librarse.

Peor aún, esos vástagos de Mord de los que tanto se hablaba hicieron al fin acto de presencia, y parecían más sanguinarios que su progenitor. No respondían a ninguna norma, ni siquiera a las leyes naturales del sueño. Tras su aparición, como si se hubiera producido alguna conjura entre los vástagos y la Compañía, Mord se pasó varios días resollando y resoplando enfrente de su sede. Bajo su incierta tutela, el edificio se estaba volviendo cada vez más inestable e inseguro. Mord se echaba a dormir enfrente de él, pero otras veces olvidaba su aparente papel como protector y golpeaba los muros, sin darse cuenta, con su enorme cabezota. Sabíamos que aún vivía gente en los pisos superiores, asediados en cierto modo, ya que su existencia se limitaba a cumplir los caprichos de Mord. Mientras que, según apuntaban los rumores, en los pisos inferiores de la

Compañía no gobernaba nadie.

A pesar de estos peligros, Wick no me dio cuartelillo. Teníamos un acuerdo, y yo debía empezar a cumplir de nuevo con mi parte. Tenía que salir a recolectar. No supe si se trataba de una bendición o de una crueldad, ni de dónde le surgió ese impulso a Wick. Pero no me importó. Ya era hora de levantarse de la cama.

Cuando Wick se marchó, Borne extendió uno de sus apéndices como si fuera un brazo, para cogerme de las manos. Su imitación de una «mano» resultó convincente, si bien un poco viscosa.

—¿Rachel?

—¿Qué, Borne?

—¿Recuerdas lo que dije sobre la luz blanca?

—Sí.

—Una parte de mí tuvo una pesadilla relacionada con eso, mientras tu amigo estaba aquí.

Me abstuve de formular todas las preguntas que podría haberle hecho:

«¿Una parte de mí?».

«¿Estabas dormido hace un rato?».

«¿Sueñas cosas?».

Había aprendido que, cuando Borne empleaba ese tono de voz, era para hacerme una confidencia, para contarme algo importante.

—¿Qué clase de pesadilla? —pregunté.

¿Cómo podía conocer la palabra «pesadilla»? Yo no se la había enseñado. Era la primera vez que la utilizaba.

—Me encontraba en un lugar oscuro. Aunque estaba inundado de luz. Estaba solo. Aunque había otros seres como yo. Estaba muerto. Todos estábamos… muertos.

—¿No vivos? —A veces, Borne decía que algo estaba muerto si no se movía, como una silla. O un sombrero.

—No vivos.

—¿Era como un cielo o un infierno?

—Rachel. —Lo dijo con cierto tono de reproche—. Rachel, no sé qué son esas cosas.

Yo tampoco lo sabía. ¿Cómo podría saberlo, si estaba hablando con un monstruo risueño, viviendo en un agujero en el suelo, entre tantas cosas rotas? Me reí para disipar ese pensamiento, como si algo me hubiera hecho gracia.

—No importa. Es algo relacionado con la religión, que es algo sobre lo que… no puedo enseñarte nada.

Mis padres no eran religiosos, y si algo había aprendido de las sectas de Mord, era que la religión en la ciudad no tenía nada que ver con la esperanza o la redención, sino con tentar a la muerte.

—Está bien —dijo Borne, y sus ojos formaron una especie de sonrisa reprobatoria—. No siempre lo entiendo, Rachel. Te quiero, pero no lo entiendo.

¿Me quería? Acababa de admitir que no sabía qué eran el cielo y el infierno. ¿Qué sabría entonces sobre el amor? Seguí preguntándole cosas, eludiendo esa cuestión.

—¿Y qué pasó luego?

—Intenté despertarme. Intenté despertarlos a todos. Pero no pude. No pude porque estaba muerto. Esa es la palabra: muerto. Y tenía que despertarme porque se estaba abriendo una puerta.

Para Borne, una vez más, «puerta» podía significar muchas cosas que no tenían por qué ser puertas.

—¿Qué ocurrió cuando se abrió la puerta? —pregunté.

—Me hicieron pasar a través de la puerta. Yo no quería atravesarla, y no solo porque estuviera muerto.

—¿Qué hay al otro lado de la puerta? —inquirí.

Borne giró sus numerosos ojos hacia mí, como filas de estrellas lejanas y brillantes, dispuestas sobre el fondo morado de su piel. Por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de que no le conocía.

—Como estoy muerto, no sé qué hay al otro lado de la puerta.

Y eso fue todo lo que tenía que decir.

Mi idea original consistía en intentar acercarme a Mord para convertirme en su sombra, como hacía antes. Esa seguía siendo la mejor manera de encontrar cosas útiles. Además, la prueba de fuego de mi recuperación sería plantarme justo detrás de su trémulo costado, arriesgarlo todo de una vez y no descubrir más tarde que ya no tenía las agallas ni la destreza necesarias. Pero de momento seguía resultando demasiado peligroso, así que me dirigí hacia una zona controlada por la Maga.

Me lo tomé con calma. Me levanté sin prisa, como si fuera un día más de mi convalecencia. Pero a primera hora de la tarde, me quedé sin pretextos y sin excusas. Era un buen momento para partir. Wick se quedó durmiendo hasta muy tarde porque había pasado fuera más tiempo de lo previsto, para asegurarse de que ni la Maga ni los vástagos de Mord le hubieran seguido.

Preparé mi petate, con una pequeña provisión de armas y suministros. Dos de nuestras últimas neuroarañas, capaces como si fueran granadas biológicas de paralizar el sistema nervioso de un agresor. Dos escarabajos nemotécnicos con los que negociar si necesitaba salir de algún apuro. Un puñado de algo rancio que bien podría haber sido carne o pan, pero que Wick me aseguró que era comestible. Un machete de los de toda la vida, un poco oxidado, que había encontrado en los túneles. Una cantimplora con agua, recogida de la condensación que se acumulaba en el agujero situado por encima del baño.

Me sentí imponente, enérgica y peligrosa.

Borne vino a verme cuando estaba guardando el agua en mi petate.

—¿Cómo se hace para hacer haces con cosas, si no tienes cosas aparte de heces con las que hacer haces?

Tardé un rato en asimilar qué palabras estaba empleando, y en qué puntos de esa pregunta. La palabra «haz» la había sacado de un libro sobre agricultura.

—Todos hacemos haces con cosas —dije, aunque no fuera del todo cierto. Pero llegados a ese punto, no se trataba tanto de responder a una pregunta como de seguirle el juego.

—¿Te vas a alguna parte? —preguntó Borne—. La gente que lleva un petate siempre se va a alguna parte. La gente que lleva un petate siempre tiene un propósito.

Había evitado mirarle a los ojos hasta ese momento, a todos esos ojos, pero entonces me di la vuelta, con el morral preparado, y dije:

—Voy a salir al exterior. Voy a hacer una recolecta. Volveré antes

de que oscurezca.

—¿Qué es una «recolecta»?

—Buscar cosas con las que hacer haces —respondí—. Hacer haces para ti.

—Quiero ir —dijo Borne, como si la ciudad no fuera más que otro túnel—. Debería ir. Está decidido. Iré.

Le gustaba zanjar las cosas antes de que yo pudiera intervenir.

—No puedes venir, Borne —repuse.

Todos los peligros habían vuelto a mí, y no creía que Borne estuviera preparado para afrontarlos. No se trataba solo de la Maga o de Mord. Los de mi propia especie también eran peligrosos: los recolectores que se escondían como arañas debajo de una trampilla para asaltarte; los que reacondicionaban aquello que encontraban en las fábricas y lo vendían a cambio de comida; los que encontraban unas buenas provisiones y las defendían a capa y espada; los (pocos) que habían aprendido a cultivar algún tipo de alimento en sus cuerpos y se devoraban a sí mismos, con resultados cada vez peores; los que estaban medio muertos, porque no eran lo bastante listos o afortunados, y aquellos cuyos huesos sazonarían la llanura cubierta de edificios derruidos, sin dejar ninguna huella ni recuerdo en quienes seguíamos viviendo. Yo no quería acabar como ninguno de ellos, y tampoco quería que acudieran a Borne como si fuera el mesías.

Pero Borne hizo caso omiso de mis reticencias.

—Tengo una idea —dijo—. No digas que no aún.

Era otra de sus tácticas favoritas. «No digas que no aún». ¿Cuándo le había negado yo algo? La cantidad de cabezas de lagarto que tenía acumuladas en una papelera, en un rincón de los Palcos del Acantilado, era prueba de ello.

—No.

—¡Te he dicho que no puedes decir que no!

Dejándose llevar por el berrinche, se expandió en todas direcciones y cubrió las paredes como si fuera un mar áspero, surrealista y verdoso, rematado por un par de ojos rojos e inmensos, centelleantes, recién formados, que me observaban desde el techo. Percibí un olorcillo a quemado. Borne sabía que no me gustaba ese olor. Por desgracia, no le molestaba el olor de los pedos que me tiraba como represalia.

No era la primera vez que presenciaba una de sus pataletas, así que no me asusté. Me había acostumbrado a muchas cosas durante mi convalecencia.

—A lo mejor la próxima vez. —Esa era mi táctica favorita.

Borne se contrajo hasta convertirse en algo del mismo tamaño y

forma que un perro grande y verde, fusionó sus ojos rojos en uno solo, grande, marrón y afectuoso, y se despegó del techo para bajar hasta la puerta. Desplegó una lengua perruna y se puso a jadear enérgicamente mientras me miraba.

—¡La próxima vez! La próxima vez. ¿La próxima vez?

—Ya veremos —dije.

Se metió en el baño, enfurruñado. Se estaba volviendo impaciente y malhumorado, en parte porque el alimento que le daba se había vuelto aburrido, pero también porque ya había explorado hasta el último recoveco de los Palcos del Acantilado, incluso con la limitación que suponía tener que evitar a Wick. Además, estaba convencida de que, aunque podía reducir su tamaño durante cierto periodo de tiempo, los túneles y los pasillos le empezaban a resultar claustrofóbicos. Aun así, no quería que Borne saliera al exterior.

A veces, cuando a mis padres se les caía la baba mirándome, sentía el peso de su cariño y sacaba la lengua como una niña maleducada. Ahora era yo la que miraba a Borne de esa manera.

*

Me sorprendí al ver la luminosidad que había en el exterior, los haces de luz se escindían en ángulos extraños. Había dado tres o cuatro rodeos para despistar, y me había arrastrado durante los últimos metros a través de un túnel que me dejó los costados magullados, y todo para asegurarme de que nadie pudiera averiguar mi punto de partida. Al emerger, la luz me obligó a entrecerrar los ojos, pero me gustó sentir la calidez del sol después de pasar tanto tiempo encerrada. Puede que se tratara del territorio de la Maga, pero, al contrario que los vástagos, la Maga dormía, y su control era más bien una especie de insurgencia, ya que no tenía nada que hacer contra Mord.

Era un barrio residencial, pero parecía como si hubiera sido bombardeado o regido por un ejército antes del final. Quienquiera que hubiera vivido allí desde entonces no había dejado ninguna huella de su paso, ya que dejar cualquier rastro suponía mandar una invitación a los depredadores. Había muros de carga renegridos con agujeros abiertos a golpes. Puertas arrancadas, también goznes. Pocos tejados. Postes telefónicos frágiles y avejentados, agrietados en la base, apoyados sobre los muros de unos adosados abandonados, con diminutas parcelas polvorientas a modo de jardines. Es posible que Mord derribara los postes, ya que todos estaban torcidos en el mismo ángulo. Allí donde el polvo y la tierra cubrían la calle, los postes me ayudaban a orientarme.

Mientras siguiera avanzando entre tanta quietud resultaría vulnerable, por mucho que me cobijara bajo la sombra de esos muros inservibles, por mucho que dejara el sol a mi espalda siempre que podía. Me decanté por aquellas sendas en las que no se veía a nadie, salvo de lejos. Unos pobres diablos descansando en la escalera de entrada a un edificio, que se alzaba por detrás de ellos como un amasijo de vigas desplomadas. Dos personas huyendo a la carrera, girando la cabeza para mirar hacia atrás. Un hombre robusto con una túnica negra que estaba cortando algo con un hacha, ajeno a cuanto le rodeaba. ¿Sería leña, carne? No me quedé a averiguarlo.

En aquellos tiempos, la ciudad permanecía inmóvil y parecía abandonada, pero no porque no hubiera nadie viviendo en ella; lo que ocurre es que no siempre podías verlos, ni detectar sus movimientos. Pocos vivían bien, pocos tenían una vida larga o feliz. Pero existíamos, y cuando me aventuraba más allá del santuario de los Palcos del Acantilado, siempre intentaba recordar que había gente viviendo allí, escondida en las profundidades de su madriguera, o esperando a que pasara yo —o alguien como yo— para activar una trampa, un cepo, o para seguirme y comprobar si tenía comida o biotecs escondidos en alguna parte.

Atravesé un cruce a la carrera, agachada, hasta el siguiente escondite. Pasé a través de unos agujeros en la pared que tenían el tamaño de una puerta y que, en su momento, hace mucho, debieron de abrirlos como vía de escape frente a la amenaza de francotiradores enemigos. Varios lagartos se escabulleron al verme, y me quedé a solas con mi respiración acelerada, con el olor a sudor y el roce del calzado sobre la gravilla polvorienta. Solo se veían los restos marchitos del intento de alguien por cultivar un huerto, unas pocas cuerdas de tender colgadas en un punto que no resultaba visible desde la carretera, tan tensas que parecían nuevas, no viejas.

Llegué hasta los límites del patio y me topé con una escena insólita. Una escena que habría resultado insólita en cualquier parte, menos aquí. Tres astronautas muertos habían caído a la Tierra y los habían dejado plantados como si fueran tulipanes, enterrados hasta la cavidad torácica, para después voltearlos dentro de sus trajes, con las viseras resquebrajadas e hincadas en la tierra. De los cascos brotaba moho y líquenes. Huesos, también. Se me aceleró el corazón, a caballo entre la esperanza y el desconsuelo. Alguien había llegado a la ciudad desde lejos, muy lejos, ¡puede que incluso desde el espacio! Eso significaba que había gente ahí arriba. Pero habían muerto al llegar aquí, como todo lo demás.

Entonces me di cuenta de que no eran astronautas, sino que solo lo

parecían, porque el sol había blanqueado los trajes anticontaminación, y aunque parezca una vileza, aquello me hizo sentir menos triste. No sabría decir qué había ocurrido. Tal vez fueran médicos enviados a combatir alguna epidemia durante los últimos días previos al caos, antes de que llegara la Compañía. Puede que fueran otra cosa totalmente distinta. Pero ahora estaban plantados en ese lugar, con unas cosas extrañas brotando de sus rostros, y me provocaron cierto recelo. No me sonaba que estuvieran allí hace un mes. No me fiaba de quien los hubiera plantado de esa manera, aunque llevaran mucho tiempo muertos o simplemente desaparecidos. ¿Quién sabe qué podría estar acechando más abajo, entre la basura y la arena?

Acercarse no era buena idea, con tanta carroña, así que observé los detalles con mis prismáticos. Tan impostados. Tan opuestos a la vida. Los guantes que cubrían sus manos esqueléticas los habían robado de una tienda y no casaban con los trajes. Me pareció percibir movimiento en una visera, el reflejo de alguien por detrás de mí, pero me di la vuelta y no vi nada. Aunque la sensación se mantuvo, y yo siempre me he fiado de mi instinto.

Existen ciertos trucos para ahuyentar a los que te vigilan. El más evidente es detenerse, girar el cuerpo ligeramente y agacharte para atarte los cordones; suficiente para sorprender a un rastreador ingenuo, inexperto o sencillamente inepto. O, si pretenden hacerte daño, los ahuyentará porque consideraban que estabas distraído, que eras vulnerable.

Me pareció atisbar otro movimiento por detrás de mí, procedente de la esquina desde la que acababa de asomarme para acceder al patio. Pero cesó de inmediato o se transformó en otra cosa. Era un pálpito extraño, pero estaba empezando a confiar de nuevo en ese tipo de pálpitos.

Por detrás de mí, hacia la izquierda, había varias hileras de casas hechas añicos; a la derecha había más casas de una sola planta, y por el medio discurría el camino polvoriento.

Saqué una neuroaraña de mi petate, me la guardé en el bolsillo, y después, rodeando el patio de los astronautas muertos, me adentré rápidamente por la siguiente calle, que estaba flanqueada por casas que aún seguían intactas. Después trepé por una pila de escombros para encaramarme a lo alto de un tejado ligeramente en punta. Quería tener una panorámica a vista de pájaro, aunque la punzada en la rodilla y la flojera en el hombro me dijeran que escalar era una mala idea.

Me tendí boca abajo encima de tejas ásperas y listones astillados, mientras se adentraba en mi cuerpo el calor suave y desvaído que

irradiaba del tejado. Estaba dañado, pero resultaba estable. El cielo que se extendía ante mí era de color azul oscuro, se desdibujaba en una sospecha del ocaso. A lo lejos, un espejismo de delicadas líneas de fractura insinuaba la presencia de unas montañas. Pero no había ninguna montaña, que nosotros supiéramos. Solo era un engaño del cielo.

Más abajo, pude ver las hileras de casas apiñadas que ejercían a modo de lápidas, que se habían conchabado con las calles para formar una intersección con forma de X ante mí. En un extremo, divisé las cabezas de los astronautas muertos, que asemejaban crisálidas, en su insólito patio.

Me sentí vulnerable a pesar de mi posición ventajosa, embargada por una sensación de triangulación y viejas cuentas que saldar. La sensación vibrante de estar observando a alguien, de ser una espía o incluso una francotiradora, lo cual me hacía sentir incómoda. A una altura, sobre aquel tejado, que en una ciudad como esta no era tan segura como cabría esperar. Mord podría descender en picado y capturarme, antes de que a mí me diera tiempo a capturar algo del suelo. O, dicho de una forma menos poética: los vástagos de Mord podrían ponerse a trepar para jugar a los desmembramientos.

Permanecí tanto rato en esa postura, fingiendo ser una estatua en posición horizontal, que sentí alivio cuando divisé algo que al principio no reconocí: era una figura que avanzaba por la calle. Me puse tensa y me pegué cuanto pude a la superficie curva del tejado, oteando aquel terreno plagado de luces y sombras.

Un individuo alto, ataviado con una túnica oscura, se estaba acercando hacia mí. Un individuo con un sombrero picudo de ala ancha, calado sobre los ojos. Era un sombrero flexible que aleteaba y relucía, y el desconocido caminaba de un modo un tanto extraño, fluido y desacompasado. Más tarde comprendí que se asemejaba a los andares torpes de un bebé, pero en el cuerpo de un hombre. Los brazos de aquel tipo pendían a ambos lados y las manos aleteaban al ritmo de la marcha. Manos demasiado pálidas, que parecían insignificantes, como si el torso y las piernas fueran reales, pero los brazos solo estuvieran allí para completar la ilusión.

Algo iba siguiendo a ese individuo desde lejos: un animal pequeño, que se asomaba desde las esquinas para otear, tal y como me asomaba yo desde el tejado para hacer lo propio. Tenía unas orejas desmesuradamente altas, una lengua áspera y rosada. Los prismáticos me confirmaron que se trataba de una especie de zorro, pero con unos ojos extraños. ¿Una criatura que había salido a deambular, movida por la curiosidad? ¿Para buscar carroña? ¿O quizá fuera un espía, un

rastreador? ¿Para quién o para qué? Fuera lo que fuese, tenía un instinto similar al mío, y de repente miró hacia arriba, me divisó, y entonces desapareció como si nunca hubiera estado allí.

El individuo al que estaba siguiendo el zorro dio unos cuantos pasos más, y entonces el miedo que me atenazaba las entrañas se convirtió en una risita ahogada, que después dejó paso al enfado y la preocupación. Comprendí que estaba viendo a Borne disfrazado. Salvo que no llevaba ropa puesta; había ido un paso más allá y había creado su ropa a partir de su propia piel. El sombrero era su cabeza y las estrellas eran sus ojos, transformados en un adorno.

Me incliné sobre el tejado cuando Borne pasó junto a la casa de enfrente. No pensaba levantarme todavía, para no convertirme en el blanco de nadie.

—Borne —dije.

Sobresaltado, miró hacia arriba.

—¡Ay, cielos! —exclamó—. ¡Ay, cielos!

Entonces se hizo grande, cada vez más grande, giró como un sacacorchos, se alargó como si fuera un muelle hasta alcanzar el tejado, mirándome desde tan cerca como si fuera miope, con su sombrero mágico. Estuve a punto de perder agarre.

—¡Borne!

—¡Rachel! —Volvió a replegarse hasta el nivel del suelo y me miró desde abajo.

—Borne. —Sentí cierto vértigo al verlo. Estaba claro que había seguido creciendo desde aquella mañana.

—Rachel. Se supone que no debías verme.

—¡Y tú no deberías estar aquí! No es seguro.

Borne dio muestras de sentirse irritado, una reacción nueva, aprendida la semana pasada.

—Si no es seguro, ¿por qué saliste?

—Eso es asunto mío. Me has desobedecido. Me has seguido como un niño malo. ¡Niño malo!

Aunque Borne seguía alternando entre actitudes propias de niños y de adultos, aún no había superado lo del «niño malo». El siempre había querido ser bueno.

—Lo sé.

Pareció desconsolado. Pero ¿se sentía así realmente? Aún se le veía exultante. Se había puesto eufórico, y si este mundo inmenso y espantoso no había logrado quitarle esa sensación, ningún castigo podría hacerlo. Y, a pesar de mi brusquedad, a mí también me embargaba cierta euforia por haber salido de nuevo al mundo. Puede que Borne lo percibiera.

Borne se deshizo de su ropa y volvió a ser un híbrido entre un calamar y una anémona marina, de metro ochenta de estatura, con ese círculo de ojos rodantes. Me puse nerviosa, retrocedí, alargué la mano hacia un escarabajo, me detuve. Borne nunca me había resultado tan ajeno como en ese momento, solo y desnudo en plena calle, pese a que fue así como lo conocí en los Palcos del Acantilado. Nada ni nadie me había parecido nunca tan fuera de lugar.

Sentí el impulso de dejarlo allí, en esa calle polvorienta, de brincar sobre tantos tejados como me fuera posible para alejarme de él. Tuve la sensación de que mi vida resultaría más sencilla, y mejor, si dejaba que el marrón se lo comiera otro. Pero el sentimiento de pérdida que se manifestó en segundo plano casi me hizo tambalearme, mientras seguía subida en ese tejado. No podía hacerlo.

El ambiente se enrareció de repente, y eso me llevó a concluir, de manera irracional, que Mord se estaba acercando, así que me bajé rápidamente del tejado. Tampoco me apetecía seguir ahí fuera cuando se hiciera de noche.

—¿De qué ibas disfrazado? —le pregunté.

—No es gran cosa —repuso Borne, sin mirarme con ninguno de sus ojos, lo cual fue una proeza.

—¿De qué?

—De hechicero —respondió con timidez—. Lo saqué de uno de esos viejos libros de los Palcos.

—¿De cuál?

—No lo sé. En muchos de ellos salen hechiceros. Todos parecen iguales.

—Pero todos lanzan hechizos diferentes —repuse.

—¿De veras? ¿Wick es un hechicero? ¿Conoce algún hechizo?

—Yo soy una hechicera —dije—. Conozco un hechizo para llevarte de vuelta a los Palcos del Acantilado.

—Eso no es un hechizo —replicó Borne, pero no lo dijo muy convencido.

Al menos, los hechiceros no eran magos. Si alguna vez caía bajo el influjo de cierta maga, estaríamos perdidos.

—¿Qué voy a hacer contigo, Borne?

Se lo pregunté porque yo no lo sabía. Había sido una idiota al creer que podría impedir que la ciudad lo contaminara. Si hubiera tenido tiempo, le habría soltado un sermón en ese mismo momento acerca de los peligros que nos rodeaban. Le habría contado lo que no le había dicho hasta entonces: que la mayoría de los recolectores le verían como una mercancía muy valiosa. Que nadie le consideraría una persona, sino más bien una cosa.

Durante el camino de vuelta, pasamos una última vez junto a los muertos de los trajes anticontaminación, y Borne ondeó la mano y les dijo adiós.

Como si los conociera, como si fueran buenos amigos.

Un rato después, sentí un cosquilleo en la nuca, la sensación de que alguien nos observaba. No tardé en identificar el origen en un animalillo que se mantenía rezagado como una sombra, avanzando con sigilo.

—Ese zorro no para de seguirte, Borne. ¿Debería preocuparme?

—Es mi mascota —dijo Borne.

—Ese zorro no es tu mascota. ¿Lo has acariciado?

—No, porque no me deja.

—¿Sabes por qué te sigue?

—Le dije que lo hiciera.

—¿Se lo dijiste?

—No, claro que no se lo dije. Es absurdo. Infame. Ridículo. Vulgar.

—¿Por qué no te acercas sigilosamente a él y te lo comes, como si fuera un lagarto?

—No, no me dejaría hacerlo —repuso Borne.

—¿Ni siquiera si lo emboscaras? —Yo no tenía nada personal contra ese zorro, pero tanto él como sus congéneres estaban empezando a irritarme.

—Siempre está encendido —dijo Borne.

—¿Qué significa eso?

—Siempre está encendido, como una bombilla. No está borroso, como la mayoría de las cosas.

—¿Qué significa eso? —volví a preguntar. Ya nadie tenía bombillas. ¿Cómo conocía Borne su existencia?

Borne no respondió, y cuando volví a mirar hacia atrás, el zorro ya no estaba.

Aun así, adopté varias maniobras evasivas, regresé sobre mis pasos y, cuando entramos por la puerta secreta que conducía a los Palcos del Acantilado, me aseguré de que ninguna criatura viviente nos estuviera observando.

*

De regreso en mi apartamento, me desperté sobresaltada en mitad de la noche y me di cuenta de que Borne parecía llevar un rato hablando. Estaba acurrucado junto a mi cama, convertido en un amasijo de apéndices flexionados que emitían un resplandor verde, mientras sus innumerables ojos salían disparados de un lado a otro de su cuerpo. La mitad de esos ojos me observaba. La otra mitad miraba hacia la

puerta. Tuve la vaga impresión de que hasta hacía apenas un instante me había estado observando desde mucho más cerca.

—… pero no sé por qué me estaban siguiendo, y no sabía que el exterior era tan grande y polvoriento. Qué grande era el exterior. Incluso había un cielo. Un cielo inmenso. Un cielo tan inmenso que parecía que se me fuera a caer encima. Y todas esas… paredes. Cuántas paredes. Y las pequeñas criaturas que me seguían. Y el calor. Hacía calor. Mucho calor. Calor, calor. No me entró sed, pero podría haberla tenido. Porque hacía calor. Y el exterior era vasto y grande. Eso es una ciudad. Ese es el aspecto que tiene una ciudad en persona. Así es. Así es.

»Y había unos astronautas. Enterrados en el suelo.

Se acordaría de los astronautas muertos durante una buena temporada. En las semanas siguientes, cogió incluso tres muñecos y fingió mantener conversaciones con ellos. Acababan de regresar de la luna y estaban ayudando a repoblar la Tierra, o alguna chorrada por el estilo. Borne tenía tantos tentáculos que podría haber representado una obra compleja si hubiera querido.

Giré sobre la cama y traté de ignorar su parloteo incesante. Era evidente que había sufrido una sobrecarga sensorial. Era evidente que había sido algo nuevo para él. Tendría que acostumbrarme a ello, o la capacidad de sorpresa de Borne nunca dejaría de asombrarme. Pero cuando me acostumbrara, echaría de menos compartirlo con él, por mucho que fuera un alivio. Ser inmune al sentimiento de asombro continuado de otra persona es una especie de don.

Entonces se me ocurrió algo. Alargué la mano y le di unas palmaditas a Borne, en lo que supuse que era su coronilla.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Rachel?

—Borne, cuando me seguiste, ¿cómo lograste salir del apartamento?

Me dio una respuesta vaga, imprecisa. Tuve la sensación de que, aunque estaba respondiendo a mis preguntas, solo estaba dedicando una pequeña porción de su ser, mientras que otras partes de su cuerpo chasqueaban y se estremecían, con la mente puesta en otro sitio.

—La puerta estaba abierta. Estaba abierta de par en par, y me pareció que era una invitación para…

Le interrumpí, incorporándome sobre un codo.

—Ni estaba abierta, ni era una invitación.

Yo había dejado cerrada la puerta con varios tipos de cerrojos, más que nada para que Wick no pudiera entrar.

—El espacio que queda por debajo de la puerta estaba abierto.

Tardé un instante en asimilar esas palabras. Así que Borne se había

vuelto tan fino e invertebrado como una tortita, y después había salido por debajo de la puerta. Genial.

Dejé que Borne volviera a sumirse en esa extraña frontera entre la vigilia y el sueño que le permitía soñar.

Pero yo me había desvelado, así que me fui al apartamento de Wick, pensando que ya habría regresado de sus merodeos nocturnos. Quería meterme en la cama con Wick. Ya fuera para dormir o para acostarnos, eso estaba por ver. Pero durante una hora o una mañana, quería sumirme en el olvido y no pensar en nada.

Criar a Borne yo sola estaba resultando agotador.

Encontré a Wick al lado de su querida piscina repleta de biotecs «asquerosos», y lo abordé allí mismo, en el suelo. Lo abordé por sorpresa, de una manera completamente inesperada, casi furtiva, y él se dejó hacer. Después de haber estado en el exterior, de haber tenido que estar tan alerta, tan al mando de la situación, me dejé llevar por lo opuesto a todos esos conceptos… y me sentí completamente recuperada de la agresión. Pude realizar cualquier tipo de movimiento sin que me doliera.

Había estado en el exterior y no me había ocurrido nada malo. O, al menos, no me había expuesto a la posibilidad de que algo así me sucediera. Y tampoco me estaba ocurriendo nada malo desde que había vuelto a entrar.

—¡Ahora no! ¡Estoy trabajando! —repuso Wick, siguiendo nuestro viejo ritual, nuestros códigos y procedimientos.

—Ahora —repuse.

—¡Pero es que estoy intentando trabajar!

Con qué entusiasmo lo dijo, pronunciando esa vieja réplica que significaba, en realidad, que nada le gustaría más que olvidarse del trabajo, que sentirse abordado por mí, cosa que llevaba semanas sin ocurrir.

Así que lo abordé y lo seguí abordando hasta dejarle sin fuerzas, hasta que nuestras pieles relucieron con el sudor del otro. Nuestros cuerpos seguían reconociéndose, y los Palcos del Acantilado seguían sabiendo que nuestro destino era estar juntos. Aún podía sentir esas líneas de poder extendiéndose en todas direcciones, mis trampas entrelazadas con las sorpresas de Wick, y nosotros en medio de todo aquello, en el epicentro de nuestra creación.

Aunque no hubiéramos hablado después, aunque no hubiéramos intercambiado entre susurros esas palabras de cariño tan íntimas que nadie más habría podido entenderlas, la cosa habría estado bien. Me habría hecho sentir bien. Me habría hecho sentir que lo que quiera

que se hubiera torcido entre nosotros se podía enderezar. Pero eso me llevó a bajar la guardia, quizá porque Wick se mostraba en los instantes posteriores al sexo más bromista de lo normal.

Se levantó, se puso unos calzoncillos raídos y una camiseta vieja, y se acercó al borde de la piscina. Se apoyó sobre una rodilla para sacar algo escamoso y de color gris metálico de las fétidas profundidades de la piscina, mientras flexionaba la cadera —pálida, esbelta, pero musculada— para mirarme con esos ojos cargados de magnetismo.

—Nos estás poniendo a ambos en peligro, Rachel —dijo con tono desenfadado.

Wick parecía desnudo desde ese ángulo, larguirucho y vulnerable. Al moverse, lo hizo acompañado de una especie de zumbido, como si fuera un insecto. Entonces comprendí que se había tomado algo para tranquilizarse, o que había utilizado uno de sus escarabajos, así que una parte de él se encontraba en otro lugar.

—¿Con el sexo?

Wick se rio, y su risa pareció más aguda de lo normal, debido a la acústica de aquella estancia. Se dirigió lentamente hacia el otro lado de la piscina, atraído por un destello o un brillo tenue que le instó a utilizar un palo para remover el potingue.

—Borne te ha seguido hoy hasta el exterior —dijo Wick—. Por su culpa, volviste temprano. Borne sigue creciendo a un ritmo disparatado, Rachel.

Ahí estaba la cuestión, pronunciada en voz alta. Abrí la boca para recriminarle que me hubiera estado espiando, pero ¿de qué habría servido? Yo me había colado en su apartamento y había registrado sus cosas.

—¿No deberías preocuparte más por Mord… y por la Maga?

—Borne no es tu amigo, Rachel.

—Nunca he dicho que lo sea, Wick. —Aunque ahora lo era.

—Me lo dijiste aquí mismo, y me dijiste que lo aceptara.

—Nunca te he dicho eso —repliqué—. No con esas palabras.

—Me dijiste que tenía que aceptar a Borne.

Un paso más y todo lo que acabaríamos haciendo sería negar, negar y negar. «Yo nunca he dicho eso, yo nunca he hecho eso», como hacen los matrimonios.

—¿Y por qué no puedes aceptarlo?

—Porque te equivocas. Porque no puedo negar la evidencia. Solo puedo eludirla. —Me estaba diciendo que creer en Borne era como una religión—. Como el hecho de que nunca expulse nada por su cuerpo.

Otra vez ese detalle, como si tuviera alguna importancia.

—El hecho de que no cague ni mee no me parece peligroso. El hecho de que no cague ni mee no me parece una amenaza para nuestra seguridad.

—Puede que lo esconda en alguna parte.

—¿Qué más da si esconde su mierda o no?

Esas eran las conversaciones que tanto odiaba, las que me hacían parecer idiota, desprevenida, insignificante.

—Porque si no es así, entonces Borne es la criatura más eficiente que he visto en mi vida.

Contraataqué con mis propios argumentos:

—Ya es demasiado tarde para diseccionarlo, Wick. Nos resulta más valioso si sigue con vida.

—Sí, ya es demasiado tarde, pero no por ese motivo —repuso Wick —. Debería haberme mostrado más firme al principio. No debí hacerte caso.

—Si no me hubieras hecho caso entonces, puede que no estuviéramos juntos ahora.

Wick me lanzó una mirada penetrante y fugaz.

—¿Estamos juntos ahora? ¿Estamos juntos de verdad, o simplemente compartimos techo?

No respondí de inmediato. La premura con la que me había metido en su cama me parecía ahora un problema. No porque me estuviera reconciliando con él, sino porque Wick no había formulado de primeras ninguna pregunta, no se había resistido, se las había guardado para luego, a pesar de nuestros roces. Comprendí lo que eso significaba: que tenía poder sobre él, uno que hasta entonces solo había sospechado. Aunque puede que lo supiera desde el momento en que me permitió quedarme con Borne.

—Solo si no tenemos secretos —respondí.

Era injusto decir eso, sí. Pero también era cierto. Wick seguía ocultándome secretos.

Wick se incorporó, sin dejar de mirarme, sujetando todavía el mango de la vara, en cuya punta había fijado un colador para separar a los habitantes más pequeños de aquella piscina de color verdoso y anaranjado. Resonaron siseos y chasquidos en el agua, a medida que unas criaturas fetales a medio desarrollar salían a la superficie y se volvían a sumergir. Bajo aquella luz verdosa, Wick tenía un aspecto mucho más extraño que Borne.

—Sé que habla —dijo—. Borne habla. Le he oído. En una ocasión, le oí decir que a lo mejor era un arma.

Traté de reprimir la oleada de ira que me embargó.

—Nos has estado espiando. Has estado escuchando a escondidas en

mi apartamento.

De nuevo esa sensación, ese escollo que se manifestaba para destruirnos. No quería pensar que algún día acabaríamos siendo como una de esas parejas divorciadas que se ven obligadas a compartir el mismo apartamento porque ninguno puede permitirse mudarse y pagar un alquiler completo.

Wick negó con la cabeza.

—No, no os estaba espiando. Le oí hablar en el pasillo. Estaba hablando con un par de lagartos a los que había matado. Antes de comérselos. No me vio.

Era cierto que Borne hablaba mucho solo. Ahora pasaba mucho más tiempo a solas, incluso aunque yo estuviera presente. En cierto modo, eso era lo que más me dolía. La sensación de que quizá no le bastara conmigo.

—Borne no es un arma. Lo entendiste mal. Él no sabe lo que dice.

Wick se encogió de hombros.

—Puede.

Wick se sentía dolido, lo noté en su mirada, porque yo ni siquiera había admitido la traición que suponía que hubiera tenido que enterarse de esa manera de que Borne podía hablar.

Así que transigí, en una especie de rendición que consistía en cubrir su dolor con besos, que cubría ese dolor con sexo. Porque todavía le deseaba, pero también para que no hiciera falta hablar. Hablar era el problema. El enemigo. Basta ya de hablar.

¿Qué fue lo que me atrajo de Wick? ¿Qué era lo que seguía atrayéndome hacia él? No quiero darte una imagen edulcorada de él, ni poner excusas, ni contarte cosas que son demasiado personales o que podrían emplearse como pretexto para cogerle cariño u ojeriza.

Puede que en un primer momento fuera algo parecido a lo que me gustaba de Borne. Al principio, recuerdo que disfrutaba como un niño de las cosas sencillas que le permitían dejar a un lado sus miedos, sus temores, su estrés. Cosas de lo más trilladas, estereotípicas, sensibleras. Como un rayo de sol o una mariposa. Me gustaba porque contrastaba mucho con su suspicacia. Portaba su desconfianza como un exoesqueleto, para disimular al muchacho tímido que había debajo.

Incluso en esos tiempos difíciles, inciertos y estresantes, Wick podía recuperar esa sensibilidad. Apenas un par de días después de nuestra conversación, me puse a observarle sin que él lo supiera, y le vi alegre; corriendo y brincando por un pasillo de los Palcos del Acantilado, repitiendo para sí una y otra vez: «Puedo hacerlo. Puedo hacerlo».

Me pregunté si los gusanos de diagnóstico le habrían roído el cerebro y por eso estaba tan feliz. Le había visto otras veces de buen humor, pero no en aquella época, así que seguramente estuviera borracho. Luego, un poco más tarde, fui a su apartamento y Wick volvía a estar serio. ¿Acaso solo mostraba esa parte de sí mismo cuando estaba solo?

He esperado demasiado a contarte esto. Solo puedo relatar lo que se me quedó grabado. Wick podía ser amable. Atento. Idealista. Eso lo sé. Pero también sé que a veces ponía palabras en mi boca. Yo nunca le dije abiertamente que tenía que aceptar a Borne, nunca le dije que Borne fuera mi amigo.

CÓMO ME HIZO SABER BORNE QUE NECESITABA PRIVACIDAD

Unos días después de que lo sorprendiera siguiéndome por la ciudad, Borne me dejó pasmada con un anuncio formal: quería mudarse de mi apartamento. Para decírmelo, se volvió pequeñito y «respetable» —así lo definía él—, casi humano, de no ser por la cantidad de ojos. Con lo de «respetable» venía a decir que había adoptado la apariencia de un ser humano que está experimentando una viscosa y dolorosa transformación para convertirse en un pulpo terrestre con cuatro patas en lugar de tentáculos. Así era como se presentaba para pedirte un favor. Cualquier otra persona que se hubiera topado con el «Borne de los favores» habría salido huyendo despavorida.

—Así que te mudas, ¿eh? Qué cosas —dije, haciéndome la tonta.

Me temblaban las manos solo de pensarlo. El corazón se me estaba encaramando por la garganta, mi mente se convirtió en un torbellino. ¿Lo decía en serio? No podía marcharse. Yo no se lo permitiría.

—Sí, Rachel —respondió, despidiendo un olor que recordaba a madreselva y agua salada, que era su manera de engatusar a los demás —. Es algo que se veía venir.

¿De veras? ¿Se veía venir? Porque a mí jamás se me habría pasado por la cabeza que pudiera suceder algo así. Por mucho que pudiera ver hasta el último túnel que conformaba los Palcos del Acantilado cuando cerraba los ojos, esa posibilidad nunca se me había ocurrido. Borne existía en un lugar concreto, en el epicentro de todas las líneas que yo misma había trazado. Pensaba criarlo en mi apartamento y viviríamos juntos allí, y no había más que hablar.

Pero lo único que dije fue:

—¿Adónde piensas mudarte?

—A otro apartamento en los Palcos del Acantilado.

—¿Por qué? —inquirí, mirándole, sintiéndome vulnerable.

—Necesito mi espacio —respondió Borne, y lo dijo de una manera tan adorable que me derretí por dentro, a pesar del pánico que me había entrado—. Necesito privacidad. Necesito estar en privado.

—¿Te hago sentir que no tienes suficiente espacio?

—No —dijo Borne—. Sencillamente, quiero mi propio espacio. Te prometo que vendré a visitarte. Y tú puedes venir a verme cuando me haya asentado, en cuanto lo haya adecentado todo.

Ese comentario podía significar que había elegido un estercolero inmundo, que requería mucha faena, o que un apartamento al gusto de Borne tendría un aspecto muy diferente al mío, lo cual también me dolió.

No pude evitar pensar que Borne había leído una escena parecida en un libro y estaba interpretando uno de los papeles. Puede que, en ese hipotético libro, el papel que interpretaba yo recayera sobre alguien que le gritaba o le decía que no, o que iniciaba una discusión repetitiva e interminable para hacerle ver su error. Pero yo no podía portarme así con Borne.

Cuántos pensamientos nocivos y no tan nocivos, indignos de cualquiera de los dos. Yo ya me estaba castigando, maldiciéndome por no haber sabido ser una buena madre. Si le prohibía salir al exterior, si me mostraba condescendiente con él, no era de extrañar que quisiera irse. Y ¿acaso no era esa la evolución natural de un niño que crece tan deprisa? Hacerse adulto. Mudarse. Vivir solo. Pero no era así como se hacían las cosas en la ciudad, donde aferrarse al otro, actuar como un solo individuo, era más seguro, por mucho que le hubiera estado llenando la cabeza con la idea de una vida normal, con ideas mundanas y convencionales.

—Tengo mis condiciones —dije, tras una pausa—. Hay unas reglas. Si las quebrantas, te vendrás otra vez a vivir conmigo.

Como si eso fuera algo tan malo, tan horrible. Mientras, yo seguía sin saber dónde se había originado ese impulso, esa ansia de separación. ¿Procedería de una fuente externa? No paraba de ver al pequeño zorrillo, como si fuera un signo de interrogación situado al final de todo.

—¿Cuáles son las reglas? —preguntó Borne.

—Vendrás a verme todos los días.

—¡Por supuesto que sí!

Le entristeció que pensara que no lo haría, aunque quizá fueron imaginaciones mías.

—No irás al exterior, a la ciudad, salvo que yo te acompañe. De momento, eso significa que no saldrás de aquí. Puedes escabullirte de

tu apartamento por debajo de la puerta todo lo que quieras, pero no abandonarás los Palcos.

—Me parece bien, Rachel —dijo Borne—. En cualquier caso, estaré ocupado decorando mi apartamento.

—Y me seguirás echando una mano por aquí siempre que lo necesite. Y a Wick también.

Sería inevitable que Wick y Borne intercambiaran algo más que miradas suspicaces dentro de poco. Los dos estaban al tanto de la existencia del otro. Los dos interpretaban un papel cuando el otro estaba presente. Algún día, pronto, serían presentados formalmente. Me había esforzado por hablar de Wick solamente de una manera positiva cuando Borne estaba delante, aunque había tenido un par de deslices.

—Cuenta con ello —dijo Borne—. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, estamos de acuerdo —respondí, parafraseando a Borne, como si hubiéramos firmado un tratado.

Un tratado que me partía el corazón, aunque la conmoción que sentía, la idea de que le estaba perdiendo, había remitido. Borne seguiría estando cerca. Seguiría estando con nosotros.

—¡Gracias! ¡Gracias! Gracias, gracias, gracias, gracias, gracias.

Borne se volvió inmenso, desplegó unas aletas similares a las de un pez manta, y se agachó para dame un abrazo enorme y conmovedor. Yo me quedé paralizada, como si me hubieran abofeteado, mientras me preguntaba por qué me sentía tan triste. Borne se había vuelto tan fuerte que incluso ese gesto de cariño me dejaría moratones.

—Ya puedes soltarme —dije, pero me aferré a él un rato más.

El nuevo apartamento de Borne se encontraba apenas a un pasillo y una esquina de distancia, y la primera noche ni siquiera pareció un cambio permanente, ya que Borne vino a verme para charlar, principalmente sobre la trágica escasez de lagartos en los Palcos del Acantilado. Después jugamos a un juego de cuando Borne era pequeño, apenas unas semanas antes. Ya era demasiado mayor para ello, pero funcionaba a modo de recuerdo entrañable, algo que compartíamos para mostrarnos afecto.

—Rachel, Rachel, ¿qué soy? —Los colores que irradió evocaron una sonrisa o un destello de alivio.

—Es una pregunta difícil, Borne. No sé lo que eres.

—¿Soy una ardilla?

—No creo.

—¿Soy un pez?

—¡Desde luego que no!

—¿Soy un… zorro? Criado en secreto como un animal corriente. Pero en realidad soy un zorro auténtico. El más auténtico de los zorros. El primero de su especie.

Negué con la cabeza.

—No, no eres un zorro.

Una vez más, Borne estaba contando historias extraídas de un libro infantil. Decidí darle unos cuantos tomos sobre economía y política por la mañana. Si es que lograba encontrar alguno. Tal vez uno de esos *thrillers* que se leen durante la espera en el aeropuerto, aunque entonces me tocaría explicarle lo que es un aeropuerto. Puede que se tratara de una venganza inconsciente: si Borne quería ser un adulto, le haría convertirse en uno con todas las consecuencias.

—Entonces, ¿soy un… Borne?

—¡Sí! —exclamé—. ¡Eres un… Borne!

—Qué bien —dijo Borne—, porque ese es el nombre que me pusiste.

No sé si estaba siendo sarcástico o no.

—Y yo soy una Rachel.

—No, de eso nada. Eres un ser humano.

—A lo mejor soy un hueso de jamón conectado a una falange. —Es algo que solía decir mi madre.

—¿Un hueso de jamón tiene falanges? Puedo ver todos tus huesos, pero no sé qué significan.

Mordiéndome el labio para contener una especie de risita nerviosa, dije:

—Deja de pensar un rato, Borne. De tanto pensar, se te va a derretir el cerebro. ¿Quieres que se te derrita?

—No sé —dijo Borne—. Si se me derrite el cerebro, ¿me darán uno más grande? ¿Uno que no esté alojado en las yemas de mis dedos?

La situación empezaba a resultar absurda, así que me di por vencida con él, lo que significaba que había llegado el momento de pasar a la parte en la que Borne desplegaba un brazo para formar la silueta de un animal que yo debía intentar adivinar. Después yo haría lo propio con mis manos humanas, que parecían dos losas al lado de sus mañosos tentáculos.

Durante mucho tiempo, pese a que aún no me había invitado a su apartamento, supongo que pensé que Borne seguía aparentando, tratando de averiguar qué significa ser una persona. Y aún me quedaba el consuelo de ser la confidente de Borne, mientras que Wick seguía siendo el intruso que tuvo que acecharle y oírle hablar con lagartos imaginarios.

Era absurdo que Wick pudiera saber más cosas que yo acerca de

Borne.

QUÉ OCURRIÓ CUANDO LLEVÉ A BORNE, A PROPÓSITO, AL EXTERIOR

Más pronto que tarde, Wick acabaría descubriendo que Borne ocupaba otro apartamento y vería en ello nuevos indicios de amenaza. Pero el problema más acuciante era que cuando Borne estaba delante debía cuidarme de no mencionar el exterior, porque el concepto de la ciudad, de cualquier cosa más allá de los Palcos del Acantilado, le fascinaba hasta límites preocupantes. A la larga, tanto si vivíamos juntos como separados, dejaría de tener control sobre él. Por mucho que quisiera mantener su palabra, Borne se sentiría tentado de salir.

—¿Qué rima con desliz? —preguntaba Borne.

—¿Feliz?

—No, vulgaridad.

—No, esa palabra no rima con desliz.

—Pero sí rima con ciudad, y eso rima con feliz.

—Nada de eso es cierto.

—Cierto rima con hecho.

—En cierto modo, puede ser.

—Hecho rima con ciudad y con feliz.

—No, en este caso, si juntas ciudad y feliz, conforman una opinión.

—¿No compartes mi opinión?

—Borne…

Sus rimas asimétricas eran como burdos juegos de palabras en tres dimensiones —exasperantes, a menudo escatológicos, o, parafraseando a Borne: «de lo más naturales, que rima con culturales»—, pero siempre conducían a algún punto. Y ese punto al que Borne solía llegar era su deseo de que le sacara a la ciudad.

Pero yo me mantuve firme, no tenía prisa por llevar a Borne conmigo, aunque ese fuera el único remedio. Primero me aventuré dos veces más al exterior, aunque no en el sentido excitante y peligroso de encaramarme a un Mord durmiente. Conseguí ganar tiempo al prometerle a Borne que la tercera vez que saliera al mundo exterior lo llevaría conmigo. Yo sería su maestra, aunque aún me quedaran muchas cosas por aprender.

Así pues, fueron dos las veces que me aventuré sola por las calles, y dos las veces que me sentí como un cebo. No confiaba en mis trampas, ni en mi capacidad para detectar las de los demás. Me consideraba carne de cañón, como los astronautas muertos, que jamás habían caído a la Tierra, aunque lo pareciera. Ser un cebo consistía en

pensar para qué o para quién podrías serlo, y qué motivos podría tener ese alguien para morder un cebo como tú.

Tenía veintiocho años y provenía de otro país. Me ganaba la vida recolectando y, cuando no estaba buscando piezas para biotecs, cuidaba de un niño que no era humano.

Se me daban bien las armas. Podía detectar una trampa desde lejos. No contaba con una formación académica, pero mis padres me habían instruido y tenía un nivel avanzado de lectura. Era capaz, con la supervisión de Wick, de cultivar cosas en mi cuarto de baño que luego me podía comer. Todo eso era yo, y cada vez que me aventuraba al exterior tenía que evaluar quién pasaría de mi currículum para centrarse en las proteínas, quién querría el lote completo de habilidades, y quién querría arrebatármelas.

Cuando regresé de esas expediciones con mercancías suficientes como para que Wick pensara que me había recuperado por completo, y que quizá nuestra relación también se podría encarrilar… me quedé sin excusas para no sacar a Borne.

*

Como Borne venía conmigo, tendría que buscar comida mucho más cerca de casa, lo cual contravenía mis reglas, pero no me quedaba otra opción. De todos modos, ya me había estado moviendo por mi cuenta en círculos cada vez más próximos a casa. Mord era una mole inmensa que no podía disimular su presencia, pero la Maga era el puñal que se te clava en las costillas y que no sientes hasta que ya es demasiado tarde. Sus signos y símbolos estaban por todas partes, y ciertos barrios se habían vuelto peligrosos, infestados por sus verdaderos creyentes y sus conversos de carne y hueso. Una «M» garabateada en el costado de un edificio podía significar Mord o no.

Decidí probar suerte con el distrito industrial situado al noroeste de los Palcos del Acantilado. En esa maraña de almacenes y fábricas herrumbrosas se encontraban todos los pretextos y promesas de una muerte anunciada: inerte, vacía, inmensa, silenciosa. Allí estaban las chimeneas que habían aniquilado a esta parte del mundo. Allí estaban las líneas de montaje que nos habían sepultado bajo una montaña de productos que no necesitábamos y que nos tenían que decir qué queríamos. Antes de que irrumpiera la Compañía y nos mostrara nuestros deseos más ocultos y verdaderos.

Ese distrito ofrecía una sensación engañosa de oscuridad, calma y tranquilidad. Casi todos los edificios tenían daños estructurales, algunos incluso habían quedado reventados por los misiles de una vieja guerra. La ruta era fácil de localizar, pero exigente a nivel físico;

había que trepar mucho por encima de vigas apiladas y resquebrajadas. Podías engancharte un pie y torcerte el tobillo, y no tardaron en dolerme todos los puntos en los que me habían herido. Esta vez iba armada con un bate metálico y unos prismáticos desvencijados. Ya no me quedaban neuroarañas, así que llevaba uno de los escarabajos venenosos de Wick en el bolsito del cinturón. Los escarabajos horadaban la carne, desplegaban sus caparazones y se ponían a dar vueltas una vez que estaban dentro de ti. Ya solo el susto sería suficiente para matar a alguien.

El camino resultó menos arduo en cuanto alcanzamos la parte central del laberinto. Había callejones y pasajes estrechos, que no siempre estaban bloqueados por maquinaria rota o por restos de camiones, a los que les quitaron las ruedas hacía mucho. Montañas de rocas y vigas de hormigón a la izquierda, la autopista polvorienta por el medio, y las fábricas a la derecha. Rocas, rocas y más rocas. Columnas, columnas y más columnas. Todas desmenuzadas. Siempre me sentía diminuta en aquel lugar, entre esas catedrales de otra época.

Borne me seguía de cerca, convertido en una roca enorme que se paraba en seco, sin hacer ruido, cada vez que yo miraba hacia atrás. De una forma casi furtiva.

Seguí caminando, mirando fugazmente hacia atras a cada rato, ya que no había logrado convencer a Borne para que se pusiera a mi lado.

Al poco rato, la roca que me estaba siguiendo se convirtió en un gusano gigantesco y ondulado, muy similar a los que descomponían los desperdicios en mi apartamento.

Después, durante un breve instante, una mosca gigante se puso a revolotear con nerviosismo, lanzando zumbidos —¡qué imagen tan inesperada!—, pero mi acompañante no tardó en darse cuenta de que un organismo como ese estaba tan fuera de lugar como un pulpo en un garaje. Conociendo el sentido del humor de Borne, no me habría extrañado ver un pulpo la siguiente vez que mirase hacia atrás. Pero no, la siguiente encarnación de Borne no hizo sino confirmar lo que ya sabía sobre él: que le encantaban los lagartos, pese a que el sentimiento no fuera mutuo.

Un lagarto enorme, casi tan grande como una persona, iba reptando por detrás de mí. Un lagarto arrepentido. Un lagarto cohibido y aquejado de ansiedad social, con los ojos saltones y la lengua asomando, un reptil que avanzaba a trompicones, asomando por detrás de los peñascos. Comprobando que no me hubiera alejado demasiado. Era horrible y majestuoso a la vez, y eso me irritaba. A base de tratar con Borne, aprendía nuevas maneras de «interpretarle»,

pero ¿qué significaba todo aquello, más allá de que debía aprender a aceptar lo imposible?

En ese momento me detuve y, balanceando el bate sobre mi hombro, me quedé mirando al lagarto.

El lagarto se volvió a transformar en una roca, lo bastante cerca como para que no necesitara gritar para poder hablar con ella.

—Puedo verte, Borne. Has venido aquí conmigo. Sé que eres tú.

Silencio.

—Borne. Has sido una roca, un gusano, una mosca y ahora un lagarto. ¿Te crees que soy idiota? ¿Que no sabría que eres tú, aunque no te hubiera traído conmigo?

La roca se balanceó ligeramente.

—No tienes el tamaño adecuado para ser una mosca o un lagarto. Y tienes un aspecto asqueroso. Como una piscina.

—Soy una roca —dijo Borne. No se le oía bien, era como si su voz surgiera de algún orificio situado bajo su cuerpo—. ¿Soy una roca?

—Que sí, que eres una roca. Eres una roca de la hostia. Eres una losa. ¡Vuelve a transformarte ahora mismo!

Me sentí furiosa. ¿Acaso le parecía gracioso? Pues a mí no. No me gustaba su forma de camuflarse: rudimentaria y casi cómica, pero no deliberada. Y si lo era, peor aún. Puede que sus transformaciones fueran asombrosas, pero como camuflaje no valían nada. Un cambio de contexto podía resultar fatal. Y a lo mejor me estaba volviendo paranoica, pero me pareció que ese zorro nos estaba siguiendo.

—Borne, tienes que tomártelo en serio —le dije a la losa.

El peñasco murmuró algo para sí. No sé si había comprendido que le estaba hablando en serio.

—Te crie a partir de una vaina. Lo sabes perfectamente.

Decidimos quedarnos con esa versión porque era la más simple, por mucho que él no hubiera sido nunca una vaina, y que la «crianza» se hubiera extendido durante apenas cuatro meses, que no era toda una vida precisamente. Aunque puede que a él sí se lo pareciera.

—Sí —admitió la losa—. Me criaste a partir de una vaina.

—Y sabes que solo deseo lo mejor para ti, ¿verdad?

La losa se convirtió de nuevo en un lagarto, pero su piel adoptó el color gris y apagado de todo lo que nos rodeaba. Desde lejos, seguro que parecía como si estuviera discutiendo con el vacío, con la nada.

—Lo mejor de lo mejor —dijo Borne—, o lo mejor de lo que eres capaz.

Ignoré ese arrebato de rebeldía, lo sorteé tal y como hacía mi madre al educarme a mí.

—Aquí fuera, Borne, no puedes hacer el tonto. Puedes ser astuto,

resolutivo o estar alerta, pero no puedes hacer el tonto. —Empleé términos que él conocía, que yo le había enseñado—. Solo puedes hacer el tonto dentro de los Palcos del Acantilado.

Borne volvió a ser Borne, algo que aún conseguía sobresaltarme.

—Lo siento, Rachel —dijo.

—¿Podrías hacer el favor de intentar parecer una persona? —inquirí—. ¿Por favor?

—Sí —respondió Borne, que trató de imitar a una persona lo mejor que pudo, sin sombrero de hechicero esta vez, sino con uno «normal», aunque estuviera fabricado con su propio pellejo. Pretendía ser de estilo cowboy, algo que había descubierto en un tebeo del Oeste andrajoso. Ojalá no lo hubiera hecho; me resultaba extraño y no aportaba nada al conjunto.

Acordamos que emplearía una túnica como camuflaje, porque así no tendría que generar unos pies. Borne odiaba los pies cada vez más, a medida que se hacía más grande, quizá porque con su complexión y con su apariencia física le resultaban incómodos. ¡Dios no quisiera que se quedara sin el millar de cilios que lo impulsaban sobre ese suelo rocoso!

Más que cualquier otra cosa, las payasadas de Borne me habían desconcentrado, habían interrumpido mi conexión con el entorno, y me estaba costando mucho recuperarla. Debería haberle mandado de vuelta a los Palcos. Pero en vez de eso, decidí seguir avanzando.

Al ver una puerta abierta en un edificio, me adentré por ella: era una construcción grande de cuatro plantas con una estructura de acero que se estaba viniendo abajo, pero no tenía una sola ventana rota. Es posible que alguien intentara vivir allí en algún momento, pero lo que conocíamos como musgo de la Compañía se estaba extendiendo por los laterales. Si te estás muriendo de hambre, el musgo de la Compañía se puede comer, y su presencia solía ser un indicativo de que el lugar estaba abandonado.

En el interior, desperdigados sobre el inmenso suelo de la fábrica: restos corroídos de maquinaria, polvo suficiente como para asfixiar a diez como yo, charcos de óxido derretido, una serie de escalones y escaleras repartidos por la pared lateral que conducían a la azotea, y nada que valiera la pena recolectar. Necesitábamos cosas que se pudieran quemar, desangrar o transformar.

Borne, una vez dentro, no podía parar quieto. En un visto y no visto, se transformó para adoptar una especie de modo «viajero»: redujo su estatura hasta el metro y medio, aproximadamente, y desplegó una base sobre la que poder apoyarse. El orificio de la parte superior se ensanchó también, y los tentáculos se multiplicaron en

número, aunque se volvieron más cortos y gruesos, a excepción de uno que se alzaba lentamente como un periscopio para obtener una panorámica mejor. Unos ojos aparecieron en la punta de los apéndices y se pusieron a mirar en todas direcciones, como centinelas. A este modo lo llamaba «multicapa».

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunté.

—¿Explorar contigo?

—Aunque ahora estemos bajo techo, no significa que puedas volver a ser Borne. Tienes que seguir siendo el «Borne persona» mientras estemos fuera de los Palcos.

Se lo había dicho mil veces antes de salir.

Evitó mirarme con sus ojos-tentáculo, pero no me pareció que se sintiera avergonzado ni preocupado. Más bien se debía a que estaba prestando atención a otras cosas.

—Sí, Rachel. Tienes razón. Pero ellos están de camino. Llegarán pronto y querrás estar preparada. Eso creo. ¿Querrás estarlo?

«Llegarán pronto».

Esa frase me metió el miedo en el cuerpo de inmediato. Esa frase y el eco de unos pasos. De muchos pasos a la carrera.

Estaban llegando en ese mismo momento. Eran pisadas veloces que resonaban cerca, pero no pude determinar su procedencia. Solo sabía que algo o alguien estaba llegando. La única salida era por arriba. Así que eché a correr con Borne: por los escalones, por las escaleras, hacia la azotea, y Borne se volvió a convertir en un lagarto para poder escabullirse más deprisa.

Mi monstruo lagarto y yo, subiendo a toda pastilla por las escaleras que conducían a la azotea.

LO QUE SUCEDIÓ EN LA AZOTEA

Al principio no pudimos ver a los intrusos porque estaban emergiendo atropelladamente desde el subsuelo. Otra razón por la que no logré discernir de dónde venían: los ruidos reverberaban por todo el interior de la fábrica. Pero desde nuestra posición ventajosa en la azotea, contemplando laparte baja de la fábrica a través de un par de listones sueltos, no tardé en ver de qué se trataba: más niños envenenados y a medio transformar, como los que me atacaron aquella vez. Salían en tromba de una alcantarilla. Fue una explosión de colores y texturas, aderezada con extremidades de todo tipo. Algunos teman caparazones iridiscentes. Otros unas alas muy finas. Otros tenían unos colmillos que parecían cuchillos de carnicero y les habían dejado la boca hecha

polvo. Una riada de cuerpos blandos, expuestos y sonrosados, o endurecidos y acorazados. Un desfile carnavalesco de asesinos. A algunos de ellos, si los mirase a través de los ojos de Wick, los habría catalogado como «mutados» y a otros como «nativos».

Borne inspiró tan hondo como yo. No necesitaba prismáticos, al parecer, para divisarlos. Su cuerpo se erizó y se puso áspero, y despidió un ligero olor a cerilla quemada y alcohol etílico.

—Más —susurró—. Más. Muchos más. Todos iguales.

—Chss —le dije—. Chss.

Sí, cada vez había más, y parecían tener un propósito, como si estuvieran patrullando. Portaban lanzas, bates, cuchillos, machetes y un puñado de escopetas que o bien estaban cargadas, o bien, por la manera de empuñarlas, las utilizaban como bates. Se dispersaron por el suelo de la fábrica, buscando algo. Me asaltó un escalofrío al verlos tan pequeños, desde arriba, dejando con sus pies, garras, botas y pezuñas un reguero de huellas sobre el suelo polvoriento; y si las nuestras no nos habían delatado, era solo porque los niños lo habían alborotado todo con su llegada, así que cuando se pusieron a buscar, solo encontraron indicios de su propia presencia. Las escaleras de la azotea no dejaban tales rastros. Aun así, era obvio que nos estaban buscando, ya que o nos habrían oído o nos vendrían siguiendo desde abajo.

Me quedé observando esa composición de huellas durante un rato, incapaz de mirar directamente a los niños. Astillas de madera y trozos de brea reseca del suelo se me clavaban en la palma de la mano. Pero mi plan consistía en permanecer tan quieta, tan callada y tan ausente como para que a esos niños ni se les pasara por la cabeza subir hasta nuestro escondite. No levanté la cabeza ni una sola vez para echar un vistazo por los prismáticos. Todas las cicatrices de mi cuerpo palpitaban, me escocían. Pero también palpitaba un deseo de venganza, que tuve que reprimir. Estaba con Borne. Puede que hubiera matado a cuatro de ellos, pero estos eran más de veinte.

Borne tampoco tenía ninguna intención de bajar allí. Sus sentidos hiperdesarrollados estaban captando algo más. Unos sentidos que seguramente superaban en número a los míos. Borne se puso tenso, rígido, y sus ojos se convirtieron en unos espiráculos que expulsaron unos bucles de niebla rosada.

—Se acercan otras criaturas, Rachel —me susurró al oído, como si fuera un escape de vapor—. Se acercan otras cosas… ¡ya vienen!

—¿Otras cosas?

—Niños malos —murmuró Borne—. Niños malos, muy malos.

Lo que más miedo me dio fue ver a Borne asustado.

Borne imitó el color apagado de la azotea, alisó su cuerpo como si fuera una tortita y se extendió, después trató de envolverme, como si alguien estuviera enrollando una alfombra para meterme dentro, o como si fuera una lengua áspera y gigantesca.

—¡Para! —susurré cuando perdí agarre, mientras los prismáticos tintineaban sobre mi cuello—. Para, no necesito tu ayuda. —Forcejeé, traté de separar el cuerpo de Borne por un extremo—. Necesito ver esto. Necesito verlo.

Conseguí zafarme lo suficiente como para asomar medio cuerpo fuera de su abrazo protector, y miré por los prismáticos una vez más.

Abajo, los rugidos, los gritos y el derramamiento de sangre ya habían comenzado. También los golpetazos y los ruidos viscosos que se producen al desmembrar a alguien. Eran vástagos de Mord. Irrumpieron por la misma entrada que Borne y yo habíamos utilizado. Atravesaron las ventanas.

—No mires —le dije a Borne—. No mires.

Pero ¿cómo podría impedírselo? Su piel estaba repleta de ojos y de otros receptores que yo desconocía.

¿Cómo podría describir lo que vi? Fue una matanza apresurada y espantosa, orquestada con una precisión tan espeluznante que resultaba difícil apartar la mirada. Peor aún, los vástagos de Mord estaban llevando a la práctica una venganza que yo me había imaginado muchas veces: vertiginosa e insólita.

La velocidad fue lo que más me asombró. Todos eran osos dorados, inmensos, hermosos a su aterradora manera, mucho más altos que un hombre, con gruesos músculos que, entre sus saltos y zancadas, se marcaban a veces en la superficie de su pelaje como si fueran troncos cubiertos de enredaderas, retorcidos y estirados casi hasta el límite. Aun así, se movían de una forma tan ágil y sinuosa que bien podrían haber sido serpientes, o nutrias, o flujos de agua impulsados por una fuerte corriente.

Unas siluetas monstruosas de color cobrizo, apenas visibles, se deshicieron de los niños silvestres con gracilidad y contundencia a partes iguales, y las huellas que había en el suelo polvoriento quedaron salpicadas de sangre y visceras. Arterias chorreando. Cabezas arrancadas de un zarpazo. Gotas de sangre oscura que brotaban de cortes profundos en los muslos. Una especie de aullido o de chillido colectivo por parte de los asilvestrados, cuando los últimos seis que quedaban formaron un semicírculo que no tardó en verse reducido a un amasijo de vísceras y huesos expuestos. Los vástagos de Mord embestían desde todas direcciones, desgarrando, a base de

garras y colmillos, la carne que se interponía en su camino.

El olor acre y penetrante de la sangre llegó incluso hasta la azotea. También el hedor a mierda y a meados.

Hubo quien suplicó y quien se negó de pleno a rendirse, aunque los vástagos de Mord tampoco habían pedido que nadie se rindiera. La única rendición posible ante un vástago era la muerte.

Cuando terminaron, el suelo de la fábrica quedó transformado en un violento lienzo de fluidos corporales y miembros cercenados. Se había formado un círculo rudimentario sobre la superficie, como si alguien hubiera pasado una escoba o una fregona, con tonos rojos, amarillos y otros más oscuros, creando franjas y trayectorias que casi parecían tener un significado. También se formaron espirales y tramos donde la capa de pintura era más espesa. Fue como si estuviera contemplando un corte transversal del cerebro de Mord.

Cuando terminaron, cuando cesó esa fluidez de movimientos propia de un colibrí, las siluetas dejaron de resultar borrosas, y los vástagos de Mord volvieron a ser osos. Unos osos que, al contrario que su mentor, no podían volar. Con el pelaje manchado de sangre, examinaron los despojos provocados por su instinto asesino, se abrieron camino entre los restos, y durante todo ese rato no pararon de resoplar, de rugir, de toser con fuerza, levantándose sobre sus cuartos traseros, para luego volver a apoyarse sobre las cuatro patas. Se pusieron a olfatear y les gustó el olor que percibieron. Empujaron hacia el centro las cabezas que no habían quedado espachurradas. Mientras tanto, jadeaban, farfullaban y mascullaban con satisfacción.

Ahora que los vástagos de Mord se habían parado a descansar, pude contarlos. Eran cinco en total, y habían masacrado a veinticinco asilvestrados sin apenas esfuerzo.

Pero, aunque no se contaran bajas entre los vástagos, comprendí que habían pagado un precio, ya que una vez disipado el instinto sanguinario inicial, la energía que los impulsaba se había disipado también, ya que los osos habían dejado de moverse con una cadencia normal, y ahora lo hacían mucho más despacio. Se distinguían unos espasmos que les recorrían el lomo, y entre los rugidos y los bramidos, a veces se escaba un quejido o un lamento. La velocidad que habían mostrado durante el combate era antinatural. Ahora les estaba pasando factura, como cuando a un ser humano se le pasan los efectos de unas anfetaminas. Eso significaba que podían ser vulnerables, siempre que los sorprendieras después de perpetrar una matanza.

—Drkkkkk —gorgoteó uno, dirigiéndose a otro.

—Drrkkkkkkrush —dijo un tercero.

—Drrrkkkkssssiiiiiii.

Dicho esto, el quinto vástago de Mord —desgarbado y ralentizado, pero todavía peligroso— comenzó a subir por las escaleras que conducían a la azotea donde nos ocultábamos. Siguiendo un rastro de sangre.

Como estaba medio envuelta por Borne, no noté ninguna diferencia cuando extendió un pseudópodo hacia mi oído y me habló sigilosamente mientras se producía la matanza. Si eso servía para que no le venciera el pánico, si así se privaba de intervenir, tanto mejor. Me sentí como cuando alguien está soñando y responde a lo que le dice otro, pese a que aún no se haya despertado del todo. Me quedé sobrecogida por la matanza, consciente de la fragilidad de mi propia carne.

—Niños malos, niños malos.

Aquella expresión estuvo presente en el vocabulario de Borne mientras los asilvestrados morían. Y con menos frecuencia: «Qué desperdicio. Cómo lo desperdician todo».

—Están muriendo, Borne —dije mientras contemplaba la escena—. Los están matando.

—Ya no están aquí. Y allí tampoco.

¿A qué lugar se refería con ese «allí»? ¿De verdad quería yo saberlo?

—¿Cuándo lo están haciendo?

Otra pregunta extraña.

—Ahora, Borne, lo están haciendo ahora. Delante de tus narices.

Pero me dio la sensación de que sus ojos le permitían ver más cosas de las que yo veía.

—¿Y por qué lo están haciendo? ¿Por qué?

No tenía respuesta para eso. Ninguna. Tampoco sabía por qué Borne ya no parecía asustado por lo que estaba pasando.

Sin embargo, ahora un vástago de Mord estaba subiendo por las escaleras para inspeccionar la azotea, y los temblores que se percibían en el suelo no dejaron ninguna duda sobre lo que iba a ocurrir. Sobre lo que nos iba a ocurrir, a Borne y a mí.

—Borne —dije—, ¿puedes escondernos?

—¡¿Escondernos?! ¿Escondernos de qué? —Al percibir el tono de urgencia en mi voz, Borne respondió en consecuencia.

—Del oso.

—¿El oso?

—¡La cosa que está subiendo por las escaleras!

—¿Escondernos?

Por lo visto, en ese momento tan crítico se había producido un

fallo de comunicación. Un problema de traducción.

—Como una roca. ¿Puedes fingir que eres una roca, conmigo dentro? ¿Con espacio para que pueda respirar?

Yo ya sabía que podía convertirse en una roca. Así que, ¿por qué no? No teníamos otra opción.

—Me dijiste que no fuera una roca —recalcó Borne.

—¡Olvida eso! ¡Olvídalo! Ahora puedes ser una roca. ¿Puedes ser una roca?

—¡Sí, puedo ser una roca! —exclamó Borne, con entusiasmo—. Puedo meterte dentro de una roca.

—¿Y podrás seguir siendo una roca pase lo que pase? ¿Podrás hacerlo? ¿Podrás permanecer tan quieto como una roca?

El oso aceleró el paso por las escaleras, se estaba recuperando. Saldría a la azotea enseguida. En cualquier momento.

—Sí, podré seguir siendo como una roca.

—¿Y también puedes oler como una roca? Tienes que oler como una roca.

—¡Puedo!

—Entonces, hazlo… ¡ya!

—¡Sí, Rachel!

Borne se desplego, se desenroscó, se alzó por los aires y volvió a descender como una ola que rompe contra la orilla, y yo me vi izada en volandas en medio de todo aquello, encogida y medio aplastada por una masa de cilios y carne gomosa.

No podía ver nada.

No podía hacer nada.

Estaba atrapada en el interior de Borne, confiando en que desde fuera pareciera una piedra.

No me agradaba estar en sitios muy oscuros. Me recordaban a otros tiempos en los que había tenido que esconderme, de pequeña, con mis padres. Confinada. En una fosa. En un túnel. En un armario. Esperando a ser encontrada, descubierta, entregada. Calladita, inmóvil, conteniendo el aliento hasta que pasaba el peligro. El pánico que me provocaban esas situaciones no hizo sino empeorar cuando llegué a la ciudad.

Los jadeos del oso resonaban cada vez más cerca, un bramido furibundo producto de un instinto sanguinario puro y animal. De fondo, un batiburrillo de palabras, las acometidas de un lenguaje todavía en formación:

—Drrrkkkkkk. Drrrrrk. Drrrrrk.

Empecé a tener problemas para respirar, para controlar mi

respiración. Me encontraba en una situación en la que ningún ser humano se había visto antes, y, al mismo tiempo, en una situación que los seres humanos llevan experimentado desde hace miles de años. En una realidad, estaba cobijada dentro de un organismo viviente que seguía rehuyendo cualquier explicación, y que suponía, por mucho cariño que le tuviera, un enigma para mí. En otra realidad, me encontraba en el interior de una cueva, intentando esconderme de un animal salvaje. Los abismos de lo conocido y lo desconocido colisionaron. Desorientada, volví a ver la extraña mirada del zorro. Volví a ver a los astronautas muertos. Volví a ver ese trozo de carne que alguien dejó en el suelo a modo de trampa. Volví a ver el costado trémulo de Mord.

Ojalá estuviera con Wick. Ojalá Wick estuviera en la azotea, para decirme qué podía hacer, aparte de lo que ya había hecho. Quería que Wick arreglara la situación y que consiguiera ahuyentar al vástago de Mord. Seguro que se le habría ocurrido algo. Pero Borne solo era un niño. Borne solo era una roca.

Unos segundos más, con el oso rodeando la roca en la que se había convertido Borne, y la claustrofobia me habría hecho perder los nervios. Me habría puesto a gritar, le habría rogado a Borne que me liberase. Sentí que no podía respirar. Que no podía pensar.

Pero Borne lo advirtió; sabía lo que estaba pasando por dentro y por fuera. El espacio se ensanchó, y una tenue luz verdosa emergió de los muros de carne que me rodeaban. Gracias a eso pude ver el libro hecho de carne que emergió de la pared, y el teléfono hecho de carne que se formó encima de un saliente.

El teléfono se zarandeó como si estuviera sonando. Levanté el auricular.

—¿Diga? —susurré.

—Soy Borne. Soy Borne, te estoy llamando.

—Lo sé —dije.

Me sentí como una niña con un teléfono de juguete, manteniendo una conversación con un amigo imaginario.

—No hace falta que emitas ningún sonido. Basta con que articules las palabras con los labios y podré oírte —me dijo Borne.

—¿Qué está pasando fuera? —dije, articulando la pregunta con los labios, mientras Borne se zarandeaba un poco a causa de un empujón que provenía de mi izquierda.

—El oso me está rodeando. Me empujó y yo me puse a rodar como una roca. Pero solo un poco. Porque soy una roca, no soy Borne.

—Bien. Supongo que se acabará yendo.

—¿Debería asustarme, Rachel?

—¿Estás asustado, Borne?

—Me preocupa que el oso se coma un trozo de mí.

—Los osos no comen rocas.

—Me preocupa que, si me preocupo demasiado de que el oso se coma una parte de mí, dejaré de ser una roca y entonces el oso me comerá.

—Debes… seguir… siendo… una roca.

Deseé con todas mis fuerzas que Borne siguiera comportándose como una roca, y traté de transmitírselo a él.

—Voy a colgar ya —dijo Borne—. Creo que el oso está a punto de hacer algo más. Adiós.

—Adiós, Borne —dije, articulando con los labios.

Adiós Borne, y hola Borne, ya que me seguía envolviendo por todas partes.

Borne se zarandeó con violencia, así que extendí los brazos para mantener el equilibrio. Me aterrorizaba pensar que, a pesar de la ilusión, el oso se pusiera a devorar a Borne hasta su núcleo, hasta llegar a mí; entonces los dos hallaríamos la muerte en esa azotea, y Wick no se enteraría hasta pasado un tiempo.

Un temblor, una sacudida, una voltereta, y la oquedad que había en el interior de Borne volvió a ponerse firme, se estrechó, dejándome apenas una bolsa de aire alrededor de la cabeza. La luz desapareció, junto con los demás objetos de imitación que había creado para tranquilizarme, y yo me quedé allí tendida, jadeando, envuelta en la piel de Borne, que se erizaba y se ponía rígida una vez más, mientras los cilios que me rozaban el cuerpo se convertían en bocas diminutas que lanzaban gritos hacia mi ropa, hacia mis brazos, mis piernas y mi pelo. Borne estaba chillando en silencio, dentro de su propio cuerpo, porque no podía gritar en el exterior.

Sentí una breve punzada de terror cuando caí en la cuenta de que a lo mejor el oso podía olerme, aunque estuviera dentro de la roca, así que me puse a patear, a revolverme, y después me quedé quieta, porque cada movimiento provocaba que Borne se contrajera un poco más, dificultándome la respiración.

Sentí la vibración de las patas del vástago de Mord, el roce de sus mandíbulas al mordisquear a Borne. Sentí cómo el oso golpeaba, estrujaba y vapuleaba la parte superior de su cuerpo. Excavando la roca. Horadándola. Y yo era como un muerto dentro de un ataúd viviente, a punto de que se descubra que está vivo, a punto de encontrarse cara a cara con la cabeza enorme y peluda de un oso. A punto de toparse con el emisario de Mord. A punto de toparse con la muerte.

Se oyó un gruñido inquisitivo. Se oyó el chasquido provocado por un mordisco, tan fuerte que se extendió por todas partes, y me hizo estremecer hasta que casi se me desencajaron los huesos. Luego se oyó un bufido.

Pero, entonces, los ruidos del oso remitieron, y sentí a través de los tablones del suelo cómo se alejaba de allí un gran peso.

Cuando el peso en cuestión se transfirió a las escaleras, cuando ya no pude sentir ni escuchar nada, susurré:

—Borne. Borne, ¿estás ahí? ¿Te encuentras bien?

Los cilios habían dejado de chillar. La carne había dejado de palpitar. Ninguna de las partes del cuerpo de Borne que me envolvían parecía tener vida. Era como si estuviera en el interior de un objeto inerte: en una cápsula espacial de emergencia, eyectada desde una nave estelar que ha estallado lejos de la Tierra, o en un submarino unipersonal hundido en las profundidades de nuestro mortífero río, sobreviviendo dentro de una burbuja de aire que no tardaría en consumirse. Percibí una sensación en los pulmones como si estuviera sumergida a mucha profundidad, como si me encontrara tan lejos de la superficie que no tuviera la menor idea de cómo alcanzarla. O como si me fuera a tocar acometer la horrible y repulsiva tarea de abrirme camino a través de Borne.

—¡Borne! —me arriesgué a decir en voz alta.

La respuesta me llegó a modo de eco, como una voz procedente de todas partes y de ninguna:

—Aquí estoy, Rachel. Aquí estoy. Sigo siendo una roca.

—¿Estás herido? —dije, articulando la pregunta con los labios.

—He dejado de sentir algunas partes de mi cuerpo —respondió Borne—. Hay partes de mí que no están ahí.

—Quédate quieto —dije—. Quédate quieto hasta que se hayan ido.

—Ahora resulta más fácil permanecer quieto —dijo Borne—, ya que tengo menos cosas que mover.

Lo dijo con extrañeza. Más que dolerle, le desconcertaba haber sido herido.

*

En el viejo mundo, cuando mis padres y yo salíamos de nuestros escondites —de los túneles, las cuevas o los armarios—, sabíamos a dónde estábamos regresando: al mismo lugar del que partimos, tan peligroso o tan seguro como antes. Nos habíamos escondido para poder seguir en ese mundo, nos obligábamos a creer en ese mundo a toda costa. Porque no teníamos elección. Porque no existía un mundo mejor ni peor, solo estaba ese lugar al que regresábamos.

Pero cuando emergí con Borne, de vuelta en aquella azotea, no me sentí de esa manera. Esperamos hasta que Borne me confirmó que los vástagos se habían ido definitivamente, y que lo único que quedaba ahí abajo eran los típicos recolectores que se largarían corriendo en cuanto nos vieran llegar. Los biotecs desechados que eran capaces de moverse, con mejor o peor fortuna, y que salían a vagar por la noche.

De todos modos, seguimos esperando hasta el anochecer, así que cuando salí de Borne, el mundo había cambiado en más de un sentido. No se debía solo a que Borne me hubiera protegido a mí, y no al revés. No se debía solo al cambio de color en el cielo.

A Borne le faltaban varios pedazos: los que le había arrancado el vástago de Mord a causa de sus sospechas. Esos pedazos habían rebotado como si fueran rocas, se habían quedado quietos en la azotea como si fueran rocas, pero ahora se estremecían y se flexionaban como una mano que se abre y se cierra, convertidos de nuevo en carne de Borne.

El Borne que tenía ahora delante estaba, incluso entre la penumbra, visiblemente herido y deformado. Había recuperado su tamaño y su forma original, esa que recordaba a un jarrón puesto del revés y combinaba los atributos de un calamar y de una anémona marina, pero tenía una expresión de congoja y abatimiento que no le había visto nunca.

Torcí el gesto al ver que tenía unas fisuras amoratadas en el costado izquierdo, y el círculo de ojos, que despedían un brillo sombrío, circundaba su cuerpo de una maneracaótica, como una atracción de feria deteriorada que está a un tornillo suelto de distancia de salir disparada sobre la multitud. Despedía un olor como a aguarrás, a varitas de pescado podridas y a vendajes mohosos.

—Lo siento, Borne —dije, estremeciéndome—. No debería haberte traído aquí.

No sé cómo, pero lo sabían. Sabían dónde íbamos a estar, pero… ¿quiénes? ¿Los asilvestrados o los vástagos? Me negaba a aceptar que hubiera sido una coincidencia o un golpe de mala suerte. Y también se proyectó en mi mente un horrible sentimiento de culpabilidad: si Borne no se hubiera mudado, si Borne no hubiera aparentado ser un adulto, puede que yo no hubiera corrido este riesgo.

—No pasa nada, Rachel —dijo Borne—. No pasa nada.

—No, sí que pasa.

Borne giró sus ojos hacia mí, y percibí algo nuevo en él: ira, y no porque le hubiera dicho que no. Se trataba de algo real, de una emoción adulta que nunca había mostrado. Se manifestaba a través de un brillo rojizo y anaranjado que provenía del núcleo de su ser. No sé

si el rojo significaba precaución para Borne, pero él sabía que sí lo significaba para mí.

—No pasa nada —dijo—. Necesito aprender. Necesito saber.

—Pero no a base de hacerte daño.

—Lo que duele es que no te hagan daño —repuso.

Puede que Borne fuera un enigma para mí, puede que tuviera más sentidos, que pudiera hacer cosas de las que ningún ser humano sería capaz… pero me pareció entender lo que quería decir. (Aunque, ¿de verdad lo entendí?). Ahora sabía que podían hacerle daño. Ahora sabía que era vulnerable. Borne ya no volvería nunca a experimentar el placer de la misma manera. Tampoco las alegrías. Porque detrás de todas ellas habría una certeza: la de que podía morir.

—Estoy cansado, Rachel —dijo Borne—. Necesito estar quieto un rato.

—No pasa nada —dije, y era cierto. Si teníamos que convertir esa azotea en nuestro hogar durante unas horas, por mi parte no había ningún problema.

Había refrescado desde que cayó el sol, y las estrellas se asomaron a un cielo inusualmente despejado. Permanecimos en silencio un buen rato, y no hice ningún amago de ir al piso de abajo a investigar. Borne necesitaba mi atención, pero también creo que a los dos nos daba miedo bajar. Ninguno queríamos experimentar de cerca las consecuencias, ni siquiera en la oscuridad. Borne también estaba mirando hacia las estrellas, toda su atención estaba concentrada en el firmamento.

Comenzó a extender un tentáculo vacilante, como si quisiera tocar las estrellas.

Supongo que ya sabría que no conseguiría hacerlo, pero aun así le dije:

—¡No puedes tocarlas!

—¿Por qué no? ¿Están calientes?

—Sí, están calientes. Pero esa no es la razón. Las estrellas están muy, pero que muy lejos.

—Pero yo tengo uno brazos muy largos, Rachel. Puedo alargarlos tanto como quiera.

—Es posible, pero… —Dejé la frase a medias cuando comprendí que Borne estaba bromeando. Siempre hacía un pequeño gesto que le delataba cuando estaba de broma… un gesto muy marcado, en realidad. Algunos de sus ojos se desplazaban hacia la izquierda, agrupándose. No podía controlarlo.

—Diabólico —dijo, todavía cautivado por el paisaje que se extendía por encima de él—. Diabólico. Destructivo. Delirante.

Despótico. —Cuatro palabras nuevas con las que estaba experimentando. La cuestión es que yo no le había enseñado lo de «diabólico», así que sentí un aguijonazo. Debió de sacarlo de algún libro o de alguna otra fuente.

El cielo nocturno era normal y corriente, pero yo estaba en sintonía con Borne en ese momento y lo contemplé a través de sus ojos: como un asalto violento contra los sentidos. Que yo supiera, Borne nunca había visto el cielo nocturno en toda su extensión. Algún atisbo, quizá, desde los Palcos del Acantilado o en sus libros, pero nunca con tantas estrellas, con tan poca luz de la ciudad para ocultarlas. Era idéntico al que yo recordaba de nuestra isla santuario, hace tanto tiempo. Cuando paseabas por la playa y no necesitabas echar mano de la linterna porque te bastaba con la luz de las estrellas.

Un arrecife luminoso y repleto de estrellas, extendido en toda su fosforescencia, donde cada una de ellas podría albergar vida, con planetas girando a su alrededor. Puede que incluso haya gente como nosotros, alzando la mirada al cielo. Eso era lo que me decía mi madre a veces: que fuera consciente de que el universo seguía existiendo, que no sabíamos lo que habitaba en él, y que, aunque resulte duro aceptar que sabemos muy poco sobre él, eso no significa que haya dejado de existir. Había algo más allá de todo esto, algo que nunca sabría de nuestras cuitas, que jamás les daría importancia, y que seguiría adelante sin nosotros. A mi madre, esa idea le resultaba reconfortante.

Los numerosos ojos de Borne se convirtieron en estrellas mientras las observaba, y su piel adoptó el color aterciopelado de la noche, hasta que no fue más que un reflejo con forma de Borne. Desplegó multitud de apéndices oculares y su cuerpo se alisó por completo, hasta formar un charco de carne irregular que cubrió la mayor parte del tejado, cuyo borde rozaba mis botas a lengüetazos. Sus heridas se veían perfectamente, porque parecía un círculo al que le hubieran arrancado un pedazo. Cada apéndice estaba coronado por la representación tridimensional de una estrella, y esas estrellas se fueron agrupando hasta que Borne se convirtió en una constelación que se proyectaba desde el tejado, formando nebulosas y galaxias, mientras que unas cuantas luciérnagas surcaban la extensión de su cuerpo como si fueran meteoritos.

—Es precioso —dijo, convertido en constelación—. Es precioso.

Por una vez, lo que a él le parecía precioso, lo era de verdad. Me sentí más cerca de él precisamente cuando estaba exhibiendo sus atributos más extraños, pero me asaltaron unos recelos que sofocaron esa sensación. ¿De verdad no sería una treta? ¿No habría dicho eso por la reacción que mostré cuando lo del río contaminado? Pero,

aunque sospechara que lo de «precioso» lo había dicho solo por decir, o para seguirme la corriente, también sabía que había adoptado esa forma para empezar a curar sus heridas, ya que había algo en ella que le resultaba reconfortante, que le sentaba bien.

—¿Qué son? —preguntó Borne—. ¿Son luces… como las de los Palcos del Acantilado? ¿Luces… eléctricas? ¿Quién las encendió?

No sé qué habría encontrado en los libros, pero estaba claro que no se trataba de ninguna explicación sobre el origen de las estrellas.

—No las encendió nadie —respondí, consciente, nada más decirlo, de que había echado por tierra miles de años de religión. Pero ya era tarde para recular.

—¿Nadie?

—Habitamos en un mundo… —le expliqué, sin saber qué lagunas habría en sus lecturas—. Habitamos en un mundo que gira alrededor de una estrella, que es una pelota gigante de fuego. Es tan inmensa que, de no ser porque está tan lejos, moriríamos achicharrados. Lo llamamos sol, y el sol es eso que no te gustó el otro día, cuando te expusiste demasiado a él. Todos los puntitos de luz que hay ahí arriba también son soles, mucho más lejanos, y todos tienen sus propios mundos.

Se me empañaron los ojos mientras le contaba eso a Borne, al sentir de lleno el alcance de nuestra desgracia.

—¿Todos ellos? ¿Todos y cada uno? Pero si podrían ser cientos.

—Miles. Quizá millones.

En el centro de la constelación del cuerpo de Borne se formó un sol enorme, plantado también en lo alto de un tentáculo. Llegados a ese punto, su distribución astronómica se había vuelto herética. Borne se había puesto metafórico, metafísico, o simplemente estaba haciendo el bobo.

—Pero eso es increíble —dijo Borne, en voz baja—. Es asombroso. Es devastador.

En ese momento, algo comenzó a apagar las estrellas, a convertir ese brillo resplandeciente en una oscuridad insondable y definitiva.

—¿Y qué es eso? —preguntó Borne, como si se tratara de algo normal, de algo que aún no conocía, y esperase que se lo explicara yo, que le dijera qué pensar al respecto.

Me quedé sin palabras, porque por un instante pensé que el mundo se estaba acabando, que el destino había conspirado para llevarnos hasta esa azotea para contemplar el final de… todas las cosas.

Entonces comprendí lo que estábamos viendo, y no pude evitar soltar una risita ahogada. Tenía gracia, porque efectivamente era el fin del mundo.

—¿Qué te resulta tan gracioso, Rachel?

Percibí cierta suspicacia en su voz, mientras se retiraba de la punta de mis botas, contrayéndose hasta recuperar su forma normal, todavía debilitado, todavía herido.

—Ese es Mord —dije.

Sí, era Mord, que flotaba y descendía en picado por el cielo nocturno, en las alturas, tan inmenso que incluso de lejos ocultaba las estrellas. Aquel oso gigantesco llamado Mord planeó por el firmamento, furioso, y pudimos escuchar unos bramidos lejanos, procedentes de la estratosfera, los gañidos propios de su ira. Apagando una constelación tras otra con su cuerpo, provocó que volviera a fijarme en las estrellas a medida que las ocultaba. La mayor oscuridad manaba de él, y aunque lo temía, lo odiaba y lo despreciaba, Mord seguía siendo, en ese momento, el reflejo más puro de la ciudad.

—Mooooooordddddddddd —masculló Borne, y a pesar de que no había casi luz, pude ver que hasta el último centímetro de su cuerpo que permanecía ileso se había erizado, con puntas como las de los picos y lanzas, y comenzó a desplazar sus ojos para seguir el avance de Mord, como si fueran un puesto de ametralladora rastreando una aeronave. Bombardeó la posición de Mord con análisis, cálculos y trayectorias.

—Está muy lejos —dije, para serenarle—. No puede hacerte daño.

Ninguna de esas dos frases era del todo cierta.

—Esto es a lo que te referías con lo de vástago de Mord —dijo Borne—. Esta es la fuente.

—Sí.

—Son sus hijos.

—En cierto modo, sí.

—¿Y por qué ha dejado que sus niños les hicieran eso a otros niños?

No supe cómo responder a eso, pero estaba segura de que Borne había recabado suficientes datos sobre Mord, tanto de Wick como de mí, como para hacerse una idea de lo que estaba contemplando. En su mente, habíamos convertido a Mord en el hombre del saco, en el monstruo que acecha debajo de la cama. No salgas a la calle, no hagas esto, no hagas lo otro, porque si no… Mord. Pero ahora Borne había sido herido por uno de sus emisarios, y estaba tratando de entender a esa criatura. Al verdadero Mord.

Mord siguió descendiendo, planeando, volteándose y precipitándose por el cielo, como si fuera un dios.

—Mord es precioso —dijo Borne, con desprecio—. Mord es fuerte. Mord es un niño malo.

Por el tono que empleó, comencé a pensar que Borne estaba tomándose a guasa su propia ingenuidad.

—Es malo en general. Recuérdalo. Evítale.

—Mord mata a las estrellas —dijo Borne—. Mata a las estrellas y trae la oscuridad.

—Las estrellas volverán.

—Pero no la gente que está ahí abajo.

«Tú mataste a cuatro de ellos, en los Palcos del Acantilado», quise decir. Pero me callé.

LO QUE LE LLEVAMOS A WICK

Escapar de la muerte me dejó una sensación de vértigo que persistió cuando volvimos a entrar furtivamente en los Palcos del Acantilado. A Borne le entraron vértigos porimitación, y porque yo estaba intentando distraerle de su dolor. Si es que acaso lo sentía, porque tampoco me dijo que le doliera nada.

La vida resultó más luminosa y radiante tras haber estado a punto de perderla. También me sentí embargada por una especie de rabia apática porque me había topado con un secreto cuando finalmente bajamos hasta el suelo de la fábrica, uno que tuve que llevarle de vuelta a Wick, porque le pertenecía.

Atravesamos esos pasillos mortecinos con la cabeza alta y nos desternillábamos de tanto reír. Era la prueba de que era hija de mi padre, porque eso era muy propio de él: «desternillarse» a causa de la risa o de la pena. Y es que, durante el camino de vuelta, nuestra definición de Mord había pasado de «espectacular» a «esperpento», y su labor de apagar las estrellas en la obra de un oso flotante, torpe y maníaco.

—¿Quién ha oído hablar alguna vez de un oso capaz de volar? —le dije a Borne—. Eso sería como descubrir una planta que en realidad fuera un pulpo parlante.

Borne se aferró a esa palabra que había escuchado por primera vez:

—¡Esperpento! —exclamó con entusiasmo—. ¡Esperpento! ¡Pento espérico!

Yo sabía que esa palabra le ayudaría a distraerse, que le estaría dando vueltas en la cabeza durante un rato, y que así no pensaría en osos, sino en mutar la palabra «esperpento» hasta dejarla casi irreconocible.

—Así es —dije—. Esperpento.

Empecé a serenarme un poco. Estaba bromeando con mi amigo Borne, que no parecía haber cambiado nada desde que se mudó. El mismo Borne que nos había salvado la vida a los dos, y que había sufrido en el intento.

—Esperpentacular.

No es que Borne no fuera espontáneo. No, siempre era espontáneo. Pero se fijaba en mí para saber cuándo intervenir, había aprendido cómo reaccionar principalmente a partir de mí, y luego a partir de los libros y del mundo en general. Y yo estaba decidida a conseguir, al menos durante unas horas, que Borne no interpretara sus heridas como una derrota.

Si no me hubieran entrado esos vértigos, Borne no habría hecho gala de una «felicidad precipitada». No se habría acercado bailoteando hasta Wick, que estaba junto a la piscina, no se habría puesto a danzar a su alrededor sirviéndose de ese ágil juego de cilios, no se habría empeñado en ponerse «frívolo» (así lo definió él), y no habría estirado su cuerpo para después encaramarse por la pared hasta cubrir la mitad de aquel techo que recordaba al de una catedral, para observar desde allí con unos ojos que parecían estrellas, imitando de nuevo la apariencia del cielo nocturno.

—Hola, Wick —dijo Borne desde el techo—. Hola, Wick. Te he traído un regalo. Rachel me ha dicho que te trajera un regalo. Hola, Wick.

Habíamos irrumpido en la estancia con tanta brusquedad que no me había dado cuenta de lo ebrio que estaba Wick, ya fuera a causa de los foxinos o de ese mejunje casero, bastante más mundano, que intercambiaba por otras cosas. A Wick le daba vueltas la cabeza mucho más que a nosotros, y aunque percibí cierto riesgo en la situación, había padecido tanta tensión que me daba igual. Habíamos regresado a los Palcos del Acantilado. Estábamos a salvo.

—Wick, te presento a Borne. Borne, te presento a Wick —dije.

Se me vino a la mente la estúpida ocurrencia de que Wick podría curarle las heridas a Borne. Pero ¿quién me creía que era? ¿Un médico? ¿Un veterinario?

—Ya nos conocemos —repuso Wick—. Hemos estado hablando. Ahora somos casi como hermanos. —Percibí algo raro en su voz, como una crítica dirigida contra sí mismo.

—¡Sí, Rachel! Conozco a Wick. Wick me conoce. Vine a verle y fui amigable. Vine a verle y a decirle hola después de mudarme a mi nuevo apartamento.

Me escamó que Borne se pusiera tan contento por haberse mostrado amigable.

—De hecho, Rachel —añadió Wick—, me pareció que Borne sabía muchas cosas sobre mí, para no haber hablado nunca conmigo.

—Sí, Rachel habla de ti a todas horas, Wick.

—Me lo imaginaba.

Se me estaba pasando el vértigo.

Me costó creer que aquello que había intentado sofocar con mi aturdimiento —la ansiedad provocada por el hecho de que dos compuestos químicos tan dispares entraran en contacto por primera vez—, se debiera a algo que ya había ocurrido antes.

Wick y Borne se conocían. Wick y Borne habían hablado. Lo interpreté como una traición, como si Wick hubiera hecho algo a mis espaldas. Peor aún, como si lo hubiera hecho Borne, aunque eso fuera ridículo. ¿Qué podría desear más que ver a Wick y Borne hablando entre ellos, que encontraran la manera de llevarse bien?

—¿Qué me has traído, amigo mío? —dijo Wick, mirando a Borne e ignorando mi sorpresa—. ¿Me has traído un almuerzo tardío? ¿Piezas de repuesto? ¿Alguna otra cosa de la Compañía?

Wick llevaba puestas unas chanclas de distinto par que le quedaban grandes, unos pantalones cortos de cuadros y una camiseta interior blanca que tenía una mancha verde. Seguramente estaba a punto de irse a dormir.

—Gaaaaaaaarra —dijo Borne—. Traigo una gaaaaaaaaaaaaaaarra.

Con un gesto propio de un comediante, Borne desplegó un apéndice desde su cuerpo alisado —para disgusto de Wick, que se sobresaltó y retrocedió un paso—, mientras se disipaban las estrellas y sus ojos de siempre regresaban a la superficie. El apéndice extendido le tendió algo a Wick: una garra.

Wick se quedó mirando la garra y yo me estremecí, al recordar una vez más aquel suelo salpicado de sangre. La garra era casi tan larga como el antebrazo de una persona, tenía una curvatura espantosa, y culminaba en una punta gruesa y afilada.

—¿Qué es esto? —preguntó Wick, vacilante—. ¿Lo habéis sacado de los estanques de contención?

—Ya sabes lo que es, Wick —repuse. No me gustaba su actitud cuando se emborrachaba.

—¡Gaaaaaarra! ¡Una gaaaaaarra gloriosa! De un hijo de Mord —dijo Borne, que contrajo el tentáculo y dejó caer la garra sobre el suelo de piedra. Se le iluminaron los ojos, con regocijo, ¿o quizá fue producto del dolor?—. Ahora quiero *expedicionar* el techo.

—Se dice «explorar», no «expedicionar», Borne.

Despidió un olor que recordaba al aroma salado de una ola: limpio, puro, vigorizante. Borne potenció aún más su aspecto «frívolo», hasta

que el grosor de su cuerpo no llegaría al medio centímetro y cubrió por completo el techo.

—¿Te vas a casar con el techo, Borne? —pregunté.

—¡No estoy casado! ¡No pienso casarme nunca!

—Pues a mí me parece como si te fueras a casar.

—¡No! Solo estoy probando. Hoy me estoy poniendo en prueba. Mucho.

—Se dice «a prueba».

—Reprueba.

Comprendí que se estaba recuperando; que, por alguna razón, esa actitud frívola le estaba viniendo bien, igual que le venía bien probar cosas nuevas. Las cicatrices resultaban visibles, la huella de Mord sobre su cuerpo, y recordé lo traumática que había sido para él la experiencia de la azotea, por mucho que insistiera en que se iba «a poner bien».

Wick había recogido la garra, la hizo girar entre sus manos mientras se dirigía dando bandazos hacia una silla situada junto a su cubeta de elixires pantanosos. La piscina estaba oscura aquella noche, se percibía una especie de burbujeo en la superficie, y un resplandor verde de fondo. Nuestra luz provenía de las luciérnagas y los líquenes del techo, que ahora estaba cubierto en su mayoría por Borne, aunque tuvo la deferencia de encender unas luces en su «rostro» para compensarlo mientras durase su exploración.

Acerqué una silla hasta donde estaba Wick.

—Hoy hemos tenido un encontronazo. Con vástagos de Mord. Por eso hemos llegado tarde.

—Me lo imaginaba… por la garra. —Empleó un tono tan seco, tan abstraído, como la frase en sí.

Me quedé mirando fijamente a Wick, desplomado en su asiento, sujetando la garra. Demacrado, macilento, con los pómulos marcados, ojeroso. Al verlo de esa manera —meditabundo, inquieto y escuálido —, no pude decirle que su primera reacción debería haber sido preguntar si estábamos bien. Que la segunda debería haber sido abrazarme.

Y la tercera, si hubiera estado avispado, habría consistido en deducir por la expresión de mi cara que teníamos que hablar.

—Podrás averiguar muchas cosas a partir de la garra, ¿verdad?

Mis conocimientos sobre biotecnología y sobre las habilidades de Wick siempre serían limitados, pero me había estado imaginando estupideces, como crear un clon de Mord, pero uno bueno, responsable. Un Mord que nos ayudara.

—Sí, es una garra. De un oso… un vástago de Mord. Puedo hacer

muchas cosas con ellas. Gracias.

—¿Qué ocurre, Wick?

—¿Crees que ha sido una buena idea traer a Borne aquí?

Alzó la mirada hacia el techo, donde Borne estaba explorando alguna textura, examinando algunas luciérnagas y cubriendo un nido de arañas (que no eran biotecs).

—Deja a las luciérnagas en paz —le dijo a Borne.

—Deberías saberlo —dije—. Habéis estado hablando. Sois amigos.

—No somos amigos. Hablamos en el pasillo. Si no queda más remedio que tenerle por aquí, al menos debería hacerme una idea de lo que se trae entre manos. Nunca le había dejado entrar aquí. ¿Y tú?

—La verdad es que sí —admití—. Borne y yo nos hemos paseado por todos los pasillos y lugares secretos, e incluso ha habido sitios por los que Borne podía meterse y yo no. —Hemos restregado nuestro olor por todas partes, quise decirle, desafiante. Nos hemos asegurado de restregarlo a conciencia—. Lo que significa que tu pregunta no solo llega tarde, sino que Borne podría ayudarnos a descubrir más cosas acerca de nuestro hogar. Con su ayuda, podríamos encontrar más suministros ocultos entre toda esta basura.

—Borne esto, Borne lo otro —dijo Wick, dando unos golpecitos con la punta de la garra sobre el lateral de la piscina—. Por si las cosas no se hubieran torcido bastante ya, ahora me vienes con esto. Rachel: en este momento, y a excepción de este cuarto, no hay una sola criatura viviente en todos los Palcos del Acantilado, aparte de ti, de mí y de Borne. ¿Eso no te sugiere nada? Te pedí que lo sacaras de aquí. Te…

—Que yo sepa, te podría haber estado trayendo los lagartos a ti, Wick.

—Pues no lo ha hecho. Se los ha estado llevando a esa boca que no le hace falta para nada.

—Ni Borne ni yo te estamos escuchando, Wick —dije, porque yo, al menos, no. Sabandijas, alimañas. Borne no estaba haciendo otra cosa que mantener limpio el lugar—. Porque nosotros también vivimos aquí. Vivimos aquí contigo. Borne y yo. Borne, tú y yo. ¿No te parece asombroso? ¿Me vas a decir que Borne no es asombroso?

Borne estaba empleando unas cabezas de monigote que había formado con sus tentáculos para mantener una discusión sobre los usos de «expedicionar» frente a los de «explorar», y sobre las diferencias entre ambos, por clara deferencia hacia mí.

—Es una obra de arte —dijo Wick—. Un genio.

Antes de eso, esperé que Wick no se hubiera dado cuenta de que Borne estaba murmurando algo, diciendo de él que era un «aguafiestas», porque me había escuchado a mí decirlo. También dijo

que, desde arriba, la piscina «estaba guay del Paraguay». ¿Habría encontrado un alijo de revistas viejas para adolescentes en los Palcos del Acantilado?

—Te lo repito: ¿qué ocurre?

—Primero dile a Borne que se vaya —repuso Wick. Sácalo de aquí.

—No —respondí.

Wick aún no se había dado cuenta, pero yo estaba llegando al límite de mi paciencia. Además de sentirme furiosa y mareada, estaba exhausta y me dolía todo el cuerpo a causa de nuestras peripecias. Necesitaba echarme a dormir cuanto antes, descargar la adrenalina de la huida.

Wick lo tuvo en cuenta, me dejó pasmada al lanzar la garra a la piscina como si no significara nada, como si no tuviera ningún valor.

—Está bien, al cuerno con ello —dijo Wick, con un tono nada propio de él—. ¿Por qué no?

Rebuscó en una caja metálica y sacó un puñado de foxinos etílicos. Entonces tuve la sensación de que, tal vez, más que borracho estaba angustiado.

—Ten, Borne, toma un foxino —dijo, mientras lanzaba media docena por los aires.

No llegaron muy alto, pero dio igual. Borne alargó varios pedazos de su cuerpo para recogerlos al vuelo.

—¡Ooooh! ¡Foxinos a cambio de una gaaaaarra!

—Sí, Borne —dijo Wick—. Foxinos a cambio de una garra. Qué generoso eres.

Borne comenzó a comer, profiriendo lo que para él eran unos ruiditos de cortesía, pensados para darnos las gracias. Al hacerlos, me recordó a una vieja foca de circo, y eso también me irritó.

—Entonces, ¿ya conoces tan bien a Borne que te dedicas a emborracharle?

Wick giró su silla para encararme.

—No producen el mismo efecto en nuestro amigo Bornito. Para nada. Los biotecs no son como nosotros. La mayoría de los biotecs son impredecibles, más de lo que te imaginas. Bornito, el biotec, se pone piripi… a su manera. Ten, toma unos cuantos.

Me arrojó unos cuantos foxinos. Parecían más bien sardinas saladas, pero cuando mordías uno se extendía por tu boca un suave frescor mentolado, y el alcohol —o el equivalente al alcohol— se deslizaba a continuación, provocando una sensación refrescante. Te dejaba un regusto frío y agrio muy agradable. En un día caluroso, era genial.

—¿Qué era lo que no querías contarme con Borne delante? —

pregunté, después de mordisquear un par de foxinos—. Desembucha.

Otra pausa, y entonces Wick comenzó a soltar prenda, pero a su manera: a través de una puerta lateral, a través de un laberinto.

—Rachel, esto se ha vuelto demasiado peligroso. Los Palcos del Acantilado. Es demasiado peligroso vivir aquí solos. Tú misma lo has comprobado esta noche.

—Pero si ni siquiera me has preguntado qué pasó. Ni siquiera me lo has preguntado. —No pude evitar sentirme un poco dolida, aunque fuera un sentimiento un poco pueril.

Wick torció el gesto.

—A lo mejor es porque estás a salvo. A lo mejor es porque estás aquí y has podido regresar. A lo mejor es porque la Maga me acaba de enviar un mensaje.

La sensación refrescante del alcohol no pudo competir con el frío que sentí en la nuca. Esa clase de noticias me provocaba malestar, claustrofobia y picores por todo el cuerpo.

—¿Qué quería la Maga?

—Obtendremos protección —dijo Wick, ignorando mi pregunta—. Obtendremos suministros, comida, agua, más y mejores biotecs. Y yo trabajaré con ella para acabar con Mord.

Volví a sentir mareos, pero fue el vértigo de sentir cómo el estómago te pega un vuelco mientras caes en picado por un abismo. La sensación horrible y trepidante de que todo se ha puesto del revés.

—¿Y qué quiere la Maga a cambio?

Wick hizo una mueca, bajó la mirada hacia sus manos.

—No te va a gustar.

—Pues claro que no me va a gustar, Wick. Ni siquiera te gusta a ti.

—Quiere los Palcos del Acantilado. Y probablemente a Bornito, aquí presente. Porque querrá tener acceso a todo el biotec. Hasta la última pieza.

Los Palcos del Acantilado. Borne.

La Maga lo quería todo, incluidas nuestras almas.

CÓMO CONOCÍ A LA MAGA Y CUÁLES ERAN SUS INTENCIONES

Hasta ese momento, los rumores acerca de la Maga me habían llegado de una manera confusa y ambigua, porque Wick era sucinto con el tema y yo no tenía muchas otras fuentes. Algunos decían que era nativa, criada en las fragmentadas comunidades que se extendían hacia el oeste, y que había convertido los asuntos de la Compañía en su principal área de estudio. Decían que, desde una fecha temprana, había comenzado a recopilar los recuerdos de cualquiera que pudiera ofrecerle algo útil; no solo objetos para vender, sino también cualquier información que le pudiera ayudar a entender lo que estaba pasando en el interior de la Compañía. Planeaba utilizar todo cuanto pudiera averiguar en contra de la Compañía. Hasta hace poco, pareció una simple amenaza. Pero cuando llegó el momento, había reunido información suficiente como para obtener herramientas y biotec a base de sobornar y extorsionar a los últimos miembros de la Compañía que estaban encerrados en el edificio, abandonados, subsistiendo a duras penas para cumplir las exigencias de Mord.

Pero otros decían que la Maga trabajó para la Compañía, o que venía de más allá de esas montañas que no existían porque estaban muy lejos, o que llegó aquí porque sus ancestros eran los regentes del mar interior, que ahora era poco más que un desierto salado. Decían lo que les daba la gana, porque la esquiva Maga rara vez se dejaba ver.

Yo solo había visto a la Maga en una ocasión. A ella no le gustaba aventurarse al exterior, y, a medida que fue acumulando más poder, hizo notar su presencia principalmente a través del variopinto ejército de personas que había convertido en sus aliados. Ejercía su poder, según Wick, a base de reinventar a su antojo porciones de la ciudad, y nosotros no contábamos con una ambición similar con la que contraatacar. Esas zonas solo tenían forma, sustancia y fronteras gracias a sus desvelos; por lo demás, carecían de estructura. Nosotros obtuvimos nuestro poder —o sobrevivimos, al menos— porque rechazamos esas fronteras y esos espacios. Porque eludimos su control. Porque quisimos vivir al margen, en los Palcos del Acantilado.

Aquella vez que la vi, me tuve que desviar hasta el extremo sur para sortear a un recolector psicópata. Aquel día tenía previsto ocupar mi posición habitual junto al costado de Mord; lo había seguido hacia el oeste, de nuevo hacia un territorio que yo apenas conocía, con el

cráneo resquebrajado del observatorio a la derecha como punto de referencia. Pero aquel día no tuve agallas para aferrarme a él, para encaramarme a ese pelaje enmarañado, y mi adversario lo interpretó como una muestra de debilidad.

Hacia el sur solo se extendía la llanura desolada, con el edificio de la Compañía al fondo. Poco antes de alcanzar la llanura, giré bruscamente para cobijarme entre unas ruinas circulares situadas en lo alto de un risco. Llevaba los prismáticos en el morral y los utilicé para intentar localizar a mi perseguidor.

Mi atención no tardó en desviarse hacia la colina de enfrente, donde había unas ruinas circulares parecidas. Es posible que las dos hubieran sido aljibes, o tal vez se tratara de unas atalayas. El caso es que, frente a aquella superficie de piedra de color marrón grisáceo, salpicada de líquenes y enredaderas amarillentas, y durante apenas un instante, vi el contorno de una figura alta que se deslizaba por el viejo muro de piedra. Desapareció tan deprisa que me hizo dudar, lo achaqué a mi estado de alerta ante la posible presencia del otro recolector.

Al cabo de no más de diez minutos, se oyó una especie de crujido, como si se estuviera desplegando algo, y alguien habló por detrás de mí:

—Hola, Rachel.

Saqué mi cuchillo y me puse a tantear en derredor, lanzando cuchilladas, girando en círculo, pero estaba sola. Mi arma no topó con nada ni con nadie. El escarabajo de combate que tenía preparado comenzó a flotar y, entre zumbidos, cayó al suelo sin provocar ningún efecto.

—Guarda ese cuchillo —dijo la voz, grave, ronca, pero de mujer—. Guárdalo. No he venido a hacerte daño. Si fuera así, ya estarías muerta.

Lancé otro escarabajo de combate en la dirección de la que provenía la voz. Cayó en picado al suelo, aterrizó sobre su caparazón y se puso corretear en círculos, emitiendo un zumbido con las alas.

—Menudo desperdicio, Rachel —dijo la voz—. No te tenía yo por una persona tan derrochadora.

—¿Quién eres? —No guardé el cuchillo, pero tampoco lancé más escarabajos.

—Me llaman la Maga. Puede que hayas oído hablar de mí. —La voz resonó por el lugar, provenía de todas partes y de ninguna.

En esa época, la Maga no significaba nada para mí. Solo era otra impostora, otra estafadora, otra persona que se creía importante. Un nombre que no tardaría en ser olvidado.

—¿Qué es lo que quieres?

—Eres directa. Bien. Igual que yo —dijo.

Se oyó otro crujido, como si la tuviera a mi lado. Pero yo no podía verla.

—Di lo que quieras y márchate. —Aún tenía que preocuparme de Charlie X, el recolector psicótico.

—¿Eres feliz ahora, Rachel? —preguntó la Maga.

¿Feliz? ¿Ahora? Qué pregunta tan extraña. Qué pregunta tan autoindulgente e imposible de responder. Al escucharla, me entraron ganas de volver a lanzar puñaladas al aire, de arrojar mis escarabajos hacia todos los puntos cardinales.

—¿Y desde cuándo es asunto tuyo?

Una risita suave, ronca.

—Tú no puedes saberlo, pero sí que es asunto mío. Así que te lo vuelvo a preguntar: ¿eres feliz? ¿En los Palcos del Acantilado? ¿Con Wick?

Su petulancia, esa forma de actuar como si supiera algo, como si conociera algún secreto, me provocaron una profunda antipatía.

—Déjate ver —dije—. Déjate ver si quieres hablar conmigo.

—Eres una buena recolectora. Eres avispada. Hace tiempo que te observo. El suficiente como para considerar que ya te conozco.

—Yo no te conozco a ti.

La luz se proyectaba y se desvanecía sobre la desolada planicie que había más abajo, a medida que las nubes se agrupaban y se desplazaban. Todo lo demás permanecía inmóvil. Sin revelar su presencia. Charlie X estaba ahí fuera, en alguna parte, deseando matarme.

—Pero podrías. Podrías unirte a mí.

—¿Para qué?

—Para obtener algo más que esto. —Ondeó un brazo para abarcar el cielo, el sol, el terreno, como si tuviéramos la posibilidad de dejarlo todo atrás.

—¿Y por qué querría hacer algo así?

—Tal vez porque no soy como Charlie X. —Esa respuesta me sorprendió—. No soy estúpida. No estoy loca. No vivo al día. Estoy intentando crear algo: una coalición, una manera de salir adelante.

—¿Qué sabes de Charlie X?

—Sé que está muerto, y que yo lo he matado. Al otro lado de ese aljibe, en la colina de enfrente.

Me embargó una oleada de alivio, suspicacia y temor.

—Estás mintiendo.

—Creo que te estaba siguiendo la pista. Creo que quería asaltarte y

quitarte la vida. Creo que eso ya no va a pasar.

—Estás mintiendo.

—Cuando terminemos aquí, puedes ir a comprobarlo por ti misma. Por cierto… de nada. —Hizo gala de una determinación inquebrantable, así que me lo creí, muy a mi pesar.

—¿Qué estás planeando?

—Una manera de derrotar a Mord. Una manera de avanzar hacia el futuro.

Solté una carcajada hosca y mordaz. Seguro que la Maga no había escuchado nunca una parecida.

—Si pudieras hacer eso, no estarías aquí.

—¿Sabías que la Compañía creó abominaciones mucho peores que Mord, Rachel? ¿Sabías que se inmiscuyeron en muchas cosas en las que no debían? En cosas que también afectan a tu vida.

Escupí al suelo.

—Corre el rumor de que estás empezando a modificar a la gente, y parece que sin pedirles permiso primero.

La Maga se rio.

—Yo siempre pregunto primero. Pero deberías preguntarle a Wick por su opinión al respecto antes de juzgarme. Wick solo quiere que le dejen en paz. Yo quiero cambiar la ciudad. Recuperar lo que teníamos antes.

—Quieres tener influencia sobre Wick

—Ya tengo influencia de sobra sobre Wick.

Supuse que estaba mintiendo, pero me inquietó que lo dijera con tanta confianza.

—Pero no la suficiente como para obligarle a pedirme que trabaje para ti, ¿verdad?

—¿Sabes, Rachel? —dijo la Maga—. A veces está bien ser franco, directo. Otras veces, ese rasgo conduce directamente al cementerio.

—Te voy a pedir una vez más que te marches —dije.

—¿O qué? Te queda un escarabajo de combate, una neuroaraña, y no tienes armas. Ni siquiera has sabido dónde estaba hasta este momento.

Frente a mí apareció una persona, a la distancia justa como para que intentar apuñalarla fuera demasiado arriesgado. La escena me resultó tan sobrecogedora como si hubiera aparecido un tigre delante de mí. Fue una visión extraña, irreal y fascinante.

Se había quitado la capucha, de lo contrario me habría fijado mejor en que su túnica no era una prenda al uso, sino una especie de biotec. Tenía el cabello espeso y oscuro, la piel muy bronceada, y unos rasgos que resultaban leoninos, con cierto porte regio, salvo por una

cicatriz que se extendía sobre su mejilla derecha, conectando con el labio superior. Para ser sincera, la Maga guardaba un inquietante parecido conmigo, que se extendía hasta la complexión y el fulgor de los ojos. Pero mi piel era mucho más oscura, no tenía cicatrices, llevaba el pelo corto, y nunca había tenido esa mirada de líder innato.

En ese momento, Mord podría haber caído en picado desde el cielo para devorarla y la Maga habría mantenido la compostura, en lo que buscaba alguna manera de frustrar su apetito.

—Ahora puedes verme —dijo—. ¿Qué te parece?

Me mantuve en mis trece.

—Me parece, por última vez, que tienes que marcharte.

La Maga sonrió, y fue como si los rayos del sol emergieran de sus facciones. Iba envuelta en un aura luminosa, potenciada por ese sentimiento tan peligroso como es el amor propio.

—Eres una mercancía valiosa —dijo la Maga—. Deberías ser feliz, tener una meta. No deberías acurrucarte en un rincón como una rata enjaulada. Pero ya veo que no estás convencida. Así pues, adiós por el momento, Rachel.

La capucha se alzó sobre su cabeza como la criatura viviente que era, y en medio de una especie de destello evanescente —un susurro, un atisbo de movimiento—, la Maga desapareció mientras yo contemplaba la escena con la boca abierta. Puede que ese biotec se tratara de un hallazgo fortuito, una especie de camuflaje que reflejaba su entorno, que le aportaba volumen y sustancia al disfraz, de tal manera que le permitía desplazarse por una zona sin llamar la atención.

¿Cómo pude saber que se había ido? La cumbre de la colina parecía desolada, incluso conmigo encima. Se percibía una ausencia. Durante los siguientes días, cuando me entraba la paranoia de que me estaba siguiendo, me esforzaba por recuperar esa sensación de «no hay nadie ahí», para tener la certeza de que estaba en lo cierto. La Maga se había ido a tratar otros asuntos, otros planes, con otra gente. Pero no me gustó nada haber recibido esa visita, por la manera que tuvo de mirarme, por esa sensación incómoda y enigmática de que me conocía, aunque yo no supiera cómo.

Encontré el cadáver de Charlie X donde ella me dijo que estaría, sin una sola herida. Solo un gesto de terror grabado en sus facciones, como si hubiera visto la otra cara de la Maga. Tal vez su verdadera cara.

*

Tres años después, el espíritu de la Maga se había introducido

conmigo en esa habitación, entre Wick y yo. Puede que hubiera fundado su cuartel general hacia el oeste, en el observatorio en ruinas, pero había encontrado una manera de hacer que su influencia se notara desde lejos. Porque éramos débiles, porque nuestras provisiones se estaban agotando y porque Wick no veía ninguna solución. La Maga había encontrado una manera de entrar porque siempre había estado aquí.

En el techo, Borne se había quedado callado, a medida que nuestras voces se acentuaban y que Wick se ponía a la defensiva.

—No vamos a entregar los Palcos del Acantilado —repuse. Tampoco íbamos a entregar a Borne. Estaba exhausta y borracha, muy borracha, pero eso lo tenía claro.

—No haría falta entregarlos —dijo Wick, alicaído—. Se mudaría gente aquí, para ayudarnos a fortificarlo. Vivimos los dos solos. ¿Cuánto crees que puede durar eso?

—De momento ha durado bastante, Wick.

Me metí otro foxino en la boca. Seguramente era el quinto. Al ritmo que llevábamos los dos, bien podríamos haber terminado con todas las reservas de foxinos etílicos del país.

—Tenemos suerte de haber aguantado tanto.

—¿Por qué ahora? Dime por qué te lo pide ahora.

—Creo que está planeando algo gordo. Creo que sus planes ya están casi listos. —Wick había empezado a susurrar, como si la Maga estuviera escuchando, y solo consiguió enfurecerme más.

—¿Y cómo contactó contigo? ¿Te capturó durante una de tus salidas para vender drogas? ¿Te hizo toda clase de promesas que sabes que no puede cumplir? Y de ser así, ¿por qué te ha permitido volver? ¿Por qué no te retuvo?

—La Maga no pide. La Maga afirma. Así es como funciona hoy en día: le dice cosas a la gente, y la gente las hace.

La Maga en una colina y Wick en la otra, comunicándose por mímica o por banderas.

—¿Quién estableció el contacto, Wick? ¿Ella o tú?

Wick murmuró algo, se incorporó, apoyó las manos en los laterales de su silla, dio un par de golpecitos en el suelo con las piernas.

—Ha dicho que contactó él, Rachel —dijo Borne desde el techo, queriendo ayudar.

—¡Tú no te metas, Borne! —le gritamos al unísono.

—Pero es que has dicho que no le habías escuchado, y pensé que querrías saberlo.

—Vete a mi apartamento, luego iré a comprobar que estés bien antes de que te vayas a la cama —dije.

—Vale, Rachel. Volveré a tu apartamento.

Borne pareció abatido, aunque quizá fueran imaginaciones mías. Descendió lentamente por la pared, adoptó una pose erguida, regeneró sus ojos y se marchó. Me pareció que dejaba a su paso un olorcillo como a pedo de araña, como reflejo de su indignación, pero traté de ignorarlo, al igual que intenté ignorar que había antepuesto la revelación de Wick a las heridas de Borne.

—Yo solo quería que me dejaran en paz —dijo Wick—. Es lo único que he querido siempre.

La típica cantinela. Aunque nunca le había preguntado por qué quería que le dejaran en paz. «Así es Wick», eso es lo que siempre he pensado. «A Wick le gusta que le dejen en paz».

—Nos destruirá, Wick. ¿Cómo puedes confiar en ella?

—¿Cómo se supone que puedo confiar en ti? —replicó—. Tú has metido aquí a Borne. No quieres deshacerte de él. Los vástagos están empeorando… todo está empeorando. No tenemos elección.

—Ya sabes lo que le sucederá a Borne cuando ella tome el control.

Wick se encogió de hombros, como queriendo decir que ya no sería su problema, que confiaba en que cuando Borne pasara a ser responsabilidad de otro, yo recobraría la sensatez, y entonces Borne se convertiría en uno de «ellos» y dejaría de ser uno de «los nuestros».

—Pero eso ni siquiera es lo peor, Wick, y lo sabes.

Wick pareció desconcertado.

—¿Qué quieres decir?

—Los niños asilvestrados a los que he visto esta noche son iguales que los que me atacaron aquí, en los Palcos del Acantilado.

—Hay mucha gente horrible suelta por la ciudad —repuso Wick—. Montones de gente horrible.

—Los de esta noche actuaban como una patrulla, como si estuvieran trabajando para alguien. ¿Sabes de quién se trata? Yo creo que sí. —Me moría de ganas por decirlo.

—Deberías descansar un poco —dijo Wick—. Deberías irte a la cama.

Se negó a mirarme, incluso cuando me planté delante de él. Pero no hizo falta. Lo peor de todo era que yo conocía a Wick tan bien, y él me conocía tan bien a mí, que los dos sabíamos lo que estaba insinuando. En el fondo, era lo menos relevante de lo que nos estábamos transmitiendo en ese momento. Pero insistí a pesar de todo, porque era necesario decirlo en voz alta:

—Aquella noche, la gente de la Maga se coló en los Palcos y me atacó. No fue algo fortuito. Me atacaron porque la Maga te estaba enviando un mensaje. Y tú lo sabías, pero no me dijiste nada.

—Yo no lo sabía —protestó Wick—. Jamás pensé que haría algo así. Todo lo que he hecho, ha sido para que no te ocurriera nada. ¿Puedes mirarme a los ojos y decirme que crees que yo quería que te pasara eso? No, jamás.

—Me ocultaste información, Wick. Tenías problemas con ella y no me lo dijiste.

Debo decir a su favor que en ese momento no intentó negarlo.

—¿Habrías actuado de otro modo en mi lugar? —preguntó Wick, gritando—. ¿Y habrías sido supercuidadosa, en lugar de cuidadosa a secas, cuando regresaste aquella noche? No y no. Y ahora estaríamos en el mismo punto. Lo que yo haya hecho no tiene importancia… a no ser que hubiera entregado los Palcos del Acantilado.

—¡No confiaste en mí! —le repliqué—. No confiaste en mí, joder.

—Esto no tiene nada que ver con eso —repuso Wick, exasperado y dolido—. No tiene nada que ver con la confianza. —Pronunció esa palabra como si le quemara en la lengua.

—Si lo hubiera sabido, Wick, nos habría ido mejor. Tú te habrías mostrado más abierto conmigo, no habrías parecido tan distante, tan reservado. ¿No te das cuenta de que la Maga ha sembrado cizaña en nuestra relación? ¿No ves que quería que me ocultaras sus exigencias, para distanciarte de mí?

—Fuiste tú la que se distanció. Lo hiciste tú solita, al introducir a Borne en nuestras vidas y no querer desprenderte de él. Al aferrarte a él. Ha sido cosa tuya. ¡Tuya!

—¿Sabías que la Maga intentó reclutarme hace tres años? —inquirí —. ¿Lo sabías, Wick? Por supuesto que no. Te lo oculté, porque no quería que la Maga tuviera más influencia sobre nosotros de la que ya tiene.

Wick soltó un grito de frustración.

—¿Y en qué cojones se diferencia eso del hecho de que yo no te contara ciertas cosas para intentar protegerte? ¡No hay ninguna diferencia! ¡Ninguna! ¡Y ni siquiera me importa!

Nos estábamos pegando voces, acusándonos, pero no podíamos parar.

—La diferencia, Wick, es que tú me estás ocultando otras cosas. Para empezar, me estás ocultando por qué la Maga tiene influencia sobre ti. Escondes secretos en tu apartamento de los que crees que no estoy al tanto.

Eso lo dejó pasmado, pero entonces comprendió que yo no podía conocer sus secretos, apenas tenía indicios, porque había sido muy cuidadoso.

—¡No tengo secretos! —mintió—. No tengo ningún secreto que

necesites conocer.

—¿No tienes ningún secreto que yo necesite conocer? —repetí—. ¿Eres consciente de lo absurdo que es eso? En fin, puede que por la mañana recuerdes algunos secretos que sí me conciernan. Como lo del proyecto del pez. Como el telescopio roto o la caja metálica repleta de biotecs. Como lo de no hablarme de tu familia. Puede que, por la mañana, te des cuenta de lo mucho que necesito saber si queremos seguir viviendo juntos.

Wick se levantó, comenzó a remover con vehemencia el potingue de su piscina con un listón de madera alargado, dándome la espalda.

—¿No tendrías que estar en otra parte? ¿No tendrías que estar con otro? —Wick acusaba, malmetía, pero estaba dolido. Comprendí que en el fondo estaba dolido.

Los dos nos habíamos aferrado a nuestra postura desde el principio. Wick trataba de protegerme y de hacer lo correcto, sin tener muy claro lo que significaba eso… mientras que yo era tan ingenua como para creer que podía confiar en Wick y en Borne al mismo tiempo. Eso me había consumido. Los dos éramos conscientes, al mirarnos desde fuera, que el remordimiento, la culpa e incluso las discusiones nos estaban distrayendo de la tarea de intentar sobrevivir.

Me marché enfadada, decidida a ir a ver a Borne, tal y como le había prometido.

CÓMO DECEPCIONÉ A BORNE

Tenía la cabeza en otra parte, estaba concentrada en lo que no debía, y como me sentía tan furiosa, no me fui directa a mi apartamento para ver qué tal estaba Borne. Mi mundo se había vuelto cada vez más pequeño, parecía sujeto a las fronteras de los Palcos del Acantilado, aferrado a un territorio que yo ya consideraba conquistado y asegurado. No fui consciente hasta más tarde de los sentimientos de Borne, de lo que podría estar experimentando bajo su alegre fachada. Lo que debió de suponer para él que le dijera que se volviera solo a mi apartamento después de que lo hirieran, cuando él no se había separado de mi lecho mientras me recuperaba de la agresión.

El mundo de Borne se había expandido en un solo día para asimilar su propia mortalidad, los horrores del mundo y la enorme extensión que existía más allá de nosotros. Había visto a Mord enfurecido, rugiendo. Le habían contado que la Tierra giraba alrededor del sol, y que las luces que vio en ese cielo negro eran estrellas distantes, alrededor de las cuales giraban otras Tierras con

sus propios monstruos, con sus propias ciudades destruidas. Ningún explorador en tiempos remotos había viajado tan lejos, ni tan rápido. Ningún astronauta orbitando alrededor de la Tierra tuvo que aclimatarse nunca a algo así. Ningún vivo o muerto había tenido que experimentar eso, al mismo tiempo que aprendía a hablar, a pensar y a sentir. ¿Sería demasiado? ¿A Borne lo habían diseñado para soportar el peso de una presión tan grande? ¿Cuánto podría llegar a absorber?

Cuando bajamos de la azotea aquella noche —Mord ya había desaparecido del cielo nocturno—, nos quedamos un rato en la planta baja de la fábrica, entre los restos de la masacre, porque yo aún necesitaba recopilar información. Tenía que saber más sobre esos niños mutantes, tan asilvestrados que parecían anárquicos, pero que actuaban siguiendo una disciplina, como si fueran una patrulla. También quería una muestra de un vástago de Mord, si es que acaso encontraba alguna, y fue Borne el que localizó la pata arrancada, y la «probó» con tanta violencia que lo único que quedó de ella fue la garra que le llevamos a Wick. Traté de hacerle entender a Borne que debería sentirse avergonzado, pero desistí cuando me di cuenta de que estaba regañando a alguien que podría estar sufriendo una conmoción.

Pero encontré algo más. Un asilvestrado destrozado y masacrado, con una cazadora que no había salido tan mal parada como para no poder registrarla en busca de documentos, de una identificación, o de lo que fuera.

Lo que encontré fue la insignia de la Maga. Su sello y su símbolo. Y con esa prueba, con la certeza casi absoluta de que fue la rival de Wick la que envió a esos asilvestrados a los Palcos para que me atacaran, pensé que había sido un golpe muy bajo, una manera de enviar un mensaje.

Incluso la conversación que mantuve con Borne durante el camino de vuelta a los Palcos pareció guardar relación con mis circunstancias, de un modo misterioso. Las palabras brotaron entre la brisa nocturna, se expandieron, hasta que su peso me resultó insoportable.

—¿Cómo acabó el mundo de esta manera?

—No lo sé. Por culpa de la gente, Borne. Nos lo buscamos.

Y nos lo seguíamos buscando.

—¿Siempre fue así?

—No siempre. Antes había más gente y el mundo era mejor.

Pero no porque hubiera más gente.

—Más gente —dijo Borne, pensativo.

—Sí. Y había ciudades por todo el mundo donde la gente vivía en paz.

Nunca había habido una época en la que todos los habitantes del

mundo, a lo largo y ancho del planeta, vivieran en paz. Nadie había conocido nunca una paz duradera sin ignorar la atrocidad ni la historia, lo que significaba que en el fondo no era duradera en absoluto. Lo que significaba que éramos una especie irracional.

—Ciudades por todas partes —dijo Borne, como si no supiera lo que significaba eso.

Ya casi habíamos llegado hasta la puerta oculta en la parte de atrás de los Palcos cuando Borne volvió a hablar:

—¿Estoy solo, como Mord?

—Mord ahora tiene a sus vástagos.

—Pero sigue estando solo.

—Me tienes a mí, Borne.

—Me refiero a que si hay más como yo. ¿O estoy solo, como Mord?

—Yo también estoy sola, Borne —dije, con cierto tono de autocompasión. Pero ¿estaba sola porque me lo había buscado, o…?

No tenía respuesta para eso. Pero recuerdo que no me gustó que Borne se comparase con Mord. No sabía qué significaba eso ni adónde podría conducir.

*

Tenía previsto reunirme con Borne en mi apartamento, pero a mitad de camino cambié de rumbo y decidí ir al apartamento de Wick para registrarlo una vez más. Como Wick estaba en la piscina, borracho como una cuba, no me pareció demasiado arriesgado, aunque pudo deberse a que yo también estaba ebria. Era mi ebriedad la que hablaba por mí, mi propio sentido de la justicia después del trauma sufrido aquella noche. Quería hacerle daño a Wick, encontrar una forma de castigarle.

Pero cuando desactivé los dos gusanos guardianes que había en la puerta y me centré en un sistema defensivo más rudimentario, el de la cerradura, sentí una presencia a mi espalda y me di la vuelta sobresaltada… Y allí estaba Wick, asomando entre la informe oscuridad del pasillo.

Me puse a mascullar excusas y explicaciones mientras sacaba la ganzúa, pero cuando volví a mirar hacia el pasillo, estaba vacío. ¿Dónde se había metido? Mi mente, ebria, resolvió que no tenía importancia y reanudó la tarea. Pero cuando se abrió la puerta, cuando la empujé para que se abriera, alguien me dio unos golpecitos en el hombro, y ahí estaba Wick, que había reaparecido como si quisiera gastarme una broma pesada.

Esta vez pegué un respingo, maldiciendo, y me caí al suelo.

—¡Ajá! ¡Ajá! —exclamó Wick, señalándome con el dedo, lo

bastante borracho como para arrastrar los pies a modo de danza triunfal—. Sé lo que estás intentando hacer. Otra vez. Estás intentando colarte en mi apartamento. Otra vez.

Su engreimiento contrarrestó cierto embeleso que había en la situación, dejó su ebriedad a un lado para hacer que el sutil atractivo de su rostro se tornara cadavérico, para endurecer los planos angulares de su rostro.

—No me asaltes por sorpresa —dije, enarbolando mi mejor defensa.

—¿Te das cuenta de lo aburrido que resulta cuando intentas colarte en mi apartamento sin que yo me entere? Es aburridísimo. Porque siempre me entero. ¿Cómo pretendes que no me entere?

—A lo mejor se me olvidó decirte algo y pensé que estarías aquí. Dormido. A lo mejor pensé que no me oirías llamar, así que… —Señalé hacia la puerta y realicé ese gesto nada universal de forzar una cerradura.

Wick no lo entendió.

—¿Qué es eso? ¿Qué estás haciendo? ¿Clavándole un destornillador a alguien?

Me eché a reír. Por alguna razón, me pareció lo más gracioso que había oído en mi vida, quizá porque yo me consideraba el ser humano más escurridizo del planeta, y Wick me estaba diciendo que más bien parecía un personaje de dibujos animados que estaba avanzando con muchísimo sigilo hacia una puerta, mientras un retrato colgado en la pared me seguía con la mirada.

—Sí, soy así de escurridiza y de taimada.

Wick respondió con una risita bronca, después me echó a un lado y entró en su apartamento. Pero dejó la puerta abierta.

—Borne te ha enseñado esta noche lo que significa ser escurridizo —dijo Wick, mientras le seguía hacia el interior de su apartamento—. Se enfrentó a un vástago de Mord y sobrevivió. Ahora Borne puede hacer lo que le dé la gana. ¿Cómo puedes detenerle? ¡Gaaaaaarra! ¡Gaaaaaarra! ¡Gaaaaaarra! —añadió, para burlarse de mí.

—Cállate.

Wick saltó sobre su cama y se tumbó, apoyado sobre un codo. Me tendí a su lado, aunque guardando las distancias.

—Puede que no hubieran vivido mucho de todos modos —dijo Wick—. Los niños de la Maga. Sus soldados. Sus pequeñines. Lo que quiera que sean. Estaban como una puta cabra, de eso no hay ninguna duda.

Lo dijo farfullando, así que me costó reconstruir sus frases.

—No deberías hablar así. —Volví a sentirme helada, vulnerable,

furiosa.

—Ya te lo he dicho: nunca pensé que la Maga vendría a por mí.

—¡Y no lo hizo! ¡Vino a por mí!

Le pegué un puñetazo en el costado, con fuerza. Él torció el gesto y dijo:

—Eso duele.

—Esa era la intención.

Wick me dio la espalda, se quedó mirando a la pared. El aura de tensión, la armadura que lo envolvía de una manera casi física cuando no quería afrontar algo.

Suspiré, un gesto que fue más bien una convulsión interna que relajó la tensión de mi pecho y de mis hombros. Miré al techo iluminado por las luciérnagas. Eran preciosas, como constelaciones vivientes. Pero se estaban apagando una por una, con una media de dos al día, y aunque había cientos de ejemplares allí incrustados, el cuarto de Wick se había vuelto notablemente más lóbrego. Unos meses más y se quedaría a oscuras, pero para entonces estaríamos a merced de la Maga, o nos habríamos visto obligados a irnos por su culpa.

Wick tenía demasiados secretos. Se estaba volviendo demasiado complicado. Habitábamos el mismo espacio, pero transitábamos por universos diferentes, cada uno con sus propias necesidades y carencias.

—Me lo debes —le dije. Ya no estaba enfadada—. Tienes que contarme algo, lo que sea, sobre lo que está pasando. Y si no puedes, daré por hecho que esto es una mentira. Si no puedes, daré por hecho que no hay nada entre nosotros.

—Me has pegado, ¿recuerdas? —dijo Wick—. Acabas de hacerlo.

—Te lo merecías.

Wick permaneció callado e inmóvil durante un buen rato. Cuando retomó la palabra, lo hizo con un tono que denotaba que no debía hacerle preguntas sobre lo que estaba a punto de contarme:

—La Maga contactó conmigo a raíz del proyecto del pez —dijo—. Ella no proviene de la ciudad. Procede de la Compañía, de la última generación previa al momento en que todo se fuera al garete. La conocí cuando estaba trabajando en el proyecto del pez, y por eso sabía quién era yo cuando abandonó la Compañía.

»Cuando vino a verme por primera vez, hicimos un trato. Ella tenía acceso a una enorme cantidad de materias primas. A mí ya se me había acabado lo que robé de la Compañía. Me salvé gracias a lo que me vendió ella. Desde entonces, se lo he pagado con biotecs y con objetos recolectados. Pero ahora lo quiere todo…

—¿Qué más cosas sabe?

—Demasiadas. Pero hay un detalle que desconoce. —Wick alargó el brazo frente a mí para abrir el cajón que estaba junto a la cama, sacó la caja metálica repleta de biotecs que parecían nautilos y me la entregó—. Me parece que estos ya los has visto.

—¿Qué son?

—Antes los sacaba de la Compañía —dijo Wick—. Ahora los fabrico aquí.

—Pero ¿qué son?

—Un medicamento. Un medicamento muy especializado que necesito tomar. Padezco una enfermedad.

—¿Y qué pasa si no te los tomas?

—¿Entiendes por qué te cuento esto? Eres la única persona que lo sabe.

Comprendí lo que me estaba diciendo: «todavía tengo secretos, pero ahora tienes poder sobre mí».

—¿Qué pasa si no te los tomas, Wick?

—Que moriré.

Me quedé con Wick durante varias horas, con el brazo apoyado sobre su pecho, en parte porque estaba exhausta, agotada después de la discusión. Pero también porque me sentía aliviada. Porque habíamos vuelto a salir del agujero. Porque parte de la frustración que nos habíamos infligido el uno al otro provenía de la certeza de que mientras siguiéramos gritándonos no estaríamos acabados, no estaríamos perdidos, y de ahí la sensación de que, en el fondo… nuestro desencuentro no era más que una farsa. ¿Ad + onde podría ir yo? ¿Adónde podría ir él?

Me puse a repasar mentalmente la nueva información que había recabado. Wick estaba enfermo, y yo había tenido los indicios delante de las narices en todo momento: en su delgadez, en su palidez, en la necesidad de tener gusanos de diagnóstico en su brazo en todo momento, siempre alerta. La Maga nos había estado ayudando a seguir con vida en los Palcos del Acantilado, y Wick era más dependiente de ella de lo que yo pensaba. Nuestra situación seguía siendo tan mala como antes, puede que incluso peor.

Cuando volví a mi apartamento para ver a Borne, ya no me estaba esperando. Tampoco estaba en su apartamento, y, después de buscarlo por todas partes, me di cuenta de que se había marchado, al amparo de la noche, mientras Wick y yo discutíamos.

Estaba claro que lo que dijo Wick era cierto: ya no podía controlar a Borne, si es que alguna vez había tenido ese poder. A partir de ese momento, Borne se dedicaría a vagar por la ciudad cada vez que le viniera en gana.

Mis padres me llevaron a un restaurante elegante cuando tenía doce años, como premio por haber sacado buenas notas, en el último santuario en el que vivimos antes del fin. Habíamos llegado a esa ciudad de una manera casi milagrosa, desde un lugar fuera de la ley, huyendo de un dictador demente que se había aficionado al canibalismo y las amputaciones aleatorias. Habíamos superado las fortificaciones y las barricadas exteriores, la cuarentena de preguntas interminables, porque necesitaban médicos y profesores, y durante dieciocho meses nuestro nuevo hogar nos proporcionó cierto grado de estabilidad. Mi madre encontró un empleo como enfermera en una clínica, y mi padre puso sus habilidades al servicio de un constructor.

El restaurante tenía una cubertería impoluta, servilletas de color blanco hueso, y un camarero que comenzaba todas sus frases diciendo «señor» o «señora». Incluso tenían toallitas calientes y unos cuenquitos de porcelana para lavarse las manos entre plato y plato. Las paredes proyectaban imágenes de paisajes serenos y apacibles, desde un oleaje ondulante en el borde de una playa de arena negra hasta una vista panorámica de un valle arbolado, tan nítida que casi podías sentir la brisa. Unas pequeñas criaturas biotec, que parecían un cruce entre polluelos algodonosos y hámsteres adorables, retozaban, gorjeaban y hacían cabriolas sobre el amplio marco de la ventana. Al otro lado de la ventana, por detrás de esos biotecs tan monos, se desarrollaba una escena cotidiana, con farolas y una avenida pavimentada por la que incluso transitaban unos cuantos coches.

A mi madre le encantaba el biotec, se preguntaba de dónde vendría; algo tan sofisticado tenía que provenir de un lugar seguro, donde hubiera cobijo y alimento para la gente. Los biotecs, según mi madre, dejaban un rastro. Una especie de indicativo de en qué lugares se podía estar a salvo.

Aquello ocurrió cuando las cosas también estaban empezando a desmoronarse en esa ciudad, así que le dábamos muchas vueltas al tema de la seguridad. En cambio, el resto de la gente intentaba ignorar la situación, entregándose con más ahínco todavía a las cosas buenas de la vida. Yo iba al colegio, por primera vez en mucho tiempo. Me esforcé mucho para sacar buenas notas. Me trataron con el grado de recelo que se suele reservar a los forasteros. Me adapté al entorno lo justo como para evitar la mayoría de las burlas sobre mi pelo encrespado y mi extraño acento. Esas burlas solían venir acompañadas de una sonrisa afable, ya que muchos niños de la escuela también provenían de algún otro lugar. Me sentí orgullosa de mi esfuerzo,

orgullosa por haber conseguido adaptarme, por haber apartado de mi mente los horrores que habíamos experimentado antes de llegar a esa ciudad.

Mis padres me hicieron un regalo: un libro de biología con desplegables que mostraban cortes transversales de diversos hábitats, dibujados con detalle y con colores vividos, pero realistas. Las junglas estaban cubiertas de lianas, con monos diminutos de ojos inmensos, ranas venenosas y pájaros insólitos. Los desiertos tenían madrigueras bajo la arena donde vivían ratones de aspecto solemne, y, por encima de ellos, había monstruos escamosos con lenguas extensibles y paisajes salpicados de cactus retorcidos. Parecía nuevo, pero yo sabía que mi madre lo estuvo guardando durante más de un año, envuelto en una bolsa de papel marrón. Lo había hojeado unas cuantas veces mientras mis padres dormían. No sabía que me lo iban a regalar.

La comida, cuando por fin llegó, estaba deliciosa. Se te derretía en la lengua… La carne que parecía mantequilla, las verduras cocinadas en su punto, el pan rústico y sedoso recubierto por una maravillosa corteza tostada. El postre fue más pesado, una torre dulce, agria y esponjosa de algo que no sé lo que era, acompañada de helado de vainilla. Durante el postre, los juguetones biotecs se apearon del alféizar y se pusieron a danzar alrededor de mi postre, canturreando: «¡Felicidades!». Me quedé mirando a esas dos criaturas con deleite, pero un año antes, a la intemperie, las habríamos capturado, las habríamos cocinado y nos las habríamos comido.

Cuando salimos y nos fuimos andando a casa, mis padres estaban un poco achispados, y después nos quedamos en el salón hasta medianoche, hablando y riendo. Yo no tenía ni idea de que algún día los acabaría perdiendo, que algún día me convertiría en una recolectora en una ciudad sin nombre. Que soñaría que me ahogaba, que sería la madre de un biotec juguetón y parlanchín que me pondría a prueba en muchos sentidos.

A menudo pienso que ojalá nos hubiéramos quedado en casa, que hubiéramos pasado del restaurante, porque en mi recuerdo la comida eclipsa la velada que vino después. Por más que lo intento, no consigo recordar lo que les dije a mis padres ni lo que ellos me dijeron a mí, pero sí que me acuerdo del sabor del helado.

—El mundo es muy grande, Rachel —me dijo Borne durante el camino de vuelta a los Palcos, después de marcharnos de la azotea—. Se extiende y se extiende sin parar.

—A la larga tiene un fin. —Estuve a punto de decir: «Se vuelve más pequeño», pero me mordí la lengua.

No sabía si mi mundo se estaba volviendo más grande otra vez tras

las revelaciones de Wick. No sabía cuál erael derecho y cuál el revés. Pero sí sabía que había roto la promesa que le hice a Borne aquella noche, y había pasado un día horrible echándole de menos, teniendo que soportar los andares desenfadados de Wick, incluso algún silbidito ocasional que me sacaba de quicio, seguramente porque se alegraba de la marcha de Borne, y eso mitigó la lástima que sentía por su enfermedad.

No sé adónde fue Borne el día que desapareció, ni con qué disfraz. No sé si tendrá mayor importancia, aparte de la angustia que me causó —la típica preocupación de madre—, o si ese fue el momento decisivo, el momento de descuido que provocó que todo lo demás se saliera de su cauce. Lo único que sé es que regresó sano y salvo, y que me saludó como si no hubiera pasado nada, como si solo se hubiera ausentado una hora.

Pero yo quería compensárselo a Borne, y quería hacerlo enseñándole cosas de una manera más académica, para que así supiera lo que eran las estrellas y lo que era el sol. Tal y como me enseñaron mis padres a mí cuando no había escuela, ni cenas, ni restaurantes elegantes. Porque yo aún conservaba lo que me legaron —costumbres, valores, conocimientos—, que fue su manera de prepararme para un futuro alentador.

Perdí todas mis posesiones cuando llegué a la ciudad, pero durante mis recolectas había encontrado otro libro de biología. No tenía desplegables y había menos ilustraciones, pero algunos de los dibujos me recordaron a ese libro que tanto me gustaba. Pensé en regalárselo a Borne, junto con libros de otras materias. Pero, en el fondo, los otros libros solo eran una excusa frente a lo que de verdad era importante para mí.

Borne había cerrado la puerta de su nuevo apartamento, pero ignoro por qué traté de girar el picaporte en lugar de llamar primero. Quizá porque no parecía estar defendido por ningún biotec. Cuando llamé, Borne no respondió de inmediato, así que pensé que a lo mejor estaba fuera, y me sobresalté brevemente al imaginármelo de vuelta en la ciudad, hasta que escuché un «¡Ya voy!» y un «Enseguida estoy contigo», y entonces la puerta se abrió de par en par y Borne me metió hacia dentro con un tentáculo enroscado, y lo hizo con tanta familiaridad que no me importó sentir ese tirón tan brusco en la cintura.

Me encontraba en su apartamento, un lugar que él mismo había «creado», aferrada a mis libros, mientras trataba de ahuyentar las imágenes evocadas por lo que dijo Wick un par de noches antes. Solo tenía una habitación, pero era muy grande, como si hubiera derribado

un muro divisorio, aunque no pude ver ningún indicio de dicha demolición. Olía a pintura fresca, aunque eso era casi imposible, y se notaba un olorcillo a lilas que sin duda Borne había querido que fuera el aroma principal.

—Siéntate —dijo—. Siéntate.

Pero Borne no tenía muebles, solo un espacio vacío, un suelo desnudo, una enorme bola del mundo en un rincón, como las que se veían en las librerías antiguas, y un armario en la otra esquina, bajo el que asomaba un alijo de pequeños discos de plástico para niños. Borne jugaba con ellos formando una aguja con sus cilios y haciéndolos girar. Yo nunca conseguí oír nada, pero por lo visto él sí.

Me senté sobre un taburete moldeado a partir de su cuerpo y entre nosotros se extendió una alfombra moldeada a partir de su cuerpo que parecía el reverso de una alfombrilla antideslizante, junto con una torreta moldeada a partir de su cuerpo que se giró hacia mí, para hacerme sentir a gusto. La torreta esbozó una enorme sonrisa, tenía un ojo gracioso e inmenso, de color azul, en la parte superior.

Aunque había venido a instruirle, también me habría gustado poder ayudarle a decorar su apartamento, porque lo único que había en las paredes eran los tres «astronautas muertos» con los que nos topamos durante nuestra primera salida al exterior, colgando de unos ganchos.

Eso provocó que nuestra conversación empezara con mal pie. Me quedé helada al ver esos rostros cadavéricos a través del cristal resquebrajado. Como si Borne hubiera introducido algo nocivo en nuestra casa.

—¿Qué están haciendo esos aquí, Borne?

Los cuerpos pendían del techo, se combaban, con las cabezas apuntando hacia el suelo. Había tres cadáveres en la pared, tres esqueletos descompuestos.

—¿Te refieres a los astronautas muertos? El zorro me dijo que tenía que darle vidilla al lugar. Que tenía que darle un poco de chispa, un poco de gancho.

Casi todo lo que dijo me desconcertó. Zorros. Astronautas muertos. Y no hablemos ya de «vidilla», «chispa» y «gancho», tres palabras que nunca debería haber utilizado fuera del contexto de los libros en los que las encontró. Pero esa no era la cuestión.

—No son astronautas muertos. ¿Y qué te dijo el zorro?

—No importa —repuso Borne—. Era una broma. Estaba bromeando. Dime, ¿a qué has venido? ¿En qué puedo ayudarte?

«¿En qué puedo ayudarte?».

—Tienes tres esqueletos en la pared, Borne.

—Sí, Rachel. Me los llevé de aquel cruce. Pensé que quedarían bien aquí.

Boquiabiertos, demacrados, con un traje destrozado para cada uno de nosotros. ¿Cuándo se los habría llevado?

¿Que trampas habría activado y cómo habría sobrevivido a ellas?

—Son personas muertas, Borne.

—Lo sé. Está claro que ya no viven ahí dentro. Los astronautas muertos se han ido. No se percibe nada en ellos.

El enorme ojo de la torreta se achicó, en un gesto de concentración. Emergía de la punta de un delicado apéndice y se meneaba de un lado a otro frente a mí. Si hubiera querido, podría haber alargado la mano para darle unas palmaditas en el ojo.

—Me parece fantasmagórico —dije.

—Fantasmagórico —repitió Borne, paladeando la palabra, como si fuera un alimento—. ¿Quieres decir que son fantasmas? ¿Como si estuvieran poseídos?

—No.

—Te prometo que no hay nadie ahí dentro —dijo Borne, tocando los trajes, haciendo que se balancearan un poco sobre sus arneses—. ¿He hecho algo malo, Rachel?

Traté de asimilar la presencia de los astronautas muertos de la pared. Borne no paraba de llamarlos astronautas muertos, lo que significa que yo debía llamarlos así delante de él, y así quedó sellada su historia. Pero, en el fondo, lo que me fastidiaba era que Borne hubiera movido a los astronautas muertos para decorar su apartamento, porque eso significaba que resultaría mucho más difícil identificar ese cruce la próxima vez.

—No, no has hecho nada malo. Pero sé que a algunas personas podría ofenderles que te dediques a colgar cadáveres de la pared.

Como si los Palcos del Acantilado estuvieran repletos de inquilinos.

—A mí me transmiten paz, Rachel. Parecían muy solos. Creo que alguien los mandó poner en ese cruce, Rachel.

Creo que cierta gente mala los mandó poner allí. Ahora los he rescatado. Ahora están a salvo, creo yo.

A salvo, pero muertos, a pesar de todo.

—Borne, no me gusta tener que pedírtelo, pero ¿me prometes que al menos los dejarás fuera de la vista, en el armario?

—El armario está lleno. —Pero debió de percibir algo en mi rostro que le instó a ofrecerse a librarse de los astronautas, así que añadió—: Seguro que logro encontrar algo mejor.

No le pregunté qué significaba «mejor», y él no quitó a los astronautas muertos.

No pude ofrecerle mucho a Borne en lo que a educación se refiere, ya que solo contábamos con lo que pude encontrar en los Palcos del Acantilado, puesto que, ¿quién iba a malgastar una recolecta en buscar libros? Así que le mostré el libro de biología. Le mentí y le dije que me lo habían regalado mis padres, y que ahora quería que lo tuviera él. Que a lo mejor podríamos leerlo juntos.

Borne replegó el tentáculo y esbozó una enorme sonrisa otra vez, por debajo de aquel inmenso ojo flotante. Había adoptado un tono acuoso, de color turquesa, que casi parecía el reflejo de las olas de un mar que él jamás había visto, como si se estuviera bañando entre sus aguas.

—Eres muy amable, Rachel —dijo Borne—. Te lo agradezco mucho. Pero ya he leído todos los libros que hay en los Palcos. Me parece que ya he leído bastante y que ahora me toca vivir.

—Yo no veo una biblioteca por aquí, precisamente.

Solté ese comentario porque me sentí un poco dolida, porque pensé que había vuelto a meter la pata. Me había prometido no preguntarle adónde fue cuando desapareció, ya que podría resultar peligroso, pero sentí que se extendía un abismo entre los dos, que yo asociaba con ese faro intermitente que era Wick, y no con Borne ni conmigo. No con ese Borne y esa Rachel que habían correteado de un lado a otro de los Palcos durante mi convalecencia.

—Montones, montones y más montones. ¿Quién necesita tantos trastos? Cuánto follón. Cuántas cosas con las que tropezar. Lo he memorizado todo. Me los he leído todos. Leo de todo.

Traté de pensar como Borne en ese momento: un invertebrado inmenso que no paraba de crecer y necesitaba espacio para estirarse. Con una piel más inteligente que la mía. No era un ser humano, aunque sí era una persona. No tenía las mismas necesidades que los demás. Por eso no tenía muebles. ¿Le habría agobiado verse rodeado de tantos trastos en mi apartamento?

—Pero seguro que tienes preguntas.

Quería decir «en general», pero Borne se embarcó en una ristra de preguntas concretas:

—¡Oh, sí, preguntas! ¿Cuánto tiempo llevan los humanos viviendo en ese planeta? ¿Y qué han conseguido? No sabría decirlo. Antes has mencionado a los fantasmas. ¿Crees en ellos? ¿Sabes si sigue habiendo una nave espacial en algún lugar de la Tierra? Tiene que haber una nave espacial en alguna parte, o dos o tres. ¿Alguna vez te has sentido atosigada por algo? ¿Hay alguna cosa que te resulte «espeluznante»? ¿Quiénes somos «nosotros» y quiénes son «ellos»? ¿El ser humano ha colonizado alguna vez otros planetas? ¿Cuántos seres humanos siguen

viviendo en la Tierra?

—Son demasiadas preguntas, Borne —repuse.

No sabía a cuál responder primero, ni cómo debería hacerlo. Los libros que había traído no servían de mucho, no eran apropiados para lo que necesitaba Borne… o para lo que necesitaba de mí.

—Me he sentido atosigado por ellos.

La cuestión de sentirse atosigado surgía a menudo desde que Borne dejó de ser un «niño». Llegué a la conclusión de que tenía un significado diferente para él. Los parajes por los que él transitaba no se parecían en nada a los que veía yo, puede que en mi caso supusieran un bombardeo inimaginable para los sentidos.

—¿Por quién?

Borne giró su torreta hacia los cadáveres de la pared, proyectó una luz magenta y neblinosa sobre ellos.

—Por ellos. Pero no porque sean fantasmas… Lo veo, lo percibo. La contaminación. La radiación de bajo nivel, los depósitos de almacenaje, los vertidos. El mundo entero está podrido, la podredumbre se extiende por todas partes. Calculo que consumo dieciocho lagartos al día para evitar que me afecte. Me sirve para hacer un seguimiento de mí mismo y comprobar que estoy bien.

Antes estaba deseando mantener conversaciones adultas con Borne, pero ya se me habían quitado las ganas. Ni siquiera terminaba de entender qué clase de conversación estábamos manteniendo en ese momento, y no quería que me recordara hasta qué punto mi cuerpo se veía puesto a prueba a diario en la ciudad.

Pero lo intenté dos veces más. Primero, le mostré el programa que había elaborado; un programa que, día a día, abordaba diversas asignaturas. Matemáticas básicas, artes y letras, ciencias duras y ciencias blandas. Incluso introduje música y filosofía.

Borne examinó la hoja de papel con uno de sus apéndices; ni siquiera tuvo la cortesía de extender un tentáculo completo, sino que me obligó a levantarme para entregárselo.

—Hmmff —farfulló—. Hmmff.

Estaba sobreactuando. Profiriendo ruiditos sarcásticos. Tampoco hizo el menor esfuerzo por aparentar que estaba leyendo la hoja, aunque supe que lo había hecho. Esa era la manera que tenía Borne de mostrarse deliberadamente grosero.

—¿Qué ocurre?

—Borne toca el piano. Borne baila. Borne canta. Borne recita poesía. ¿Es eso lo que quieres? Mientras me dedico a otras cosas más importantes, supongo que una parte de mí podría hacer todo eso. Supongo que podría encontrar una manera, si eso es lo que quieres. —

Lo dijo con un tono irritado y monótono que debió de suponer un intento tan notable por aprender las inflexiones de mi idioma como las propias palabras.

—¡Pero es por ti! Lo hago por ti, para que puedas aprender.

No lo hacía por mí. Nunca se me había pasado por la cabeza hacerlo por mí. Ni siquiera por el recuerdo de esa colegiala en una ciudad remota, en clase de música, en un restaurante elegante, que jugaba en un parque infantil de verdad y soñaba con ser escritora.

—Todos los días aprendo algo, Rachel —dijo Borne, exasperado, como si yo fuera incapaz de ver lo evidente—. Leo, pruebo y observo a diario. Eso es lo que hago.

«Eso es lo que hago».

Señalé hacia la bola del mundo, hice un último intento:

—¿Al menos puedo enseñarte algo sobre eso?

Aquello captó su interés, así que acercó la esfera y lo sujetó con sus musculosos tentáculos, levantándola como si fuera un móvil de papel para cuna. Por primera vez, Borne no me pareció simplemente fuerte, sino también formidable.

—Este lugar parece rocoso, me gustaría escalar una montaña algún día, y ahí abajo hay un montón de lagos. ¿Te lo imaginas, Rachel? Muchísimos lagos. Aquí no tenemos ninguno. Ni un solo lago. Me gustaría ver uno. Aunque fuera un lago que pareciera un lapo. También me gustaría ver un lapo.

Entusiasmado, comenzó a hacer preguntas concretas sobre ciudades, sobre países, sobre regiones. Pero esos lugares, en su mayoría, ya no tenían las fronteras de antaño, o habían sido absorbidos por otros países más grandes, que a su vez se habían sumido en el caos y la anarquía hasta volver a convertirse en unidades más pequeñas. La mayoría de las ciudades que recordaba habían ardido; eran la clase de lugares de los que mis padres nunca me hablaron porque les costaba mucho hacerlo.

Borne actuó como si estuviera intentando resolver un problema que ya había sido zanjado hace mucho, y yo no pude ayudarle con ello, no quise revivirlo.

Finalmente, desistí. Tiré la toalla. Cuanto más lo intentaba, más distante se mostraba Borne, y más pasmada me dejaba con su obstinada negativa. Hasta cierto punto, me sentí insultada. Tenía intención de educar a Borne, pero, sinceramente, en el fondo lo que quería era mantenerme cerca de él.

Pero también quería que Borne fuera «normal», que encajara, que fuera un «chico» corriente. Lo ansiaba con todas mis fuerzas, sobre

todo después de los acontecimientos de los últimos días. También caí en la cuenta de que a lo mejor no le había seguido el ritmo, a lo mejor no solo se había acelerado el crecimiento físico de Borne, sino también el mental. Caí en la cuenta de que, al no haber tenido tiempo para adaptarme, le seguía viendo como a un niño. Con ese ojo gigante y su ridicula torreta.

Así que tiré la toalla, lo cual me condujo a mi siguiente pregunta:

—Entonces, ¿qué puedo hacer por ti, Borne? Tiene que haber algo que pueda hacer.

Se acabaron las torretas, había retornado la apariencia de jarrón invertido, el «Borne clásico». Se contrajo de tal manera que mi taburete se acercó cada vez más hacia el círculo que formaban sus ojos. Su piel parecía una tormenta eléctrica al anochecer, con relámpagos que se manifestaban a modo de grietas plateadas sobre la superficie y de motitas de color verde oscuro, casi negro, pero también con un deslumbrante destello azulado, como el de un bote flotando sobre aguas claras. Despidió un olor empalagoso, como a una mezcla de brandy y gofres crujientes bañados con una capa de mantequilla y sirope.

—Hay una cosa, Rachel —dijo Borne—. Una cosa que dijiste que harías. Algo que me prometiste hacer. —Había un tono de súplica en su voz.

—¿Sí? —inquirí.

—Podrías revisar los lugares que ya no siento. Podrías decirme qué está pasando allí.

Me quedé estupefacta cuando comprendí lo desconsiderada que había sido con Borne.

Así que eso fue lo que hice —revisar los lugares que Borne había dejado de sentir— y dejé a un lado mis libros, aparqué la idea de «instruirle», porque eso no era lo que necesitaba. Hice lo que le prometí la noche que el vástago de Mord le atacó. Me sentí fatal.

Ese es el problema con la gente que no es humana. No sabes hasta qué punto se encuentran mal, ni hasta qué punto necesitan tu ayuda, y si no se lo preguntas, no siempre saben cómo expresártelo.

¿Qué decir acerca del cuerpo de Borne, o de la inspección que realicé sobre su superficie? Borne era muchas cosas a la vez: áspero en unos puntos, liso en otros, rugoso como el papel de lija en una zona, y tan erosionado como una piedra de río en otra. Los cuadrantes de Borne —la lógica que mantenía su cuerpo ensamblado y le permitía moverse

— tenían una tremenda respuesta al roce, y fue a través del tacto como empecé a entender su complejidad. La tensión circular de las ventosas que generaba, la consistencia rolliza y ondulante de los cilios —que parecían muy delicados, pero no lo eran—, la invulnerabilidad casi total en los puntos donde formaba sus crestas, esos ojos vidriosos e impermeables, cubiertos por una película que se endurecía en cuanto aparecía el ojo, y que se retiraba un milisegundo antes de que volviera a ser absorbido por la piel.

Por todas partes parecía como un músculo grueso sin rastro de grasa, pero también podía ser diáfano en las zonas que se desplegaban como abanicos o membranas interdigitales. Allí encontré moldes articulados que resultaban demasiado intrincados y ornamentales como para tener un propósito, pero que aun así lo tenían.

Cada vez que se desplegaba un poco más, Borne me permitía acercarme más a su epicentro, sin decir una palabra, permitiendo que encontrara las heridas por mí misma. Tampoco cambió su aroma, se mantuvo neutral a excepción del tacto y de la luz. Modificó su luz para que se proyectara desde lo alto de su cabeza, como si fuera una fuente, y el haz se desperdigaba por el techo y luego volvía a caer sobre nosotros, para que así pudiera verle mejor. ¿Era eso lo que se sentía al tocar algo que nadie, o casi nadie, había tocado antes? ¿Como una ballena azul o un elefante? ¿Al comprender que, más allá de la mirada consciente, convencional, existía un abanico tan grande de sensaciones únicas al tacto? ¿Una manera tan distinta de experimentar lo que ya en fotos nos parece asombroso?

No me costó encontrar los defectos, pero seguí indagando para comprobar que no me dejaba nada, que había localizado todas las lesiones. Cuando terminé, había descubierto tres zonas endurecidas; porciones que habían perdido su flexibilidad, un grosor pertinaz que se extendía a través de zonas movedizas, paralizando el funcionamiento normal de Borne. Cuando las identifiqué, Borne confirmó que coincidían con las partes que había dejado de sentir. Cambió el color de esas zonas por un tono bermellón, decolorando aquellos puntos que le dolían. Eso provocó que aparecieran unas inquietantes porciones de color blanco sobre su cuerpo: en un trozo de tentáculo, en un lateral de su «rostro», y después otra porción más alejada, en lo que yo definiría como una falda hecha de carne.

La señal de un colmillo del vástago de Mord, la marca de una garra. La huella de Mord, como si fuera una marca registrada. Lo que no estaba tan claro era la naturaleza de la herida.

—Ahora necesito que respondas a un par de preguntas, Borne. La primera es: ¿sabes si la carne afectada está muerta? —Quería decir si

padecía «necrosis», pero no sabía si conocería ese término—. Y la segunda: ¿has notado que el entumecimiento se haya extendido desde que te mordieron?

Con el cuerpo desplegado de esa manera, completamente expuesto, bajo esa fuente de luz, Borne parecía más humano que nunca, por razones que no puedo explicar, a pesar de los tentáculos que se desplegaban en una dirección, de la falda que se extendía hacia la otra, del pilar central que señalaba su presencia y de los numerosos acúmulos de carne bajo los que se meneaban los cilios. Fue con esa apariencia cuando me resultó más cercano, fue en ese momento cuando llegué a conocerlo más a fondo.

—La carne está muerta. No me llega nada de ella. El entumecimiento se extendió al principio, pero aislé la carne muerta. No percibo ninguna otra alteración.

—Borne, ¿entiendes el concepto de «veneno», de ser envenenado?

—Sí, Rachel.

—¿Sabes si esta sustancia, esa infección, se introdujo en tu cuerpo cuando el vástago de Mord te mordió?

—Sí, ocurrió justo entonces, ni antes ni después. Estuve alerta frente a los agentes contaminantes del entorno, impidiéndoles el paso. Pero pensaba que un mordisco solo conllevaba células muertas o perdidas.

—Te han envenenado. Creo que los colmillos o las garras del vástago de Mord, o ambos, estaban impregnados de algo venenoso.

Resultó que yo tenía razón, y que había descubierto otra amenaza a tener en cuenta a la hora de lidiar con el mundo exterior: los vástagos de Mord eran venenosos como serpientes. Ese veneno les había ayudado en su lucha contra la patrulla de la Maga, aceleró la completa aniquilación de los mutados y los nativos.

—¿Qué debo hacer, Rachel? ¿Estoy en apuros? ¿Me voy a morir?

—No, no te vas a morir. Pero puede que experimentes cierto malestar durante una temporada. Si eres como los demás animales, se convertirá en tejido cicatricial y se desprenderá. Pero se puede producir una infección, así que tienes que vigilar esas zonas y avisarme si ves que empiezan a cambiar.

—¿Infección? ¿Cambiar?

—Si notas que se inflaman.

—¿Inflamar?

—Sí, mira… como esta costra. —Extendí el antebrazo. Tenía los moratones de cuando tropecé en las escaleras la noche que nos quedamos atrapados en la azotea de la fábrica—. ¿Ves que está roja y tiene un poco de pus?

—Pus. Costra. Pusssssssstrrrrrra. —Qué palabras tan desagradables.

—Tener un poco de pus no es malo, pero no se debe tener mucho. Si ves que la herida tiene pus te la tienes que lavar, porque eso significa que está infectada. No te morirás, pero no le quites ojo.

—Pus, pero no mucho —musitó Borne, que extendió tres tentáculos diminutos cerca de cada herida, y de cada uno de ellos brotaron tres ojos minúsculos para montar guardia. Aquello, por experiencia, significaba que Borne estaba haciendo una gracieta con su labor de centinela.

—Algo así.

—Gracias, Rachel. Gracias.

—De nada, Borne. Estoy para lo que necesites.

Estaba preocupada por él. Me preocupaba su seguridad, porque era algo que ya no podía controlar, y aunque así fuera, tampoco había garantías de que Borne estuviera más seguro. Me preocupaba la ingenuidad con la que pensaba que no podía pasarle nada. Me preocupaban las lagunas en sus conocimientos, así que me «olvidé» de llevarme los libros, porque pensé que Borne aún tenía mucho que aprender.

Antes de marcharme, Borne dijo:

—No puedo parar, Rachel.

—¿De qué no puedes parar?

—De leer. De aprender. De cambiar. Por eso no necesito tus libros, Rachel. Ya estoy aprendiendo mucho y muy rápido. Me siento desbordado, pero no puedo parar. Así que, cuando dices que quieres que aprenda más cosas, me siento… me siento…

—¿Agobiado?

—¡Sí! Esa es la palabra. Agobiado. Siento agobio.

La Maga no podía parar de hacer sus cosas, yo no podía parar de hacer las mías, Wick tampoco, y ahora Borne me estaba diciendo que él tampoco podía parar.

—No pasa nada —dije, demasiado aliviada por haberme reconciliado con Borne como para ponerme a analizar sus palabras—. Todo irá bien. No te obligaré a aprender. Pero deshazte de los astronautas muertos.

—Están excavando, pero no corremos peligro —respondió Borne.

—¿Qué?

—Los vástagos de Mord. Los oigo.

Yo no oía nada, y nadie atacó los Palcos del Acantilado aquel día, ni al otro, ni la semana siguiente. Pero eso no significaba que Borne no los hubiera oído.

Es posible que pensara que, si ignoraba el ultimátum de la Maga y seguía eludiendo los intentos de Wick por comentarlo conmigo, tanto la Maga como el ultimátum dejarían de existir, desaparecerían de la ciudad como si nunca hubieran existido, y se extendería una nueva senda ante nosotros, que nos daría la oportunidad de conservar los Palcos sin jugarnos el pellejo.

Pero la Maga tenía otros planes.

Diez días después de que recibiera la noticia, Wick me llevó a un mirador secreto situado cerca de la cumbre de los Palcos, uno que requería subir por una inestable escalera de caracol forjada en hierro, con un trazado tan sinuoso y estrecho que al subir por ella te sentías como si fueras un contorsionista. Pero cerca de la cumbre, llegabas hasta un fortín semienterrado con espacio suficiente como para ponerte de pie. Los conductos del techo se extendían hasta la superficie, situada a unos seis metros. Bajo nuestros pies, un pasadizo conducía hacia el oeste.

Había un olor acre, como a lombrices y moho, y desde el otro extremo se filtraba una luz tenue. Avanzamos muy despacio, el hueco era tan estrecho que nuestros codos se entrechocaban y la fricción sobre nuestra ropa nos hacía sudar. El pasadizo conducía hasta un escondite situado en lo alto de un risco elevado, que se asomaba a la ciudad desde el este. Solo se podía ver a través de una oquedad rectangular, lo justo para que nadie te viera desde arriba ni desde abajo, pero suficiente para obtener una panorámica.

Wick contaba con una información que le había proporcionado alguien que necesitaba desesperadamente sus escarabajos nemotécnicos. Yo pensé que a lo mejor la información era falsa y que Wick sencillamente necesitaba un descanso de su piscina, para disfrutar del paisaje y despejar la cabeza. Pero le seguí la corriente.

Desde nuestro puesto de observación, oteando a través de los prismáticos, te puedo confirmar lo siguiente: el potente fulgor dorado del sol al reflejarse sobre la cúpula resquebrajada del observatorio que se encontraba hacia el noroeste —y que era la guarida de la Maga— resultaba casi cegador… y no era el único. Por debajo de ese promontorio artificial, un poco más hacia el sur, se habían sumado al resplandor general unos destellos más pequeños que señalizaban el emplazamiento de unos cañones, que no estaban allí hace tres días.

Hacia el suroeste se encontraba el edificio de la Compañía, un óvalo blanco y henchido, el huevo inmenso que tanto caos y malestar había provocado, y que aun así nos seguía alimentando a diferentes

niveles y de diferentes modos, aunque no siempre nos gustara lo que nos daba.

Desde nuestra posición, Mord se encontraba en el centro exacto, en un cruce, limpiándose el pelaje. Aunque estuviera sucio, apelmazado o cubierto de sangre, su pelaje relucía bajo el sol. Correteando alrededor de su mesías, formando una especie de arco, se distinguían las fornidas siluetas de los vástagos de Mord, que montaban guardia. Cuando este terminó de acicalarse, arrancó un árbol escuálido del suelo, lo sujetó por las ramas y se rascó la espalda con las raíces. Después cambió de posición y se puso a retozar por el suelo. Profirió una serie de rugidos y gemidos que hicieron temblar la tierra, producto del placer que estaba sintiendo al rascarse. Quién sabe cuántos esqueletos quedarían aplastados bajo su cuerpo mientras retozaba.

Entre medias, el terreno en disputa, las tierras bajas: una amplia expansión de edificios, patios, viejos centros comerciales, museos, distritos financieros, árboles y arbustos dispersos, y las reveladoras venillas verdes y anaranjadas del liquen de la Compañía, que cubrían buena parte de las rocas en esa zona. Allí se podían vislumbrar tanto las bases de un hipotético retorno de la civilización, de las leyes, de la cultura… como la cantidad de trabajo que exigiría.

Ningún edificio tenía ya cinco plantas, porque a Mord le gustaba tener una visión despejada cuando salía de paseo, y se había tomado muy en serio el cumplimiento de su desquiciada normativa de urbanismo. Algunas de las víctimas de este salvajismo desenfrenado —en algunos puntos, parecía como si un gigante se hubiera echado a rodar sobre la llanura— estaban destrozadas y amontonadas, mientras que otras estructuras mostraban apenas una fracción de las lesiones, del nivel de destrozo, que debían de albergar en su interior.

Era un territorio complejo, no estaba vivo ni muerto, sino en disputa entre lo animado y lo inanimado. Acechando sobre el suelo arenoso, no solo había comunidades y recolectores, invisibles para nosotros desde nuestro escondite; también había seres creados por la Compañía, que habían sido desechados y diseminados como dientes de león. Estaban esperando a algo —una gota de agua o de sangre, por ejemplo— para germinar y ser considerados como un botín de guerra en el campo de batalla. Nadie sabía con exactitud cuándo ni dónde acabaría ocurriendo, así que incluso un solar tóxico y abandonado, con charcos de aceite y moho negruzco, podría engendrar formas de vida inauditas en el plazo de una semana, un año o un siglo.

En cambio, el cielo que lo cubría todo no era tan complejo: pertenecía, en todo su azulado esplendor, a Mord, y cada vez que

descendía y se posaba sobre el suelo, este también pasaba a ser de su propiedad, aunque lo destruyera. Bajo tierra… en fin, los vástagos ya merodeaban por allí, metiéndose por cualquier sitio que pudieran, pero por lo demás era un reflejo de las alianzas y las enemistades que se producían en la superficie, en función del alcance de los túneles, las viejas redes de metro y los sótanos de los edificios, ahora arrasados y olvidados por la superficie. La creciente influencia de la Maga nos llevaba a creer que una ola invisible se estaba alzando desde el subsuelo, y que con el tiempo podría acabar anegándonos a todos.

Al ver el territorio expuesto de esa manera, quedaba también al descubierto la posibilidad de un conflicto incipiente por el control de la ciudad, ¡y menudas opciones teníamos! Después de esa hipotética disputa, tendríamos la suerte de poder elegir entre una tirana nativa en la figura de la Maga, que aspiraba a conseguir la victoria sin importar el precio, y el tirano gestado en la Compañía que representaba Mord, que mantenía la ciudad en estasis, impidiéndonos hacer nada que no fuera reaccionar ante sus caprichos. Ninguno de ellos se podía considerar un regente apetecible. Aun así, no podíamos concebir nada más aparte de ellos, salvo el espeluznante espectro de la Compañía, renaciendo una vez más de sus propias cenizas.

Mientras oteábamos el terreno se oyó un sonido grave y atronador, que se repitió una segunda y una tercera vez. Mord levantó su inmensa cabezota, sobre la cual casi podríamos haber construido otros Palcos del Acantilado, apuntando al sol con el hocico para poder captar mejor los aromas del aire, con los balanceos rítmicos propios de los osos.

¿Habría sido provocado ese ruido por una deliciosa proteína lo bastante imprudente como para anunciar su presencia? No sé qué pensaría Mord, pero pasó de olfatear a erguirse cuan largo era sobre dos robustas patas, alzando su corpachón gigantesco, hasta que determinó que aquel sonido provenía del observatorio. Entonces, con una gracilidad inaudita, se elevó por los aires mientras sus vástagos se levantaban también sobre sus patas traseras, olisqueaban el ambiente y resoplaban a modo de aprobación. Mord siguió subiendo y subiendo, hasta que no fue más que una sombra distante en el firmamento, un viajero milagroso, una mancha de tinta psicótica que después comenzó a bajar y bajar, en picado, con determinación, rumbo al origen de ese sonido. Su majestuosa mole cada vez resultaba más palpable.

Pero mientras Mord corregía el rumbo, trazando una curva hacia el observatorio, emergió una llamarada del lugar donde estaban emplazados los cañones. Una llamarada intermitente acompañada de

un rugido que no era propio de un oso, sino de un motor enérgico.

La Maga le había lanzado un misil a Mord. El misil emergió aullando del suelo, ascendió en espiral a una velocidad increíble, escupiendo humo negro a su paso.

Mord ejecutó una maniobra que solo puedo describir como un derrape y que le permitió frenar en pleno vuelo, utilizando el peso de su cuerpo para invertir su posición y pasar del ataque en picado a la retirada, adoptando un plano más vertical que horizontal. El misil recalculó su ruta, pero había tan poquito margen hasta el impacto que la maniobra de Mord fue suficiente y el misil pasó silbando junto a su cabeza.

Creímos que el misil había fallado, porque siguió su rumbo y se estrelló contra la desolada llanura que se extendía frente al edificio de la Compañía, estallando en medio de un amasijo de humo y llamas. Una lluvia de estrellas que pronto dio lugar a un incendio. Pero entonces vimos que un lateral de la cabeza de Mord también estaba ardiendo, y comprendimos que el misil le había rozado el cráneo, provocando unos daños difíciles de determinar desde tan lejos.

Mord aulló de dolor, profirió un alarido furibundo que casi parecía humano, pero el segundo y tercer misiles de la Maga ya se dirigían contra él, así que salió propulsado hacia arriba, en dirección al sol. Subió y subió, y los misiles giraron en un ángulo de noventa grados, siguiendo su huella calorífica, a pesar de la débil resistencia que ejerció la gravedad.

¿Llegaría Mord al sol antes de que los misiles lo alcanzaran? Contemplamos la escena conteniendo el aliento. Comprendí que era posible que la Maga tuviera éxito en su intento por matar a Mord. Que Mord podría morir en ese preciso momento, en ese preciso lugar, delante de nuestras narices. Y por mucho que todos ansiábamos que llegara ese día, una parte de mí, oscura y perversa, prefería que Mord sorteara los misiles, porque era demasiado pronto, porque no estábamos preparados. Nadie lo estaba.

Mord siguió impulsándose hacia el sol hasta que se convirtió de nuevo en un puntito, en un satélite que se cernía sobre la Tierra, y los misiles prosiguieron con su persecución, pero cada vez a menos velocidad.

Hasta que perdieron fuelle.

Hasta que la gravedad comenzó a ganarles la partida, haciendo valer su influencia.

Hasta que alcanzaron su pico de ascensión y se desviaron de la senda.

Cayeron, inertes, de vuelta a la Tierra.

Fue una caída lenta y exasperante, tratando de adivinar dónde aterrizarían esas bombas erráticas, rezando para que no fuera cerca de nosotros. Por suerte, por desgracia, se estrellaron contra ese terreno en disputa, y explotaron, despidiendo llamaradas y ondas expansivas en todas direcciones. Algunas se extinguieron de inmediato, pero otras llamas siguieron crepitando durante varias horas, arrasando aquello que ya estaba medio devastado, desplazando a quienes pudieron encontrar refugio y calcinando al resto.

A la Maga no le quedaban más misiles, y pronto tampoco tendría lanzaderas, ya que Mord volvió a descender, esta vez con más cautela, sin hacer ruido, planeando sobre el desierto que se extendía más allá de la ciudad. Ejecutó un vuelo raso y silencioso, haciendo saltar chispas de las rocas al rozarlas con sus garras.

Aquellos que seguían defendiendo el observatorio, el emplazamiento de los cañones, no pudieron ver lo que vimos nosotros desde nuestro escondite. Puede que incluso pensaran que Mord había muerto a manos de un misil, en las alturas, ya que desde su posición daba la impresión de que había desaparecido.

A toda velocidad, con el pelaje alborotado a causa de la aceleración —parecía desplazarse frenéticamente a lo largo de todo su cuerpo—, Mord se aproximó al observatorio desde atrás. Se elevó, embistió y, con un grito de guerra gutural, destrozó los cañones e hizo trizas a quienes aún los estuvieran manejando. Después demolió el observatorio, hasta que no quedó ileso un solo cristal, hasta que las sólidas franjas de acero que lo rodeaban quedaron desfiguradas y distorsionadas como por efecto de un meteorito o de una deformación del tiempo, aunque en realidad solo fue obra de Mord.

Los vástagos ya habían comenzado a cercar el observatorio, lo cual no auguraba nada bueno para el futuro de la Maga. Vimos cómo sus siluetas macizas y oscuras trepaban por los laterales y se adentraban en tromba en el edificio, a trompicones, como si quisieran abarrotarlo y reducirlo a polvo. Me imaginé esa esfera llenándose progresivamente de sangre, hasta que el ejército de la Maga quedara reducido a la mínima expresión.

Pero Mord no había terminado. La llama crepitante de su mejilla se había extinguido gracias a sus aceleraciones, pero tenía el pelaje chamuscado, ensangrentado y renegrido. Al ver cómo boqueaba sin proferir sonido alguno, y cómo se sujetaba una pezuña dolorida sobre el rostro, quedó claro que estaba buscando un refugio para recuperarse. Mientras los vástagos se adentraban en el distrito del observatorio, su líder se fue volando hacia el sur, y cuando llegó hasta los amplios estanques de vísceras, residuos y biotecs abandonados que

se extendían junto al edificio de la Compañía, agachó la cabeza, mitigó el dolor con agua, y permaneció allí el tiempo suficiente como para que se formara una capa de cieno ponzoñoso sobre la herida.

Pero mientras se recuperaba, cierta reliquia de las defensas de la Compañía que acechaba en aquel terreno pantanoso —un leviatán, agrisado a causa de la edad, escamoso y con branquias— emergió de esas aguas turbias y atacó a Mord desde un lateral. Tenía más aspecto de iguana que de pescado, con unas fauces inmensas y unas embestidas torpes que parecían deberse a la pérdida de alguna extremidad. Desde nuestro escondite, fue como contemplar una escena sacada de un acuario, una lucha entre criaturas insólitas que habían sido colocadas allí por un dios que quería comprobar si un tiburón era capaz de derrotar a un oso. Pero fue un combate breve, porque Mord noqueó al leviatán con sus pezuñas y después le arrancó los sesos, dejándolo tendido sobre la arena, como si nunca hubiera estado vivo.

Fue una escena inaudita, pero aún no he explicado lo más milagroso de todo, lo que hizo que el día se convirtiera en una jornada mítica, en algo a lo que no podré hacer justicia por más que me esfuerce al contarlo. Y es que Mord, aparentemente frustrado por el ruinoso estado del observatorio y por la escasa resistencia mostrada por el leviatán, bullendo todavía de rabia y en busca de una presa fácil, dirigió su ira contra el edificio de la Compañía.

Observamos, con una conmoción indescriptible, cómo Mord arrancaba la parte superior del edificio de la Compañía como si fuera una colmena, y cómo arrojó después los pisos superiores hacia el oeste, en dirección al desierto que se extendía más allá de la ciudad. Después se puso a extraer lo que había dentro, deslizando su inmensa lengua a través de ese laberinto de piedra y plástico para absorber el dulce bocado de la carne y la sangre, y escupiendo el resto. En ese momento, no se percibió el menor rastro de humanidad en su mirada, solo esa clase de apetito que jamás llega a saciarse del todo. Fue horrible. Personas y criaturas saltaron desde ese panal descubierto hacia la muerte que les esperaba en los estanques, y Mord los ignoró.

Una cuadrilla de helicópteros, que llevaban mucho tiempo ocultos y se encontraban visiblemente en mal estado, trataron de elevarse a la desesperada desde los pisos superiores, pero Mord se elevó a su vez y los derribó en pleno vuelo. Algunos de sus despojos, como alas abolladas, quedaron desperdigados alrededor de Mord, y otros se incrustaron en el desierto circundante, en las desoladas llanuras, como si siempre hubieran estado allí.

Entonces llegó, como última defensa, un enjambre de biotecs voladores que parecían langostas o avispas, tan denso y tan oscuro que

parecía una nube inmensa; pero Mord se limitó a proferir un rugido, similar a una carcajada, y atravesó volando esa nube varias veces, con la boca abierta de par en par como una ballena que llena su estómago con krill, hasta que casi no quedó ninguno. Los demás se vieron reducidos a un puñado de grupos diminutos en el horizonte.

A Mord se le veía pictórico en ese momento, se movía como si se sintiera liberado, y eso me llevó a preguntarme si el ataque de la Maga y la acción reflexiva del leviatán le habrían dado el pretexto que necesitaba para destrozar el edificio de la Compañía. Para hacer lo que de todos modos quería hacer.

Despojada de sus defensas, la Compañía quedó a merced de Mord, que ahondó todavía más en sus entrañas e hincó sus garras a través de metal, piedra, madera y gente por igual, encontrando de vez en cuando algún tesoro escondido, alzando el hocico para dejar que una presa ensangrentada e histérica se deslizara por su garganta, para así saborearla mejor. Incluso desde lejos, se podían ver ya las manchas rojas que le cubrían el hocico.

Seguimos observando, horrorizados y estupefactos por el tormento infligido, hasta que, al fin, todo quedó en calma y, saciado, Mord recogió los despojos del leviatán y lanzó sus visceras y su espina dorsal por encima de los restos del edificio, a modo de insulto final. Después se marchó volando.

No pudimos abstraemos de los aullidos y gemidos que lanzó Mord a continuación, que inundaron el ambiente e hicieron que la noche pareciera iluminarse con las chispas producidas por un dolor y una rabia cuyo alcance jamás lograríamos entender. El costado del salvaje. Mord, el salvaje. El oso gigantesco que tal vez fuera humano en el pasado, que durante muchas noches regresaría al atardecer hasta las ruinas de la Compañía para dormir a ratos sobre sus restos, atormentado por visiones que convertirían nuestros propios intentos por conciliar el sueño en merodeos insomnes con los ojos entornados.

Mientras, desde todos los puntos de la ciudad, los vástagos de Mord respondieron con sus propios gruñidos, con sus propios «¡Drrrrk!».

Y aquello fue demasiado. Resultó abrumador. Las probabilidades. Las probabilidades de que siguiéramos vivos al cabo de un mes, o de un día. Mis titubeos, pensando que a lo mejor habría sido preferible aceptar el ultimátum de la Maga, pensando que, si el misil hubiera dado en el blanco, el caos en la ciudad habría seguido siendo manejable, reconocible.

Los incendios provocados por los misiles se mantuvieron activos durante buena parte de la noche. A la mañana siguiente, corrió el

rumor por la ciudad de que la Maga había muerto, que había sido arrancada de su fortaleza subterránea y desmembrada por los vástagos de Mord, que después la devoraron para que ningún rastro de ella volviera a aparecer sobre la faz de la Tierra.

Pero yo no me lo creí.

*

He intentado hacer justicia a la magnitud de estos acontecimientos en mi relato, pero en aquel momento estaba muerta de miedo mientras contemplaba la escena desde el escondite, mientras Wick comentaba la jugada entre murmullos mientras duró… y durante un rato después.

—¿De verdad va a atacar la Compañía? Lo va hacer, lo va a hacer.

—¿De dónde habrá sacado la Maga esos lanzamisiles? Fue una maniobra muy astuta, con todas esas excavaciones subterráneas.

—¿Significa esto que vendrá a por nosotros enseguida o se tomará su tiempo? ¿Estará herida o muerta?

—El edificio de la Compañía se extiende varios niveles por debajo de la superficie. Mord solo le ha cercenado la cabeza. El cuerpo sigue ahí. Todavía queda vida ahí abajo. Quizá.

—La Compañía no tiene control sobre Mord. No tiene ningún control. Pero al menos ha interrumpido su suministro de vástagos. No existe otra fuente. Salvo que se puedan reproducir.

No encontré las palabras necesarias para responder, ni siquiera las palabras necesarias para decirle que no tenía respuestas o para rebatir las suyas. Wick no podía serenar a nadie, más que a sí mismo. Lo único que yo sabía era que la Maga había resultado ser una necia peligrosa e imprudente por haber puesto todo esto en marcha y haber fracasado —sin evidencias de que tuviera un plan B—, y que todos acabaríamos pagando por ello. Incluso aunque estuviera muerta, sus niños mutantes seguirían infestando la ciudad, y no sabíamos lo que podría salir de los pisos inferiores de la Compañía, ahora expuestos.

Pero compartimos un espacio muy íntimo en ese escondite, mi pobre Wick —tan enfermito— y yo. Volví a percibir ese olor dulzón propio de los foxinos etílicos. No me molestó, y el pelo le olía más a limpio de lo normal, y nuestras caderas se estaban rozando, nuestros brazos se estaban rozando, y ya no pude pensar en Wick como en un enclenque, un enemigo o un obstáculo; no con todas esas redes y trampas que emergían de los Palcos del Acantilado, que seguían en su sitio a pesar de lo que habíamos presenciado.

—¿Adónde iremos si tenemos que dejar los Palcos? —pregunté.

Una pregunta hueca, mientras sentía los acelerados latidos de su corazón junto a mi piel. Wick era como una rana arborícola gigante,

con los ojos saltones, completamente inmóvil a excepción de los latidos que retumbaban en su interior. Me resultó extraño, fuera de lugar, que Wick no cambiara de forma ni de color. Había pasado demasiado tiempo con Borne.

Como Wick no se movía, me agaché y le besé en la boca como recompensa por asomarse al abismo. O quizá porque no era ni la Maga, ni un vástago, ni Mord, sino simplemente él mismo.

Después forcejeé con él hasta que me encaramé sobre su cuerpo escuálido, y vi cómo se dibujaba en sus ojos un gesto inquisitivo o de inquietud por lo que estaba planeando hacer, por el estado de nuestra relación tras nuestra discusión monumental.

Lo que planeaba hacer era jadear como un vástago de Mord. Lo que planeaba hacer era jadear, gruñir y lanzarle zarpazos a Wick. Morderle y respirarle encima, comportarme como un oso en todos los sentidos. Salvo por los besos.

Puede que me hubiera vuelto un poco loca después de la matanza. O puede que estuviera intentando huir de mi pellejo, recordando cómo mis padres habían interpretado un papel como si fueran actores, y que ese papel consistía en ser mi padre y mi madre. Y si consideraba que se trataba de un papel era porque, llegados a esos extremos, cuando estuvieran a solas, seguramente habrían bajado la guardia y expresado sus dudas, sus temores, el alcance de su angustia o de su desesperación a medida que nuestra situación empeoraba y que el mundo revelaba el verdadero alcance de su crueldad. Pero debido a mí, tenían que fingir lo contrario durante incontables horas al día, y me encantaría poder volver atrás para decirles que no lo hicieran. Que lo único que quería era verlos tal y como eran, recordarlos tal y como eran en realidad. Eso fue lo que pensé mientras miraba a Wick desde arriba, deseando que nos revelásemos el uno al otro, olvidando que Wick también estaba interpretando un papel. Y Borne, también. Nuestras vidas se estaban volviendo absurdas a pasos agigantados.

—Los vástagos de Mord te van a oír y nos van a comer a los dos —me susurró Wick al oído al cabo de un rato, cuando comprendió que no le iba a devorar. Estábamos cerca, muy cerca el uno del otro.

—Ya te gustaría.

—¡No, te gustaría a ti!

Nos echamos a reír. Porque nos hizo gracia y para descargar estrés.

Wick dejó de resistirse, me permitió que le besara una y otra vez, que le oliera como si fuera un oso. Así que eso era lo que se sentía al ser Mord o uno de sus vástagos. El olfateo, la fuerza descomunal, la presa que no podía escapar.

Sentada a horcajadas encima de Wick, con todos los puntos de mi

cuerpo en contacto con el suyo, me di cuenta, como si fuera la primera vez, de que a Wick no le resultaba fácil ser feliz. No me refiero a la felicidad en general, sino a experimentar instantes de felicidad. La felicidad del momento le eludía sin sus foxinos etílicos, sin sus escarabajos nemotécnicos. Cargaba con un peso demasiado grande, un peso que nunca podía apartar de su mente, que estaba presente en su vida en todo momento.

Me di cuenta de que estar encima de él también le suponía un agobio, porque Wick era mucho más delgado, y al cabo de un rato, mientras en el exterior se alzaban columnas de humo negro desde el edificio de la Compañía, y mientras la gente de las tierras bajas que no tenía refugio trataba de buscar uno a la desesperada, me quité de encima, me tumbé a su lado, le rodeé el cuerpo con un brazo y apoyé una mano sobre su pecho. Qué corazón tan frágil para un hombre tan endurecido.

—¿Cómo vamos a salir de esta, Rachel? —me preguntó Wick, al cabo de un rato—. No sé cómo vamos a salir de esta. Ya no.

—Hay que seguir fortificando los Palcos del Acantilado. Y ya veremos qué pasa —respondí.

Ya no me quedaban más trampas, y el único plan que se me ocurrió después de haber visto cómo Mord atacaba a la Compañía fue que alguien viniera a salvarnos. Pero nadie vendría nunca a salvarnos.

Nos quedamos un rato abrazados en ese escondite, en ese santuario improvisado, mientras la ciudad ardía y el mundo seguía cambiando sin nosotros.

CÓMO TRATÉ DE SOBRELLEVARLO

Aunque no sabíamos si la maga estaba viva o muerta, ahora parecía que el mayor de nuestros problemas eran los vástagos de Mord, que se dedicaron a recorrer la ciudad después del ataque con los misiles. En aquella época tuve muchas pesadillas relacionadas con los vástagos, pensamientos horribles, y no pude distinguir cuáles eran míos y cuáles me venían impuestos desde una fuente externa. Esto es lo que sentía: que no era del todo yo misma. Durante un tiempo, dio la impresión de que los vástagos de Mord forzaban cualquier acción y que todo surgía de sus maquinaciones. Perdí tanto el norte que llegué a pensar que el hecho de que Borne rechazara mis libros formaba parte del plan de los vástagos. Me vi asolada por sueños en los que los vástagos también podían volar, y en los que la oquedad del tejado que se encontraba sobre la piscina se había abierto como una sima y los vástagos habían

descendido en picado por ese hueco para hablar con Wick, y que él se compinchaba con los vástagos para arrebatarnos los Palcos a Borne y a mí.

Tambaleándose, embriagados por su sed de sangre, los vástagos de Mord articularon a través de sus fauces repletas de colmillos un lenguaje basado en gruñidos que nadie había escuchado nunca, y expresaron durante la matanza pensamientos y deseos que nunca antes se habían expresado en la ciudad, que superaban incluso a los de Mord. A partir de las entrañas que dejaron a su paso, tratamos de adivinar en vano lo que querían decir, qué sentido podría extraerse de todo aquello.

Mord no hablaba nunca, salvo para bramar o rugir, no pronunciaba ninguna palabra inteligible. Pero estos emisarios creados a su imagen y semejanza —que derribaban paredes y atravesaban puertas para llegar hasta la carne fresca que se encontraba al otro lado— hablaban sin parar. No querían o no podían dejar de hacerlo. A veces murmuraban. A veces resoplaban o proferían sonidos corales desde lo más profundo de sus gargantas, al unísono. Estábamos al corriente de su paso por el mundo a través de ese habla enmarañado y gutural que no sabíamos interpretar. No existía traducción alguna, y no había intermediarios que nos lo pudieran explicar. Así pues, ya que no podíamos entender nada salvo sus actos, decidimos exterminar a esos vástagos, interrumpir su perorata del mismo modo que ellos deseaban interrumpir la nuestra, sin importarnos qué papel pudieran representar en el estricto dominio de Mord.

Pero lo que más hacíamos era escondernos de ellos, rehuirlos, intentar que no nos mataran. Camuflamos nuestro olor, camuflamos nuestro hogar todavía más. Cada vez nos aventurábamos menos al exterior. Ahora que la mayoría de sus clientes estaban muertos o escondidos, fue fácil convencer a Wick para que permaneciera detrás de nuestras barricadas.

Durante ese tiempo, me despertaba en mitad de la noche, sobresaltada, con el recuerdo del ojo gigantesco y amarillo de Mord, que centelleaba como un sol maligno, reemplazando al verdadero sol y brillando sobre mi cama. Al despertar me encontraba con Borne, que me observaba; necesitado de consuelo, creo yo, y de alguien con quien hablar.

Cumplí con Borne, incluso cuando estaba agotada, porque no quería volver a perderle la pista. Ese era mi mayor miedo. Temía que Borne se fuera fundiendo lentamente con el entorno, porque el entorno se había convertido en mi principal preocupación: apuntalar las paredes, colocar una nueva barricada al final de un pasillo que

podría suponer un riesgo para la seguridad y crear un foso Nos daba miedo que la gente nos atacara desde abajo, tras haber visto cómo los asilvestrados emergían de su madriguera. A veces escuchábamos algún traqueteo, como si alguien se hubiera puesto a excavar al tuntún por aquí y por allá, y pensé que debían de ser los vástagos de Mord, que puede que incluso estuvieran descansando, sin preocuparse lo más mínimo por la gente como nosotros. Pero no por mucho tiempo, no por mucho tiempo, pensaba Wick.

Durante sus visitas, Borne se pasaba la mitad del tiempo sumido en lo que él definía como el «modo viaje», e irradiaba un brillo gélido de color azul marino salpicado con manchitas doradas que creaban estampados con forma de estrella en la pared. Mis luciérnagas se habían visto reducidas hasta un nivel que a él le parecía aceptable. Apenas contaba con dos ojos en ese modo, que hacían gala de una extraña intensidad.

Borne adoptaba a veces una especie de posición «abotargada», que le hacía parecer una berenjena enorme y carnosa puesta de costado, con los tentáculos apoyados encima del torso para proporcionar estabilidad. Pero, cada vez con más frecuencia, Borne comenzó a mudar de forma y de color tan a menudo durante sus visitas que costaba mirarle, como si hubiera ciertas cosas que el ojo humano no hubiera sido concebido para ver. Yo no sabía si Borne estaba perdiendo el control sobre sí mismo o entrando en una nueva fase.

Aprendí a no darle importancia a que se presentara de repente en mi apartamento, pese a que yo tenía que concertar una cita para ir a visitarle. Aunque me sorprendiera desatándome los zapatos después de un largo día o paseándome por ahí en ropa interior. Ya no podíamos permitirnos utilizar biotecs para asegurar las puertas de nuestros apartamentos; eran demasiado valiosos como para que Borne se los comiera.

«¿Qué tal por ahí fuera?», le preguntaba, en lugar de: «Vaya, vaya, ¿ya has vuelto a salir?». Aunque siempre regresaba ileso. Aunque siempre me contaba qué tal le había ido el día, o su propia versión de lo sucedido.

—¿Qué ocurrió en esta ciudad? —preguntó Borne en una ocasión, con una voz que parecía la del anciano más cansado del mundo.

No supe qué responderle, mientras pensaba: «Ni idea, sucedió sin más». Todo, en todas partes, se vino abajo. No nos esforzamos lo suficiente. Nos vimos asediados. Nos faltó disciplina. No hicimos lo que teníamos que hacer cuando teníamos que hacerlo. Nos preocupaba, pero no hicimos nada. Demasiada gente, muy poco espacio. Nos vimos sobrepasados, incapaces de ver como veía Borne.

Puede que los vástagos de Mord no fueran una aberración, sino el fruto de todo aquello.

—La ciudad está muerta. Está todo en ruinas. Todo el mundo está… derrotado.

Ya sé que un padre responsable habría reculado, le habría dicho que no era cierto. Pero yo había tenido un día duro, y ya iban varios seguidos; no había dormido casi, y no pude evitar reírme, con acritud, de todo eso. Así que Borne acabó dándose cuenta. Una parte mezquina de mí se alegró de que cada vez se pareciera más a nosotros. O más a mí, en ese momento.

—Así son las cosas, Borne. Sobrevivir no es una tarca agradable. Estamos intentando sobrevivir. ¿Sabes lo que significa eso?

Era una pregunta sincera. A pesar de mis preocupaciones, Borne parecía estar en mejor posición que nosotros en ciertos sentidos. Nosotros podríamos morirnos de hambre en los Palcos del Acantilado, y él se limitaría a absorber una silla o lo que fuera para seguir viviendo.

—Sí, sé lo que quieres decir —repuso con impaciencia—. Pero no tiene por qué ser así.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —Lo dije medio en broma, para provocarle, pero debo admitir que sentía curiosidad.

—Aún no estoy seguro.

—Avísame cuando lo hayas averiguado.

—Hoy he conocido a un anciano. Estaba cavando un agujero.

—¿Y?

—Estaba cavando un agujero mientras hablaba conmigo.

—¿Se dio cuenta del aspecto que tenías?

¿Y se trataba de alguien real o del personaje de un libro?

—No. Pero me dijo que no era de por aquí.

—No me sorprende. —Casi nadie que pasara de los treinta era de por aquí.

—El anciano me contó que estaba cavando en busca de comida, pero yo no vi más que raíces ahí abajo.

—Puede que fuera demasiado viejo.

O puede que estuviera cavando su propia tumba, que tuviera la dignidad de presentir su futuro y prepararse para él.

—También me dijo que es necesario renunciar a algo para llegar a alguna parte. Eso fue lo que me dijo. Así queeso es lo que tendré que hacer, si quiero llegar a alguna parte.

—¿No te has dado cuenta? Todo el mundo está ahí fuera tratando de forjarse un futuro mejor. Especialmente los ancianos que cavan agujeros.

—¿Sarcasmo? —preguntó Borne.

—Sí.

Me lo preguntó porque yo no solía mostrarme sarcástica muy a menudo.

—Ven a ayudarme, Borne —dije, espabilándome, recordando lo que significaba para él, y también porque no me gustaba el hastío que denotaba su voz—. Deberías echarme una mano con los Palcos.

—Supongo que podría dedicar un rato de vez en cuando —dijo Borne, como si tuviera una agenda social cargada de compromisos.

Tenía que pensar en una tarea que lo mantuviera ocupado y que nos resultara útil al mismo tiempo. Y quizá para mantenerlo alejado de los ancianos que cavaban agujeros.

*

Casi todas las noches se producía una cacofonía repentina, acompañada de los indicios de unos movimientos furtivos. Había demasiado ruido ahí fuera, demasiados ecos; lamentos, gruñidos, o el sonido que producía algo o alguien al ser asesinado. Eran los ruidos propios de una ciudad que ya no creía en un único regente, ni en una única versión del futuro. A veces, Mord gruñía como para mostrar su disgusto por este nuevo rumbo en los acontecimientos, y en la superficie, los vástagos excavaban allí donde Mord recostaba la cabeza, aunque quizá se tratara de una pantomima de los hombres de la Maga. Y esa era la otra confusión: un bando que intentaba que sus asesinatos parecieran obra del bando contrario.

Aunque la Maga tuvo más suerte en ese sentido, ya que los vástagos no eran nada refinados. Otro sonido en la noche: los gritos agónicos y sofocados de la gente que se moría en la calle después de haber logrado escapar de los vástagos, pero no del veneno de su mordedura. Al poco tiempo, los mutantes de la Maga aparecieron equipados no solo con caparazones más duros, sino también con su propio veneno, que salía propulsado desde sus uñas en un vano intento por perforar el grueso pelaje de los osos. Con esas «mejoras» les aguardaba una vida más corta, pero más intensa, y su velocidad resultaba inquietante.

Borne acuñó el término «Nocturnalia» para referirse a la manera en que germinaba la vida de formas inesperadas cada vez que la oscuridad se extendía sobre la ciudad. Desde siempre se había desarrollado una vida ahí fuera, entre la negrura, que no nos incluía y que evolucionaba a su propio ritmo. Pero a eso había que sumar ahora otro factor que hacía que la noche resultara fructífera y peligrosa al mismo tiempo: todos aquellos que estaban al acecho, en gran número,

creyendo que la noche les daba cobertura. No conocíamos sus intenciones, apenas sabíamos de dónde salían, y no alcanzábamos a comprender, tampoco, a quién debían su lealtad, ni la erupción de aquellos que veneraban a Mord después del fracaso de la Maga, que se ponían de parte del gran oso y creían, erróneamente, que eso los hacía inmunes.

Los disparos en la noche eran el barómetro de nuestra desesperación. Las balas escaseaban tanto en la ciudad que cada disparo que se escuchaba, ya resonara cerca o lejos, era indicativo de un último intento a la desesperada. En las noches en las que oíamos más de una docena, costaba no pensar que íbamos a vernos asolados por una incesante oleada de matanzas. Las luces también se habían convertido en trampas nocturnas, de un modo inédito hasta entonces. Pequeños indicios de vida, de los que no podría salir nada bueno al investigarlos.

La Maga no había regresado, pero sus innovaciones hablaban por sí solas, en mi opinión. Durante su ausencia, además, habían aumentado las leyendas en torno a su figura, como si se hubiera convertido en una mártir. Borne me transmitió una como si se tratara de un objeto valioso que hubiera recolectado. En dicha historia, un extraño pájaro con un plumaje precioso había llegado a la ciudad. Un pájaro extraño venido de muy lejos. Revoloteó por la zona, perdido y desorientado, tratando de asimilar la ciudad. Su localización exacta. Lo que se supone que debía hacer.

Pero no tenía por qué hacer nada. Al segundo día, alguien intentó capturarlo y le rompió un ala. El pájaro escapó, siguió volando lo mejor que pudo. Entonces un trozo de biotec andante lo capturó, lo mató y se lo comió. Más tarde, la Maga mató al biotec y lo utilizó para piezas. Una vez más, ese extraño pájaro sobrevoló la ciudad, pero esta vez por deseo de la Maga, y nadie se atrevió a tocarlo, puesto que era su emisario, y todo el mundo comprendió entonces por qué ese pájaro tan insólito había venido a la ciudad.

Porque la Maga así lo había querido.

Y aunque la Maga muriera, su extraño pájaro seguiría viviendo.

Las historias relativas al edificio de la Compañía no eran mucho mejores. Los vástagos patrullaban el perímetro, Mord había excavado un lugar donde poder dormir de costado, y una oleada de refugiados formada por biotecs insólitos seguía emergiendo de los lugares afectados para unirse a la Nocturnalia. No me gustaba ver a esas criaturas medio muertas, la mayoría devoradas por los vástagos de Mord, que se arrastraban cuando deberían andar, o rodaban, o

renqueaban…

Tampoco podía dejar de pensar en los diminutos y adorables esclavos biotec que habían desfilado alrededor de mi tarta especial en ese restaurante elegante. En mi mente, siguieron danzando alrededor de esa tarta durante años, mientras que esta se descomponía, formando una masa negruzca de moho que también acabó desintegrándose. Pero ellos tuvieron que proseguir con su fatigosa tarea de girar alrededor de la tarta, una y otra vez, cantando, hasta que murieron en plena marcha y su carne se pudrió y se acabó descomponiendo, dejando al descubierto sus esqueletos, tristes y delicados.

Que siguieron bailando.

CÓMO INTENTÉ AYUDAR A BORNE, HACIENDO QUE ÉL ME AYUDARA A MÍ

La manera que se me ocurrió de intentar mantener a Borne alejado de los problemas fue pedirle ayuda para seguir explorando los Palcos del Acantilado. Hice que introdujera sus tentáculos a través de los muros exteriores de las estancias y los apartamentos a los que no podíamos acceder por culpa de los desprendimientos y otros obstáculos. Al ver seriamente restringidas mis posibilidades para recolectar en el exterior, esa era la única manera que teníamos de aprovisionarnos.

Intentar abrirse camino manualmente a base de barreno resultaba casi imposible, y más peligroso. Pero a Borne se le daba muy bien hacerlo empleando su propio cuerpo, porque, en función de las necesidades, sus tentáculos se podían volver tan duros como el diamante o flexibles como una enredadera, para colarse a través de las grietas existentes y pulverizar luego el fragmento de pared necesario para poder asomarse. Yo había fabricado un telescopio muy largo y estrecho a partir de las piezas de otros tres o cuatro telescopios, así que, si Borne conseguía abrir un agujero de un cierto diámetro, yo podía introducir ese telescopio artesanal y echar un vistazo para ver si encontraba algo útil. O, si se trataba de una pared fina, oteaba los contenidos a simple vista.

Cuando nada de eso funcionaba, Borne generaba un globo ocular en la punta de uno de sus tentáculos y me contaba lo que veía. Si había algo de valor, ensanchábamos el agujero o nos arriesgábamos a detonar la pared para poder extraer los contenidos de la habitación. Borne y yo jugábamos a un juego que consistía en adivinar qué habría en una habitación antes de acceder a ella. Borne las acertó todas al principio, pero después se empezó a equivocar —yo diría que a

propósito—, rozando a veces el absurdo.

—Espátula, mesa de cocina, cuencos, frigorífico estropeado, algunas sillas, una escultura de un pájaro gigante.

Oteando a través de mi telescopio pirata, yo me echaba a reír y respondía:

—Despensa, escaleras, barriles, suministros de papel, máquina de café.

Pero dos habitaciones más tarde, nos encontramos, ni más ni menos, con la escultura de un pájaro gigante. Una vez más, empecé a pensar que Borne tenía una especie de radar o de órgano sensitivo que superaba las capacidades de nuestros cinco sentidos.

En una ocasión, nos topamos con una habitación llena de teléfonos móviles inservibles. Había lagartos reptando sobre las pilas de teléfonos, que habían accedido desde una grieta en la parte superior. Pero los lagartos no duraron mucho.

En otra ocasión, experimenté un instante de estupor cuando me asomé a un agujero que había hecho Borne y me encontré con una casa entera… una casita de muñecas, que presidía la habitación. No había nada más en la estancia aparte de esa casa de muñecas, y el precario estado de sus cinco pisos era un reflejo del abandono de los Palcos del Acantilado. En ese momento, nos asomamos a un mundo completamente distinto, uno que pertenecía a una época y un lugar remotos. Examiné la casita de muñecas durante más tiempo de lo que debería, teniendo en cuenta que no tenía ningún valor para nosotros.

Había cadáveres por todas partes, pero eso también se veía en la ciudad, y estos ni siquiera eran astronautas muertos. Llevaban tanto tiempo así que era fácil ignorar las pilas de huesos, los cráneos en proceso de desintegración, el mechón de cabello que reposaba encima de un coche de juguete oxidado.

Gracias a nuestros esfuerzos, conseguimos paquetes de comida, un par de hachas para defendernos, combustible, e incluso, en una ocasión, una caja envuelta en plástico transparente con una docena de escarabajos de color esmeralda fabricados en la Compañía, distribuidos en filas metálicas. Wick se puso contentísimo cuando se lo enseñamos, y puede que durante un rato nos viera con otros ojos.

En otra ocasión, cuando derramé agua por accidente encima del suelo de una de las estancias, resultó que estaba cubierto de foxinos etílicos que se retorcían bajo la superficie, para deleite de Borne, aunque tuve que pararle los pies para evitar que los devorase a todos. Desde entonces, siempre llevaba encima una pequeña cantimplora con agua para humedecer las superficies y hacer salir todo lo que estuviera oculto. Pero primero le decía a Borne que retrocediera un poco,

debido a su asombroso apetito.

A Borne le gustaba este «juego», pero los progresos fueron lentos a pesar de todo, porque no se dedicaba a ello de una forma continuada durante más de un par de horas por sesión. Siempre tenía alguna excusa para no seguir trabajando, para tener que regresar a su apartamento. Todas parecían falsas, pero yo estaba demasiado preocupada por el caos que se extendía más allá de nuestras paredes. Era como una espiral oscura y constante en mis pensamientos, que me abstraía del presente, de lo que estuviera haciendo en ese momento.

A veces hablábamos mientras trabajábamos, y así me podía olvidar de la presión que sentía en la cabeza.

—Ayer, cuando salí, saludé a las primeras personas con las que me crucé, pero me tiraron piedras y se fueron corrieron —me dijo Borne en una ocasión—. La siguiente persona, una niña pequeña, trató de apuñalarme con un cuchillo oxidado y se puso a chillar. Desde entonces, he hecho nuevos ajustes en mi disfraz.

—A lo mejor habrían hecho lo mismo conmigo o con cualquiera. —Lo dije con serenidad, pero en el fondo estaba intentando reprimir la lástima que sentía por él. No podía evitar que Borne se aventurase solo al exterior. Tenía muy poco control sobre él. Pero aún podía hacer que abriera agujeros en la pared.

—Les da miedo todo —dijo Borne—. Sobre todo, Mord. Pero Mord no es más que un oso muy grande, y los vástagos no son más que unos osos más pequeños que él. —Esto último lo dijo con desdén.

—Me parece una forma peligrosa de pensar en ello —dije.

—¿Ellos me tendrían miedo a mí?

—Ya te tienen miedo —respondí. Pretendía ser una broma, pero conseguí el efecto contrario.

—Lo sé —dijo Borne, apenado—. Eso es lo primero que tengo que corregir. Y Wick, aunque no lo diga, cree que soy un bicho raro. Un monstruo. Cuando me cruzo con él en el pasillo, le saludo y él no me dice nada. Es igual que la gente de la ciudad. ¿No le diste los objetos que recolecté?

Se los di, efectivamente, diciendo: «Esto es de parte de Borne», y siempre se trataba de algo valioso extraído del otro lado de las paredes, algo que despertaba en mí una sensación transitoria de gratitud por el hecho de que Borne estuviera buscando comida en la ciudad. Y Wick decía: «Dale las gracias a Borne de mi parte», pero sin sonreír. Tenía marcados unos límites en su relación con Borne, y estaba empezando a comportarse como un paranoico otra vez.

—Conoce todas nuestras trampas, todos nuestros pasadizos —me dijo Wick—. Ayer le pedí que me los enseñara. Lo conoce todo,

Rachel.

Pues claro. De ese modo, Borne no podría delatarnos al entrar o salir de los Palcos, pero Wick no lo veía de esa manera. No me lo volvió a recordar, pero yo no lo había olvidado: Borne había limpiado los Palcos de todos los lagartos, arañas y cucarachas, es decir, de todas las fuentes de proteínas adicionales que no requerían rebuscar en el exterior. Así pues, ¿y si sus habilidades eran una manera de compensarlo? Así no quedábamos en deuda con él, según el razonamiento de Wick.

—He discutido con Wick —dijo Borne—. Seguramente estaba de mal humor. Fui a verlo más tarde e intenté decirle que no soy como él se piensa.

—¿Habéis discutido?

Nunca me gustó la idea de que Wick hablara con Borne, ni al revés.

—Sí, es cuando dos personas…

—Ya sé lo que es una discusión. ¿Por qué discutisteis?

—Por… cosas. Muchas cosas. No pasa nada, Rachel.

No pasa nada, de verdad. Lo estoy sobrellevando.

Más tarde, se puso a contarme las pesadillas que había tenido y me preguntó qué significaban. A continuación, se convirtió en un par de ojos que flotaban por los aires, pero solo se debía a que se estaba encaramando por la pared, mientras adaptaba su piel al color y la textura del techo, y desde allí me preguntó:

—¿Puedes verme? ¿O soy invisible?

Al menos había encontrado algo nuevo que hacer en compañía de Borne, algo útil, y me alegré por ello, sentí que me había resarcido después de haber intentado educarle con mis libros.

Wick admiraba mi astucia, pero no los medios que empleaba. No le gustaba que Borne estuviera implicado, no le gustaba que nuestras excavaciones alterasen su plano del lugar, ya que eso significaba inevitablemente que los Palcos del Acantilado habían cambiado, al dejar expuestos algunos de los pasadizos que dejamos enterrados previamente. Cualquier desviación de su plano mental le provocaba un malestar que yo no alcanzaba a comprender.

Pero otras veces, bien entrada la noche, Wick recapacitaba, venía a mi apartamento y cuando charlábamos mostraba debilidad, expresaba admiración por Borne. Parecía sumido en un estado de cambio constante, afectado por un conflicto interno que se resistía a resolver, y dejó de estar tan pendiente de mí. Descubrí que esa apatía me resultaba más odiosa que su determinación anterior, y creo que Wick

también reparó en ello, porque se marchaba antes de que pudiéramos acostarnos.

Se moriría, según él, sin sus pastillas de nautilos. Pero yo seguía sin saber qué significaba el telescopio roto, o ese rostro de mujer dibujado sobre la cabeza de un pez gigante.

¿Llegaría a saberlo alguna vez?

CÓMO NOS PERDIMOS EL UNO AL OTRO

Entonces llegó un día que supuso tanto una victoria como una derrota. El día en que Wick y yo nos tomamos un respiro. Habíamos estado afanados en fortificar los Palcos de una forma tan exhaustiva que ya no se nos ocurría qué más hacer. Siempre teníamos los músculos doloridos y la mente agotada de tanto esforzarnos por detectar fallos en nuestra planificación. Con cada hora de trabajo, Wick me estaba diciendo que rechazaba el control que la Maga ejercía sobre él; la evidencia de su labor, de su tiempo y de su esfuerzo.

Habíamos terminado, pero recelábamos de esa conclusión, ya que habíamos adoptado una mentalidad propia de quien se siente asediado. Yo me sentía como si estuviera esperando la llegada de una fuerza inmensa, sentía una presión inmensa por tirar abajo las puertas, escalar las paredes o tirar la toalla y marcharme. Es posible que la verdadera razón por la que Wick y yo pensábamos que habíamos terminado era porque ambos, inconscientemente, sabíamos que cualquier intento por mantener los Palcos a salvo era inútil. Siempre habría una forma de entrar.

En cualquier caso, lo habíamos hecho todo como es debido —reforzamos los muros interiores, hicimos acopio de provisiones, anticipamos posibles estrategias de ataque—, y aún no se había producido ninguna ofensiva. En ninguna de las zonas o estratos que pudimos monitorizar con las arañas o los escarabajos de Wick, o con sus informadores, detectamos rumor alguno sobre un posible ataque. ¿Habríamos sobrestimado nuestro valor, ahora que la ciudad estaba tan agitada? ¿Nos habrían (qué idea tan aviesa) olvidado? ¿Estaríamos viviendo ya las secuelas y moriríamos de hambre o de sed, en vez de por una cuchillada en el estómago o en el gaznate? Lo más irónico de todo era que, llegado el caso, no quedaría nadie ante quien pudiéramos rendirnos.

Reinaba una paz insólita en nuestras fronteras la mayor parte de los días.

—Eso solo significa que están esperando el momento —dijo Wick,

sin reparar en lo mucho que Borne había hecho por su cuenta para «despejar nuestro perímetro», como él mismo había dicho.

—No queda un solo lagarto —me dijo Borne, y al no quedar nada en esa porción de terreno, tampoco habría ningún recolector al acecho.

Pero sentirse asediado, aun con esa sensación de futilidad en segundo plano, era mejor que verse asediado de verdad, o que ser víctima de un asalto. Nuestro refugio podía resultar agobiante y claustrofóbico —habíamos sellado el agujero del techo del laboratorio de Wick, por miedo a que los vástagos de Mord se pudieran colar por él—, y yo ya no salía nunca a la balconada, porque me imaginaba escenas en las que una flecha rudimentaria me atravesaba la garganta o alguien trepaba por la pared y me sorprendía. Aun así, nos seguimos aferrando a lo que era nuestro, y lo hicimos con gusto. Pasaron cuatro semanas y seguía sin haber señales de la Maga, ni de su ultimátum. Era obvio que tenía problemas más acuciantes, como verse perseguida por Mord o estar muerta.

La noche que nos tomamos un respiro, dejé a Wick ¡unto a su piscina —seguía dándole vueltas obsesivamente a la manera de poder sacarle el máximo partido a sus biotecs—, y me fui a la cama.

Pero me desperté sobresaltada menos de una hora después.

Wick se había plantado junto a los pies de mi cama. Me embargó el pánico hasta que lo reconocí, después me relajé, aunque me molestó que hubiera sido tan brusco y que fuera tan tarde. No me gustaba que primero Borne, y ahora Wick, se hubieran acostumbrado a entrar sin llamar o sin pedir permiso. Evocaba un pasado que yo no quería recordar.

—Dejé la puerta cerrada con llave, Wick. ¿Cómo has entrado? ¿Qué haces aquí?

Wick se encogió de hombros. Fue un movimiento torpe y desabrido.

—Del mismo modo que entras tú en mi apartamento.

La voz de Wick tenía un deje distinto. Entre la penumbra y mi somnolencia, su piel lechosa parecía estar cubierta de manchitas; pálida por aquí, translúcida por allá, cerúlea en algunos puntos, como si hubiera tenido un accidente con sus productos químicos.

—¿Qué quieres, que no puede esperar hasta mañana? —pregunté, incorporándome en la cama. Para ser sincera, quería que se marchara.

—Poca cosa. Solo quería saber si me quieres, Rachel.

—¡Joder, Wick! —exclamé—. ¿Me has despertado para preguntarme si te quiero?

Decir que me sentí irritada sería quedarse cortos. Me habría

gustado convertirme en un vástago de Mord para despedazar a Wick. Después de todo lo que habíamos hecho —y de todo lo que nos habían hecho— para recuperar cierta normalidad en nuestra relación, va y me pregunta eso.

—Pero ¿me quieres?

Solté un gruñido.

—Vete a dormir, Wick. —«Duerme la mona»—. Vuelve a tu apartamento.

Wick había estado padeciendo insomnio a causa del estrés, pero yo también necesitaba descansar. No me oyó, o me ignoró, o le dio igual, el caso es que, con un movimiento lánguido, se sentó en mi cama.

—¿Qué pasa con Borne? ¿Quieres a Borne? ¿Hasta qué punto quieres a Borne?

Ya habíamos pasado por eso antes. Wick tenía una forma de ver a Borne que lindaba con los celos, pero nunca me había pedido que me posicionara de una forma tan clara.

—Soy como una madre para Borne —respondí, paciente—. Es como si fuera mi hijo.

Intenté serenarme al hablar de Borne delante de Wick, por miedo a decir alguna inconveniencia y a ensanchar el abismo que había entre ellos.

Una sonrisa socarrona, triste.

—¿Eso es lo que Borne sigue siendo para ti? ¿Un niño?

—Sí —respondí, mintiendo un poquito.

¿Qué palabra se utilizaba para decir que estás criando a una criatura huérfana e inteligente? Puede que aún no existiera ninguna. Por primera vez me atreví a imaginar si Borne tendría padres de verdad, y me embargó un cierto desconsuelo. Esa idea de que Borne tuviera unos padres ahí fuera, en alguna parte, en una noche donde resonaban disparos a lo lejos.

—Gracias por decírmelo, Rachel —dijo Wick, y entonces se marchó.

Eché el cerrojo cuando se fue.

Pero una hora más tarde, en mitad de la noche, aún no me había vuelto a dormir. No paraba de pensar en lo extraña que había sido la visita de Wick, en que había algo en su aspecto que no encajaba. No me lo podía quitar de la cabeza. Wick parecía un fantasma. Un fantasma de verdad.

Me puse algo de ropa, me fui al apartamento de Wick y llamé a la puerta, pero no hubo respuesta. Volví a llamar, más fuerte. Seguí sin obtener respuesta. O estaba dormido como un tronco o había salido. Así que me dirigí a la piscina, por si acaso.

Cuando me aproximé a la puerta, escuché voces. Borne debía de estar en el cuarto con Wick, pensé. Borne y Wick debían de estar manteniendo una conversación. Vaya, hombre. Aceleré el paso.

Doblé la esquina, irrumpí por la puerta en el laboratorio de Wick.

Me encontré a Rachel hablando con Wick.

Me encontré a mí misma hablando con Wick.

Era una buena imitación, el parecido era notable, y me estremecí hasta lo más hondo de mi ser. Me estaba viendo mientras mantenía una conversación con Wick, como si me hubieran arrebatado el cuerpo y yo solo fuera un espectro.

Wick me miró, volvió a mirar a la otra Rachel, torció el gesto, mientras los escarabajos defensivos corrían como locos por su brazo. Por lo visto, logró distinguir al original de la réplica.

—¿Qué eres? —comenzó a gritarle a la otra Rachel—. ¿Qué eres?

Pero yo sabía lo que era la otra Rachel.

La otra Rachel era Borne.

Érase una vez una mujer que se encontró una criatura en el costado de un oso gigante. Érase una vez un trozo de biotec que creció y creció hasta que tuvo su propio apartamento. Y érase una vez una persona llamada Borne que se puso en la piel de dos personas a las que admiraba y se hizo pasar por ellas. Puede que su causa fuera justa, puede que sus motivos fueran sensatos. Tal vez pensara que estaba haciendo algo bueno, para variar. Tal vez.

—Borne —dije—. Borne.

Al escuchar mi tono de espanto y decepción, la otra Rachel se transformó en Borne. Una oleada espasmódica, un suspiro procedente de todas partes a la vez resonó por la caverna, y al momento regresó el Borne de siempre, pero más parecido a un remolino repleto de ojos, con el extremo más estrecho pegado al muro que tenía detrás, mientras el vórtice giraba en espiral como si fuera una ilusión hipnótica.

En el lugar donde estaba yo. En el lugar donde estaba Rachel.

Pero ese truco de magia pasó factura. «Rachel» había extendido una mano, tenía el brazo estirado hacia la muñeca de Wick, y mientras me miraba alarmada, mientras sus rasgos desaparecían en el interior del vórtice, mientras yo veía cómo mi cuerpo se hacía pedazos, mientras los ojos se multiplicaban y los tentáculos se desplegaban, unos apéndices se extendieron hacia el brazo de Wick… y lo tocaron.

Wick pegó un grito, retrocedió trastabillando hacia el borde de la piscina, como si el roce de ese apéndice le hubiera quemado o algo parecido. Al mismo tiempo, se puso a ondear el otro brazo en un

frenético intento por mantener alejados los tentáculos anhelantes de Borne. Después liberó los escarabajos que pululaban por su cuerpo. Un enjambre salió volando hacia Borne, con intención de adentrarse en su piel, de hacerle daño.

Pero no lograron llegar hasta él. Se toparon con la superficie de su cuerpo y se fundieron en su interior. Borne profirió un alarido y se abalanzó sobre Wick, como un maremoto centelleante y ominoso.

Pero yo estaba allí y me interpuse entre ambos. Con Borne a la izquierda y Wick a la derecha, los dos enemigos mortales.

—¡Parad! ¡Parad! —grité.

Podría haber quedado atrapada en un fuego cruzado. Cualquiera de ellos podría haberme ignorado y dado rienda suelta a sus impulsos.

Pero, en vez de eso, Borne retrocedió a pesar de que se estaba volviendo cada vez más grande e intimidante, ocultando la luz de las luciérnagas que le quedaban a Wick, al extenderse por el techo como si fuera una marejada furibunda. Me quedé mirándolo, tan paralizada como si fuera la otra Rachel.

Los escarabajos de combate restantes se arremolinaron sobre el cuerpo de Wick para protegerlo frente al siguiente ataque, y se oyeron unos chapoteos y unos quejidos provocados por las criaturas de la piscina, que se encontraba por detrás de Wick, una señal de que contaba con refuerzos.

Pero no se produjeron más ataques.

Borne siguió retrocediendo, como si quisiera fundirse con el techo, con el cuerpo cubierto en toda su extensión por ojos desorbitados y tentáculos que se ramificaban y desaparecían como gotitas de agua a cámara lenta. En su pose se adivinaba una actitud de sumisión, para que le perdonásemos, entremezclada todavía con cierto deje desafiante, hasta que llegó un punto en que fui incapaz deinterpretar su estado de ánimo. Percibí un olorcillo a mantequilla quemada, a hígado podrido, que se fue disipando hasta desvanecerse.

Incluso ahora, rememoro mentalmente esos instantes una y otra vez. Sigo tratando de identificar qué estaba pensando Borne, y cómo lo procesaba. Quiero parar el tiempo. Quiero parar el tiempo y que Wick se marche para poder hablar con Borne sin que Wick esté delante. Y después quiero que Borne se marche para poder hablar con Wick sin que Borne esté delante. Necesito saber que interpreté esos instantes correctamente, que tomé las decisiones adecuadas. Pero ya nunca podré saberlo.

Lo único que sé es que situé mi cuerpo por delante de Wick, para defenderlo, y que alcé la mirada hacia Borne, que había cubierto el techo por completo y podría abalanzarse sobre nosotros como un

tsunami, sepultándonos bajo su carne si así lo quisiera. Mientras miraba a Borne desde el suelo, ninguna constelación habría sido lo suficientemente brillante como para impedir que le viera como un monstruo.

Estaba tan cerca de Wick que pude sentir los ecos nerviosos de su pulso al contacto con mi cuerpo, sus temblores al contacto con mi hombro, mientras oteaba el entorno con la mirada perdida. Los chillidos cesaron. Los gusanos de diagnóstico suturaron la superficie de su piel, esforzándose al máximo para paliar los efectos de la herida que le había provocado Borne, lo que significaba que Wick estaba semiinconsciente. No habíamos podido alimentar demasiado a los gusanos durante semanas, así que me preocupaba que se murieran antes de curarle. Pero no había sangre, solo conmoción y contusiones.

—No ha sido aposta, Rachel —dijo Borne, suplicando—. No pretendía hacerle daño. No iba a hacerle daño. Me asustaste, Rachel. Ha sido cosa tuya.

—¿Acaso te dije que te hicieras pasar por mí para hablar con Wick? ¿O te dije que te hicieras pasar por Wick para hablar conmigo?

Le grité. Le grité y le chillé porque no podía hacer otra cosa. Qué estúpida había sido, qué imprudente, y ahora todo se había echado a perder. Yo era consciente de ello, aunque Borne no lo fuera.

—Quería ayudar —dijo Borne—. Quería ayudar. Quería que los dos os llevarais bien. —«Niño bueno, no malo». Pero Borne ya no era un niño—. No quería que os pasarais todo el rato discutiendo por mí.

—Eso no lo decides tú —repliqué con voz ronca, cansada de tanto gritar, con la garganta hecha trizas—. No está bien que lo decidieras tú.

Estaba asustada, además de molesta, porque había confirmado algo que ya sospechaba. Algo que me reconcomía en el fondo de mi mente. Aquellas veces que o Wick o yo asegurábamos: «Yo nunca he dicho eso», y lo achacábamos a una equivocación, a una falta de comunicación, o a cualquier otra cosa que no fuera que la persona con la que estábamos hablando en realidad era otra criatura. La manera en que eso había desgastado mi relación con Wick, la desconfianza irracional que había introducido en nuestras vidas. Ahora tendríamos que verificar cada instante de nuestro pasado reciente, reconstruir el tiempo que habíamos pasado juntos y por separado, para determinar qué era real.

Borne suplicaba, trató de explicarse, pero yo no le hice caso.

Cuando me encaramé encima de Wick en el refugio y me puse a gruñirle como si fuera un vástago de Mord, el mismo día que la Maga disparó sus misiles, ¿era Borne? Cuando planeamos la defensa de los

Palcos del Acantilado, ¿lo hice con Borne y no con Wick? Cuando nos acostábamos juntos, ¿era Wick?

No, eso supondría un abuso de confianza que no me quería ni plantear. No podía ser cierto. Tenía que creer que conocía el verdadero cuerpo de Wick; que, al trazar cada cicatriz y cada imperfección, al tenerle dentro de mí, no habría podido producirse una mentira tan monstruosa.

Pero tenía que preguntarlo.

—Borne, ¿cuántas veces te has hecho pasar por nosotros? ¿Has estado en mi cama, o en la de Wick?

Le costó un rato, pero cuando entendió la pregunta, Borne se replegó, se puso de color gris y dijo:

—No. Nunca. ¿Cómo puedes pensar eso?

—¿Y por qué no?

—Ahora mismo me tienes miedo —dijo Borne—. Pero lo único que he hecho es lo que ambos hacéis.

—Nosotros no hacemos eso.

—Tú entraste en su apartamento, a escondidas. Él entró en tu apartamento, a escondidas, para espiar.

—Borne…

Alcé la mirada hacia él. Él nos miró desde el techo, convertido en una tonelada de carne alienígena con cientos de ojos.

—Te quiero —dijo Borne con mi propia voz—. Pero me das miedo y no puedo confiar en ti.

—Has herido a Wick.

—Iba a hacerme daño —dijo Borne—. Sé que iba a hacerlo. Por más que me esfuerce, no dejará de odiarme.

Me embargó un estado de ánimo frío y pragmático, en contraste con el febril estado de Wick, que seguía situado por detrás de mí, recordándome la verdad de ciertas cosas.

—¿Debería haber permitido que Wick te diseccionara, Borne? ¿Qué eres?

—Rachel, soy Borne. Tu hijo. Me quieres como a un hijo. Dijiste que me querías como a un hijo.

Y le decepcioné cuando se lo dije, así pues, ¿por qué debería salvarle ahora eso?

—No eres humano —dijo Wick, resollando, como si tomara aliento por primera vez. Comprendí que se había estabilizado, que había empezado a recuperarse de lo que quiera que le había hecho Borne.

—Pero soy una persona —dijo Borne—. Rachel me lo dijo… ¡Soy una persona!

—Una persona que finge ser otra —repuso Wick.

—¿Me conoces de la misma manera que conoces a uno de esos lagartos que te comiste? —pregunté.

—¡No! —protestó Borne.

—Entonces, ¿cómo puedes hacerte pasar por mí?

—Puedo adoptar tu aspecto, pero no podría ser tú sin…

—Sin matarte —dijo Wick. Entonces se situó a mi lado y, por su rigidez, comprendí que estaba listo para atacar otra vez a Borne.

—Jamás te haría daño, Rachel —dijo Borne.

—Borne lo entiende —dijo Wick—. Borne sabe lo que es. Es un asesino. Tenemos que acabar con él.

Borne adoptó un color tormentoso, a caballo entre el azul marino y el negro. Despidió un olor penetrante a tinta y a musgo chamuscado. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz quebrada y vacilante:

—No os lo permitiré. Yo no he hecho nada. Jamás haría nada.

—No lo entiendo —insistí.

Pero ahora lo entendía. En el fondo lo entendía, aunque no quisiera. Puede que lo supiera desde el principio. Lo que Borne había estado haciendo por la ciudad, sus actos enmascarados por los cruentos ataques de los vástagos de Mord contra los mutantes de la Maga. Esa gente de la que me había hablado, el anciano, los demás… ¿Cómo habían transcurrido esas conversaciones? ¿Habían tenido un final brusco? Estaba «experimentando».

—Tiene que llevar haciéndolo mucho tiempo —dijo Wick—, para haber podido aprender tan rápido. Para haber podido crecer tan rápido.

El rostro de Wick adoptó una expresión que no pude reconocer ni desentrañar. Lanzó una mirada tan extraña, tan indómita, y aun así tan mecánica, que me asusté, me sentí como si estuviera atrapada entre dos monstruos.

—Pregúntale, Rachel —dijo Wick—. Pregúntale. De su cuerpo no sale nada, solo entran cosas.

Borne terminó de expandirse por la áspera superficie del techo, asomaba la cabeza desde la inmensidad de su cuerpo como un nadador en un océano puesto del revés. La imponente y aterradora extensión de Borne. Entonces me di cuenta de que el doble de Rachel seguía flotando en el interior de su cuerpo, como si pudiera sacarla de un cajón en cualquier momento, como a un muñeco, y también vi que había una imitación de Wick a su lado.

—Tiene un precio —dijo Borne—. Lo que soy tiene un precio. Lo que hago. Pero te quiero, Rachel. Te quiero y puedo hacerlo mejor. Puedo parar.

Titubeé, me avergüenza decirlo, y Wick se dio cuenta.

—Demuéstralo. Di la verdad. Sé sincero —dijo Wick—. ¿Matas gente? ¿Lo haces?

—No mato —respondió Borne—. Absorbo. Asimilo. Todo sigue vivo. En mi interior.

—Los mata —insistió Wick—. Rapiña sus secretos. Rapiña sus conocimientos acerca del mundo. Accede. Accede, Borne. Es lo mejor. Deja que te diseccione.

Sabes que es lo mejor. De lo contrario, algún día serás peor que Mord.

¿No importaba que Borne sintiera un conflicto interno, que no quisiera matar? Tal vez no. Pero comencé a temer, a raíz de un cambio casi imperceptible en su aspecto, que no lograríamos convencerle para que accediera a morir. Que jamás accedería a ser diseccionado, así que me tocaba tomar una decisión muy difícil, una que Wick jamás entendería, por mucho que estuviera relacionada con nuestra supervivencia.

—Márchate —dije—. Tienes que marcharte y no volver nunca. Tienes que hacerlo.

El destierro. Se me ocurrió de repente. Pero ¿acaso había otra opción? Cualquier otra alternativa significaría traicionar a Wick, traicionar a los Palcos, y Borne me había facilitado la decisión. Aunque fue una de las cosas más duras que he hecho en mi vida. La más dura.

Borne se puso de color turquesa, su cuerpo se convirtió en una sucesión de superficies blandas y diáfanas que reflejaban la luz.

—Pero es que yo te quiero —repuso Borne—. Eres mi familia.

—Yo también te quiero, Borne. —Y era verdad—. Pero eso no cambia las cosas.

Puede que el recuerdo de ese cariño fuera suficiente, puede que el tiempo que pasamos juntos fuera suficiente. Pero, en el fondo, yo ya me había dejado llevar por el pánico, me estremecía solo de pensarlo.

—No tendré un hogar —dijo Borne.

—Lo sé, Borne.

—No tendré a nadie con quien hablar.

La situación me estaba superando, pero debía mantenerme firme.

—Borne —dije—. Borne, tienes que hacerlo por nosotros. Si nos quieres. Ya sé lo duro que es, pero no es seguro para nosotros.

¿Por qué, si no, se habría mudado? ¿Por qué, si no, me habría dicho que no podía parar? ¿Por qué, si no, solo pasaba una o dos horas seguidas con nosotros durante las últimas semanas? Borne lo sabía. Lo sabía perfectamente. Era un asesino.

—Nunca conoceré a otra persona como tú —dijo Borne, y sus

palabras reverberaron en mis huesos, en mi corazón y en mi mente.

Yo tampoco volvería a conocer a alguien como Borne, y aunque volviera a verle, ya no sería como cuando vivíamos juntos en los Palcos del Acantilado, como cuando corríamos por los pasillos y abríamos agujeros en las paredes y bromeábamos y nos reíamos, como cuando le enseñaba palabras nuevas que él atesoraba en su mente como si fueran joyas, y las repetía una y otra vez hasta que se las sabía mejor que yo.

—Estarás mejor fuera —mentí—. No estará tan mal como crees —mentí.

Wick guardó silencio. No pintaba nada en esto, y comprendió que lo mejor era cerrar el pico.

—¿Volveré a verte, Rachel? —preguntó Borne.

—Seguro que volveremos a vernos, Borne. Por supuesto que sí.

Se produjo otro cambio en el aspecto de Borne, algo que solo yo pude ver y que no sabría describir a nadie más, pero que denotaba entereza, aceptación. Se bajó del techo, adoptó una forma más parecida a la del Borne al que yo conocía, el Borne que había vivido en mi apartamento y que al principio tomé por una planta.

Se acercó. Se puso a mi lado, y no me sobresalté. Alargó un tentáculo grueso y suave para tocarme la cara.

El círculo orbitador de ojos. Ese cuerpo tan parecido a un jarrón o un calamar. Esos colores estroboscópicos que denotaban confianza, seguridad, aunque supe que solo estaba intentando animarme, y eso hizo flaquear mi determinación, me hizo dudar. ¿Un verdadero monstruo, un asesino de verdad, no nos habría absorbido o nos habría lanzado un ultimátum? ¿No nos habría asesinado para apropiarse de los Palcos del Acantilado?

—Me iré —dijo Borne—. Estaré mejor fuera. No te preocupes por mí. Estaré bien. No te olvidaré, Rachel. Nunca te olvidaré.

Entonces pasó disparado junto a mí, salió de la caverna, y yo caí de rodillas. Aparté a Wick cuando se acercó, desconsolada e incapaz de aceptar lo que acababa de ocurrir. El asedio desde dentro había concluido. Parecía que todo había terminado.

Borne se había ido.

LO QUE ENCONTRÉ EN EL APARTAMENTO DE BORNE

Tras la marcha de Borne, me quedé hecha polvo. No veía nada, no sentía nada, iba dando tumbos y me chocaba con todo. Con las paredes. Con los muebles. Todo estaba borroso. Quería castigarme por

lo que había ocurrido. Quería castigarme y salir a buscar a Borne para decirle que no iba en serio y que podríamos reformarle, que podríamos contener sus impulsos, que él podría combatirlos, que todo saldría bien.

Pero no lo hice. En vez de eso, me quedé metida en la cama de mi apartamento, acurrucada y llorando hasta que me dolía, con intención de que me doliera. Me daba igual lo que me pasara. Si Mord me sacara a la superficie y me engullera de un bocado, una parte de mí se sentiría agradecida. Pero había otra parte de Rachel —la parte que había resistido seis años en la ciudad— que aguardaba pacientemente entre bastidores, diciendo: «Sácalo, sácalo todo ahora para que no te mate después».

Cuando me desperté —después de lo que pudieron ser horas, días o siglos, quién sabe—, fui a ver qué tal estaba Wick. Apenas cruzábamos unas pocas palabras, interactuábamos lo menos posible, y yo no podía ni mirarle, porque era como si fuéramos personas distintas que habían mantenido conversaciones diferentes. Yo no sabía con quién había estado hablando, así que tuve que repasar nuestros muchos encuentros durante los últimos meses, para discernir en cuáles se trató de Wick y en cuáles se trató de Borne, haciéndose pasar por él. Con el tiempo, los computábamos como réquiems, nos apropiábamos de aquellos encuentros que no teníamos derecho a reclamar, como para decirle a la otra persona que queríamos todo aquello que sustentara nuestra historia de amor, de amistad, y nada más que eso.

Entonces, más tarde, recuperé mi instinto, el instinto de poner y sortear trampas. El instinto me llevó hasta el apartamento de Borne, tanto para comprobar que se había ido de verdad como para registrarlo. Entré sin hacer ruido, despacito, tan hueca por dentro que no sentía nada, aunque en el fondo esperaba encontrar a Borne allí dentro.

Pero Borne se había ido, y no había dejado gran cosa a su paso. Para empezar, nunca había tenido gran cosa. Los tres astronautas muertos seguían colgando de unos ganchos en la pared, pero no tenían ningún poder sobre mí; ya casi se habían convertido en viejos amigos. Hasta ese punto me había acostumbrado Borne a sus esqueletos.

Solo encontré lo que había en el armario: un montón de ropa, ropa de otra gente, de todos los estilos y tallas, la mayoría andrajosa, hecha jirones o manchada de sangre. Algunas prendas las reconocí de nuestras búsquedas por los demás rincones de los Palcos, y otras no las había visto nunca; de estas últimas, la mayoría debía provenir de aquellos a los que había «absorbido». Había cincuenta o sesenta camisas en el armario. Por lo menos.

Escondido en el fondo, debajo de una pila de ropa interior, encontré un grueso diario con una «B» escrita en la cubierta. No parecía gran cosa. Estaba deteriorado, manchado, parecía como si lo hubiera recolectado para después reutilizarlo. Estaba cerrado, pero había una llavecita diminuta alojada en el cerrojo. Me quedé mirándolo un buen rato antes de abrirlo. Lo miré fijamente. No pude dejar de mirarlo hasta que las palabras se convirtieron en un borrón ilegible. Supongo que eso significa que no quería leerlo. Pero yo era Rachel, la recolectora, esto era una especie de recolecta, y yo estaba vacía y necesitaba respuestas.

Buena parte del diario estaba escrito en idiomas que yo no sabía leer. Pero en la primera página encontré el primer y titubeante intento de escritura:

> Me llamo Borne.
> —Mi nombre no es Borne. Solo es algo que me llama Rachel. Implica cargar con algo con lo que no quieres cargar.
>
> Me llamo no-Borne y llegué aquí sobre el cuerpo de Mord, no importa lo que diga Rachel.
> —No vine aquí sobre el cuerpo de Mord.
> —Me enredé en el pelaje de Mord. (¿Quién me enredó?).
> —¿Dónde estuve antes de eso?
> Me llamo no-Borne. No llegué aquí sobre el cuerpo de Mord, pero soy humano.
> —No soy humano. No soy humano. No soy humano.
> —Rachel dice que soy macho. ¿Soy macho, hembra, o ninguno de los dos?
> —Soy una persona.
>
> Niño malo. Niño malo.
> Precioso.
>
> Llegué aquí desde una estrella distante.
> Llegué aquí desde la luna, como los astronautas muertos.
> Me creó la Compañía.
> Me creó alguien.
> En realidad, no estoy vivo.
> Soy un robot.
> Soy una persona.
> Soy un arma.
> No soy inteligente.

Tengo nueve sentidos y Rachel solo tiene cinco. Puedo crear ojos siempre que quiero y Rachel no. Si perdiera sus ojos, se quedaría ciega. Si yo perdiera los míos, seguiría viendo.

No sé cuándo estoy siendo lo que ellos quieren que sea y cuándo estoy siendo yo mismo. Es mejor cuando soy «adorable». Es más seguro.
Niño malo. NIÑO MALO

Borne viajó desde una estrella distante. Borne viajó desde una Compañía distante. Borne no podía parar de comer. Borne no podía parar de matar. Borne no lo ve de esa manera, pero tiene que ser eso. Tiene que ser matar.

BORNE DEBE PARAR DE MATAR BORNE DEBE PARAR DE PROBAR. BORNE DEBE PARAR DE SER BORNE. BORNE DEBE COMER LO QUE YA ESTÁ MUERTO, COMO LAS PERSONAS NORMALES.

¿Y si soy el único?
¿Y si no puedo morir?
¿Y si no me creó nadie?

Todo estaba ahí. Todo lo que hice para ayudarle, y todo cuanto hice y no sirvió de nada. Todo aquello en lo que le convertí y todo aquello en lo que no le convertí. Como él mismo dijo, Borne se había colado en nuestros apartamentos porque me había visto a mí colarme en el apartamento de Wick. Se había hecho pasar por mí, y también por Wick, porque no quería que discutiéramos, porque quería que fuéramos agradables. Nos había visto interpretar nuestros papeles, con todo nuestro bagaje, y pensó: «¿Qué hay de malo en hacer lo mismo?».

Le serví de ejemplo a todas horas, hasta con el menor de mis actos, incluso cuando no era consciente de que le estaba sirviendo de ejemplo. Con todos y cada uno de mis actos, no solo con esas cosas que intentaba enseñarle. Le había instruido sin parar, y ahora anhelaba recuperar algunos de esos momentos. Ahora anhelaba no haberme colado en el apartamento de Wick. Deseaba haber sido mejor persona.

«Rachel no puede protegerme de Mord, y yo no puedo protegerla de mí mismo».

Borne me lo había dicho, en muchos sentidos: «No puedo parar. No puedo parar de crecer. No puedo dejar de ser lo que soy. No puedo

parar de matar gente». Y yo le había hecho callar, le había ignorado, había intentado fingir que era algo que no era, y al hacerlo le había traicionado. Porque Borne sabía lo que era.

> No quería mudarme del apartamento de Rachel. Pero tuve que hacerlo. De lo contrario, no sé qué será de ella. Sigo comiendo lagartos, pero con eso no basta. Si vivo solo, puede que mejore la situación. Puede que recupere el control.

Días y situaciones anotadas en las que Borne había salido y «se pudo resistir» o «no se pudo resistir». Hizo un seguimiento de las pautas. Intentaba entenderse. Experimentó con sustitutivos. Pero el peor sustitutivo fue cuando sabía que estaba mal, pero no pudo parar —ni pudo ni quiso parar— y mató gente para que no me mataran a mí. La desesperación, la frustración, el no poder hablar con nadie de ello.

El número de camisas en su armario, multiplicándose a medida que Borne se hacía más grande.

Convirtiéndose en… ¿qué? Proviniendo de… ¿dónde?

Se había sentido más solo de lo que yo me habría podido imaginar. Y desesperado. No hay otra forma de describirlo.

Aún eran peores las anotaciones donde Borne se mostraba «agradecido» conmigo. Decía lo buena que había sido con él, lo mucho que le había enseñado, lo mucho que él había aprendido. Decía que nunca me olvidaría, como si ya supiera al escribir eso que algún día sería expulsado de los Palcos del Acantilado.

No encontré nada en el apartamento de Borne que me reportara consuelo. Pero tampoco creía merecerlo.

*

Al cabo de una semana, más o menos, volví a ver a Borne desde lejos. Estaba anocheciendo. Aún conservábamos los Palcos y yo había salido a la balconada para contemplar ese río contaminado, precioso, y todas las sombras que generaba. Estaba de un humor sereno. Wick se había recuperado bastante, aunque no por completo.

Abajo, mucho más abajo, me vi a mí misma corriendo por el río. Corría libre, con agilidad y soltura, sobre ese terreno rocoso. Aunque en realidad no era yo —al fin y al cabo, yo me encontraba en lo alto de esa balconada—, era Borne el que estaba ahí abajo.

No sabía que mi cuerpo fuera tan frágil, ni mis movimientos tan delicados. No sabía que Borne me hubiera querido tanto.

Aquella imagen estuvo a punto de volver a partirme el corazón, no te puedo mentir, y se produjo un momento indeleble y volátil durante el que me sentí como si estuviera ahí abajo, mirando a través de los ojos de Borne, y no en lo alto de la balconada, dentro de mi propio pellejo.

La sensación se disipó, y Borne, como si supiera que le estaba observando, volvió a ser el mismo de siempre, fue libre para ser el de siempre, y vi cómo le seguían nuevamente unos animales extraños. Los zorros, los conejos y esas cosas que parecían zorros y conejos, pero que no lo eran.

Ahora Borne solo era un elemento más de la ciudad. Traté de convencerme de ello, pero la pérdida era demasiado reciente como para pensar en él como si fuera un obstáculo, una amenaza o una oportunidad. Jamás podría hacer eso.

Pensé que los animales le estaban persiguiendo, pero no, no tardé en comprenderlo: Borne los estaba liderando. No sé cómo, pero los estaba liderando. A todas esas criaturas marginadas y excluidas, que pasaban desapercibidas en la ciudad.

Mientras, el río seguía su curso, transportándonos a su paso.

TERCERA PARTE

LO QUE NOS ARREBATARON A NOSOTROS Y A MORD

Unos días después de que expulsáramos a Borne, Mord perdió la capacidad de volar. Quienquiera que se la hubiera arrebatado, debió de hacerlo con la esperanza de que se produjera en mitad de un vuelo sobre la ciudad, para que Mord se precipitara al vacío desde una altura enorme y muriera en un océano creado con su propia sangre. Pero no ocurrió así. Simplemente se despertó un día y descubrió que no podía volar. ¿Fue un alivio? Debería haberlo sido, pero en cierto modo parecía un presagio, una señal, entre tantas otras, de que las cosas que conocíamos estaban cambiando.

Mord se sentó con todo el esplendor apocalíptico de su pelaje sobre el suelo de cemento de un aparcamiento vacío, rodeado por sus vástagos —que jadeaban, gruñían, resoplaban—, y descubrió que no podía volar. Por más que lo intentó, no pudo flotar ni elevarse ni planear. Cuánto desconcierto se percibía en los gruñidos de Mord, esos gruñidos que parecían incógnitas sibilantes, que expresaban su rabia y su ira en forma de jadeos clamorosos. Mord no podía volar, y una docena de sectas repartidas por la ciudad se disolvieron; sus acólitos salieron huyendo, desconcertados, se dispersaron o se quitaron la vida. Su dios había dejado de serlo. Su dios tendría que caminar sobre la Tierra como todos los demás. Había perdido algo que creía que no perdería nunca, algo que confiaba en conservar para siempre, y su ausencia dio lugar a una conmoción.

Aun así, Mord intentó volver a ser un dios. Se impulsó hacia el firmamento, solo para volver a caer, tambalearse y mantener el equilibrio golpeando el pavimento con sus patas delanteras. Se irguió cuan largo era, con el cuerpo en máxima tensión, como si al estirar todos los músculos fuera a conseguir elevarse por los aires… y permaneció así mientras los vástagos de Mord se arremolinaban junto a sus pies, expresando a coro su desconcierto con un «Drrk, drrk».

Mord lo intentó una y otra vez, ofreciéndose a los cielos, y en todas ellas fue rechazado, sin importar el método. Una carrera a toda velocidad para tomar impulso, a cuatro patas, o una acometida cautelosa desde lo alto de un edificio de tres plantas que se estaba desmoronando bajo su peso cuando saltó desde allí. Otra carrera, esta vez sobre los cuartos traseros, pero sin resultado. Media mañana consumió aquel oso inmenso, arrojándose, intentando recuperar la

magia, restaurar la tecnología que le había permitido elevar su corpachón inmenso por el cielo, gracias a la Compañía. Se dejó llevar por lo que le dictaba el instinto: brincó sobre las cuatro patas entre escombros antiguos y recientes, arrasándolo todo a su paso, demoliendo casas, derribando chimeneas que caían hacia un lado como briznas de hierba.

Fue en vano. Mord estaba intentando alcanzar una velocidad de escape que nunca había tenido, ni necesitado, y volvió a caer aparatosamente al suelo después de unos cuantos momentos de expectación en los que pareció que había conseguido escindirse del suelo una vez más, cuando pudo verse un espacio entre su vientre y la tierra, entre sus pezuñas y el suelo… pero resultó no ser más que una ilusión, y Mord se desplomaba, a veces con fuerza, magullándose huesos y músculos, con impactos capaces de arrasar un patio o demoler un bloque de apartamentos.

Mord se alzaba entre las nubes de polvo provocadas por semejante destrucción, mirando fijamente hacia el horizonte, como si allí fuera a encontrar alguna respuesta. Pero la mayoría de las veces, conforme fue aceptando esta nueva limitación en sus poderes, Mord se sentaba. Se sentaba a reflexionar. Se sentaba a reflexionar y giraba su cabezota de un lado a otro, escrutando sus dominios, expectante por comprobar quién sería el primero en desafiarlo ahora que estaba impedido. Parecía como si no pensara más que en asesinatos, porque era consciente de lo que estaba por venir… y estaba preparado. Pero también parecía un osezno, abandonado a su suerte entre la inmensa pila de huesos que conformaba la ciudad.

Yo había visto a Mord hambriento y sediento. Lo había visto poseído por una angustia íntima. Lo había visto herido, masajeándose una pezuña o un hombro musculoso, pero nunca lo había visto con la espalda apoyada en la pared, ni desesperado, ni con el aspecto de una criatura mortal. Nadie lo había visto así, pero estábamos a punto de hacerlo, y eso nos provocaba miedo y expectación al mismo tiempo. La pregunta maliciosa que nos hacíamos todos, en aquella ciudad, era qué nos seguiría uniendo si Mord llegara a morir.

—La Maga ha vuelto —me dijo Wick—. Seguro que la Maga ha vuelto.

—¿Tú crees? —pregunté, aunque en el fondo me daba igual.

Wick seguía teniendo buen olfato para la información, incluso a pesar de que sus contactos iban menguando.

Entre los rumores que nos llegaron en los días posteriores, una muestra: que algunos hombres de la Maga se habían infiltrado en el edificio de la Compañía, se habían abierto paso entre la maraña de

vástagos, habían pulsado un interruptor o destruido un mecanismo, y esa era la fuente del menoscabo de Mord. Otros pensaban que su incapacidad para volar era un efecto secundario y retardado del momento en que destruyó el edificio de la Compañía, ya que habría dañado un mecanismo que finalmente había fallado del todo. O una señal de que sus devotos dentro de la Compañía habían perdido la fe en él.

Fuera cual fuese la verdad, ¿qué más me daba a mí que Mord pudiera o no pudiera volar? Había sufrido una conmoción tremenda, y sentía un vacío que nunca se podría llenar. Pero vivíamos en la ciudad, así que nos tocaba seguir adelante como si no pasara nada, no podíamos mostrar debilidad o sería nuestra perdición. Lo único que importaba —igual que Mord, a una escala más pequeña— era hacer el esfuerzo de mirar a mi alrededor para comprobar qué sería lo próximo en abalanzarse sobre mí durante mi duelo, durante mi tiempo sin Borne.

A medida que pasaron los días, y que fue quedando claro que Mord nunca podría volver a volar, un sonido del que no éramos conscientes dejó de escucharse en la ciudad. Un sonido que era como una alteración secreta del aire, algo que dejó tan poco rastro a su paso que me resulta difícil describirlo. Se trataba de un sonido tan suave, tan etéreo, tan falto de textura, gusto y olor, que lo único que sabíamos era que lo echábamos en falta, aunque no pudiéramos recordar cómo era. Esto fue lo que me dijo mi instinto: era el sonido, el zumbido subliminal que significaba que Mord podía volar.

Pensé en Borne y en sus sentidos adicionales. Pensé en la Compañía y en Mord, y me pregunté qué más ruidos de la ciudad nos resultaban imperceptibles y solo repararíamos en ellos cuando nos los arrebataran.

*

Cerca de casa encontramos una prueba incierta, pero significativa, del renacimiento de la Maga. Con gesto apesadumbrado, Wick me dijo que me acercara a la salida más septentrional de los Palcos para comprobar qué había ahora al otro lado. Yo sabía que Wick quería distraerme, aliviar el dolor por la ausencia de Borne y obligarme a salir del vacío que inundaba mi cabeza, o de lo contrario me habría dado la orden sin más. Pero fui de todos modos.

Frente a la salida más septentrional, la Maga —o alguien— había recogido a los tres astronautas muertos que Wick había dejado tirados

allí, había cavado unas tumbas, había metido un cuerpo en cada una, y al lado había anotado tres nombres en unos trozos de madera: Wick, Rachel, Borne.

También habían trazado una palabra en la arena con un palo: MARCHAOS.

La información que manejaba la Maga estaba desfasada, siempre que hubiera vuelto y que aquello no fuera obra de sus esbirros o de terceros. Ya solo quedábamos dos personas en los Palcos del Acantilado, y daba la sensación de que éramos incluso menos. Pero, por encima de todo, cuando vi esas tumbas llegué a la conclusión de que la Maga no era una persona seria. Hasta entonces, incluso cuando éramos enemigas, creo que en algún momento la tuve en mucha estima. Me reconfortaba pensar que la Maga simbolizaba una cierta esperanza para el futuro de la ciudad, y que después de tantas masacres y otros actos deleznables, llegaría la paz o la estabilidad.

Mientras estuve allí, apareció un zorro al que conocía bien por detrás de unos bloques de cemento que estaban anidados sobre una capa de musgo cercana. Pero en realidad no era un zorro. Bajo aquella luz radiante, parecía un biotec inteligente y abandonado. Me pareció ver unos bracitos diminutos y vestigiales por debajo del pelaje que le cubría el pecho. Tenía una mirada penetrante que solo podría pertenecer a un ser humano.

—Dile a la Maga que se puede ir a tomar por culo —le dije al zorro, aunque no creía que viniera de parte de ella. Si acaso, vendría de parte de Borne. Al menos, eso esperaba yo.

El zorro me lanzó una mirada que supuse que debía interpretar, pero los símbolos y las señales no me despiertan el menor interés.

—Márchate —dije.

El zorro ladeó la cabeza, me examinó, soltó un aullido.

—Márchate —repetí.

El zorro hizo algo con ese pelaje que claramente no era de verdad, sino un ardid de bioluminiscencia que lo imitaba, y se fue desvaneciendo lentamente, poquito a poco, hasta que desapareció por completo. Pero solo ante mis ojos, ya que me pareció escuchar unas pisadas que se alejaban.

¿Sabría hacerlo desde siempre, o se lo habría enseñado Borne?

Una parte de mí estaba harta de ver cómo los astronautas muertos cambiaban de bando sin parar, harta de la profanación continua de sus cuerpos, sin dirección ni ubicación fija. En realidad, no quería volver a verlos en mi vida.

Así que me puse manos a la obra. Volví a entrar, encontré una pala

oxidada, volví a salir y los enterré en esas tumbas, tiré las placas, borré con la bota la palabra MARCHAOS y pronuncié un breve discurso sobre el terreno, que intenté disimular lo máximo posible, con musgos y pinochas, para que nadie supiera que había alguien enterrado allí.

—Descansad en paz —les dije—. Descansad en paz y no dejéis que nadie os reclute para sus estúpidos jueguecitos.

Cuando escuché por primera vez la historia de la Maga y el pájaro extraño, pensé que era algo sorprendente o importante… Significativo. Pero en realidad no significaba nada.

Menos aún para un fantasma, y eso era en lo que me había convertido. Era un fantasma. Un espectro. Las cuerdas habían empezado a deshilacharse y a partirse. Las luciérnagas de mi apartamento se apagaron. El retrete no funcionaba. Nos habíamos limitado a dos comidas al día. Me mudé al apartamento de Wick para ahorrar recursos, pero sus luciérnagas también acabaron fundiéndose.

Borne escribió en su diario: «Hoy he conocido a un zorro muy simpático. Se puso a seguirme y yo quise comérmelo, pero no me dejó, aunque se disculpó educadamente. Después de charlar un rato, se me quitaron las ganas de comérmelo».

Borne escribió en su diario: «Mi recuerdo más antiguo es el de un lagarto haciéndose caca encima de mí, y desde entonces he odiado a los lagartos por estropearme mi primer recuerdo. Pero también los adoro porque están deliciosos».

Borne escribió en su diario: «El río no es precioso. Es tóxico. Está cargado de veneno. Lo he probado, lo he paladeado. Jamás lo cruzaré a nado, aunque creo que sería una sensación agradable. Esta ciudad parece empeñada en no dejarme nadar en ninguna parte. El río es venenoso, casi todos los pozos están secos, los estanques de la Compañía también son tóxicos, a pesar de lo que diga el zorro, y el mar que se extiende por debajo de nosotros se secó hace cientos de años. Me gustaría darme un baño de verdad, como los que se dan los niños en los libros. En una bañera antigua con patas como de animales. Lo que necesito es una bañera grande. Una bañera alargada. Un baño. Borne, a la bañera. Borne, al baño».

Borne escribió en su diario: «Ya sé que Rachel dice que matar está mal. Y sé que eso significa que debo de ser malo, porque lo que hago a veces es “matar”. Pero no puedo parar, y me hace sentir bien, como respirar. No es lo que debería sentir al matar. Todavía puedo verlos dentro de mí, puedo hablar con ellos, y ellos siguen siendo como eran antes, incluso los lagartos, así pues, ¿cómo es posible que eso sea “matar”?».

Borne escribió en su diario: «Es duro sentir como si estuviera en dos o tres sitios al mismo tiempo mientras intento concentrarme en hablar. Hace que parezca como si no conociera el significado de mis propias palabras».

Borne escribió en su diario: «El mundo está roto y no sé cómo arreglarlo».

Cuando pasado un tiempo fui incapaz de encontrar el diario de Borne, supe que Wick me lo había escondido, y no me importó. Me sentí casi agradecida. Había memorizado todo lo que pude entender, todo lo que estaba escrito en un lenguaje conocido. El diario en sí me daba igual. Cualquiera me lo podría arrebatar en cualquier momento. Lo importante es lo que decidí recordar.

La ausencia de Borne había simplificado algo en los Palcos del Acantilado. Nos había simplificado a Wick y a mí, y eso hacía que la vida cotidiana resultara más mortecina, privada de algún espectro de color intenso y esencial, me hacía sentir menos viva. A menudo me sentía inútil, humillada e insignificante. Pero también encontraba el alivio ocasional de que la vida estuviera más próxima a lo que era en realidad, con menos pretensiones. Puede que incluso eso fuera una ilusión, pero en última instancia todo es una especie de ilusión.

Tuvimos que crear contraseñas para confirmar nuestras identidades, a causa de Borne, y las cambiábamos a diario, cada vez que nos despertábamos o que nos cruzábamos por el pasillo. Cuando nos separábamos para dormir o por exigencias del trabajo. Durante un tiempo, tuvimos miedo de que Borne regresara y asumiera de nuevo otra identidad.

Las contraseñas eran chorraditas, las únicas palabras que brillaban entre todo ese amasijo de términos desvaídos; la mayoría fueron propuestas de Wick, que lo convirtió en una especie de extensión de los juegos a los que jugábamos cuando yo le traía algún biotec. Que a veces me riera a causa de esas contraseñas solo conseguía que el resto de mis días fueran más insulsos.

—Queso, por favor —le decía yo a Wick.

—Maldita ostra —respondía él.

—Cresta de gallo.

—Saltarín del fango.

—Caca de oso, huella de oso, oso de oso.

—La capa supurante de la Maga.

Sandeces, tonterías, pero gracias a esas palabras sabíamos que éramos reales, que la persona con la que estábamos hablando era real. Aunque yo no me sintiera como tal.

Es posible que me riera porque las contraseñas parecían cosas que podría haber dicho Borne.

*

Wick no volvió a sacar el tema de someterse a las exigencias de la Maga, ni siquiera tras el descubrimiento de las tumbas. Algo había cambiado en él con la ausencia de Borne —y en nuestro vínculo, a pesar de la ausencia de Borne—, así que las exigencias de la Maga hicieron que Wick concibiera cada vez más los Palcos como una fortaleza o un reducto frente a ella. Yo, por mi parte, me limitaba a hacer lo que decía Wick, y soltaba por mi boca las palabras que respaldaban su visión, porque yo no tenía una opinión propia.

El trabajo nos consumía… afortunadamente. Apartaba de mi mente casi todo lo demás, y los dos lo agradecíamos y lo disfrutábamos, o por lo menos yo. No podíamos predecir qué sería de la ciudad, pero aún conservábamos los Palcos del Acantilado. Aún los conservábamos, y nos afanamos una vez más por volverlo inmune al olfato de los osos asesinos. Trabajamos duro, codo con codo, y sin hablar.

Lo más ingenioso: el arreglo de las luciérnagas de nuestro apartamento, empleando feromonas. Tenía una demora de unos treinta segundos, pero si alguien aparte de nosotros activaba los biorreceptores situados en las entradas de los Palcos, las luciérnagas del techo comenzarían a apagarse progresivamente. Lo menos ingenioso: despejar el conducto de ventilación situado por encima de la cama, como última vía de escape.

Nos estábamos preparando para una catástrofe, cuya forma no alcanzábamos a ver. Porque las conexiones y las jerarquías aún no se habían establecido, y no contábamos con aliados de verdad. Porque los vástagos de Mord habían aprendido a utilizar herramientas, y Mord, ahora vulnerable, se había vuelto más astuto, y los desplegaba a la manera de un general que dirige a sus tropas. Hicimos acopio de paquetes de comida, aunque yo habría preferido comer insectos vivos antes que los mazacotes pringosos, goteantes y caducados que había en esos paquetes. Ensalada de pollo solidificada. Estofado de carne con zanahorias. Teníamos veintitrés, lo que en términos de días ascendía a unos catorce. La lluvia había caído de forma intermitente, tóxica en su mayoría, así que nuestras reservas de agua nos darían para poco más de una semana. Gracias al mecanismo que improvisó Wick para recoger la condensación matutina, es posible que pudiéramos mantener esa semana en la reserva. Gracias a lo que Wick pudo reutilizar de la piscina, podríamos conseguir una o dos semanas más de comida. Siempre que incluyéramos los escarabajos

nemotécnicos que quedaban, que tenían un toque crujiente y ácido que los convertía en otro alimento de último recurso.

—¿Paquete de comida o escarabajo nemotécnico? —me preguntó Wick, sosteniendo uno en cada mano.

—¿Paquete nemotécnico?

—No está en el menú.

Pero otras cosas habían vuelto al menú. Los lagartos habían regresado a los Palcos, y las arañas, y yo había visto a tres pececillos de plata enormes deslizándose por el suelo de uno de los pasillos, dejando un rastro sobre el polvo como si estuvieran echando una carrera. Cada vez que veía a una criatura viviente dentro de los Palcos, pensaba en Borne.

En nuestro tiempo «libre», Wick y yo nos sentábamos juntos en un túnel, en una habitación, en un pasillo, hombro con hombro, protegidos por contraseñas. ¿Eras tú? ¿Era Borne? Aún seguíamos reconstruyendo lo que nos habíamos dicho realmente el uno al otro, lo que nos había dicho él, cuando yo no estaba allí. Mientras retirábamos lo falso, mientras construíamos la verdad, pudimos restaurar lugares que estaban dañados, estancias enteras dentro de cada uno de nosotros que mostraban un atisbo de luz, a medida que desterrábamos cada vez más al intruso.

Pero yo no estaba preparada para desterrarlo de por vida.

LO QUE SAQUÉ DE LA NOCTURNALIA

Empecé a salir a pasear por la noche un mes después de que perdiéramos a Borne. Lo hice varias veces. Me decía a mí misma que seguía siendo un fantasma, y que nadie podría verme debido a esa condición. Otras veces me decía que se trataba de una misión de reconocimiento por el bien de los Palcos, o me contaba cualquier mentira que funcionara. Porque necesitaba una mentira. Porque Mord se había convertido en un depredador aún más mortífero y la Maga estaba resurgiendo; había encontrado más reclutas para sumarlos a su ejército de medicados. Los vástagos de Mord habían descubierto que su aliento venenoso podía provocar incendios, si contaban con el acelerante adecuado. El Mord vulnerable ya no imponía tanto, no daba tanto miedo, pero eso no había puesto fin a su mandato. Simplemente se convirtió en un depredador más temible, adoptó tácticas más despiadadas.

Se empezaron a percibir patrones. Había gente que desaparecía sin dejar rastro, y la ciudad no tenía ninguna respuesta para ello, excepto

rumores; cuchicheos sobre un asesino invisible que nos llegaban a través de los maltrechos restos de la red de contactos de Wick, y de mi relación con un puñado de recolectores como yo. Al principio, esas desapariciones no se consideraron algo excepcional. La ciudad era como un campo de juegos para los psicópatas. Desaparecía gente a todas horas. Moría gente con cierta frecuencia.

Sin embargo, al intercambiar rumores con una anciana en una esquina, o con un muchacho en los lugares por donde los vástagos acababan de pasar, quedó claro que estaba sucediendo algo nuevo. Mord era espantoso, aterrador y escalofriante, pero esta cosa nueva podía convertirse en una sombra. Se convertía en lo que comía. Según algunos, podía ser tu vecino o tu amigo. Los rumores lo achacaban a diversos orígenes. Según una teoría, se trataba de una nueva estrategia por parte de los vástagos, que, para propagar aún más el miedo, habrían comenzado a enterrar a sus víctimas en lugar de dejarlas expuestas a modo de advertencias sanguinolentas. O que un único vástago de Mord, más inteligente que el resto, se habría vuelto psicótico y estaría actuando como un asesino en serie, en vez de como un oso.

Otra teoría sostenía que la Maga, herida y trastornada tras el ataque de Mord contra su fortaleza, vagaba de noche por la ciudad, ejecutando a los incautos y escondiendo (o devorando) sus cuerpos. O, peor, que habría empezado a utilizarlos para sus creaciones con biotecs. Pero el peor rumor con diferencia era el que afirmaba que la Compañía era la causante de las desapariciones, que la destrucción de los pisos superiores de la Compañía a manos de Mord había provocado que los misteriosos regentes de los pisos inferiores comenzaran a secuestrar a la gente por la noche, a lavarles el cerebro y a convertirlos en biotecs desequilibrados, sin voluntad propia.

Yo sabía la verdad.

No le dije nada a Wick sobre mis excursiones, ni siquiera le avisaba cuando iba a salir, y ya en el exterior me lo imaginaba entre los muros de los Palcos, pronunciando el nombre de un fantasma, pero sin que apareciera ninguno. A mí me consolaba una exigua esperanza: cada vez que pensaba que nuestra relación no podría soportar ningún abuso de confianza más, que Wick y yo acabaríamos distanciándonos sin remedio, descubríamos que nuestros límites eran elásticos, que teníamos mucho más margen para desconfiar del otro a medida que empeoraba la situación en la ciudad.

Pero al margen de mis excusas, el fantasma quería ver a Borne, sin importar el peligro. O puede que debido a él. El fantasma quería ver a Borne y encontrar una manera de arreglar las cosas. El fantasma

estaba confuso y sabía que, si Wick se enteraba, no lo entendería, así que era necesario dejarlo al margen. El fantasma consideraba que ya había cumplido siendo responsable y echando una mano en los Palcos del Acantilado, y que solo estaba consiguiendo ponerse en riesgo. Puede que al fantasma le diera igual si le pasaba algo. Puede que, en el fondo, el fantasma pensara que, ahora que Borne no estaba, Wick no tenía derecho a decirle por dónde debía o no debía deambular.

Aunque, para que saliera bien, para que tuviera algún sentido, el fantasma tenía que remontarse hacia una época más simple, viajar al pasado a través de los pasajes del diario de Borne. Durante ese tiempo pretérito, Borne había pasado más tiempo fuera del que resultaba prudente. Era un niño perdido que necesitaba que cuidaran de él. Así que salí a explorar esa noche ignota —esa Nocturnalia, como la llamaba él—, caminando como un espectro anónimo por las ruinosas calles de nuestra ciudad arrasada.

El fantasma llevó a cabo una búsqueda sutil, haciendo uso de sus experimentadas dotes para la supervivencia.

No deambuló medio enloquecido, gritando el nombre de Borne. No se acercó a un vástago de Mord para preguntarle si había visto a Borne, porque, en el fondo, el fantasma no tenía ganas de morir. A lo sumo se acercaría hasta el borde del abismo, para que el espectro completo de colores volviera a asentarse al otro lado de sus ojos.

Un ejemplo de esa prudencia: en una ocasión, en el corazón de lo que antaño fue el distrito comercial de la ciudad, el fantasma se asomó desde una esquina y vio a dos vástagos de Mord en las proximidades. Estaban despedazando un cadáver humano. El fantasma se dio la vuelta y se desvió varias manzanas, después corrigió de nuevo el rumbo cuando se topó con un grupo de personas raquíticas en una esquina, que bebían alcohol casero de unas botellas viejas. Tenían la mirada perdida y no había nada en ellos que pudiera describirse como afectuoso o razonable. El fantasma pensaba que esas personas no tardarían en convertirse también en fantasmas, y entonces podría hablar con ellos.

No, el fantasma canalizó su ira y su tristeza de otra manera: a través de búsquedas controladas, pacíficas e indolentes. Primero, el fantasma registró el perímetro de los Palcos del Acantilado; después, en dirección sur, fue revisando las zonas a las que podría haber ido con mayor probabilidad. Entretanto, por dentro, el corazón del fantasma bullía de rabia. Pero ¿qué podría hacer prender la ira del corazón de un fantasma? ¿Que el fantasma no hubiera sido capaz de proteger a Borne del mundo, ni al mundo de Borne, o la frustración íntima que le provocaba el impulso de seguir buscándole?

A medida que el fantasma se adentraba en la noche, impregnándose de ella, sintiéndose más a gusto, su búsqueda se tornó cada vez más absurda. El objetivo del fantasma había cambiado, y el fantasma se convirtió en el cronista mental de una ciudad damnificada, una ciudad que no podría seguir así eternamente, sumida en una encrucijada entre monstruos y enemigos, antes de que se convirtiera, también ella, en un fantasma. El cuerpo todavía boqueaba, tomaba aliento, reaccionaba. Incluso ahora, conservaba la capacidad de rejuvenecer. Pero no sería así siempre. La memoria colectiva acabaría desapareciendo, y los viajeros, si es que alguna vez llegaba alguno, encontrarían una extensión de desierto, que antaño había sido un océano inmenso, y muy pocos indicios de que allí hubiera habido una ciudad.

Aun así, a la gente le seguía importando. El fantasma pudo confirmarlo a medida que deambulaba: esa preocupación en la gente, en la que se atisbaba una especie de éxtasis peligroso. Una pasión insensata y fuera de lugar, al ver cómo la gente seguía preocupándose por algo muerto, agonizante.

Podría haber seguido así hasta que alguien me matara, si el fantasma no hubiera encontrado al fin lo que estaba buscando. Hasta un fantasma podía hartarse de rebuscar por un lugar frecuentado por los temerosos y los amenazantes, por mucho que este fantasma en concreto caminara a menudo con paso seguro, o se hubiera convertido en un actor alimentado por la tristeza y el autodesprecio, que hacía que los demás se lo pensaran dos veces antes de hacer preguntas.

Un hombre al que no pude ver, metido en un nicho, al final de una zona cubierta de cristales rotos y cosas peores, le dio una pista al fantasma.

—¿Algo extraño? ¿Algo extraño? Pasado el oso en llamas. Pasado el parque infantil. Buscando comida.

Allí encontrarás algo bien extraño. Después, es posible que desees no haberlo encontrado.

¿Sería algo lo suficientemente extraño? El fantasma tendría que descubrirlo por sí mismo.

—¿Y algo conocido? —inquirió aquel hombre, carcajeándose, orgulloso de su ingenio, mientras el fantasma se alejaba—. ¿No te apetecería más algo conocido?

El oso chamuscado estaba tendido al otro lado de un arco rosado y descolorido que daba acceso a una galería comercial que llevaba mucho tiempo en ruinas. La pintura se pelaba como por efecto de una enfermedad cutánea y dejaba al descubierto la piedra resquebrajada,

bajo la que asomaba una celosía hecha de barras de acero. Era un punto de referencia que el fantasma había utilizado otras veces, aproximadamente a un kilómetro del barrio engalanado anteriormente con los astronautas muertos. Algo había fallado en el aliento de fuego del vástago y las llamas se habían vuelto contra él, tan veloces que el oso seguía apoyado sobre sus cuartos traseros, renegrido y lampiño, con un aspecto similar al de una rata o un murciélago demoníaco de gran tamaño. El cráneo era negro y reluciente, parecía más pequeño sin el pelaje; el torso era un batiburrillo de huesos derretidos, cenizas y carne apergaminada. Las garras habían adoptado un tono blanco asombroso y amenazante, y nadie se había acercado a tocar el cuerpo, por temor a que fuera una trampa. Cuanto más contemplaba el cadáver, más me recordaba a una estatua: un monumento enviado atrás en el tiempo desde un futuro donde todo el mundo adoraría a Mord, que gobernaría la ciudad sin oposición. Sería el paso de la Era de la Compañía a la Era de los Osos, a no ser que la Maga se saliera con la suya.

Utilicé el cadáver del oso para orientarme, aventurándome cada vez más lejos con movimientos circulares, atenta, primeramente, a las patrullas de la Maga. Se estaba más seguro en este lado, en el territorio controlado por la Maga o por nadie, a medida que Mord extendía su dominio hacia el oeste y la Maga cambiaba sus tácticas.

El fantasma caminó aquella noche a través de un patio en penumbra, junto a un puñado de espectros balbuceantes, en dirección a unos grandes almacenes abandonados y saqueados tiempo atrás, tan antiguos que ya no se leía lo que ponía en el cartel. Subí por una escalera situada en un costado del edificio. Estaba nueva y reluciente, lo cual hizo sonreír al fantasma. Una trampa tan obvia tenía que ser una especie de broma por parte de quienquiera que hubiera matado o capturado a quienes pusieron allí la escalera. Tal y como esperaba, no había nada esperándome en el tejado, solo un pasaje seguro y una ligera brisa. La luna se había ido a dormir o se había muerto, y yo no podía mirar a las estrellas sin pensar en Borne.

Al otro lado encontré los restos fosilizados de un parque público, trazado alrededor de una fuente cochambrosa. Pese a los evidentes intentos por rehabilitar ese espacio, los columpios se habían deformado y estaban tirados en el suelo, y se percibía un ligero hedor a carroña y a tuétano. No puse un solo pie allí, como fantasma experimentado que era, y avancé de costado por el borde, despacito y con cuidado, como si la tierra del parque pudiera ser tóxica o se tratara en realidad de una piscina inmensa y terrorífica, profunda y repleta de monstruos.

Después del parque, me topé con la planta baja al descubierto de lo que debió ser una pista de patinaje o un almacén, y observé desde la entrada cómo cinco recolectores examinaban un batiburrillo de desechos que seguramente no tendrían ningún valor. Llevaban una luciérnaga metida en un reloj de arena para poder ver, así que supuse que se marcharían en cuanto se acabase la arena. Su botín incluía varias bolsas de plástico roñosas que no contenían nada, unos barriles viejos, unas cajas erosionadas por el moho y la humedad, y unas cuantas montañas de basura volcada que llevaba el tiempo suficiente allí como para que ya las hubieran revisado y para que dejaran de apestar. Pero cada generación tenía unas expectativas más bajas que la anterior.

Las dos mujeres se parecían un poco a mí, pero una iba rapada y la otra tenía la piel más oscura. El adolescente era blanco, tenía la cabeza gacha y no me hizo ni caso. Los otros dos eran anomalías: un hombre gigantesco y una niña que no tendría más de doce años. Juntos, y aun así separados, en completo silencio —a excepción de algunos gruñidos y gestos con la cabeza—, nos repartimos alrededor de los cascarones momificados de unos perros muertos y de la mierda reseca de algún mamífero grande, en busca de tesoros. Curiosamente, el tipo grandote fue el último en el que me fijé, lo cual me llevó a preguntarme si habría emergido de entre las sombras, justo después de que yo llegara.

No sabía nada sobre esa gente, salvo que, en lo que a recolectores se refiere, tenían cierto código de honor, cierta integridad, ya que no se abalanzaron sobre mí ni me echaron, pese a que era competencia. La mayoría se dieron la vuelta para mirarme con suspicacia y después prosiguieron con su búsqueda, lo que significaba que mis poderes como fantasma debían de estar disipándose. Los saludé con un ademán firme de cabeza y me quedé mirándolos fijamente durante un rato, confiando en que ambos gestos se percibieran entre la penumbra.

Por mi dilatada experiencia, deduje que se ocuparían de la mierda y de los perros muertos a su debido momento, pero como la inspección resultaría un tanto peliaguda, habían decidido dejarlo para el final. Además, examinar cadáveres o excrementos liberaría olores desagradables en el ambiente, contenidos durante mucho tiempo. Se podía distinguir a un recolector veterano en función de lo insensibilizado que tuviera el olfato y de lo ágiles que fueran sus manos.

La niña encontró un par de foxinos resecos, guiándose por su tenue brillo, y los guardó en su morral. Podría revivirlos con unas gotas de agua, pero antes tendría que decidir si esas gotas no resultarían más

valiosas para beber.

El tipo grandote no era lo bastante diestro para este juego y se mantuvo apartado de los demás. Dejaron el suelo pelado justo cuando él comenzó a agacharse para examinar esas mismas superficies. Me pregunté cómo había sobrevivido tanto tiempo, por qué no estaba más demacrado. Es posible que contara con una reserva de suministros que ya se hubiera agotado, obligándole a salir a recolectar. Puede que se hubiera cruzado con alguna banda o secta, o que lo hubieran expulsado a patadas los vástagos de Mord. Los refugiados que llegaban a la ciudad en busca de asilo a menudo volvían a convertirse en refugiados.

—Tenemos un escondrijo —dijo la niña, acercándose a mí.

«Tenemos un escondrijo». Fue maravilloso conocer a una niña que aún no había sido reclutada por el ejército de mutantes de la Maga. Era menuda, pero firme, y me sostuvo la mirada mientras que yo, como espectro que era, giraba en círculos a su alrededor.

—Tenemos comida, provisiones, y estamos dispuestos a comerciar.

Es posible que algún remanente de mi apariencia espectral, o la soltura con la que me desenvolvía, propiciaran esa oferta. O algún otro impulso, tal vez.

—¿Me lo estás proponiendo como socia comercial o como mercancía? —pregunté. Es posible que yo también anduviera buscando algo tan simple como una pelea.

La niña se rio. Fue un sonido muy nítido y melodioso, en aquel rincón que parecía salido del pasado de la ciudad; antes de Mord, antes de la Compañía. La clase de sonido que atraería rápidamente a los depredadores. Pero no vino ninguno, así que la niña debía de haber hecho un barrido del perímetro.

—Ni lo uno, ni lo otro —dijo una de las mujeres—. Nosotros no somos así.

—Podría interesarme —respondí.

El fantasma sintió un impulso, una tentación. Convertirse en vagabundo, bajar a pie de calle y quedarse allí, vivir al día, como hacía antes, y garantizar mi seguridad al despojarme de cualquier expectativa. Quizá esa fuera la mejor manera de convertirse en un fantasma.

—No está lejos —dijo la niña.

Deduje que ella era la líder. Quizá porque era un ejemplar muy raro, o porque las tropas de asalto de la Maga habían incrementado el valor de los jóvenes por toda la ciudad.

—Iré si puedo llevar a mi compañero. —Señalé hacia el tipo grandote.

El fantasma había percibido ciertos detalles desconcertantes en ese grandullón, especialmente que, a pesar de que su forma se mantenía más o menos estable, se alteraba de vez en cuando. No tanto como para percatarse entre tanta penumbra, salvo que lo supieras de antemano.

—¿Ese? —dijo la niña—. ¿Va contigo? Pensábamos que estaba solo. Las otras veces siempre ha venido solo.

Percibí en la incertidumbre de la niña no solo cautela, sino también un error de cálculo: ¿me había hecho una oferta que pensaba que yo no iba a aceptar?

El tipo grandote se levantó y se quedó mirando fijamente al fantasma, pese a que el fantasma era él.

—Viene conmigo —dije.

—¿Vas con ella? —le preguntó una de las mujeres.

El grandullón asintió.

Seguramente se preguntó por qué debería seguir a un fantasma, a qué venía esa actitud por mi parte.

A través de viejos escombros —restos metálicos y retorcidos de maquinaria desplomada, túneles excavados a través de una maraña de carros de la compra volcados y otros inventos carentes de propósito— llegamos hasta su santuario: un patio cubierto por medio tejado, expuesto parcialmente a los elementos, expuesto parcialmente a Mord. Visto desde arriba, habría parecido un triángulo irregular de espacio abierto. Una porción de terreno a la que sin duda rezarían para que Mord no se asomara, pues incluso a ras de suelo era más alto que casi cualquier edificación.

Habían dispuesto unas tiendas de campaña improvisadas bajo la marquesina, y la única entrada estaba custodiada por unos centinelas. Confié en que fueran lo bastante listos como para tener una salida secreta. Conté doce en total, la mayoría niños, ninguno de ellos modificado por la Maga. Todos estaban muy delgados y la oscuridad se deslizaba sobre ellos, sin asentarse.

El grupo había encontrado un biotec impresionante con aspecto de babosa, en el que no se distinguía ni la cola ni la cabeza, y lo pusieron al fuego. A la criatura no le importó, profirió un ronroneo de satisfacción mientras ardía a perpetuidad. La criatura tenía algo hipnótico, parecía una falda viviente, carnosa y danzarina en mitad de aquella hoguera, mientras se extendían por sus costados unas llamaradas anaranjadas con las puntas de color rojo y blanco. Generó calor suficiente como para que pudieran cocinar algo, y lo único que la criatura pidió a cambio fue que le prendieran fuego una y otra vez.

Calculé —en base a las cenizas y a la pila de desperdicios— que llevaban en ese lugar unas tres noches, y que si se quedaban otras tres se volverían predecibles y acabarían todos muertos. Una patrulla de la Maga podría aniquilarlos, un vástago de Mord los detectaría sin duda con el olfato. Pero incluso el fantasma deseó, con todas sus fuerzas, que sobrevivieran.

Cuatro de los suyos se apiñaron alrededor del fuego viviente, mientras que el grandullón y yo nos quedamos al otro lado. El grandullón me miraba de reojo, como si estuviera nervioso. Pero ¿por qué habría de estarlo?

—¿Y bien? ¿Qué tienes para nosotros? —preguntó la niña. No me gustó su manera de sonreír, como si tuviera un as en la manga.

—Depende de lo que me ofrezcas. ¿Me estás ofreciendo eso? —Señalé hacia la criatura que se retorcía entre las llamas.

La niña se rio, y no pude evitar que el sonido me resultara adorable. Parecía un hada que se asomaba sobre esa hoguera para mirarme, y el biotec parecía un fuego primigenio domesticado por ella. El fantasma se sintió viejo y cansado, mientras la miraba.

—Lo necesitamos —dijo la niña con una inocencia que, a su edad, por fuerza tenía que ser impostada.

Pero sentí lástima por ella, porque tenía que estar nerviosa, y yo sabía que los otros ocho esperaban entre las sombras para abalanzarse sobre nosotros si resultábamos ser peligrosos.

—Tengo esto —dije. Dejé un escarabajo de combate sobre la palma de mi mano, lo bastante cerca de las llamas como para que la niña pudiera verlo.

Mi corpulento amigo retrocedió sobre sus cuartos traseros, pero yo le apoyé una mano en el hombro.

—Tranquilo —dije—. No es para ti.

Aquel escarabajo de combate había conocido tiempos mejores. El caparazón iridiscente estaba resquebrajado y las alas internas asomaban por detrás, no podían plegarse debidamente. Pero aún podía incrustarse en la carne, comprometer la salud de un intruso, de un enemigo. Lo único era que no podía volar muy lejos.

—Es útil para el combate o para la defensa cuerpo a cuerpo —le dije a la niña.

—¿Cuántos puedes conseguir? —preguntó.

—Este es el único. Pero también son comestibles, y puedo añadir un par de foxinos etílicos, dependiendo de lo que tengas. Puede que incluso alguno más.

El ayudante de la niña, un muchacho de aspecto desastrado y mirada nerviosa, tomó la palabra.

—Tu amigo está muy callado. ¿Por qué no habla?

—Por un accidente —dije, mirando a mi amigo con una sonrisa—. No habla mucho desde entonces.

—Me pone nervioso —dijo el muchacho, sin darse cuenta de que se lo estaba contagiando a la niña.

—Debería.

Me quedé mirando al niño durante un buen rato, y él me miró a mí, mientras mi amigo intentaba pasar desapercibido, con la mirada clavada en el suelo.

—¿Y bien? —insistí, devolviendo mi atención hacia la niña—. ¿Qué me ofreces?

La niña le dirigió un ademán de cabeza al niño, al que sumó un ceño fruncido; le repitió el gesto a alguien más, y luego hacia el resto del grupo.

Lo que ofrecían era más o menos lo que yo me esperaba. Sacaron a la palestra al más canijo de todos. Tendría unos ocho o nueve años, iba rapado para protegerse de los piojos y las garrapatas, tenía la piel oscura y le quedaba algún vestigio de grasa infantil, pero tenía una mirada propia de alguien mayor, y debido a la rigidez de su mandíbula y a su pose —con los brazos cruzados sobre su camiseta andrajosa—, deduje que estaba asustado.

—A cambio del escarabajo de combate y los foxinos, te puedes quedar a Teems —dijo la niña.

—¿Y para qué quiero yo a Teems?

Debió de percibir un deje peligroso en mi voz, o puede que se debiera a mi rapidez al responder. El caso es que la niña se mostró muy cautelosa con su respuesta:

—Porque conoces a la Maga. Porque si llevas a Teems ante la Maga, conseguirás cuatro o cinco escarabajos.

Me quedé callada, pensando en lo que acababa de decir, con la cabeza gacha y malos pensamientos extendiéndose por mi cerebro.

—¿Por qué crees que conozco a la Maga?

—Porque eres Rachel, la recolectora. Trabajas para Wick, y Wick conoce a la Maga.

Los malos pensamientos de mi cabeza se volvieron más intensos, se multiplicaron, y yo traté de extinguirlos en las llamas creadas por el biotec, pero no funcionó.

Me había reconocido una niña pequeña, alguien que solo me había visto un rato, entre la oscuridad. Me conocía lo suficiente como para suponer que sería capaz de venderle un ser humano a la Maga a cambio de biotec…

—¿Cuál es el truco? —pregunté—. ¿Me vais a entregar a Teems a

cambio de un solo escarabajo y dos foxinos?

—No me están entregando —dijo Teems, que seguía cruzado de brazos. Adoptó un gesto severo que ensombreció su rostro—. Quiero irme. Dije que me iría.

Entonces lo entendí todo. Aquel grupo no conseguía encontrar agua y comida suficientes para sobrevivir, y Teems no solo debía de ser el recolector más joven, sino también el menos diestro de todos. Sin él, habría una boca menos que alimentar.

Lo que estaba en juego para Teems con este acuerdo, no era solo quedar libre y a su suerte en un lugar peligroso, sino quedar bajo la tutela de otra persona. Y Teems quería adueñarse de la situación, quería imaginarse una vida en la que él tuviera el control, en la que siempre hubiera querido que ocurriera esto.

Yo sabía que podría llevarme a Teems gratis. Ni siquiera me costaría un escarabajo y dos foxinos. La niña quería que se fuera, necesitaba que se fuera. Pero Teems tendría que buscarse otra salida.

Le tendí el escarabajo a la niña y ella lo cogió de la palma de mi mano.

—No quiero a Teems —dije—, pero te doy el escarabajo si te lo quedas un mes más.

Tanto Teems como el ayudante de la niña se quedaron mirándome con una mezcla de esperanza, desconcierto y decepción. La niña estaba intentando discernir mis intenciones, y sus implicaciones para ella.

—No conozco a la Maga y no soy esa tal Rachel —dijo el fantasma —. Y a ti tampoco te conviene conocer ni a Rachel ni a la Maga. Además, no deberías invitar a desconocidos a tu campamento, por muy bonito que sea, por mucho que quieras presumir de él.

La niña se había levantado, igual que yo. Teems retrocedió, el amiguito de la niña no sabía qué hacer, mientras que los ocho que estaban entre las sombras avanzaron unos pasos.

—Borne, deberías mostrarte tal y como eres en realidad.

Me quedé mirando fijamente al tipo grandote, consciente de que la niña estaba intentando determinar si debía decirles a los demás que nos atacaran. La expresión de su cara no era precisamente comprensiva ni indulgente.

Hasta que vio a Borne en todo su esplendor, ya que había pasado de ser ese tipo tan corpulento, a convertirse en una versión radiante, tan grande como un dragón, de su biotec en llamas. Una babosa gigantesca y feroz que se alzaba sobre sus tiendas y escupía llamas, y como a Borne siempre le gustaba lucirse, su versión tenía cabeza y unos ojos centelleantes. Para él, mudar de disfraz resultó tan fácil

como pelar un plátano.

Todos —la niña, su ayudante, Teems, los demás— retrocedieron hasta las paredes del patio y, tras su sobresalto inicial, se quedaron muy quietos y callados, como si de esa manera no fuéramos a poder encontrarlos. Pero sus rostros, alcanzados por la luz de las llamas que emergían de Borne, ostentaban una nueva expresión de terror al comprender que la ciudad seguía albergando secretos y sorpresas capaces de obnubilarlos, de hacerles ver que no tenían madera de supervivientes.

La niña me ofreció el escarabajo y dijo:

—Te lo puedes quedar. Te lo puedes quedar, junto con cualquier otra cosa, si te marchas ahora.

—Quédatelo —repuse—. Y quédate a Teems. No nos sigáis. No volváis a traer desconocidos a vuestro refugio. No os quedéis aquí otra noche. No salgáis a buscarme. No busquéis a la Maga.

Entonces Borne se volvió a hacer más pequeño, menos feroz, y me lo llevé de ese lugar.

Conduje a Borne de regreso al parque infantil, y de allí hasta los grandes almacenes, a varias manzanas del oso chamuscado. Había empezado a nevar, pero los copos eran grises: cenizas procedentes de lugares situados hacia el oeste, donde los vástagos de Mord habían prendido fuego a las fortalezas de la Maga. La ceniza no estaba caliente al tacto. No era nada. Era la nada, que se precipitaba desde el cielo negro de la noche.

Una vez en el tejado, fuera de la vista, Borne extendió su cuerpo, aliviado, como haría alguien que hubiera estado metiendo barriga. Se desparramó sobre el suelo, formando una gruesa alfombra de afectuosos ojos de neón.

Ahora que Borne estaba presente, delante de mí, el fantasma se había desvanecido, la urgencia por encontrarlo se entrelazó con la realidad. Le hice una pregunta, pero no recuerdo cuál, ni tampoco si fue relevante. Supongo que no.

—¿Puedo volver a casa ya? —preguntó Borne, ignorando mi pregunta—. ¿Me ha perdonado Wick?

—No.

Wick no le había perdonado. Y yo tampoco.

—Entonces, ¿a qué has venido?

A ver cómo vivía. A asegurarme de que estuviera bien. A causa de cierto vínculo, de cierto impulso atávico. Infligirse daño a uno mismo. Los espasmos involuntarios en la cola de un lagarto muerto.

—¿Has visto algo nuevo esta noche, Borne?

La silueta que estaba delante de mí se rebulló, burbujeó, se estremeció por los bordes, se contrajo en solidaridad con el concepto de ser humano y volvió a convertirse en el tipo grandote al que la niña y su grupo habían conocido.

—¿Este es el comienzo de alguna lección, Rachel? Me echasteis de casa. Wick y tú. No tienes derecho a decirme lo que debo hacer ahora. Ni a convertirme en un… espectáculo de pirotecnia.

—¿Has visto cómo vive la gente? No empeores su desgracia.

—Nunca había estado en su campamento. Los habría protegido. Lo habría intentado.

—Todos son Rachels —dije—. Esa niña. Los demás recolectores.

—Jamás le haría daño a ella —dijo Borne—. No se lo hice.

—Pero te has juntado con ellos. No es la primera vez que sales a recolectar con ellos. ¿Cómo crees que terminaría eso?

¿Había puesto a esa niña en peligro con mis actos, por mucho que intentara ayudarla? Las trampas, las trampas.

—Estaba intentando encajar —repuso Borne, dolido—. Ha sido un intento sincero. Para demostrarte que puedo hacerlo.

«Un intento sincero». Borne no era una criatura hecha de retales, pero su sintaxis siempre lo sería. Yo le había arrebatado algo y no lo había reemplazado con nada útil. Ahora, Borne estaba intentando llenar ese vacío.

—¿Quién era? El del cuerpo que estás utilizando.

—Un recolector, igual que tú.

—¿Y qué le hiciste?

—Nada. Casi nada. Cuando me topé con él, se estaba muriendo. No tenía familia. No tenía amigos.

—¿Lo mataste?

—Todo muere, Rachel. Ese hombre ya se estaba muriendo. ¿Habrías preferido que le diera la espalda? Pareces disgustada.

—¿Hasta qué punto se estaba muriendo?

—Bastante, diría yo.

—No has dejado de matar.

—Se estaba muriendo bastante —repitió Borne.

No dije nada. No me moví. El fantasma estaba regresando, porque la persona que estaba vivíta y coleando no alcanzaba a ver una salida. Seguía preocupada por Borne, me seguía preocupando lo que le pasara, pero también sentí un escalofrío. Me pregunté qué leyendas podrían generarse alrededor de Borne, de igual modo que se habían generado alrededor de Mord, y hasta qué punto serían similares.

Borne era demasiado inteligente como para no percibir algo de todo eso en mi rostro, demasiado ingenuo como para permanecer

callado.

—Tengo una idea, Rachel —dijo Borne—. No digas que no aún. Escúchame.

—Borne…

—Intento matar solamente a gente mala, Rachel, y a gente que ya se está muriendo. Lo estoy poniendo bajo control. Lo voy a poner bajo control. Y, si consigo parar, quizá podría volver a los Palcos del Acantilado. ¿Me lo permitiríais? Me dedicaría a limpiar, a tender trampas, y quizá podría ayudar a Wick con sus biotecs. ¿Y si vuelvo ahora contigo y lo intentamos? Te prometo que seré bueno, Rachel.

Entonces me tocó a mí ignorarle a él.

—No puedes volver a usar este disfraz, Borne. Tu tapadera se ha ido al garete. Alguien me habló de ti. No encajabas. La gente estaba empezando a sospechar.

—Está bien, Rachel —dijo Borne, pero su expresión taciturna dejó paso a un gesto que pareció de satisfacción, como si yo hubiera accedido a algo. Puede que el hecho de salir a buscarlo hubiera sido suficiente.

No tardó en aparecer ante mí el Borne en «modo viaje», pero mucho más grande que antes, y en ese momento deseé no haber salido, deseé estar de vuelta en casa. Claro que, si siguiera allí, comprendí que estaría pensando en volver a salir a la ciudad, en hablar con Borne.

—No puedes regresar aún —dije. Ojalá me hubiera mostrado más firme, como para decirle: «Nunca. No puedes regresar nunca».

¿Por qué no pude hacerlo? ¿Qué me contuvo? ¿Acaso no logré sofocar el último ápice de afecto que sentía por él? ¿De compasión humana? ¿De lástima?

Borne se quedó en silencio, visiblemente alicaído, mientras la ceniza seguía precipitándose desde el firmamento. Al tratar de limpiármela, me manché de gris la camiseta.

—Rachel… ¿moriré algún día?

—Sí. Todo muere.

Borne ya conocía la respuesta. Invocación y letanía. Ya lo habíamos hecho otras veces.

—¿Qué pasa con la gente que llevo dentro? ¿Y con los animales?

—Ya están muertos —dije. Por más que se lo repitiera, Borne nunca lo entendería.

—No, no están muertos, Rachel. Los maté, pero no están muertos. Te equivocas. No creo que se mueran nunca.

—En lo que a ellos respecta, Borne, están muertos.

Pero yo pensaba que cuando Borne decía «muerto» o «matar» no

quería decir lo mismo que yo. Para él —a cierto nivel que resultaba incomprensible para mí—, la muerte no existía, no se podía morir, y al final nos encontrábamos en extremos opuestos de un inmenso golfo de incomprensión. Porque, ¿qué es un ser humano sin la muerte?

—¿Te siguen gustando los lagartos? —pregunté, tras una pausa. No tenía sentido seguir insistiendo con lo demás.

Borne profirió una especie de gorjeo.

—Sí, me siguen gustando. Pero yo no les gusto a ellos.

—Me pregunto por qué.

—Aunque ahora me gustan más los vástagos de Mord —dijo Borne —. Los estoy cazando porque quieren matarte. Cuesta matarlos, pero lo estoy intentando. Si desaparecieran todos, los Palcos del Acantilado volverían a ser seguros, Rachel. No tendrías que esconderte tanto. A lo mejor podría verte más a menudo y podríamos charlar más. Tú podrías venir a verme al río. Podríamos ir juntos a muchos sitios.

Borne seguía intentando encontrar un salvoconducto que le permitiera acceder a los Palcos.

—Es peligroso cazar a los vástagos. No deberías hacerlo. Hay demasiados.

Me vi obligada a ignorar sus insistencias. Tuve que hacerlo. Tenía que ser fuerte y suprimir la idea de posibles encuentros clandestinos, de llevar una especie de doble vida a espaldas de Wick. Si me mantenía firme, puede que este encuentro me sirviera de vacuna, de cura.

—Tengo que hacerlo —dijo Borne—. Tengo que hacerlo. Todo mejorará. Ya lo verás. Ya lo verás. —Nervioso, obcecado, un monstruo comprometido con mi bienestar.

—Me tengo que ir —le dije.

—¿No puedes quedarte un poco más? Solo un ratito. Por favor.

—Me gustaría, pero no puedo.

Borne asintió como solo él podría hacerlo.

—Lo sé. Pero me ha alegrado volver a verte, Rachel. Me ha alegrado mucho.

Extendió un tentáculo y yo se lo estreché como si fuera una mano, vacilando apenas un instante. Era terso, suave. Como una persona.

—No te abandonaré, Rachel —dijo—. Crees que me has abandonado, pero yo sé que no es así. En el fondo, no es así. Y yo no te abandonaré. Nunca. Ya lo verás. Ya lo entenderás.

El fantasma se estaba haciendo pedazos por dentro, anhelaba ser como la niebla, como el rocío, con tal de no ser una criatura capaz de captar lo que me estaba diciendo Borne.

Entonces Borne cambió de forma y su cuerpo se volvió trémulo e

inmenso, pero también alargado, aerodinámico, con aspecto de serpiente. Se marchó a una velocidad tan pasmosa que quedó reducido a una línea negra y borrosa que zigzagueaba por el tejado hasta que desapareció, arrojándose desde un lateral.

—No le haré nada a la gente que has visto esta noche —me había dicho Borne. Pero yo sabía que el palacio de los recuerdos de Borne era inmenso, insondable, y estaba repleto de calaveras.

*

Cuando regresé junto al oso muerto y chamuscado, alguien me estaba esperando. Nunca lo había visto brillar tanto como entonces, entre la penumbra y bajo la lluvia de ceniza. Tan erguido e imponente que eclipsó por completo al oso. Puede que nunca le hubiera visto como era en realidad. Tenía la piel radiante y su rostro parecía algo venerable, resuelto y devastado que hubiera sido extraído del pasado. Parecía sacado de un cuadro antiguo, la luz que iluminaba sus facciones era demasiado perfecta como para ser real.

—Wick…

—No vuelvas a hacerlo, Rachel. No vuelvas a hacerme esto nunca.

En su expresión detecté un sentimiento extremo de pérdida, congoja y traición; emociones en estado puro, lo más puro que había visto nunca en la ciudad. Comprendí que Wick lo había visto todo, que me había escuchado hablando con Borne, y se me vino el mundo encima. Me sentí avergonzada. Deseé que me tragara la tierra.

Pero quería ser digna. Digna de ese resplandor que irradiaba Wick.

Me situé frente a él y le sostuve la mirada, tal y como la niña me la sostuvo a mí en el patio. Asentí, jamás volvería a hacerlo. Jamás volvería a salir en busca de Borne, pasara lo que pasase. Por mucho que me doliera.

—Oráculo monótono —le dije, para que supiera que era yo de verdad.

Wick pareció vibrar, su cuerpo pareció vibrar, debido a la intensidad de las emociones que estaba experimentando. Tan terco y tan resuelto. Plantado sobre un precipicio, obligado a tomar una decisión. Paralizado por una duda que se proyectaba hacia fuera, pero que también apuntaba hacia el interior, como si aún estuviera ocultando algo.

—Anguila botánica —dijo al fin.

Se le veía tan hermoso, tan desafiante, tan preparado, que fue como si lo estuviera viendo por primera vez. Incluso ahora, cuando pienso en mi querido Wick, me lo imagino de esa manera, plantado junto al oso muerto como si lo hubiera abatido él, sus ojos como dos

diamantes de color verde y dorado, con la pose propia de un hombre que cree que podría perderlo todo, pero que aun así está dispuesto a arriesgarlo.

CÓMO PERDIMOS AQUELLO POR LO QUE HABÍAMOS LUCHADO

Había dado cobijo a un asesino y no podía sacármelo de la cabeza, no paraba de darle vueltas, seguía intentando librarme de las secuelas. Borne ni siquiera era un asesino en el mismo sentido que yo, sino alguien que mataba inocentes e intentaba hacer que parecieran culpables. Yo pensaba que mis actos eran altruistas, impulsados por el deseo de enseñar a Borne a ser bueno. Pero, ¿harías que un lobo se sintiera culpable por matar a su presa? ¿Harías que un águila se sintiera culpable por volar? La única redención frente a tanta culpa, lo único que podía sostener entre mis manos como si fuera un objeto diminuto y reluciente encontrado entre la basura —y que a lo mejor resultaba inútil—, era la idea de que no había podido dejar a un lado mis sentimientos porque Borne representaba algo más importante; la idea de que había seguido creyendo en Borne porque mi instinto sabía algo que mi cabeza no.

Puede que fuera una fantasía, puede que fuera una equivocación, pero ni siquiera convertida en fantasma me había librado de esa sensación. Incluso como fantasma, plantada frente a él en ese desolado rincón de la ciudad, seguí pensando que Borne era una persona decente afectada por un terrible infortunio. Por más que intentara borrar todo eso y quedarme con la idea de que Borne era malvado, horrible, un psicópata… no podía hacerlo.

Regresé a los Palcos del Acantilado con Wick, sin ser ya un fantasma. Regresé a casa para disfrutar de un periodo de tiempo que interpreto como feliz, antes del final, antes de que lo perdiéramos todo. Wick podría volver a apartarse de mí, o yo de él, pero durante esos pocos días lo conocí con una intensidad que no podría haberse prolongado sin consumirnos a los dos.

En su apartamento, me arranqué la ropa sucia y polvorienta —después hice lo propio con la suya, también sucia y polvorienta—, y follamos con una fiereza y un abandono que eclipsaron todo lo demás. Yo no quería que Wick fuera dulce, y él tampoco quería serlo, así que nos abalanzamos el uno sobre el otro y no nos volvimos a separar hasta que nos quedamos doloridos y tan cansados que pudimos dormir sin tener sueños ni pesadillas. Exhaustos, hambrientos y sin haber resuelto nada, pero daba igual.

Más tarde, mientras estábamos tumbados, conversamos con toda la franqueza posible. Yo le hablé de los recolectores a los que había conocido, de los vástagos de Mord en la intersección, y de lo vieja y extenuada que me sentía sin Borne en los Palcos del Acantilado. Se lo conté a Wick, no para hacerle daño, sino para sacar mis demonios, para pasar una noche sin tenerlos dentro. Su cuerpo se puso tenso mientras le contaba esas cosas, después volvió a relajarse y se produjo una inmensa sensación de alivio.

A continuación, Wick me estrechó entre sus brazos fibrosos, me rodeó los hombros y la cintura. Y después, como si fuéramos adictos, el sueño se fundió con la vigilia y las manos de Wick se pusieron en marcha, afanosas, allí donde yo quería sentirlas, allí donde las necesitaba. Wick se empalmó otra vez e hicimos el amor lentamente, y a mí me gustó la sensación de volverme difusa, con el cuerpo dividido en pedazos, repartidos por todas partes y a la vez por ninguna.

Durante esos pocos días, todo volvió casi a la normalidad.

La cuarta noche, después de mi regreso, soñé con los zorrillos que seguían a Borne. Se encontraban sobre el lecho oceánico reseco que se extendía a las afueras de la ciudad. Estaban jugando en la arena, ladrando, gimiendo y turnándose para desaparecer por el fondo, solo para volver a aparecer en alguna otra parte, como si no se tratara de un camuflaje, sino de transportarse de un lado a otro a la velocidad de un parpadeo. Entonces, un zorro se detuvo a mirarme, y comprendí que era el mismo que estaba junto a las tumbas de los astronautas.

Me desperté varias horas después, mientras unos meteoritos diminutos me golpeaban en la cara. Me desperté cuando las luciérnagas de Wick se estaban apagando, no de una en una, sino en enjambres, franjas enteras que se iban oscureciendo, mientras sus cadáveres caían sobre la cama. Era nuestro sistema de alarma.

Zarandeé a Wick para despertarlo.

—Wick, tenemos que irnos. Ya.

Wick se quedó mirando al techo, somnoliento, después alargó la mano hacia sus pantalones y los dos nos vestimos a toda prisa.

Quedaban treinta luciérnagas, luego veinte, luego diez; después nos quedamos a oscuras, salvo por el tenue resplandor pálido de Wick y los gusanos que le quedaban. La cama estaba cubierta de cuerpecitos muertos que ya no relucían.

—¿De dónde vendrán? —pregunté, aunque ya lo sabía. Lo que no conocíamos era la identidad de los intrusos.

—De todas partes. —Wick quedó envuelto por una calma antinatural mientras sacaba su petate de emergencia y cuando me dio

el mío.

Mi corazón era una maza que trataba de escapar de mi pecho.

Teníamos lo necesario para sobrevivir. Conocíamos nuestra ruta de escape. Habían pasado dos minutos desde que me percaté de que las luciérnagas se estaban muriendo.

Wick abrió la puerta que daba a su apartamento.

El pasillo estaba repleto de osos.

Un muro de pelaje áspero y mate que cobraba volumen por efecto de las sombras. El atisbo de la cabezota inmensa de otro vástago de Mord por detrás del costado y los cuartos traseros del que estaba bloqueando nuestra puerta. El olor a brutalidad desenfrenada que se filtraba en el apartamento: a sangre, barro, mierda y carne descompuesta. Los restos de hojas y liquen, el regusto acre y caliente del aliento de Mord que inundaba el pasillo, recargando el ambiente.

Medio segundo antes de que yo cerrase la puerta.

Dos segundos antes de que Wick la fortificara con sus últimos escarabajos, cuatro segundos antes de que Wick me aupara hasta el conducto de ventilación, cinco segundos antes de que yo le ayudara a subir hasta el mismo conducto.

Diez segundos antes de que los osos irrumpieran en el apartamento y lo destrozaran. Lanzaron zarpazos dirigidos hacia la entrada del conducto. Wick mantuvo las piernas pegadas al pecho, y entonces, mientras yo tiraba de él hacia arriba, estuvo a punto de caerse encima de mí para huir de esas garras, de esas pezuñas que lo buscaban.

El hedor y los gruñidos persistieron por debajo de nosotros mientras avanzábamos a gatas por el conducto. Un oso golpeó el conducto un poco más atrás, provocando un sonido ensordecedor. Después se produjo otro, seguido de más golpes que se extendían rápidamente por el techo, mientras unos osos se abrían camino a zarpazos, y otros intentaban anticiparse a la jugada, situándose por delante de nosotros.

Giramos en una intersección, en silencio, sintiendo que nuestros vientres estaban expuestos mientras gateábamos lo más deprisa posible, ya que el conducto seguía extendiéndose por encima del pasillo. Un golpe bien asestado desde abajo y el techo se vendría abajo, y nuestras entrañas hacia fuera, formando una cascada de sangre.

Éramos como dos criaturas ciegas y estúpidas adentrándonos en un agujero, presas de un pánico tan absoluto que se derrumbó como un muro oscuro y recóndito, y se convirtió en algo parecido a una enorme calma. Nuestros petates se habían quedado ahí abajo. Nuestras mentes también, y los osos las estaban devorando. Nuestros cuerpos eran los

únicos que habían logrado escapar, siguieron arrastrándose por el conducto sin pararse a pensar, y aunque pronto tendrían que detenerse, de momento siguieron adelante. Nos movía un único impulso: escapar, escapar y escapar, así que seguimos avanzando a pesar del dolor, de las espinillas magulladas y las rodillas despellejadas, porque nuestro anhelo por huir de ese lugar que habíamos defendido con tanto ahínco era tan irracional, y tan rotundo, que todo lo demás carecía de importancia, todo lo demás pasó desapercibido.

Al principio me situé por delante de Wick, pateándole la cara sin querer, y después fue él quien se puso delante y yo la que se comió sus puntapiés, aunque no me dolieron, no en ese momento. El dolor me llegaría después, junto con las molestias incesantes por todo el cuerpo, como si fuéramos peces forcejeando en una red, con medio cuerpo fuera del agua y el otro medio sumergido, incapaces tanto de ahogarnos como de seguir viviendo.

Finalmente, una intensa punzada de dolor en la ensangrentada palma de mi mano, al rozar un pequeño montículo de grava y unos guijarros afilados, me sacó de mi estado animal.

—¡Wick! ¡Detente! —susurré, pero Wick no me oyó—. ¡Wick! —Pero seguía sin oírme.

Agarré a Wick del pie, lo zarandeé, tiré de él hacia mí, le inmovilicé los brazos y sentí cómo un escalofrío le atravesaba el cuerpo, acompañado por una especie de gesto de rendición o resignación, y después se quedó inmóvil.

—Escucha —le dije al oído.

Aguzamos el oído. Escuchamos los ecos de los osos a lo lejos, que nos llegaban a través de la acústica del conducto de ventilación transformados en una especie de rugido metálico. También se escuchaba otro ruidito de fondo, como si alguien estuviera excavando.

—¿Dónde estamos? —preguntó Wick.

—No tengo ni idea. —Si él no lo sabía, yo menos.

Lo único que podía ver era el conducto de ventilación, que se extendía un metro y medio por delante, y otro metro y medio por detrás.

—Lo han destruido todo. Lo están destruyendo todo —susurró Wick, aquejado por un dolor que yo sabía que no solo era físico.

El ataque había activado todas nuestras trampas, había destruido nuestros biotecs, había llegado de tantas direcciones a la vez que el hecho de que rompieran esas defensas con tanta facilidad nos afectó casi más que la invasión en sí. Un mapa intrincado, quemado, del que no había ninguna copia. Dificultaba el raciocinio. Dificultaba la

respiración. Ni siquiera podíamos aventurar las preguntas que nos asolarían después, como el porqué y el cómo.

Y todavía estábamos en peligro, los dos éramos conscientes de ello.

—¿Cómo salimos de aquí? Tendrán vigiladas todas las salidas.

—Hay una que quizá no conozcan. Conduce hacia el sur.

—¿Qué? —Wick me miró como si le hubiera hablado en clave.

Sonreí. Él no era el único que tenía secretos.

—Hice que Borne excavara un túnel a través de los apartamentos antiguos cuando estuvimos agujereando las paredes en busca de suministros.

Un atisbo de esperanza en los ojos de Wick, después una mueca.

—Pero si Borne lo sabe, ellos también.

—Borne no nos traicionaría —repuse—. Esto ha sido cosa de la Maga o de cualquier otro, pero no de Borne.

Wick quiso rebatirlo, pero entonces se le ocurrió otra objeción:

—Pero ¿hacia el sur?

Aquello suponía un problema. Hacía más de un mes que no utilizábamos las salidas meridionales. Las fronteras cambiantes del conflicto entre la Maga y Mord determinaban que ahora el sur era territorio de Mord. Salir por allí implicaría quedarnos por detrás de las líneas enemigas y tener que encontrar un camino de regreso al norte, hacia un territorio más neutral, aunque fuera uno en transición. Y eso implicaba toparse con más vástagos de Mord.

—¿Qué elección tenemos, Wick? No nos queda otra opción.

—No tenemos provisiones —señaló Wick—. Podríamos intentar dar la vuelta, colarnos en mi laboratorio, coger algunas cosas.

—Nos matarán. No van a marcharse. Si no salimos de aquí, estamos muertos.

Mientras hablábamos, los ecos de los osos se habían acercado y cada vez resultaban más envolventes, como si cada habitación, cada bolsa de aire, estuviera en proceso de ser conquistada por los vástagos.

—Hay un lugar seguro hacia el sur —dijo Wick, reculando—. Un aljibe escondido. Una pequeña estancia al lado de un pozo.

—Entonces, iremos allí —dije—. No tenemos elección.

Sonó como si se tratara de nuestro último bastión, y por mí, que así fuera. Pronto sabríamos seguro si Borne nos había traicionado. Pensé en la niña de doce años. Pensé en el biotec que ardía feliz entre las llamas.

Le di un beso en la boca a Wick y le miré fijamente.

—Estamos vivos. Aún estamos vivos.

No supe cómo interpretar el gesto de recelo que puso Wick. No me di cuenta de que abandonar los Palcos del Acantilado podría suponer

una sentencia de muerte para él.

*

La senda estaba despejada. Conseguimos localizar el acceso a mi salida secreta sin ser vistos, mientras los ecos de los destrozos, los rugidos y los «¡Drrk! ¡Drrk!» resonaban con tanta fuerza que el miedo se negó a abandonarnos. Aunque yo tampoco quería perderlo.

Salvar el pellejo se redujo a una cuestión de atravesar una serie de agujeros enormes que Borne había abierto en las paredes de los hogares donde vivían aquellos que llevaban mucho tiempo muertos. Los agujeros eran lo bastante grandes como para que una persona pudiera atravesarlos agachada o gateando. Muchos eran consecutivos, así que podías mirar a través de una secuencia de agujeros irregulares y tenías tiempo para preguntarte qué te estaría acechando en esas estancias para tenderte una emboscada. Otros los dejé camuflados, para desconcertar a los intrusos. Así que a veces nos tocaba mover una mesa o una cómoda desvencijada para encontrar la ratonera que conducía a la siguiente habitación, que podía hacer que volvieras sobre tus pasos, o avanzar de frente para luego obligarte a retroceder. Era una senda enrevesada, porque decidí utilizar solamente las zonas de los Palcos que no formaban parte del diagrama de Wick.

Los agujeros consecutivos —el desasosiego que provocaba su oquedad— requerían estar comprometido con la huida, meter la cabeza a través de una serie de guillotinas desiguales y exponerse a cualquier mal que nos quisiera asaltar.

Pero las demás estancias nos hicieron detenernos y ser conscientes de lo que estábamos perdiendo, de lo que estábamos dejando atrás, bajo el peso de tantas historias personales, los restos de tantas vidas ya extintas. Yo había pasado ya por esas habitaciones; pese a que eran muchas, seguía recordando lo que contenían y lo que no me había llevado. Estaba preparada, hasta cierto punto. Pero Wick tuvo que pagar un precio más alto al irrumpir en esas estancias, al permanecer allí, incapaz de escapar a los recuerdos de otras personas mientras preparábamos pacientemente nuestra huida hacia la siguiente habitación, y hacia la siguiente y la siguiente.

Estábamos cubiertos de polvo y mugre. Teníamos las manos repletas de ampollas. Las articulaciones doloridas, las rodillas cada vez más magulladas.

Pasado un tiempo, dejamos de oír a los vástagos de Mord casi por completo, y a pesar de aquel ambiente fantasmagórico —como de

mausoleo— y de lo repetitiva que era la senda, pudimos determinar, gracias a una pendiente en descenso y a la frescura renovada del aire, que estábamos avanzando en la dirección correcta. Teníamos la impresión, aunque no lo dijéramos, de que a pesar del hambre y de la sed, lo acabaríamos consiguiendo. Por mucho que nos temblaran las manos a causa de la conmoción, y que cuando nos sentábamos a descansar nuestras mentes estuvieran infestadas de osos, teníamos una meta esperándonos: el refugio de Wick. Agua y comida. Eso era motivación suficiente. Faltaba poco para ser libres.

La última puerta conducía a una escalera de bajada, y yo sabía que al otro lado se encontraba una puerta camuflada, y que por fuera no había más indicios que una roca desprendida, unas ramas caídas y una ligera capa de liquen.

Nos detuvimos en lo alto de la escalera, vacilantes, como si de repente nos hubieran caído un montón de años encima. A punto de abandonar nuestro hogar. A punto de ser expulsados a ese mundo que con tanto esfuerzo habíamos intentado mantener alejado, para encararlo siguiendo nuestros propios términos.

—¿Estás listo? —le pregunté a Wick, que me rodeó con el brazo. Su mano ensangrentada dejó una mancha cálida y húmeda sobre mi camiseta polvorienta, pero no me importó.

—Seremos como cangrejos ermitaños que han perdido sus conchas —dijo Wick.

—Encontraremos conchas nuevas.

Wick lanzó un suspiro largo, trémulo, interminable. Una exhalación que casi pareció un estertor.

—Estoy listo —dijo.

Solventada esa cuestión, salimos de los Palcos del Acantilado.

LO QUE IMPLICÓ LA LIBERTAD

Hay ciertos parajes en la ciudad que te permiten hacerte ilusiones, al menos durante un breve periodo de tiempo, y eso es bueno: que puedas controlar en tu mente lo que todavía no puedes controlar en la realidad. El lugar por el que aparecimos, torciendo el gesto y entrecerrando los ojos a causa de la inclemente luz del mediodía, podría haber recordado en el mundo de las ilusiones a una pendiente cubierta de maleza que condujera hasta un barranco poco profundo, flanqueado por pinos y por las puntas de edificios enterrados. Podías imaginarte incluso que el barranco se había formado a partir de la erosión del agua, y que abajo, en sus oscuras profundidades, todavía

burbujeaba una corriente, que se arremolinaba entre las rocas escarpadas para después seguir su curso hasta un destino situado aún más abajo, allí donde el barranco dejaba paso a la llanura desolada que repelía las acometidas contra el edificio de la Compañía.

Pero allí no corría el agua desde hacía años y todos los árboles estaban muertos, pelados y medio fosilizados. La mentira quedaba al descubierto por los cactus verdes y retorcidos que habían crecido a su alrededor. Las malas hierbas se extendían de forma caótica sobre el terreno arenoso, y cerca de la pendiente del barranco tenían que abrirse paso a través de un asfalto resquebrajado, tan antiguo y agrietado que su superficie renegrida se podría confundir con la superficie de algún inmenso volcán subterráneo.

Los buitres sobrevolaban el terreno en círculos. Buena señal. Algo muerto en el suelo significaba que antes había habido algo vivo, al menos durante un tiempo, y unos cuantos troncos caídos y pilas de desperdicios acumulados alrededor de los viejos muros ruinosos nos proporcionarían una buena cobertura si decidíamos aventurarnos a descender por el barranco.

El refugio de Wick se encontraba situado hacia el oeste, un poco más al norte de nuestra posición. El barranco nos obligaría a desviarnos, pero aparte de eso, la ruta hacia el noroeste ofrecía pocos escondites tras dejar atrás la sombra de los Palcos del Acantilado, y nos daba miedo quedar expuestos ante los vástagos de Mord.

Tenía la garganta reseca. Llevaba puesto mi peor calzado. En mis bolsillos encontré un foxino etílico reseco que compartí con Wick, y poca cosa más, aparte de una navaja. Wick no quiso decir lo que llevaba encima, solo que lo dejaría «en la reserva».

Comenzamos a descender a gatas por el barranco, hasta el punto donde el terreno se nivelaba antes de iniciar una pendiente más pronunciada, y allí comenzamos a avanzar sobre el asfalto y las malas hierbas. Volví a mirar hacia los Palcos del Acantilado, que desde ese ángulo estaban tan cubiertos de musgo y hierbajos que efectivamente parecía la cumbre de un acantilado, y no el costado de un edificio inmenso.

Pero mientras lo observaba, se produjo una especie de fallo en el sistema o una anomalía en el tiempo, se oyó el sonido de la voz de Wick mientras me gritaba y me tiraba del brazo, y me extrañó que el sol hubiera desaparecido, y que una sombra cruzara los Palcos cuando no había una sola nube en el cielo.

Un sol amarillo e inyectado en sangre se impuso al verdadero sol. Los Palcos del Acantilado fueron arrancados de mi vista, cuando se alzó entre medias un muro de color marrón oscuro. Llevé la cuenta de

mis latidos, tan lentos que cada uno parecía una gota de los últimos restos de miel que quedan en el tarro al caer sobre un plato situado mucho más abajo, y resultaban igual de maleables.

El mundo estaba plagado de ruidos, después quedó plagado de silencio y, mientras duró, el aire escapó por completo de mis pulmones mientras me embargaba una paz absoluta. Acabé tendida boca arriba en el suelo, como si ese fuera mi sitio.

Una onda expansiva —acompañada de una vibración monstruosa a través de la tierra— me había tirado al suelo.

La caída me estaba alejando de Wick, o quizá fuera él el que se estaba separando de mí, pendiente abajo, hasta acabar tendido de costado, sangrando entre las malas hierbas, su silueta pálida en claro contraste con el asfalto renegrido. Le vi por el rabillo del ojo, pero me forcé a dirigir la mirada hacia el cielo, como si un peso estuviera ejerciendo presión sobre mí desde esas coordenadas.

Mord se elevó por encima de mí —hasta entonces había permanecido oculto o invisible— y el asfalto que saltó por los aires a causa de su violento aterrizaje, cerca de nuestra posición, volvió a caer en forma de lluvia. Levanté una mano para protegerme el rostro, pero sin poder parar de mirar. El cielo azul —que hacía gala de una serenidad extraña—, el silencio y Mord, un inmenso oso de color cobrizo que se irguió sobre sus patas traseras para ocultar el cielo, para destruirlo todo, empezando por las partículas de polvo que flotaban entre los rayos de sol. Y yo me quedé allí tendida, viendo cómo su cuerpo se elevaba cada vez más, y cómo el cielo que se extendía alrededor de su pelaje ardía y crepitaba, formando un halo alrededor de aquel pelaje de grosor inconcebible, mientras comenzaba a alzar una de sus imponentes patas, con sus correspondientes garras. Por encima de todo el conjunto se divisaba una pezuña, y a una altura imposible, a lo largo de ese corpachón dorado, se encontraban el hocico, los colmillos, el inmenso ojo amarillo. Ese mesías trastornado que resultaba tan peligroso como en mis sueños. Y el ojo me vio, juro que me vio; se mantuvo fijo sobre mí, molesto por mi presencia, pero reacio a dejar de mirarme. Juro que Mord me reconoció, y aun así yo seguí tendida boca arriba, conmocionada, con un tímpano reventado y una sustancia húmeda y pegajosa que me corría por un lateral de la cara. No sentía los brazos ni las piernas, esas pobres ramitas endebles.

Con una lentitud exasperante, Mord fue acaparando cada vez más espacio de mi campo de visión. Pasaron semanas mientras yo permanecía allí tendida y Mord se ocupaba —en su infinita paciencia y misericordia— de suprimir el cielo, de suprimir el mundo, para erigirse como Dios de la Nada. Hasta que un día, bajo un sol de

justicia, mientras Wick se desangraba a mi lado, pude ver de cerca las almohadillas negras y cubiertas de cicatrices que formaban parte de la zarpa que tenía levantada, los mechones y espirales de pelo alrededor de los dedos, los enormes pedazos de tierra arrancada que caían a cámara lenta y en espiral junto con la pezuña, mientras se desperdigaban nuevas oleadas de polvo por los lados. Despedía un fuerte olor a barro, con un toque de madreselva. Olía a mierda y, por increíble que parezca, a menta. Las garras, largas y amarillentas, eran enormes, las puntas que se curvaban sobre mí estaban muy afiladas, y pude ver las líneas de fractura que había entre ellas, allí donde esas mismas garras se habían partido y regenerado en multitud de ocasiones. A su manera, eran tan delicadas y milagrosas como letales.

Menos firmamento y más Mord, y yo estaba a punto de ser pulverizada por nuestro dios, de acabar hecha papilla a su paso, y entonces todo habría terminado, incluido este burdo sucedáneo de existencia. Tanto esfuerzo para acabar reducida a la inercia, a la inconsciencia, a la liberación de mis átomos para que se convirtieran en otra cosa.

Las almohadillas de las pezuñas de Mord eran frías y oscuras, había algo reconfortante en ellas, y estaban muy, muy cerca.

Pero también había alguien más cerca, alguien que me gritaba algo por el oído bueno. Era mi nombre: «¡Rachel! ¡Rachel! ¡Rachel!». Me pareció ridículo, como el graznido de un cuervo. Ese nombre trajo aparejada una sensación de arrastre, de sentirme deslizada sobre un terreno accidentado, desplazándome velozmente sobre el suelo mientras la pezuña proseguía su trayectoria hacia mí.

La oscuridad se extendió, pero mi rostro quedó iluminado y pude volver a ver el cielo. La oscuridad estaba muy cerca. Mi pecho estaba iluminado, pero mis piernas estaban a oscuras. Aquello me resultó curioso, como si solo estuviera lloviendo en un lado de la calle.

Un tirón brusco y definitivo en mis brazos, y salí despedida por los aires debido al impacto de un pisotón monstruoso sobre la piel del mundo. Después de eso, Rachel volvió a posarse y comenzó a rodar colina abajo, a rodar y a rodar en compañía de otra criatura que iba aferrada a su espalda y seguía repitiendo el nombre de un fantasma: «¡Rachel!».

El mundo se oscureció, pero si estaba muerta, al menos había recuperado el oído y ya no escuchaba solo la voz de mi cabeza. Un golpe sordo, un rugido y varios gritos, y me imaginé una serie de «¡Drrk! ¡Drrk!» mientras un saco de carne era arrastrado y zarandeado.

En algún lugar cercano había un río hecho de pelo, que se convirtió en un río oscuro y seco repleto de rocas y sustancias

químicas, y fue allí donde terminé, esperando que alguien, quien fuera, me encontrara.

CÓMO ENCONTRAMOS UN REFUGIO TEMPORAL

En una ocasión, a modo de cuento para antes de dormir, aunque él nunca dormía, le hablé a Borne de la isla en la que me refugié, del lugar al que me llevaron mis padres cuando tenía seis o siete años. Allí disfruté de un merecido paréntesis de dos años sin sobresaltos, sin guerras ni campos de refugiados. En esa isla, empecé a pensar que podría llevar una vida plena. Fue la misma sensación de falsa pertenencia que experimenté en los Palcos del Acantilado, solo que más intensa.

Vivíamos en un apartamento en la capital portuaria, pero lo que yo recordaba con mayor detalle no era nuestra casa ni los edificios de la ciudad, sino el jardín botánico y su estanque decorativo, que tenía una fuente apagada en el centro. Los nenúfares cubrían la superficie con flores de color amarillo lechoso y nenúfares verdes y redondeados, con un borde curvado hacia arriba que replicaba el muro circular de granito que bordeaba el estanque. El muro tenía la altura justa para que yo pudiera, puesta de puntillas, alargar el brazo hacia el agua y meter la mano dentro, mientras unos pececillos diminutos me mordisqueaban las yemas de los dedos. En esas aguas cenagosas también había carpas, rollizo peces dorados y enigmáticas anguilas parduzcas con branquias que parecían adornos de encaje. Unas ranas feas y orondas montaban guardia sobre los nenúfares, y unas tortugas del tamaño de mi dedo pulgar se bronceaban en ese mundo en miniatura. Había caracoles, con las conchas grises y transparentes, de manera que se podía ver la silueta de sus cuerpos acurrucados junto a la pared, y tuve que andarme con ojo antes de asomarme para no aplastar ninguno con mi torpe y desgarbado armazón humano.

Ninguna criatura modificada podía vivir allí. Los biotecs tenían prohibida la entrada a los jardines, ya que el gobierno consideraba a los animales artificiales como una forma de espionaje. Los animales con deformaciones o de especies extrañas podían incitar al pánico, y los periódicos publicaban artículos sobre criaturas sospechosas de ser biotecs que eran arrinconadas y asesinadas a machetazos.

Pero mi madre decía durante la cena, provocando un gesto de fastidio en mi padre, que los biotecs estaban más presentes en el mundo de lo que la gente pensaba. Que estaban fingiendo, en un intento por camuflarse, por pasar desapercibidos.

Después del colegio, mis amigos y yo nos íbamos a jugar a los jardines, supervisados por una de las madres o por mi padre. Trepábamos a los laberínticos árboles que sobresalían por encima del estanque, aquellos que tenían unas ristras muy llamativas de flores coloradas que me hacían estornudar, mientras la brisa que soplaba desde el mar —que se extendía al otro lado de la carretera— aportaba un toque fresco y salado a nuestras sudorosas correrías. Después recorríamos el paseo marítimo hasta el puerto, y de ahí a casa. Por el camino, cuando tenía dinero ahorrado de mis labores, nos íbamos corriendo a la tienda de la esquina y comprábamos ciruelas encurtidas y pastelitos de arroz. La anciana que estaba al otro lado del mostrador no sonreía jamás, pero me daba, sin cobrarme nada, esas sombrillitas decorativas que la gente solía poner en las bebidas.

Casi todos los días, si aún no había oscurecido, mis padres bajaban conmigo a la playa después de cenar. Buscábamos conchas o paseábamos descalzos por la orilla. Me gustaba ver a los pececillos de color arena y cara de pocos amigos que se mecían de un lado a otro bajo el oleaje. Después tocaba volver a casa para hacer los deberes, y antes de irme a la cama mi padre me leía pasajes de un libro infantil, o puede que incluso un libro para adultos, o uno de poesía ilustrado. Ya nadie imprimía libros en la isla, y la electricidad iba y venía continuamente. Pero yo no me fijaba en eso, no me paré a pensar en ello. Pensaba que viviría para siempre en esa isla. Que cada día sería igual que el anterior, y las noches también, con la brisa extendiéndose en oleadas al igual que el mar, con el viento filtrándose suavemente entre las palmas de las manos, y, a veces, con esos diminutos rastros de patitas que dejaban las ratas o los ratones, y que a mí me encantaban, aunque en mi padre provocaban un impulso irrefrenable por construir trampas.

Por las mañanas, un hombre que se había criado en la isla y que vendía, entre otros artículos, agua hervida y filtrada en jarras de cristal, nos echaba un ojo a mí y a los niños del vecindario mientras íbamos caminando hasta la escuela con nuestras sandalias marrones de piel y los uniformes grises del colegio que se reutilizaban año tras año, y que además de estar mal confeccionados provocaban picores por todo el cuerpo. Estudiábamos lengua, matemáticas, ciencias, y después salíamos al recreo. El colegio estaba enfrente de la playa, y nosotros nos adentrábamos en ella más de lo que resultaba prudente, deambulábamos por ella, explorábamos los límites de nuestro territorio, para así descubrir un cangrejo del tamaño de una mano o alguna langosta extraviada que venía dando un paseo desde el río cercano.

Rara vez llegábamos hasta el mar sin que algún adulto nos pegara una voz para que volviéramos. Pero a veces alcanzábamos la valla, para contemplar las marismas que se formaban allí donde el río desembocaba en el mar. Me gustaba mirar a los saltarines del fango: unas criaturitas blandas, limosas y juguetonas, de ojos saltones, con unas aletas que se plegaban para permitirles caminar en tierra firme. Ni siquiera reparaba en el olor de la ciénaga, de tanto como me gustaban los saltarines del fango, y los cautelosos cangrejos violinistas que cubrían el lodo cuando me encontraba a cierta distancia, pero que desaparecían en sus madrigueras en cuanto me acercaba a la valla, dejando a su paso un poblado fantasma.

Los saltarines del fango ni siquiera se inmutaban, se quedaban rezagados como si fueran estatuas de color gris, inmóviles, a excepción de un suave traqueteo alrededor de sus branquias. Hacían glub, glub, glub a su ritmo, al volver a zambullirse en el agua. Algunos de ellos actuaban como centinelas, y otros parecían divertirse haciendo el tonto. Aunque la verdad es que era difícil diferenciar una cosa de la otra.

Mi madre me preguntaba muchas cosas sobre los saltarines del fango; por ejemplo, si alguno de ellos tenía unos ojos extraños o actuaba de una forma diferente. O si alguna vez había visto algo raro por allí. No, le respondía, ni mis amigos ni yo habíamos visto nada. Mi madre había escuchado el rumor de que los biotecs buscaban refugio entre las marismas. Los biotecs dejaban un rastro, según ella, y si eras capaz de seguirlo hasta su origen, puede que llegaras a un lugar seguro. Fue entonces cuando comprendí lo que pasaba: mis padres no creían que esa vida fuese a durar. Pensaban que la isla solo era un refugio temporal, que tendríamos que trasladarnos tarde o temprano.

Ahora me alucina haber podido llevar una vida tan opulenta, o haber tenido tanto tiempo libre, o haber contemplado todas esas proteínas con una mirada que no fuera la propia de un depredador. Cualquiera de esas cosas, trasladada a la ciudad en la que vivía ahora, habría terminado arrasada y hecha pedazos en un día, o incluso menos. El estanque del jardín botánico habría quedado reducido a una pileta medio vacía de agua turbia, y las marismas habrían quedado desoladas.

Cuando terminé de contarle a Borne la historia de la isla, me preguntó:

—¿Lo has sacado de un cuento?

—No, Borne. Eso formó parte de mi infancia.

—Así que es un cuento.

—No, fue real.

—Ah, ya. «De cuando eras pequeña» —dijo, como si hubiera interpretado parte de lo que yo le contaba como si fueran extractos de un cuento de hadas. Me había convertido en la vieja pesada que no podía parar de hablar de aquellos maravillosos años que nunca existieron.

—Fue real, Borne —insistí.

—¿Qué es un perro? —preguntó. A veces también le hablaba, si me veía con fuerzas, del perro al que estuve alimentando en la isla y al que tuve que abandonar.

—Ya sabes lo que es un perro.

—Un perro es una merienda con cuatro patas.

—¡Borne!

—Eso lo dijiste tú.

—Lo dije en broma.

Pero ya no quedaban perros en la ciudad, salvo en la periferia, distantes y recelosos. Ya no había perros amigables en ninguna parte, porque un perro amigable era una merienda con cuatro patas.

—¿Dónde está la isla ahora? —preguntó Borne, como si las islas pudieran irse por ahí flotando, pero lo hizo más que nada para cambiar de tema.

—No lo sé.

—¿Sigue siendo la misma?

—No lo sé.

—Yo creo que ya no es la misma.

—Podría serlo.

¿Qué sabría Borne?, recuerdo que me pregunté. Él había pasado su breve infancia enraizado en un mismo lugar, como si fuera una especie de planta de interior con delirios de grandeza. Nunca había estado en ninguna parte.

Pero Borne siguió insistiendo, sin darse cuenta de lo mucho que me irritaba.

—¿Cómo sabes que ocurrió? —me preguntó—. ¿Está escrito en alguna parte?

¿Que cómo lo sabía? Porque me faltaba algo, porque aún sentía su pérdida, pero no supe cómo explicárselo a Borne, porque él nunca había perdido nada. Aún no. No hacía más que acumular, tomar muestras, paladear. No hacía más que incorporar fragmentos del mundo, mientras que yo seguía perdiéndolos.

Cuando me desperté en el refugio de Wick por primera vez —cuando recuperé la consciencia, mejor dicho—, me encontré apoyada sobre una pared de piedra, al lado de Wick, enfrente de un pozo poco

profundo. Todo estaba en penumbra a excepción del agua, que emitía un resplandor tenue y azulado. En lo alto, las paredes se avecinaban unas sobre otras como si fuera un campanario, dejando apenas un pequeño punto de luz en la cúspide. Olía a musgo y a oscuridad impoluta.

Dos de mis dedos me dieron la bienvenida con unas punzadas muy dolorosas, sumadas a una serie de calambres en el hombro, como si lo llevara envuelto en una telaraña eléctrica. Mis piernas magulladas y ensangrentadas asomaban entre las perneras destrozadas de mis pantalones, y también tenía malheridas la pelvis y la cadera izquierda, me dolían al contacto con el suelo de piedra. La flojera del tobillo se me pasaría caminando, pero el estado de mi oído izquierdo era más grave. Como solo podía escuchar por el otro oído, los ruidos que me llegaran por la izquierda quedarían atemperados. Tendría que estar siempre alerta. Aún podía sentir en los huesos la reverberación del peso de Mord al impactar contra el suelo, y era demasiado consciente del estado en que se encontraba mi cuerpo como para volver a fingir que era un fantasma.

Nuestros zapatos eran una imitación sucia y polvorienta de lo que eran, alojados con gesto abatido en las puntas de nuestras piernas. Preferí no quitarme los míos por miedo a lo que pudiera encontrarme debajo.

Wick tenía el cabello ralo y revuelto hasta niveles propios de un científico loco, y tenía la cara tan cubierta de polvo que parecía una máscara; en ella destacaba el brillo intenso y avieso que emitían sus ojos. No me gustó la pinta del enrojecimiento que tenía en la cara y en los brazos. Yo pensaba que nuestra huida le habría dejado agitado, pero por lo demás ileso; sin embargo, ese enrojecimiento hacía pensar que había estado bebiendo, o evocaba la presencia de ciertas algas que aparecen cuando el agua ha sido envenenada, ya que es una planta que busca la contaminación. Lo que más me sorprendió fue que, a pesar de todo, se le veía relajado, más ligero, menos preocupado, mirándome con picardía.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Wick me lo contó.

Entre el pozo y nuestra posición, Wick había dejado una caja vacía puesta del revés. Una alubia negra se estremecía sobre su áspera superficie, servida en un platito.

—¿Sabes lo que es? —me preguntó. Era uno de nuestros jueguecitos de siempre, salvo que normalmente era yo la que traía las mercancías.

—Una alubia.

—¡Correcto! Una alubia.

—Pero ¿de verdad es una alubia? ¿No podría ser algo mejor?

—No. Desgraciadamente, es una alubia. Más o menos.

—¿De dónde has sacado ese plato?

—No te preocupes por el plato.

—¿Nos vamos a comer la alubia?

Wick negó con la cabeza.

—No, aunque se trata, técnicamente, de nuestro último alimento. Lo encontré en mi bolsillo.

Una única alubia y nada más.

—Una alubia —dije—. Asombroso. Abundante. El milagro de los panes y las alubias.

—Solo quería que comprendieras lo precipitada que fue nuestra huida, antes de abrir el paquete que he encontrado aquí y ver qué más tenemos.

Wick extrajo un paquete del rincón en sombra que se extendía al otro lado de su cuerpo.

—Ábrelo de una vez —le dije. Estaba hambrienta.

—Espera. Espera un momento.

Ante nosotros, sobre el platillo, la trémula alubia eclosionó y emergió de ella un insecto viscoso, diminuto y reluciente, que desplegó unas alas diáfanas que parecían talladas en obsidiana. Era similar a una libélula, pero mucho más delicado. Era un zigóptero que batió sus alas y alzó el vuelo, después revoloteó en espiral por encima del pozo, hasta que desapareció entre la oscuridad de los muros de piedra. Puede que saliera por el agujero que había en lo alto del aljibe, o puede que decidiera quedarse a vivir en él. Sea como sea, no volvimos a ver a nuestra «alubia».

—¿Qué clase de biotec era ese?

—No es un biotec —dijo Wick—. No tengo ni idea de cómo llegó a mi bolsillo. No tengo ni idea de cómo acabó allí. No lo creó nadie. Era un huevo. Algo lo depositó en mi bolsillo. ¿No te parece increíble?

—Y lo has dejado marchar. —Le reprendí en broma, jugando todavía, pero después de Borne ya no era lo mismo.

Wick se encogió de hombros, resignado.

—Si no hay nada de comer en el paquete, Rachel, nos dará igual. ¿Por que no dejar que una parte de los Palcos del Acantilado siga viviendo aquí?

Nuestro nuevo refugio no era ni de lejos tan complejo como el anterior. Desde fuera, el aljibe parecía un montículo hundido o un desprendimiento rocoso que debió de sepultar a quien viviera antes

ahí dentro. El acceso se practicaba a través de una roca que se movía allí donde el montículo dejaba paso a una ladera, después había que cruzar una trampilla situada junto al pozo que conducía hasta un túnel, que a su vez conducía a una salida camuflada que se encontraba a trescientos metros de distancia.

El pozo circular que ocupaba la mitad del suelo liso de piedra contenía agua salobre, acumulada varios centímetros por debajo del nivel del suelo, y que quizá antaño estuviera contaminada. Pero había filtros de biotec —con forma de babosas rollizas, azuladas y luminosas — aferrados a los laterales del pozo, patrullando de un lado a otro bajo la superficie del agua. Eso, sumado al olor eléctrico y como a cerilla quemada que tenía el agua, era el mejor indicativo de que nadie más había pasado por ese lugar. De lo contrario, se los habrían llevado hace mucho.

Pero ese refugio no era propiedad de Wick. Era un refugio de la Maga que Wick descubrió varios meses antes, y en ese sentido no era un lugar nada seguro. Además, aunque estuviera ruinoso y derruido, para un observador atento seguiría resultando visible en el horizonte.

Solo conservaba fragmentos mentales de lo que había ocurrido tras el ataque de Mord: fogonazos bruscos en los que me caía y me levantaba a duras penas, en los que Wick me arrastraba, me deslizaba por el barranco, me escondía aquí, mientras Mord avanzaba con paso inexorable junto al barranco y se alejaba como si nunca hubiera tenido intención de hacernos daño, y puede que así fuera. Puede que ni siquiera hubiera reparado en nuestra presencia. Puede que Mord solo hubiera pasado por allí para provocar una sacudida en el sistema, para golpear el suelo con sus pezuñas y sacar a todas las alimañas de sus escondites. Pero los vástagos también rondaban cerca, y al poco tiempo estábamos corriendo entre los árboles muertos y destrozados, a través de la capa grisácea y negruzca de escombros que hacía que pareciera la superficie de un planeta alienígena. Corrí hasta que me quedé sin fuerzas, hasta que se disipó la adrenalina que suprimió el dolor y me dio nuevas fuerzas, y entonces comencé a renquear, mientras Wick tiraba de mí y me animaba a seguir adelante. Después me desmayé, no muy lejos de nuestro refugio temporal.

El morral contenía lo básico y nada más que lo básico: raciones de supervivencia, un cuchillo, una cantimplora, un par de camisetas, un primitivo kit de primeros auxilios, unos prismáticos desvencijados, una pistola descargada, una brújula y unas cuantas barritas de proteínas caducadas, que seguramente estarían tan duras como los colmillos de Mord.

Wick lo dispuso todo en fila, como si se tratara de una ofrenda al

dios del aljibe.

—Alimento para una semana —dijo Wick—. Agua para toda la eternidad. Bueno, al menos, para mucho más tiempo que la comida.

Tuve que inclinarme y girar la cabeza para poder oírle, ya que mi pobre oído desgarrado y cubierto de ampollas solo captaba sus palabras como si fueran un traqueteo sordo y hueco.

—Alimento para dos semanas si nos limitamos a hacer una comida al día —repuse.

—Es peligroso. Ya estamos muy debilitados.

—¿Prefieres salir a buscar comida?

—En cualquier caso, no podemos quedarnos aquí. Al menos, yo no —dijo Wick.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Mi medicina, esas píldoras de nautilos. Si no me las tomo, moriré.

Me quedé mirándole fijamente. Era lo más honesto que me había dicho en la vida; hasta ahora, su dependencia había sido algo abstracto que solamente estaba alojado en mi cabeza. La pezuña de Mord estaba volviendo a descender, estaba a punto de aplastarme, y Wick se encontraba a mi lado.

—El único lugar donde podría encontrar más es el edificio de la Compañía —dijo Wick—. Deberías poner rumbo al norte, tratar de volver a la ciudad mientras yo me dirijo hacia el sur.

—Tú hacia el sur y yo hacia el norte. ¿Cuándo has tomado esa decisión, si se puede saber?

—También podrías quedarte aquí y esperar a que regrese.

Solté un bufido al escuchar eso.

—¿Pretendes que me quede esperando a que lleguen los vástagos, rodeen este lugar y me maten? ¿O a que la Maga escape de ellos y se deje caer por aquí? ¿O a cualquier viejo merodeador que detecte el agua?

—Entonces, vete al norte —dijo Wick.

—¿Quedarme aquí y morir en la oscuridad, en compañía de los caracoles, o intentar llegar al norte y morir a plena luz del día? ¿Y abandonarte a tu suerte? Ni lo sueñes.

Pero Wick no había terminado de sorprenderme. Se sacó un sobre del bolsillo del pantalón. Era un sobre del mismo tamaño que aquellos que utilizaba la gente para enviar cartas, y lo bastante grueso como para contener cinco o seis hojas de papel. Estaba cubierto de sudor reseco, manchitas y restos de tierra, y había sido doblado y desdoblado varias veces. Wick no lo había escrito allí, en el aljibe. Lo había escrito mucho antes de que abandonáramos los Palcos del

Acantilado y lo había llevado encima.

—Te mentí —dijo Wick—. La alubia no fue lo único que saqué de los Palcos del Acantilado. Ten, toma esto.

Pero yo no lo quería, me parecía sospechoso. Era lo más parecido a una trampa que había visto en mi vida.

—¿Qué es?

—Es una carta para ti. El remitente soy yo.

—¿Olvidaste tus medicinas, pero te llevaste esto?

—La carta estaba en mi bolsillo. La medicina estaba en mi petate.

—No quiero leerla —repliqué.

—Eso es mentira —dijo Wick, en broma. Incluso sonrió—. Claro que quieres leerla. Está todo ahí, todo lo que no te he contado antes porque no podía. Pero necesitas saberlo. Si no regreso de la Compañía, léela.

Wick se estaba volviendo ligero, etéreo, porque todo su peso estaba contenido en esa carta, y lo estaba cargando sobre mí.

—Solo hay un problema con eso, Wick. Voy a ir contigo. No pienso abandonarte.

—Lee primero la carta, antes de tomar esa decisión.

—No.

—Toma la carta.

—No.

Me tendió el sobre.

—No. ¿Y si empeoras por el camino? Ni siquiera conseguirías llegar al edificio de la Compañía.

—¿Por qué sigues complicando las cosas?

—No estoy complicando nada. Estoy siendo clara. Después de que me salvaras la vida, después de todo lo que hemos vivido… pensabas que sería capaz de abandonarte. Pero no es tan fácil, Wick. No pienso ponértelo tan fácil. —Le arranqué el sobre de la mano—. Vale, me quedaré tu carta, pero no podrás impedir que te acompañe al sur.

Wick se quedó callado, mientras ponía en orden sus pensamientos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, provocado por alguna emoción intensa. Pero yo no dije nada, ni alargué la mano hacia él, consciente de que, si ratificaba su debilidad ante él, se rompería en pedazos. También sabía que en la carta podía estar lo mejor o lo peor de él.

—Si entramos en la Compañía —dijo Wick—, puede que veas cosas que no quieres ver. No será como tú te esperas.

Solté una carcajada, aunque no estaba carente de afecto.

—Ay, Wick, ¿y en qué se diferencia eso de nuestra situación actual?

Estaba harta de discutir. Quería iniciar la marcha, poner rumbo

hacia el sur, salir de ese refugio temporal que con el tiempo nos acabaría traicionando de todos modos.

—Si viajamos juntos, no leas la carta a no ser que me muera.

—Eso no me deja muchos motivos para mantenerte con vida.

Wick soltó una risita al oír eso, yo le di un codazo en las costillas, y él cambió de tema.

Pero creo que la complicidad que estaba buscando Wick no se refería al momento en que yo decidiera leer la carta, sino a algo más serio. Lo cierto es que, si leía la carta antes de tiempo, jamás se lo contaría. Wick nunca sabría cuándo la había leído.

Solo lo sabría si me quedaba a su lado o le abandonaba.

En ese refugio temporal, las cosas más simples cobraban un nuevo significado. La manera que tenía Wick de ladear la cabeza, como si le faltaran fuerzas para sentarse con la espalda derecha, apoyada en la pared. Las innumerables cicatrices que le cubrían los brazos y las manos, producto de las mordeduras de sus insectos biotec. La piel de su cuello, que parecía tan tensa, tan expuesta, que me entraban ganas de cubrirla de besos. La manera de mirarme a partir de ese momento, como si se avecinara el fin del mundo y quisiera grabarme a fuego en su memoria.

Me desvestí y me aseé con un trapo que sumergí en el pozo. Lavé mi ropa y la puse a secar sobre una roca que asomaba de la pared. Después le dije a Wick que se desvistiera y lo aseé también, le quité la mugre de la cara, le acaricié suavemente los moratones y los arañazos del cuerpo, deslicé las manos sobre su pecho, su espalda, sus piernas.

Una vez limpios, apoyé la cabeza sobre su regazo, al lado del pozo, y me quedé mirando el musgo y las piedras que había por encima de nuestras cabezas. Durante un buen rato no dije nada, no hice nada, me limité a escuchar mientras Wick hablaba de los Palcos del Acantilado y de lo mucho que desearía haber podido recuperar su petate mientras huíamos por el conducto de ventilación, de lo mucho que habría cambiado eso las decisiones que ahora teníamos que tomar, de lo equilibrada que era la oleada de alivio que sentía, frente al miedo y la sensación de pérdida. Le escuché mientras decía que, sin los Palcos, la Maga ya no podía hacernos gran cosa, y que los vástagos de Mord debían de ser muy inteligentes, al haber conseguido atravesar nuestras defensas. Esto último fue un intento por mostrarse optimista, un intento por conservar un atisbo de autoestima con el que redimirnos, aunque fuera un poquito.

—Este lugar habría sido más fácil de defender que los Palcos —dijo Wick.

—Pero haría falta menos osos para invadirlo —repliqué.

Sentí una punzada al preguntarme qué pasaría si Borne regresaba a los Palcos y descubría que nos habíamos ido, que nos habían echado.

—Pero aquí no hay nada que valga la pena invadir.

Excepto el agua. Cualquiera mataría por algo así.

—Sea como sea, los Palcos del Acantilado eran demasiado grandes para nosotros —dije.

—Sí, demasiado grandes y repletos de osos.

—Infestados de osos.

—Atiborrados de osos. Pero este lugar está libre de osos.

—De momento.

—De momento —coincidió Wick.

Lo vástagos habían demostrado ser listos, astutos, pacientes. Debieron de quedarse escuchando en la superficie, enterrados bajo el musgo, en silencio, hibernando, atentos a nuestros movimientos, para saber dónde estaban las trampas, para conocer los puntos fuertes y débiles de nuestras fortificaciones. Aunque eso tenía poco sentido, ya que nos habían asaltado con una furia ciega y una velocidad desmedida, sin la menor consideración por los daños. Puede que nunca llegáramos a asimilar el alcance de nuestro fracaso, puede que nunca supiéramos si nos había vendido la Maga, alguno de los clientes de Wick, o cualquier otra persona.

Pero había algo más que eso. Me resultaba difícil no revivir el momento del impacto. Ese poderoso impacto inicial con el que Mord provocó un terremoto inesperado, y después la manera en que el aire era absorbido y al mismo tiempo propulsado contra mí. La manera en que el cielo se puso a dar vueltas y desapareció, hasta que solo quedaron Mord y la certeza de que iba a morir aplastada.

Pero Wick tenía la cabeza en otra parte, le estaba dando vueltas a diversos recuerdos relacionados con Mord, preparando el terreno, pensando las palabras que le conducirían a otras palabras que no sabía muy bien cómo pronunciar. Hasta que comenzaron a salir de su boca, en estampida.

Wick conoció a Mord en la Compañía mejor de lo que había dejado entrever. Se podría decir que fueron amigos.

—Le gustaba avistar pájaros, almorzábamos juntos, y él leía muchos libros. Tenía una curiosidad insaciable.

Y por esa razón, según pude deducir de la confesión de Wick, Mord había desempeñado muchas tareas diferentes para la Compañía, incluso había liderado un equipo que estudiaba el caos en la ciudad —la disfunción que ellos mismos habían provocado—, para saber cómo superarlo, cómo reconstruirlo todo.

—Pero aquello fue un chiste. La Compañía ya se estaba hundiendo y perdiendo el norte. Los que estaban al mando, aislados de la central, comenzaron a tener ideas extrañas.

Entonces se produjo —debido a la necesidad que tenía Wick de hablar, de sacarse eso de dentro— una cascada de imágenes grotescas, de «ideas extrañas» todavía más monstruosas que Mord, algunas de las cuales aparecían en las fotos que vi cuando estuve en su apartamento. Leviatanes excavadores de grandes fauces que se comían la tierra y luego la vomitaban, transformada, pero también despojada de todo cuanto viviera en ella antes. Criaturas voladoras con múltiples alas que ocultaban el sol, patrullaban los cielos y mataban a todo aquel que se opusiera a la Compañía. Entre otras ideas dementes y aterradoras, que más bien parecían haber sido concebidas para torturar a la ciudad.

Pero ninguna de ellas había pasado de la etapa de planificación… excepto Mord.

—Cuando fracasó el proyecto del pez —dijo Wick—, también abandonaron el proyecto de reconstrucción de la ciudad. Trasladaron a Mord a una división experimental. Como una especie de castigo.

Le echaron las culpas por el proyecto del pez, aunque él no fuera el culpable, mientras que la Maga no sufrió ninguna represalia.

—Ninguno de nosotros habría podido soportar aquello a lo que le sometieron entonces, Rachel, aquello para lo que fue seleccionado.

¿Era eso cierto? ¿O es que Mord siempre había sido proclive? No creo que Wick tuviera la perspectiva necesaria para saberlo.

—Aún podía hablar y entender mientras le modificaban sin parar, hasta que acabó perdiendo el juicio.

La única válvula de escape, el único alivio: redactar una crónica, que Wick consiguió sacar de estraperlo metida en un telescopio roto a través de otro empleado, después de que abandonara la Compañía. Junto con los planos que le habían ayudado a convertirse en alguien capaz de «crear» biotecs, o que al menos los modificaba.

Hubo más, pero por mucho que Wick intentara expresarlo, ciertas cosas solo se pueden comprender cuando las vives en tus propias carnes, y yo no había vivido lo que experimentó él dentro de la Compañía.

Aquel día, Mord había intentado aplastarnos. Aquel día, apareció con la forma de un monstruo tan alto como un edificio de varias plantas. A Wick le estaba afectando todo eso tanto como a mí; la conmoción, el desbarajuste mental que suponía intentar conseguir que dos mundos separados coincidieran: uno que era normal y otro que era grotesco, el viejo y el nuevo… La batalla por conseguir que lo

cotidiano y lo imposible coexistieran me pareció tan descabellada como pensar que, en el pasado, deslicé los dedos por un estanque para que unos pececillos me los mordisquearan, que vi a unos saltarines del fango a través de la valla de un colegio, o que cené en un restaurante elegante.

«Aún podía hablar y hacerse entender».

Lo cierto es que yo no quería que Mord se asemejara a nosotros. Quería que se asemejara lo menos posible. Para poder decir —cuando mataba, cuando saqueaba— que era una bestia psicótica, una criatura sin redención posible, sin un atisbo de humanidad en su interior. Quería que fuera igual tanto en el viejo mundo como en el nuevo.

Así que me quedé escuchando en silencio, asintiendo con la cabeza mientras profería algunos ruiditos, como si lo entendiera. Pero tenía la cabeza en otra parte. La carta me quemaba. Era como llevar una granada metida en el bolsillo, y solo yo podía determinar cuándo estallaría. ¿Wick me estaba contando todo eso, se estaba poniendo de parte de Mord, para prepararme frente a algo que estaba escrito en la carta? ¿O me estaba contando eso para minimizar su impacto? ¿O se trataba de un último intento por disuadirme de que lo acompañara?

No volvimos a mencionar la carta, ni el plan de ir hacia el sur. Eso ya estaba zanjado, y Wick sabía que lo mejor era no volver a sacar el tema.

*

Aquella noche, nos llegaron evidencias tanto de cerca como de lejos. En mitad de la noche, me entraron ganas de tomar el aire y de hacer pis, pero no teníamos ningún cubo. Así que salí a hurtadillas, sumida entre las sombras, y me acuclillé sobre un puñado de hierbajos cerca de aquellas piedras ancestrales. La postura resultó dolorosa por culpa de mis magulladuras.

En la dirección en la que se encontraban los Palcos pude ver el chisporroteo de unas llamas que se extendían por encima de las rocas y los árboles; también se habían desatado otros incendios hacia el oeste y el noreste. Fue como si la ofensiva realizada contra nosotros hubiera formado parte de algo más grande. Desde ese puesto de observación, gran parte del centro de la ciudad parecía en disputa, pero quién combatía, quién llevaba las de ganar y en qué barrios se estaba produciendo, eran detalles que yo ignoraba.

Ya estaba terminando cuando me di cuenta de la absoluta quietud que reinaba en la noche, que en un primer momento achaqué a mis problemas de oído, pero que quizá significara algo más. Me levanté, me abroché rápidamente el pantalón, trepé a duras penas por las rocas

del aljibe e intenté detectar algún atisbo de movimiento en la noche. Todo era un amasijo de franjas negras y retorcidas: las ramas de aquel bosque muerto y deforme, inclinadas sobre la llanura inhóspita que desembocaba en el edificio de la Compañía. Entre los árboles, durante un buen trecho, resaltaban entre la penumbra algunas zonas donde las sombras no eran tan densas, y en lo alto las nubes adoptaban un color a caballo entre el azul y el violeta.

No se veía nada, no se movía nada, pero seguí oteando el terreno pacientemente. Desde lo alto del aljibe, la panorámica era tan amplia que cualquier cosa que se desplazara por allí resultaría visible en algún momento.

En las profundidades del bosque, cerca del punto donde el terreno se nivelaba antes de formar una última y suave pendiente, se produjo una especie de turbulencia invisible, una agitación en el aire como si fuera vapor, que se manifestaba a través de esas zonas más iluminadas. No podía estar segura, pero el instinto me decía que alguien estaba corriendo a toda velocidad por la pendiente y había resultado visible desde ese ángulo durante un rato. Aunque yo no pudiera verlo. Y uno solo corre así si le están persiguiendo.

Así que tracé una línea imaginaria desde el punto donde se había producido la turbulencia en el aire y, a unos sesenta metros pendiente arriba, divisé algo que se movía y que me resultó demasiado familiar. Que recordaba demasiado a un pelaje. Brincos silenciosos entre esa oscuridad espectral, un impulso provocado por la sed de sangre, el avance imprudente, pero majestuoso, propio de un oso. Al menos tres vástagos, que iban detrás de… ¿de qué?

Su presa estaba perdiendo ventaja frente a ellos, se había detenido como para reflexionar, convertida en un amasijo de sombras, y después giró bruscamente sobre sí misma hacia unas nuevas coordenadas situadas más al sur. Su silueta, al pasar junto a los árboles, me recordó a alguien.

Entonces la escena quedó en silencio y reducida a una serie de movimientos que no pude interpretar, así que volví a entrar en el aljibe.

Para mi sorpresa, Wick me estaba esperando, levantado, como si no se hubiera dormido en ningún momento.

La luz procedente del pozo se proyectó sobre él, con matices de color azul eléctrico.

—Vástagos de Mord —dije.

Wick asintió.

No le dije que sospechaba que la Maga podría estar ahí fuera, de camino al sur, como nosotros. Aunque ya no tuviéramos los Palcos,

pensé que si Wick se enteraba podría verse influido de una forma que resultaría negativa para los dos.

Mientras empacábamos, Wick dijo:

—Tienes que decidir lo que quieres ser después. Algo que no sea una recolectora.

—¿Después de qué? —pregunté.

Pero Wick no me lo dijo.

CON QUIÉN NOS TOPAMOS EN LA LLANURA DESOLADA

Pusimos rumbo al sur, depositando nuestras esperanzas en la idea de que el edificio de la Compañía sería nuestra salvación. Debido a esa creencia, ya no éramos tan diferentes de aquellos acólitos que veneraban a Mord. Simplemente, empleábamos oraciones y rituales distintos. Wick me contó que conocía una entrada lateral cerca de los dos estanques de contención adyacentes al edificio de la Compañía. Me aseguró que, ahora que Mord se había asentado al norte, los pisos en ruinas ya habrían sido rapiñados y los recolectores se habrían mudado a otra parte. Le seguí la corriente, aunque más que un plan, parecía nuestra única opción.

—¿Sabes cómo acceder a los pisos inferiores?

—Sí. Mord me lo enseñó, cuando todavía era humano.

—¿La información no estará anticuada?

—No ha cambiado nada.

¿Seguro? Wick hacía gala de una esperanza tan inverosímil e insondable que me costaba diferenciar los hechos de las ilusiones, o de aquello que me decía para tranquilizarme.

Avanzamos a través de la noche oscura, impenetrable, en una tierra de nadie que se extendía entre la ciudad propiamente dicha y el edificio de la Compañía, tras haber agotado el trecho de árboles muertos. La Compañía había sembrado de biotecs el terreno mucho antes, y, con el tiempo, el abandono había provocado que las trampas se replegaran. Con un poco de suerte, no activaríamos ninguna mina terrestre viviente. De momento, la zona neutral parecía deshabitada, excepto en los puntos donde emergía algún atisbo de vida precario o peligroso. Se habían formado una especie de marismas resecas allí donde los restos de los cimientos de hormigón que pertenecían a viviendas desaparecidas hace mucho asomaban por debajo de una superficie salina resquebrajada y de las emanaciones de unos residuos vertidos mucho tiempo atrás. Esos vertidos se filtraban a través del suelo, desde el depósito que se encontraba bajo la superficie. Si eras

avispado, no te ponías a buscar los abrevaderos que formaban los vertidos, ni bebías la esencia de lo que antaño estuvo vivo, manifestada a través de goteos espontáneos de un líquido denso y aceitoso.

Aun así, ese lugar era mejor de noche y se cruzaba mejor de noche, con el suelo ligeramente iluminado en algunos puntos por algún remanente de microorganismos artificiales. Por el día, la llanura resultaba más cálida y desagradable, y cualquier depredador podría verte a kilómetros de distancia, a no ser que contaras con un camuflaje como el de la Maga. Los cimientos de argamasa acechaban bajo una capa de trastos inútiles y aplastados, sin puntosde referencia con los que poder orientarse, y ni siquiera los buitres sobrevolaban demasiado a menudo esos parajes. Olía a lodo rancio, a sustancias químicas, y dependiendo del viento teníamos que taparnos la boca y la nariz.

Contemplado desde el refugio a través de los prismáticos, el edificio de la Compañía era como un huevo resquebrajado que se alzaba por delante de nosotros. Un óvalo blanco caído del cielo, quizá, rodeado por un cerco de destrucción, como si Mord hubiera estado hurgando entre los órganos internos del edificio. Pero tal y como apuntó Wick, los muros se hundían bajo la superficie, daban una sensación de profundidad y de capas ocultas, protegidas de la devastación.

Hacia el sudeste, acurrucados junto al edificio, pudimos divisar los inmensos estanques, que más bien parecían lagos y seguían albergando los cuerpos muertos y defectuosos de los errores de la Compañía y de las criaturas que habían escapado, o que creían haberlo hecho. Yo también había logrado escapar de ellas durante un tiempo, pero ahora estaba regresando.

Detectamos indicios de conflicto en nuestro trayecto por la llanura. Durante la primera hora, oímos lo que parecían vástagos de Mord en la lejanía, y cuando la luz se desvaneció y el ocaso se nos echó encima con un abrasador tono carmesí salpicado de tonos dorados, acompañado por un viento cálido, dos de esas bestias aparecieron a media distancia.

Llegados a ese punto, ya habíamos iniciado nuestra marcha por la llanura y nos sentíamos expuestos, así que nos lanzamos en plancha por detrás de un montículo de grava y vigilamos a los vástagos con los prismáticos. Recostada sobre la barriga, sentí como si el suelo fuera a enroscarse a mi alrededor y a devorarme. Me dolía todo, y era consciente de que pronto tendría que levantarme, aunque solo fuera para gatear, si quería que mi cerebro se impusiera a mi cuerpo.

Los vástagos de Mord se habían agazapado como soldados en unas trincheras que ellos mismos habían excavado y camuflado, y cuando los últimos rayos de luz disipaban los tonos rojos y extinguían los dorados, bajo una calima grisácea y azulada, creímos que se habían asomado y que nos habían visto caminando agachados por el terreno, que habían captado una sombra o un destello nuestros.

Pero no: cuando salieron al galope y en estampida desde esas trincheras, lo hicieron en dirección sudoeste, trazando una línea horizontal a lo largo de nuestro campo de visión, levantando una polvareda a su paso. No vimos a ningún adversario, pese a que los vástagos parecían haber arrinconado a su presa, mientras repartían zarpazos y mordiscos a ciegas, alrededor de un objetivo invisible.

A una distancia prudencial, los zorros que no eran zorros imitaron a los osos, se burlaron de ellos con sus propios cambios de dirección, con sus propias dentelladas al aire, utilizando su camuflaje para desaparecer por un lado y reaparecer por otro, persiguiéndose sus propias colas. En un momento dado, uno de los vástagos se detuvo y se quedó mirando a los zorros, como si no supiera si eran enemigos o no.

—Hay alguien ahí fuera —dije.

—Siempre hay alguien ahí fuera —repuso Wick.

—¿Rabia? ¿Locura? ¿Un juego? —aventuré.

—O la Maga —dijo Wick.

—¿Tábanos?

Mientras contemplábamos la escena, el objetivo que no podíamos ver eludió a aquellos que sí podíamos ver, y la persecución se reanudó en un punto más alejado, hacia los límites occidentales de la llanura, aunque la presa invisible seguía intentando seguir corriendo hacia el sur, siempre hacia el sur, y cuando la luz comenzó a desvanecerse por completo, me pareció ver cómo uno de los vástagos tropezaba y se caía, como si hubiera recibido un golpe, y entonces llegó el momento de que nosotros saliéramos huyendo a través de esa llanura.

Los zorros se convirtieron en destellos parduzcos en contraste con el sol agonizante, después en unas siluetas que se quedaron sentadas, observando. Luego desaparecieron.

Avanzamos a duras penas entre la oscuridad, a través de una llanura que estaba menos muerta de lo que habríamos deseado. Se oyeron unos gruñidos más suaves que los habituales de los osos, también los aullidos de los zorros y el susurro de algo que reptaba por el suelo y que esperábamos que fueran serpientes, el traqueteo de las pezuñas sonrosadas de unos mamíferos que estaban escarbando, e incluso un

«croac, croac» procedente de una hilera de cactus del que nos mantuvimos alejados, y que quizá no fuera más que una rana pidiendo agua. La negrura frustraba cualquier intento por determinar qué era una amenaza y qué resultaba inofensivo.

—No recuerdo que esto estuviera tan animado —protestó Wick. Pero yo dudaba que hubiera pasado por aquí de noche desde hacía años.

Apareció la luna, tapada por las nubes, que añadió un ligero toque púrpura al cielo, y con ella comenzó a soplar una brisa más agradable. Proseguimos la penosa marcha, hasta que una hora antes del alba nos detuvimos en un lugar donde el terreno era más oscuro y formaba pequeñas crestas o protuberancias que transmitían el sonido hasta nosotros sin distorsionarlo. Levantamos el campamento al amparo de una inmensa columna caída, lo más adentrados posible en la grieta, para así contener el temor irracional a que la columna echara a rodar y nos aplastara, o a que algún oso noctámbulo nos sacara de allí como si fuéramos termitas.

No sabíamos si los vástagos de Mord se estarían acercando en nuestra dirección, pero vigilar sus movimientos ya nos había demorado bastante, igual que el hecho de que la zona estuviera más concurrida de lo esperado. Descansaríamos una hora, y después, nada más amanecer, seguiríamos camino hasta el lugar donde la llanura desembocaba en los estanques de contención. Aunque me lo había vendado, el tobillo me estaba dando problemas sobre ese terreno irregular, y Wick tuvo que cargar con la mochila casi todo el tiempo mientras mi hombro se recuperaba. Me sentí como una criatura achacosa y senil, envejecida prematuramente.

Wick y yo compartimos un paquete de comida en silencio. Después de dar un trago de agua de nuestras escasas reservas, Wick se durmió un rato mientras yo montaba guardia, porque de todos modos me veía incapaz de pegar ojo. Me dolía la cadera y me sentía como si habitara dentro de un exoesqueleto que alguien hubiera machacado a martillazos.

La luna que asomaba entre los recovecos de la columna parecía muerta, envenenada, tenía un extraño color gris metalizado: la cabeza redondeada de un robot muerto con el cráneo medio expuesto. Pero la seguí contemplando porque no había ninguna otra luz en el cielo que brillara tanto, y porque no había nada más a mi alrededor.

Traté de evocar aquellas noches que pasé en mi isla santuario, convertir aquel viento frío en una brisa tropical, las sombras y la arena en un oleaje, en una costa repleta de palmeras oscuras. Pero estaba rodeada por un paisaje demasiado ingrato, y aun así aséptico, y

de tanto obsesionarme con el pasado acabé agotada.

Contemplé el entorno con la mirada perdida, y creo que estuve a punto de quedarme dormida sin querer. Seguía viendo cómo los vástagos de Mord perseguían a una presa invisible por la llanura. Seguía viendo las almohadillas de la gigantesca pezuña de Mord descendiendo sobre mí, con intención de aplastarme, mezclada con una curiosa sensación de asombro por el final que se avecinaba.

Cuando empecé a espabilarme, percibí un olor penetrante en el ambiente, como el de un océano añejo y carente de olas, enterrado en su propio cieno, en su sal, en sus reflejos. La oscuridad se había reestructurado para dar forma a algo que parecía intencionado. La llanura que se extendía frente a mí, en la que se distinguían sus crestas incluso entre la penumbra, se había alisado hasta formar una capa uniforme, negra y brillante. Fue algo agradable, un recordatorio, algo digno de rememorar: los destellos diminutos e intermitentes de un millar de luciérnagas, como las que había en el techo de los Palcos del Acantilado. Un resplandor tenue y dorado, procedente del suelo, que me instaba a mantener la calma.

El borde de ese mar de luz tenue y titilante se impulsó hasta el saliente de roca que asomaba desde la columna y se quedó mirándome, con gesto inquisitivo.

—Chssss, Rachel. Soy yo. —Una voz conocida, un truco de ilusionista.

Me quedé muy quieta y reprimí el impulso de despertar a Wick.

—He asustado a los osos —dijo—. Los he ahuyentado durante un rato.

¿De qué osos hablaba?

—¿Cómo nos has encontrado, Borne? —Aquella pregunta me pareció crucial.

—Un zorrillo me dijo dónde estabais. He estado en la ciudad, luchando con los vástagos de Mord.

—¿Qué es lo que quieres? —Mantuve un tono suave y sereno.

Entonces Wick se desperezó a mi lado. Supe con exactitud lo que iba a decir, y no le faltaría razón.

—Hola, Wick, ¿qué tal estás?

—Márchate —dijo él.

—¿O qué, Wick? —inquirió Borne, con desdén—. ¿Me lanzarás gusanos? ¿Me insultarás? ¿Me desterrarás?

Miré a Wick de reojo, le apoyé un mano en el pecho y susurré:

—Deja que hable con él. Confía en mí.

—Es una pena que hayáis tenido que dejar los Palcos del Acantilado —dijo Borne—. Era un lugar muy bonito para todos nosotros. ¿No queréis volver allí?

—Algún día, Borne.

A pesar de la navaja que llevaba en el bolsillo, eché un vistazo por si veía algún arma con la que pudiera protegerme, pero sabía que no encontraría ninguna. Solo encontraría cosas con las que podría engañarme para hacerme sentir mejor. Como una roca o un trozo de tubería.

Borne era inmenso, cubría todo el suelo como si fuera una fuga de petróleo. Comprendí que había estado comiendo, que había estado tomando muestras. Si Borne sacaba a relucir su verdadera naturaleza y nos mataba, si Rachel y Wick pasaban a existir solamente en el interior de Borne, ¿estaríamos muertos realmente o seguiríamos existiendo en algún estado alternativo?

—Vais a ir al edificio de la Compañía —dijo Borne.

—sí.

Borne profirió un chasquido, como si se sintiera decepcionado conmigo.

—Pero es que el edificio de la Compañía es asqueroso. Asquerosísimo. Lo odio. No quiero tener nada que ver con el edificio de la Compañía.

Estaba disimulando un miedo que le venía de lejos. Lo supe por su diario.

Wick tomó la palabra. Detecté incluso simpatía en su voz.

—Borne, no vamos hacia el norte. Vamos hacia el sur. Y tú no puedes ayudarnos.

Borne se quedó callado durante tanto rato que empezó a resultar incómodo. Entre el silencio, escuché una especie de temblor, un siseo leve y un gemido quejumbroso; todos esos ruidos procedían del campo

de luciérnagas en que se había convertido Borne. Wick había retrocedido hasta guarecerse bajo la sombra de la columna, y comprendí que estaba preparado para atacar, que lanzaría sus últimos biotecs contra Borne si fuera necesario. Pero eso no era lo que yo tenía en mente.

—¿Te encuentras bien, Borne?

No quería mostrar interés por él, porque entonces tendría que preocuparme por lo que pensaría Wick al respecto… pero estaba cansada, y yo le había criado, así que no pude evitarlo. Incluso entonces, en esa llanura espantosa, bajo una luna muerta y rumbo a una muerte segura, una parte de mí se sentía en deuda con Borne.

—Oh, Rachel —dijo Borne, con una voz que denotó cansancio, y que, por primera vez desde que le conocía, parecía avejentada—. Me va bien. Me esfuerzo mucho. Pero los vástagos de Mord son muy listos. Incluso cuando me disfrazo como alguno de ellos, al final me acaban expulsando. Los derroto, los absorbo, pero son muchísimos y sus mordeduras escuecen.

—Enséñame dónde te han herido —le dije.

Las luciérnagas se apagaron y unos puntitos de color gris plateado relucieron a lo largo de la llanura quebrada de su cuerpo.

Había tantas zonas muertas, tantos lugares donde el veneno había matado el tejido. Borne se había vuelto enorme, y seguía creciendo demasiado rápido como para que eso le entorpeciera, pero había sufrido heridas, había pagado un precio. Al verlo, no supe decir quién acabaría ganando aquella guerra de desgaste.

—Deberías parar —dije. La vieja preocupación maternal que emergió por debajo de la coraza—. Deberías buscar un lugar seguro para esconderte durante una temporada y curarte.

Borne se rio como si hubiera dicho una estupidez, su cuerpo se cubrió de ondas y espirales. Qué respuesta tan humana, por parte de una criatura que ahora tenía un aspecto tan inhumano. Borne se rio y las heridas desaparecieron, regresaron las luciérnagas, aunque no había tantas como antes.

Una antigua versión de su antiguo yo se manifestó frente a mí. Era ese jarrón ridículo y ondulado, con los ojos en círculo y los tentáculos que emergían de la parte superior.

—Soy demasiado grande como para poder esconderme durante mucho tiempo, Rachel. No puedo comprimirme tanto. Y estoy hambriento a todas horas, ya lo sabes, Rachel. Lo sabes desde el principio, y me lo dijiste, pero yo no te hice caso. No podía. Y cuanto más como, peor se vuelve el hambre.

Había un montón de ojos que me miraban con un brillo cómplice,

con resignación. Como un veterano exhausto hablando con otro.

—Una presa más fácil —dije, aventurándome en terreno peligroso.

—No, Rachel, he dejado de intentar ser bueno —dijo Borne—. No está en mi naturaleza. Fui creado para absorber. Fui creado para matar. Ahora lo comprendo. Es inútil.

—Tienes que intentarlo.

Palabras huecas que solo sirvieron para alterarle, para ponerle nervioso.

—Te lo estoy diciendo, Rachel, ya no puedo. No me concibieron como a ti. No soy humano. No soy una persona.

A lo largo del inmenso mar que formaba su cuerpo, entre las oleadas, aparecieron cabezas humanas, como nadadores surcando las aguas. También había cabezas de animales, y las cabezas de los niños mutantes y los vástagos de Mord. Al menos una docena de vástagos. Unas cabezas oscuras y relucientes, con agujeros en el lugar donde deberían estar los ojos. Mirando fijamente.

Pero ya nada podía sobresaltarme.

—Déjalo, Borne —dije.

Las cabezas se replegaron, el mar volvió a serenarse. Percibí el olor del sol sobre la arena, el aroma del oleaje y el de todas esas cosas que Borne sabía que formaban parte de mi pasado y que me encantaban.

—Eres una persona —dije, porque tenía que decirlo. A pesar de las evidencias que tenía delante de mis narices, o puede que debido a ellas.

—Rachel, tú no puedes ver lo mismo que yo. Yo puedo ver todas las conexiones —dijo Borne—. Puedo ver hacia dónde se dirige todo, qué es lo que se avecina. Lo que pasa es que no he sido lo bastante fuerte como para darme cuenta de ello. Me he entretenido y me he retrasado. Había pensado que tal vez…

Yo sabía lo que había pensado. Yo también lo pensé, incluso después de la promesa que le hice a Wick. Wick se revolvió, inquieto, por detrás de mí.

Creía que Borne iba a atacarnos, pero estábamos a salvo. Siempre habíamos estado a salvo, por mucho que los demás no.

—Haz lo que te digo y escóndete —dije—. Busca un refugio. Disfrázate.

Pero Borne tenía otros planes.

—Rachel, ¿qué pasa cuando nos morimos? ¿Adónde nos vamos?

—Borne…

—¿Adónde, Rachel?

—A ninguna parte, Borne. Nos hundimos en el suelo y no volvemos a salir.

—No creo que eso sea cierto, Rachel. Yo creo que vamos a alguna parte. No al cielo ni al infierno, pero sí a alguna parte. Sé que debemos ir a alguna parte.

—¿Por qué, Borne?

—Porque he venido a decirte que sé cómo arreglar las cosas. Lo veo con total claridad, y ahora puedo hacerlo. Puedo hacerlo. Arreglaré las cosas, ya lo verás… y entonces sabrás que estaba diciendo la verdad.

Se produjo entonces una pausa infinitesimal, y si yo no conociera tan bien a Borne no la habría captado, ni habría sabido lo que significaba.

—Y al final todo volverá a estar bien entre nosotros, y podrás volver a vivir en los Palcos del Acantilado. Yo podré volver a mudarme allí contigo y será como aquellas veces que corríamos por los pasillos, riendo, o como la vez que me disfrazaste y me sacaste a la balconada situada por encima de ese río precioso. Así será.

—Borne.

No podía hacer más que repetir su nombre, porque no podía decir nada que le expresara con precisión cómo mis instintos colisionaban con mi sentido común. No podía hacerlo delante de Wick. También pensé que Borne se había visto embargado por el falso poder del remordimiento, ese que te lleva a pensar que, con la fuerza de tus convicciones y de tus emociones puedes enmendarlo todo, aunque no sea cierto. Bajo mi punto de vista, fueron el remordimiento y una falsa percepción los causantes de que Borne dijera esas tonterías.

—Adiós, Rachel —dijo Borne.

—Adiós, Borne.

Cómo malinterpreté ese momento, y cómo lo lamento ahora. Pensé que tenía que endurecer mi corazón y no transigir. Tenia que mantenerme firme y decirle adiós, y tenía que decirlo en serio.

—Pero nos volveremos a ver. Lo sé —dijo Borne.

Si pudiera volver atrás, le daría permiso. Le daría mi aprobación, le habría dicho que creía en él, aunque no fuera cierto, para permitirle experimentar alguna suerte de felicidad en la senda que había elegido. Incluso concederle el lujo de engañarse con la posibilidad de una vida feliz en los Palcos del Acantilado. Solo espero que algún elemento de mi rostro, de mi conducta, le transmitiera que, a pesar de lo que había hecho, yo nunca podría abandonarle por completo.

Entones ocurrió muy, muy deprisa, mientras Wick se incorporaba alarmado junto a mí.

Borne retrocedió y se contrajo sobre sí mismo a una velocidad pasmosa, mientras se proyectaban unos rayos de luz sobre el cielo

grisáceo. Durante una fracción de segundo, se convirtió en una masa gruesa, oscura e informe, y a partir del rollizo tocón que conformaba su base, fue generando una cabeza inmensa recubierta por un pelaje de color cobrizo: la cabeza de un oso con ojos amigables y el vestigio de una sonrisa en el hocico, la lengua ancha y sonrosada, para hacerme saber que era él quien me estaba mirando por última vez.

Entonces los ojos se tornaron amarillos, el hocico se volvió más largo y puntiagudo, la cabeza se hizo más grande, provocando que Wick y yo retrocediéramos bajo la sombra de la columna, y por debajo de la cabeza se expandió y se desplegó un cuerpo inmenso y poderoso, coronado por esa cabeza robusta y hermosa. Y sobre ese rostro se reflejó durante un buen rato, bajo la luz del alba, una expresión que no era de tristeza ni de odio ni de terror, sino una especie de convicción beatífica, una bestialidad angelical, y unos colmillos blancos e impolutos.

El cuerpo creció y siguió creciendo, elevándose hacia el firmamento, hasta que la cabeza del Borne convertido en oso se alzó muy por encima de mí y del cuerpo inmenso y musculado que quedaba por debajo, con esos cuartos traseros y esas pezuñas más gruesos que la columna que teníamos enfrente. Nos adentramos todavía más en nuestro refugio. El parecido era asombroso y preciso, pese a estar basado en los vástagos absorbidos, y no en Mord, de manera que resultaba aún más feroz e inhumano que él, y su cuerpo más compacto y menos desgarbado que el del original.

Este nuevo Mord, este nuevo Borne, nos miró desde esa vertiginosa altura, soltó un gruñido y después se fue dando tumbos hacia el norte, de vuelta a la ciudad, mientras nosotros salíamos apresuradamente de nuestro santuario para verlo.

Borne-Mord corrió primero como un lagarto, después como un pececillo de plata, y luego se tambaleó como si estuviera borracho, aquejado por unos violentos zarandeos que levantaban nubes de polvo y tierra mientras se acostumbraba a la tarea de ser un oso. Finalmente recuperó el equilibrio, se enderezó y comenzó a agitar sus extremidades con movimientos propios de un oso, dando enormes zancadas sobre las cuatro patas mientras rugía una palabra: «¡Mord! ¡Mord!». Llamando a su oponente. Entregado a su tarea. Dejándonos atrás. Partiendo hacia territorio ignoto.

Borne había emprendido su camino y nosotros el nuestro. No había nada más que decir, nada que pudiéramos hacer salvo empacar nuestras provisiones y poner rumbo al sur. Yo no podía hacer otra cosa que no fuera darle la espalda a ese horizonte, mientras explotaban biotecs trampa a lo lejos, saliendo a chorro bajo el

tremendo peso de Borne, erupcionando a su paso, con forma de mastodontes, leviatanes, burdas imitaciones de vida que lanzaban dentelladas al aire con impotencia, tratando de encontrar carne que poder desgarrar, y que después volvían a caer al suelo aquejadas de los espasmos de su falsa agonía.

Pero incluso mientras Borne se alejaba, no pude evitar sentir que todavía estaba allí, a mi lado, bajo cierta apariencia, un disfraz tan sutil como las moléculas del aire que respiraba.

La luz de la mañana reveló que el terreno accidentado que se extendía alrededor de la columna era un boquete en la tierra creado por el fallido ataque con misiles de la Maga.

Al salir de la llanura, divisamos a un pato con un ala rota que estaba solo, al lado de un charco de agua sucia. Caminaba de un lado a otro con los andares propios de su especie, se acercaba al charco, bebía un trago, montaba guardia, volvía a beber, se quedaba en silencio. Esperando. En cierto modo, era un alivio que nadie lo hubiera matado, que hubiera pasado desapercibido.

Seguimos avanzando, rumbo a la Compañía.

QUÉ TAL NOS FUE EN LOS ESTANQUES DE CONTENCIÓN

Aletas muertas y branquias palpitantes, temblores incorpóreos, el chapoteo de algo concebido para tener cuatro patas y que solo tenía dos. Unas criaturitas diminutas y retorcidas, atrapadas en charcos, que nacían y morían, nacían y morían por toda la eternidad, siempre el mismo organismo, concebido a sí mismo. Tóxico. Una vasija cerrada. Un fragmento de material genético ensamblado, perpetuo e interminable, que no llegaba nunca a estar vivo de verdad.

Cubriendo la mitad de la superficie del estanque más grande, una filtración de sangre como un ojo invidente, que no tenía origen, no tenía germen, pero en algún punto situado en las profundidades seguía bombeando sangre contaminada. Bebería supondría una muerte segura. Quizá se tratase de una de las trampas más diabólicas de la Compañía, o quizá fuera algo que escapaba a su control. No quedaba nadie para cortar el flujo, así que seguía extendiéndose y ya no era ni su problema, ni su responsabilidad. ¿Quién sería capaz de crear un lugar así?

Esa era la naturaleza de los estanques de contención que lindaban tanto con el edificio de la Compañía como con la llanura desolada; esas salinas que no eran naturales en absoluto, sino montañas de

plástico, cristal y metal en polvo. Los residuos que no pudieron —o no quisieron— quemar. Todos estaban acumulados también en el fondo de los estanques de contención. Ejercían presión contra los bordes del edificio de la Compañía, como el caviar viscoso de algún pez industrial. Fluían alrededor de nuestras botas, formando grumos. Daban a los lagos su color, así que reflejaban cualquier tonalidad imaginable, pero, combinados, mostraban un tono verde oscuro, azul claro o rosa dependiendo de la luz. Los hilillos retorcidos de niebla que emergían de las salinas emitían un resplandor tenue, y se disipaban por completo mucho antes de llegar a la altura de la rodilla.

Aquel era el epicentro de la polución y la contaminación. Allí era donde arrojaban a los biotecs para que se murieran, donde los ahogaban, donde eran atacados por otros biotecs desechados, donde eran recolectados por buitres, por coyotes o por gente como yo, que teníamos la arrogancia de creernos recolectores profesionales de tejido vivo. También había, allí abajo, más astronautas muertos, y varios de ellos se habían hundido hasta el fondo del estanque más pequeño. Sus trajes anticontaminación seguían siendo de color naranja o chillón, pero poco o nada quedaba de sus cuerpos o de los huesos que albergaban en su interior.

Hacía una eternidad que no rebuscaba por allí, pero conocía el lugar; siempre lo había odiado, me resultaba deprimente, infecto, y la evidencia más clara de lo mucho que nos despreciaba la Compañía. No me hacía gracia formar parte de ese ecosistema, pero no tuve más remedio hasta que los arrebatos de Mord, y su impredecible actitud hacia la Compañía, hicieron que el lugar quedase vedado. Más tarde, el conflicto entre la Maga, Mord y los vástagos renovó ese veto.

Wick no había vuelto a entrar en el edificio desde que dejó la Compañía.

—¿Es tan bonito como lo recordabas? —le pregunté a Wick mientras nos aproximábamos.

—Más aún.

Nunca había sido bonito, pero ahora el lateral del edificio de la Compañía que se extendía junto a los dos lagos estaba combado hacia dentro, renegrido a causa de los incendios, mientras que la superficie blanca estaba salpicada de carroña, de tal manera que lo que antaño había sido un muro inmaculado, ahora estaba manchado de rojo, verde y restos de hollín, entre los que asomaba el color original. Ahora, además, había fragmentos de pared que parecían gruesas cáscaras de huevo, de unos dos pisos de altura, repartidos sobre la arena artificial, allí donde se habían enclavado a causa de los destrozos de Mord, mientras que otros habían aterrizado en los lagos.

A su lado estaban los restos deformados y derretidos de unos helicópteros que parecían libélulas negras y marchitas; eran los helicópteros enviados para atacar a Mord. Un bodegón extraño, carente de vitalidad, en cuyo interior no quedaba ni un solo piloto. Ni siquiera restos óseos.

De lo que menos se habían ocupado era de la mierda de Mord, que se acumulaba en las proximidades del edificio de la Compañía formando montículos con una ligera pendiente, que asemejaban fardos de arcilla mal moldeados. La boñiga estaba reseca, rancia y rapiñada; dimos gracias de que Mord ya casi no se dejara caer por allí.

Pero teníamos que encontrar la puerta lateral. Estaba camuflada, se trataba de algo que estaba allí y que al mismo tiempo no lo estaba, diseñado para que se abriera solamente al sentir el roce de una mano cuidadosa y versada, como la de Wick. Una entrada medio sumergida que pocos utilizaban, o de la que pocos tenían constancia siquiera. No habría sido posible acceder antes de que Mord arrasara la Compañía, y puede que no fuera posible ahora, pero era el primer lugar donde había que intentarlo.

Peor, había un oso, y digo peor porque ai principio salió huyendo de nosotros hacia la llanura desolada, mirando por encima de su inmenso hombro sin saber muy bien cómo proceder.

¿Debería seguir avanzando por la llanura, en dirección a la horrenda majestuosidad del Borne convertido en Mord, que acababa de llegar hasta un amasijo de edificios en ruinas y seguía dominando nuestra línea de visión? ¿O debería perseguirnos?

Redujo el paso como si se hubiera topado con un viento de cara. La bestia se giró, pensativa, permaneció inmóvil, después regresó hacia nosotros, acortando la distancia al galope. Tras mirar con los prismáticos, revisar los puntos de referencia y calcular su velocidad, le dije a Wick que, aunque no estaba segura, pensaba que el vástago nos alcanzaría en menos de diez minutos.

Si no conseguíamos localizar la puerta en los siguientes cinco minutos, tendríamos que desistir en el intento y desplazarnos más al sur, hacia el desierto. Desde allí tendríamos pocas posibilidades de regresar a la ciudad a través del devastado extremo oeste. Nos uniríamos a la danza de los zorros durante un tiempo, en el terreno desértico del viejo lecho marino. Y después moriríamos. De sed. A manos de los depredadores. O alcanzados por el oso.

A poca distancia, el lago y todo ese amasijo trágico de vidas defectuosas y misterios existenciales; la duda de por qué hicimos las cosas que hicimos, a nosotros mismos y a los animales. Mientras, nosotros seguíamos afanados en avanzar a duras penas entre esa arena

artificial para tratar de alcanzar el lateral del edificio de la Compañía, encontrar una puerta y meternos dentro antes de convertirnos en la cena de un oso.

A media distancia, la llanura desolada, surcada por el oso que se acercaba, y al fondo las siluetas difusas de aquellos osos desgarbados y renqueantes que se habían visto atraídos hacia Borne, rezagados que seguían yendo por detrás de él, disfrazado, aunque no muy lejos. Algunos sucumbirían ante los últimos biotecs enterrados que habían regresado a la superficie; esas defensas aparecían en forma de humo, como una polvareda de color turquesa con voluntad propia. Muestras resplandecientes que desaparecían con el viento, para después reaparecer como capas de microorganismos ondulantes. Vimos a un oso que quedó atrapado en esa red y se desplomó, convulsionándose, con la mandíbula desencajada, como si no pudiera respirar. Pero entonces la red se rompió y el oso se puso en pie. Las viejas defensas se revelaron inútiles, la Compañía había perdido su poder.

A mucha distancia, comenzaron a ocurrir cosas que no nos podíamos creer, pero que podíamos ver perfectamente con los prismáticos. Puede que fuera un espejismo. Tal vez pensáramos que se trataba de algo imposible de ver a plena luz del día, y por eso intentamos negarlo durante un buen rato.

A Wick se le escapó una risita al ver la intensidad desmedida con la que ese oso malvado se aproximaba a toda velocidad, la belleza etérea del biotec sobre la llanura. No se nos escapó la ironía del asunto: para escapar de la amenaza menor, tendríamos que correr el riesgo más grande. El agobio que nos produjo se manifestó en forma de quemazón en el cuello, de cuchillo en la garganta. Habíamos perdido los Palcos del Acantilado. Habíamos abandonado nuestro refugio temporal. Habíamos perdido la ciudad. Y ahora estábamos a punto de perder la superficie. Según parece, éramos más ricos de lo que pensábamos, ya que no parábamos de perder cosas y aun así seguíamos con vida.

Pero ¿qué es la resistencia y la pérdida conjuntas sino un acto de fe? Cabe destacar el celo con el que Wick me guió a través de la parte baja del puente de arena que se extendía entre los dos estanques, entre los desechos amontonados, a través del tablón podrido que alguien avispado había colocado sobre esas aguas poco profundas, siguiendo esa ruta incierta hacia el borde del santuario.

Había esperanza en ese gesto, y una carta en el bolsillo de mi cazadora.

Es curioso lo que uno recuerda y lo que no. Recuerdo cómo la arena

húmeda estaba sepultando mis pies, como si quisiera succionarnos, y recuerdo la expresión enloquecida del rostro del oso, ese desprecio casi humano hacia su propia integridad mientras corría sobre la arena desde el extremo opuesto del primer estanque, rugiendo a casa paso que daba. Recuerdo lo que estaba diciendo Wick, pero no por qué lo estaba diciendo, y yo me sentí como si estuviera atrapada en ámbar o como si hubiera vuelto a ser un fantasma. Me quedé contemplando al oso como paralizada por la visión de mi propia muerte aproximándose. Lo único que podía hacer era quedarme allí parada, confiando en que se abriera una puerta lateral.

El oso y sus brincos, lleno de vitalidad, lleno de ira. Nosotros, desamparados y pequeños, diminutos, en comparación con él. Y un atisbo de verdad en esa escena, algo que yo no alcanzaba a ver.

Mientras, en el estanque de contención, casi a la altura de nuestros pies, una enorme roca marrón que se encontraba por debajo de los astronautas muertos, cubierta de juncos muertos, comenzó a revelarse, mientras unas burbujas inmensas alborotaban la superficie.

Wick localizó la puerta.

Estaba atrancada.

Nos negó la salvación.

El oso estaba a punto de llegar.

Pero había una grieta en la pared de al lado. Una grieta lo bastante grande como para formar un pasadizo. Una grieta lo bastante grande para nosotros, pero no para un oso.

No era un sueño. No era una pesadilla. Nos estaba ocurriendo de verdad. Recuerdo que estábamos agotados, por la falta de sueño y la fatiga, por tener que racionarnos el agua. No estábamos preparados ni en condiciones de plantar cara a la muerte con entereza y a la desesperada. Estaban los estanques que habíamos saqueado y el vástago de Mord que se acercaba como una centella. Y estábamos nosotros, aferrados a un trozo de tierra que era más bien una porción de arena húmeda y porosa, atrapados entre un oso y una grieta en la pared. El oso o la grieta, menuda disyuntiva.

Aún teníamos tiempo. Yo pensaba que aún nos quedaba tiempo.

El rostro del vástago de Mord reflejaba ira, odio y sed de sangre, y puede que yo no tuviera nada que replicar a eso. Puede que no existiera una respuesta correcta. Pero era humana, así que prefería morir en la oscuridad y no con la garganta desgarrada, el rostro arrancado, las entrañas desparramadas.

El oso escondido, el que nos estaba esperando, emergió del estanque de contención cuando yo agarré a Wick y tiré de él para para que

atravesara esa grieta conmigo, cuando tiré de él hacia esa diminuta oportunidad de salvarnos. Y el oso, silencioso en su acometida, se estampó contra el muro exterior. El impacto fue tan fuerte que se levantó una polvareda, y el agua que cubría su pelaje me dio un baño de goterones sucios y viscosos.

Wick estaba dentro del edificio. Comprobé que estaba dentro del edificio, conmigo. Pero una avalancha de pelaje marrón eclipsó la apertura, la luz, y nos alcanzó una ráfaga de olor a carne podrida. Entonces comprendí que no había suficiente distancia.

El alarido estático de Wick, la sobrecogedora sensación de claustrofobia mientras me abría camino hacia el interior, el roce áspero de una roca en la mejilla, los chillidos de Wick, los intentos del oso por darle un zarpazo.

Le rodeé la cintura a Wick con un brazo dolorido y tiré con fuerza de él, pero tropezó y cayó de espaldas hacia la grieta. El oso le lanzó otro zarpazo tremendo y Wick volvió a chillar, después los dos acabamos en el suelo, abriéndonos camino a ciegas entre la negrura.

Casi no cabía, con el trasero pegado a una pared y las manos apoyadas sobre la otra, caminando de costado como un cangrejo, lo más deprisa posible, tanto como para hacerme jirones la ropa, la piel, empujando la mochila por delante de nosotros con la mano, hasta que se cayó y se quedó atorada, mientras el rugido del oso resonaba muy cerca. El aire era denso, viciado, estaba cargado de polvo y telarañas.

Wick me pegó un empujón, tropezó conmigo, me instó a que siguiera avanzando. Yo quería correr, escapar, alejarme a la desesperada, adentrarnos tanto en el edificio como para que los colmillos y las garras no pudieran alcanzarnos, pero la velocidad era un concepto inviable en ese lugar. Era demasiado estrecho. Era imposible correr. Apenas se podía caminar de costado.

—¡Vamos, Wick! ¡Más rápido! —No sé si lo dije en voz alta, si me limité a chillar, o si me quedé en silencio y concentrada en seguir avanzando sin volver a desgarrarme las palmas de las manos.

«Elige una cosa, la que te parezca más importante, concéntrate en ella y deja todo lo demás a un lado», le oí decir a mi madre. En un barco. En una ciudad en ruinas. Entre la espesura, mientras nos escondíamos de los hombres armados.

—¿Estás herido? —le pregunté a Wick. No pude ver si se había hecho daño.

—El hombro —dijo Wick—. Hay sangre.

Veneno.

Éramos como crustáceos descerebrados en la frontera entre la vida

y la muerte. Limitados de por vida a avanzar dando tumbos en dirección contraria a las dentelladas que se producían en la entrada. No éramos siquiera entes autónomos, íbamos golpeando la mochila con la cabeza para desplazarla hacia delante, convertida en un obstáculo terrible, mientras que por detrás resonaban los ecos del oso que arañaba las paredes con frenesí, arrancando pedazos y escarbando para ensanchar el hueco, mientras los «¡Drrk! ¡Drrk!» reverberaban alrededor de nuestros cráneos, se extendían por encima de nosotros y retumbaban desde un punto más adelantado, para así renovar en nuestros cerebros reptilíanos el miedo a los hipotéticos osos que nos estarían esperando.

Wick se había quedado callado e inmóvil, y no supe si eso significaba que estaba muerto o inconsciente. Pero entonces se recobró, profiriendo un resuello y dando un bandazo, y creo que eso significaba que su último gusano de diagnóstico había hecho algo para contener la hemorragia. Me giré lo suficiente en ese espacio tan estrecho como para mirar hacia atrás, mientras Wick se acercaba lentamente, hacia mi cuerpo, y me habría pasado por encima si yo no hubiera seguido avanzando a mi vez. Gracias a la escasa luz que no nos bloqueaba el cuerpo del oso, pude ver que Wick tenía el hombro malherido a causa de un zarpazo: tenía cuatro garras marcadas, el tejido desgarrado, la sangre fluía más despacio de lo que podría haber sido. Lo que no pude ver entre la penumbra era hasta qué punto se trataba de una herida profunda o superficial. Hasta qué punto tenía restos de tierra y de carne muerta de alguna otra presa.

Las garras transmitían el mismo veneno que la mordedura, pero no todos los vástagos eran venenosos. Me di cuenta de que el último gusano había muerto, formando un cerco blancuzco alrededor de la herida. ¿Habría muerto a causa del veneno, o porque estaba debilitado y Wick lo había forzado en exceso?

El oso había cejado en su intento por demoler la pared. Asomó su ojo asesino por la oquedad para mirarnos fijamente. Un ojo inyectado en sangre, consciente de sí mismo, que nos tomaba la medida. No pude dejar de mirarlo, sin dejar de avanzar, contorsionándome. Se oyó un «Drrk, drrk» y una especie de bufido.

Entonces el ojo desapareció y la sombra de aquel oso inmenso se apartó de la grieta.

Wick había recobrado el sentido, se apoyó para descansar a medio camino de mi regazo, mientras que yo contenía los últimos restos de la hemorragia con un trozo de tela arrancado de mi camiseta interior.

—Rápidos —dijo—. Son muy rápidos.

—Estás herido. Tenemos que llegar a un lugar seguro.

—Veneno —dijo Wick, expresando en voz alta mi mayor miedo.

—Eso no lo sabes.

—Puedo sentirlo. El gusano lo sabía. Los gusanos siempre lo saben —repuso.

—Puedes sobrevivir al veneno.

Había gente que sobrevivía. Se sabía de gente que lo había conseguido. Pero no la gente que ya estaba enferma. No la gente que ya había soportado tantos suplicios.

Apenas nos habíamos adentrado ocho o nueve metros en el pasadizo.

El oso había desaparecido sin dejar rastro. No se oían más gruñidos. La franja de cielo nos dejó embelesados, tenía un color azul pálido. Era una imagen esperanzadora, que nos hacía señas para que nos acercáramos.

—No creo que se haya ido —dije—. Y me parece que ahora hay un segundo oso.

—Tira una piedra —dijo Wick—. Yo no puedo.

Pero yo tampoco pude, ni siquiera después de ocho intentos, ya que en ese espacio tan reducido tenía que lanzar por debajo del hombro. Al noveno intento, el guijarro salió volando y nada lo desvió de su trayectoria. Ningún oso regresó rugiendo para extinguir la luz.

—Los osos siguen ahí —dijo Wick.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero no podemos arriesgarnos.

—Este pasadizo es más profundo de lo que pensaba —admití.

—¿Y si no tiene salida?

—Volveremos. Correremos el riesgo. Pero tú estás herido.

—Puedo levantarme. Puedo caminar. —Aunque «caminar» era un concepto risible en esa fisura, en esa falla geológica.

—¿Grieta luminosa o grieta oscura? —pregunté.

—Tú eres la que construye trampas —respondió Wick—. ¿Qué recomiendas?

—Que nos despertemos de esta pesadilla.

Wick se rio. Fue la risa propia de un hombre resignado a lo que tenga que venir.

—La grieta oscura, entonces.

—Pasadizo.

—Grieta.

—Grieta-pasadizo, porque si me muero no quiero malgastar mis últimas palabras discutiendo por esto.

Ninguno de los dos pensamos, ni por un momento, que esa franja

de cielo azul no fuera a acarrear un gran coste.

Tampoco podíamos olvidar lo que habíamos visto a lo lejos, mientras escapábamos de los osos. Allí, envueltos en humo y llamas, acompañados por un coro melancólico de gritos y explosiones lejanas, dos mastodontes idénticos habían entrado en combate: Mord contra Mord, y no había duda de que ganaría Mord. Tampoco había duda de que los vástagos que deambulaban perplejos junto a sus pies tendrían que elegir un bando, y puede que eligieran mal. Los dos osos inmensos apoyados sobre sus patas traseras, forcejeando, separándose, persiguiéndose el uno al otro, mordiéndose, golpeándose con esas zarpas inmensas que culminaban en unas garras mortíferas, mientras que sus aullidos, sus rugidos y sus resuellos resultaban ensordecedores incluso desde tan lejos.

Borne estaba peleando con Mord por el control de la ciudad, mientras nosotros nos jugábamos el pellejo en el interior del edificio de la Compañía. Era imposible saber qué dios saldría victorioso cuando regresáramos una vez más a la superficie.

Nos adentramos en la negrura.

El avance resultó muy penoso. La mochila seguía siendo un incordio, por mucho que la necesitáramos. La sostuve en alto, frente a mí, hasta que se me cansaba el brazo, o la empujaba como se haría con un prisionero en una cárcel. El cielo pasó de ser una fina línea a una fisura flotante de color gris, y entonces desapareció, como si fuera una ilusión óptica. No supe hasta qué altura se elevaría la grieta, no daba la sensación de ser un techo.

El cuerpo de Wick despidió un brillo, un resplandor insalubre de color rojo intenso. Pero esa luz incierta que se proyectaba en la pared me tranquilizó, porque significaba que Wick me seguía, que la mano escuálida que iba cogida de la mía no era una ilusión, como parecía a veces, cuando se me entumecía la mano.

Avanzamos de costado, y si la grieta-pasadizo se hubiera interrumpido de golpe, no sé qué habríamos hecho. Puede que hubiéramos perdido la esperanza y nos hubiéramos rendido. A veces, la grieta se estrechaba tanto que me tocaba hacer presión contra ambas paredes para poder avanzar, con miedo a quedarme atascada. Pero siempre volvía a ensancharse, así que lo que antes me pareció una senda estrecha e insufrible, comenzó a parecerme una bendición.

Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, pero no había nada que ver. Las paredes no albergaban ni un solo atisbo de biotec, ni siquiera de musgo de la Compañía. Ese vacío me provocaba una opresión en el pecho, me inundaba los pulmones, y tuve que combatir episodios de náuseas y pánico frenético, una suerte de invitación a perder la cabeza

que habría resultado mucho más cómoda que ese miserable y continuado arrastrar de pies —un, dos, un, dos, un, dos—, mientras empujaba sin parar la mochila.

Me puse a hablar con Wick mientras avanzábamos, para que no pensara en su herida, y él me respondía con un murmullo, o me apretaba la mano, o daba alguna otra muestra de haberme oído.

—¿Cómo era yo en aquella época? —le pregunté—. Cuando me conociste.

Era una pregunta complicada.

—Feliz, distante, hermosa.

—No como ahora, que soy infeliz, accesible y fea.

—Igual que ahora —repuso Wick—. Que ahora mismito.

—No me siento las manos —dije.

—Y yo no me siento los pies… con tus manos.

Una risa histérica. O quizá simple histeria.

Cantamos canciones. Canciones ridiculas, absurdas, entonadas con nuestras voces roncas y desafinadas. Canciones que nos inventamos en ese mismo momento, o viejas tonadas que conocían mis padres, y que me tocó enseñárselas a Wick.

También le conté cuentos, porque eso me ayudaba a olvidar durante un rato el apuro en que nos encontrábamos, porque ensanchaba las paredes y nos daba más espacio. Para estar verdaderamente a salvo deberíamos haber guardado silencio —no sabíamos qué o quién podría oírnos más adelante, o qué podría estar siguiéndonos por el otro lado—, pero guardar silencio entre tanta negrura parecía una renuncia definitiva a seguir existiendo, y yo no pensaba permitirlo. Aún conservaba mi voz. Eso no era una especie de más allá. Yo no estaba muerta, y Wick tampoco.

Le conté cuentos de recolectores inverosímiles, de increíbles hallazgos de biotec. Le conté las historias que me habían contado mis padres sobre los orígenes del mundo, sobre cómo la tierra se encontraba encaramada antaño sobre el caparazón de una tortuga marina. Le conté el cuento de los dioses tiburón, los isleños y las mujeres que se convertían en pájaros o árboles para engañar a los monstruos. Le conté historias de mis peripecias por la ciudad, aunque Wick ya se las sabía todas. Y cuando me fallaron las fuerzas, cuando me venció el desaliento y tuve que parar, Wick me tomó el relevo, con su voz cascada y etérea, para contarme una leyenda sobre la ciudad, o algún rumor que había escuchado sobre la Maga, o algún recuerdo relacionado con Mord.

Hablábamos entre las bocanadas de aire más profundas que podíamos tomar, porque el aire se había vuelto más denso y viciado, y

los dos notamos que nos costaba concentrarnos, nos entraban mareos y tropezábamos mientras seguíamos avanzando de costado. Me sentí como si estuviera atrapada en un ataúd que se desplazaba a mi ritmo, y solo el roce de nuestra ropa, y algún que otro raspón en el codo contra las paredes, me recordaba que eso no era cierto.

Entonces llegó un momento en que ya no pude seguir avanzando, tropecé con la mochila, me di un golpe en el dedo y me puse a descansar allí, con las piernas semiflexionadas y las manos apoyadas sobre los muslos.

—¿Por qué te has parado? —La voz de Wick sonó más debilitada.

No quería decírselo. No quería que lo supiera. Que habíamos fracasado, que habíamos llegado al final, y que no creía que me quedaran fuerzas para regresar. Que parecía como si volviéramos a estar atrapados en el conducto de ventilación de los Palcos del Acantilado, como si nunca hubiéramos escapado y todo lo demás hubiera sido un delirio.

—Hay un muro delante de mí, Wick —dije.

Hubo un tiempo en que quise ser un fantasma, y puede que ahora se me cumpliera ese deseo. Pero sentía demasiadas cosas. Estaba mugrienta, a causa del sudor y de la gravilla que caía de la pared, me temblaban las piernas y tenía la cadera muy dolorida.

Wick llevaba un rato percibiendo mis temblores, pero había mantenido una entereza sorprendente.

—Trepa —dijo Wick.

—No hay luz ahí arriba. Ninguna corriente de aire. Si trepamos y no hay nada…

Nos caeríamos o, peor, acabaríamos formando parte de la roca. Las paredes estaban tan próximas entre sí que no se podía hacer fuerza suficiente como para encaramarse por ellas. El esfuerzo nos dejaría exhaustos, consumiría toda la energía que nos quedaba en los músculos, y llegaría un punto en que ya no seríamos capaces de controlar los brazos ni las piernas. Pero no se produciría una caída fatal. En vez de eso, nos precipitaríamos a cámara lenta, en un simulacro de lesión mortal, vapuleados y desollados por las paredes, que nos harían descender de una forma agónica, que no nos permitirían caer al suelo sin más, para estamparnos los sesos. Estaríamos tan débiles que incluso la más ínfima oportunidad de volver a salir se tornaría inviable. ¿Quién sabe cuánto tiempo nos pasaríamos tendidos en el suelo, malheridos y agonizando en la oscuridad?

—Trepa —repitió Wick, y comprendí que era su forma de admitir que a él tampoco le quedaban fuerzas para regresar.

Así que trepamos entre la negrura y no miramos abajo, porque jamás podríamos volver a bajar, y rezamos a todos esos dioses en los que no creíamos para que hubiera una luz ahí arriba. La que fuera.

LO QUE ENCONTRAMOS ENTRE LAS RUINAS DE LA COMPAÑÍA

Tiempo atrás le conté a Wick una mentira relacionada con Borne, porque para cuando significó algo… ya no tenía importancia. Eso fue antes de que llevara a Borne a la ciudad por primera vez. Wick y yo habíamos estado discutiendo si Borne podría ser un arma, y yo le había dicho que no había ningún indicio de que lo fuera. Pero Borne había dicho que quizá fuera un arma, durante una conversación nocturna. Una de esas conversaciones que yo iniciaba cuando no me podía dormir, o que me despertaban cuando sí lo conseguía.

Borne estaba hablando solo otra vez:

—No me siento como si fuera un arma. No me parezco a otras armas. A lo mejor me diseñaron para ser un arma, pero salí mal. Ni siquiera sé de dónde proviene la palabra «arma». Antes no la conocía. Arma, arma, arma. ¿Arma? Ar-ma. Ar. Ma. Aaar. Maaa.

Se dedicó a asimilar la palabra antes de que pudiera colonizarle.

Sus ojos se transformaron en pinchos o crestas, y su cuerpo se había convertido en un mar en miniatura de color turquesa que se extendía por el suelo, donde las ondulaciones eran olas congeladas.

—Rachel —dijo Borne—, sé que no estás dormida.

Pues claro que lo sabía. Yo tenía los ojos abiertos, y Borne ya me había demostrado más de una vez que poseía una visión nocturna sobrenatural.

—¿Dónde has aprendido la palabra «arma»? —le pregunté. Borne estaba acostumbrado a que le preguntara dónde había aprendido algo, a pesar de que muchas cosas las aprendía gracias a mí.

—Pues… ya sabes —dijo Borne—. Ya sabes… donde siempre.

—¿Donde siempre?

—De aquí para allá, de acá para acullá.

Comprendí que era inútil seguir insistiendo, porque Borne se estaba retrayendo al lenguaje propio de los libros infantiles. Lamenté sinceramente haberle regalado tantos libros para niños.

—Dudo que seas un arma —dije, somnolienta—. Eres demasiado tonto para ser un arma.

—¿Un arma no puede ser tonta?

—No —afirmé. Cuando pensé en ello más tarde, me di cuenta de que la mayoría de las armas eran tontas o, a su manera, tenían un

aspecto ridículo.

—Pero, ¿y si lo soy, Rachel?

—No lo sé —dije.

—¿Qué es lo que no sabes? ¿Cómo detenerme? Si yo fuera un arma, ¿no tendrías que detenerme? En los libros, siempre están deteniendo a las armas.

Aquello me pareció serio. ¿Qué libros? Así que me incorporé en la cama y me puse seria. Del mismo modo que yo había influido mucho en Borne, él también me había influido a mí, así que incorporarme en la cama y ponerme seria fue el equivalente a cambiar de forma y modificar la apariencia de mis ojos.

—Estás diciendo tonterías —repuse.

Otro de mis trucos consistía en hacer que Borne se concentrara en palabras clave, en el vocabulario que yo le había enseñado. Normalmente, Borne entraba en un bucle que consistía en repetir la misma palabra en diferentes contextos. Pero esta vez no funcionó.

—¿Cómo me detendrías? —preguntó Borne—. ¿Cómo?

Yo no quería pensar en eso, allí no; en mi apartamento, en la cama, al lado de Borne.

—¿Cómo se detiene a otras armas? —insistió Borne—. ¿Has matado a alguien para detenerlas? ¿Cómo se hace eso?

—Vamos a suponer que no eres un arma —dije—. No eres un arma, sino algo asombroso, útil y maravilloso. Descubre qué es ese algo tan maravilloso, y esfuérzate por llegar a serlo.

Pero después de eso no pude pegar ojo, estaba inquieta. ¿Qué sabría Borne? En el fondo, todos éramos armas. Todos nos habíamos convertido en un arma, cada cual a su manera.

—¿Soy una persona o un arma?

Siempre quería que le dijeran que era una persona. Pero seguía ofreciéndome diferentes opciones para que alguna vez tuviera un lapsus y le dijera: «No eres una persona».

—Eres una persona. Pero como persona que eres, también puedes ser un arma.

En este momento, mientras Wick y yo trepábamos hacia lo que esperábamos que fuera una luz, recordé esa conversación, y parte de esa esperanza por encontrar luz incluía también un anhelo por algo que jamás había deseado en el pasado.

El anhelo de que Borne fuera un arma. El anhelo de que, al margen de lo que nos ocurriera cuando nos asomáramos a esa luz, Borne no fuera simplemente una buena arma, sino un arma excepcional. La clase de arma capaz de derrotar a Mord.

*

Pero no había ninguna luz, porque nos habíamos quedado atrapados en la grieta-pasadizo hasta casi el anochecer. Solo encontramos un agujero, como los que había en los

Palcos del Acantilado, y nos alegramos mucho, nos reímos a carcajadas por haberlo encontrado, y por la brisa limpia y tibia que soplaba desde allí. Nos carcajeamos y nos limpiamos la mugre y las telarañas de la cara, nos impulsamos para salir por la oquedad con nuestras últimas fuerzas y nos tendimos al lado de las enormes vértebras amarilleadas de alguna bestia muerta. Al otro lado, había un modelo en yeso de la cabeza de un oso, que provocó que Wick se riera bajito, sujetándose el costado.

—Ay, Rachel —resolló—. Ay, Rachel.

El lujo de aquel lugar tan espacioso, de poder estirarse, de respirar aire fresco… Demasiado oxígeno de una tacada, demasiada libertad.

Sobre nosotros se extendía un cielo de color azul oscuro que estaba empezando a ponerse gris, a despejarse, donde empezaba a dibujarse el contorno de la luna muerta. Se percibía un olor salobre, ligero pero penetrante, que ni siquiera la brisa pudo disipar del todo. Provenía del leviatán que murió a manos de Mord, cuyas vértebras serpenteaban entre los escombros que nos rodeaban.

Nada se movía en ese lugar, salvo que lo impulsara el viento. Aquella quietud a la que solo nosotros nos resistíamos tenía una apariencia irreal, pero, aun así, nada se abalanzó sobre nosotros para atacarnos. No era más que un edificio abandonado, y a nuestro alrededor había toda clase de residuos, desde maquinarias averiadas y retorcidas hasta restos de tiendas de campaña, entre otros indicios de que los empleados de la Compañía habían vivido allí como ocupas. Se veían las fruslerías improvisadas de sus últimos días.

El viento arrastraba el peculiar sonido —que parecía emerger desde el pasado— que se produjo cuando Mord destruyó el edificio de la Compañía. Pero Mord había pasado a odiar a Borne. Escuchamos sus rugidos, y los rugidos del otro mastodonte. Uno de esos rugidos denotaba rabia, y el otro, cierta perplejidad, como si uno de los combatientes no conociera aún la verdadera naturaleza del otro. Ese sonido —nítido, lejano, insistente— provenía del norte, y por esa razón supimos que Mord y Borne seguían peleando.

Mientras tanto, nosotros, dos sacos de carne, habitábamos entre los destrozos que Mord había producido en la Compañía. Los dos estábamos tan mugrientos que Wick parecía una especie de criatura cavernaria exhumada, traída a la superficie, y no al cabo de un día, sino después de años y años. Si Mord todavía volara, si pudiera haber contemplado la escena desde las alturas, habría visto dos diminutos

trozos de carne que no valía la pena matar, tendidos entre un inmenso mar de caos y desorden, delimitado por unas paredes que seguían siendo lo bastante altas como para impedirnos otear el exterior. Dos trozos de carne entusiasmados con su supervivencia, exultantes en su flaqueza.

Pero Wick estaba más débil que yo. Puede que sintiera temblores y hormigueos en todos los músculos de mi cuerpo, puede que tuviera una quemazón en el costado y en la espalda a causa del roce con la pared de la grieta-pasadizo, pero a mí no me había herido un oso.

Apoyé a Wick sobre esas vértebras gigantescas, registré la mochila en busca de cualquier cura que pudiera encontrar. Vendajes, un analgésico en pastillas, algún desinfectante.

—¿Cómo te sientes? —pregunté.

—Bien —respondió. Su voz era como el tañido de un hilo de plata —. Estoy bien.

Pero no era cierto. Le temblaban las manos y tenía una expresión sombría que no se debía a la capa de polvo, igual que pasaba con los círculos amarillentos que aparecieron bajo sus ojos. Las marcas del zarpazo que le atravesaban el hombro formaban unos surcos inflamados, que estaban recubiertos por una costra y despedían un olor fétido. Se hinchaban como si estuvieran a punto de estallar. Tendría que limpiarle las heridas y vendarlas, aunque no pudiera extraerle el veneno del organismo.

—Esto te va a doler —dije.

Sobraba decirlo, a juzgar por la mirada que me lanzó Wick. Bien. Estaba lo bastante consciente como para ser mordaz.

Tampoco gritó mientras le hice lo que tenía que hacer, aunque le desgarré la piel, después se la cauterícé con una llama y finalmente le vendé el hombro; pero no lo tensé demasiado, para que la piel no se quedara pegada al vendaje. No hablamos de las implicaciones de esa herida, de las posibles fases del veneno que estaba actuando en su cuerpo.

Le di un sorbo de agua de nuestra cantimplora, después bebí yo, y nos quedamos allí sentados durante un buen rato, apoyados sobre la columna vertebral del enemigo abatido por Mord. Estaba demasiado agotada como para interpretar esa serenidad de otra forma que no fuera que, por el momento, estábamos a salvo. Pero si no acabara de salir de una grieta en el suelo, de un lugar en el que pensaba que iba a morir, tal vez me hubiera dado cuenta de que esa quietud denotaba control. La falta de recolectores denotaba control. Algo o alguien regía ese lugar, a pesar del abandono aparente.

—¿Sabes adónde ir desde aquí? —pregunté. No teníamos más

opción que seguir adelante, si podíamos. Ahora mi esperanza no era solo encontrar la medicina de Wick, sino también algo para el veneno.

—Sí —dijo Wick—. Siempre que la puerta no haya quedado sepultada bajo las vigas o los huesos del leviatán.

Regresaron los ecos de los rugidos procedentes de la ciudad, los susurros estridentes de unas voces poderosas que denotaban que el resultado era incierto.

—Cuando quieras —dije, aunque la idea de levantarme era como tratar de alcanzar una tierra mítica y remota mientras te hundes en unas arenas movedizas.

—Vamos —dijo Wick, y, apretando los dientes, se equilibró apoyando una mano en el suelo y se levantó.

Yo hice lo propio, me entró un mareo, estuve a punto de desmayarme, me recobré, la mochila se balanceó en mi mano como si fuera un péndulo voluminoso. Wick me agarró por la cintura, me impulsó el resto del camino hasta que me puse de pie, torciendo el gesto a causa del esfuerzo.

—Ya casi estamos —dijo—. Seguro que la puerta sigue ahí.

Todo lo que expresamos, todo lo que nos dijimos en ese lugar fue estrictamente pragmático, como si ya fuera demasiado tarde cuando te quedabas tan cerca de la muerte, del final. Como si todo lo demás que podríamos habernos dicho tuviera que haberse expresado en el pasado, antes de conocer el futuro.

Encontramos muchas evidencias de abandono mientras Wick me guiaba a través de ese laberinto ruinoso, a través de ese rompecabezas creado con paredes arrancadas y escritorios olvidados mucho antes, apilados como si fueran leña, mientras la espina dorsal y las extremidades esqueléticas del leviatán asomaban en lo alto como guardianes imponentes. Los montículos improvisados de papeles, cubiertos de ceniza. Las pequeñas tiendas de campaña que salpicaban el paisaje, con restos de hogueras en las proximidades, distribuidas siempre alrededor de laboratorios abandonados, al aire libre, aplastados en su mayoría, mientras que lo que se extendía a su alrededor permanecía ileso, como si Mord hubiera querido dedicarles una atención especial. Cada pocos pasos: restos humanos, debajo de las vigas o acurrucados en un rincón. Este lugar ya resultaba disfuncional y estaba medio destruido mucho antes de que Mord le arrancara el techo. Debido, no tanto a una guerra civil entre facciones, sino a un caos progresivo.

Lo más inquietante: osos por todas partes. Fotos y dibujos de osos, hechos jirones, estropeados por la humedad, fijados a las paredes.

Burdas esculturas de osos, bustos de osos. Osos corriendo, caminando, apoyados sobre sus cuartos traseros, esquemas de osos concebidos claramente para participar en la creación de los vástagos de Mord. Afortunadamente, todo aquello se fue sumiendo entre las sombras y la penumbra, a medida que la noche deslizó su oscura mano sobre nosotros. El fervor con el que los supervivientes de la Compañía se habían sumado al culto a Mord resultaba evidente… o su desesperación por resolver un problema que no tenía solución. Se habían puesto a trabajar, empleando los conocimientos que les quedaban para servir a Mord, desesperados por servir a Mord, y al final los destruyó de todos modos.

*

Al final, también, resultó que no había ninguna puerta mágica, y la búsqueda de los pisos inferiores fue como estar embriagados de flaqueza, malestar y lesiones, y sostenernos el uno al otro el tiempo suficiente como para seguir buscando entre techos desplomados, muros de carga inestables y una polvareda asfixiante, prestando cada vez menos atención a cada nuevo cadáver que nos encontrábamos.

Para Wick, fue como regresar a un lugar que quería ver destruido… pero solo por su mano. Que otro lo hubiera destruido resultaba intolerable, y si yo alenté esa emoción fue solamente porque encendía un fuego en su interior, porque le hizo vibrar de una forma más pura, más limpia, durante un rato.

Pasamos por las distintas fases que conformaban tanto nuestra búsqueda, como la reconciliación de Wick con los restos del edificio de la Compañía. Con la idea de que el lugar del que había sido expulsado ya no existía tal y como lo recordaba, que la gente a la que Wick se imaginaba viviendo a lo grande, seguramente llevaba muerta desde hace años. Degradado a la categoría de simple empleado una vez más, como si fuera el lugar el que definía al hombre, y no al revés.

Mientras deambulábamos por el lugar, descubrir que nada era como él esperaba sirvió de aliciente para su búsqueda, que se convirtió en una búsqueda de lo conocido, de todo lo que había cambiado con respecto a lo que recordaba. La sensación de que pasaba el tiempo, de que avanzaba el reloj, nos llegó a través de Borne. A través de su batalla con Mord, que yo sabía que podría provocar que todo lo demás careciera de sentido, incluso mientras ayudaba a Wick a adentrarse cada vez más en una impasible e indiferente vorágine de basura, en la vorágine de lo inútil, lo misterioso y lo triste. Pronto, dejaríamos de oír los rugidos de Mord, siquiera de lejos, y no sabríamos si sería por habernos adentrado demasiado o porque Mord

había vencido.

—Esto no estaba aquí —murmuraba Wick—. ¿Por qué hicieron esto?

—Esto es absurdo —despotricaba Wick—. ¡Si se lo hubieran comido, en lugar de utilizarlo, les habría ido mejor!

—¿Acaso no sabían que una barricada así no aguantaría?

Mientras Wick actuaba como si fuera un viejo, tuve una visión de su yo del futuro atrapado en el pasado. Los dos habíamos perdido el control sobre nuestros monstruos.

Cuando llegó ese momento, cuando alcanzamos una especie de entrada —una ecuación creada por combinaciones aleatorias de vigas, paredes y derrumbes, una multiplicación de madera, metal o plástico —, Wick dejó de caminar y miró en derredor como si hubiera oído algo. Pero en realidad se debió a que había desaparecido un sonido. Puede que Mord y Borne siguieran luchando, o puede que no. Pero nosotros ya no podíamos oírlo.

La desaparición de ese sonido despojó a Wick de la chispa de energía necesaria para refunfuñar, para arremeter contra las ruinas, y sin esa referencia del paso del tiempo, a mí solo me quedó la impresión persistente de que alguien o algo nos estaba observando desde algún escondite. Un cosquilleo cansino en los sentidos, siempre alerta. Pero Wick ya no estaba asustado —puede que el veneno le hubiera arrebatado esa capacidad—, y me tocó decirle más de una vez que no hiciera tanto ruido, que avanzara despacio y no deprisa para no tropezar, mientras el pasadizo se convertía en un batiburrillo de ecos.

—Está cerca, está cerca —dijo Wick unos minutos después, guiándose por el olfato. Al menos, eso no lo había perdido.

Llegamos al fondo del derrumbamiento. Cuando alcé la mirada pude percibir un grosor, una profundidad en la vorágine que se extendía sobre nosotros, y que desde ese ángulo parecía una celosía creada por un huracán o un terremoto.

Había descendido por un tornado de escombros. No me gustaba un pelo la idea de volver a escalar por ese barranco artificial, pero en aquel momento no supe si tendríamos otra opción.

Entonces Wick comenzó a aporrear una puerta deteriorada, que conducía al hueco de una escalera que estaba repleta de escombros. Comenzó a golpear los laterales y a darse con la frente en la puerta. Tuve que detenerle e inmovilizarle las manos, que no paraban de agarrar y de arañar, sin dañarle el hombro.

—¿Qué, Wick? ¿Qué?

Wick estaba ardiendo, percibí su fiebre a través de las palmas de las manos. Estaba sudando, tenía los ojos hundidos, y pude percibir en ellos una luz que los hacía parecer unos puntitos llameantes: intensos, vigorosos, pero demasiado brillantes. Tenía la mirada estática, y me pregunté si estaría perdiendo la vista. El gusano atrofiado que tenía cosido al hombro había pasado del color blanco hueso al negro, y comenzó a disolverse, a convertirse en una sustancia aceitosa que le manchó la camiseta. Wick apestaba a ese aceite.

—Este era el lugar, Rachel —dijo Wick, con la voz tomada por el pánico—. Era este lugar. Estaba aquí abajo. Pero Mord lo ha sellado. Mord lo ha sellado para que no podamos llegar hasta él. Me odia. Quiere matarme. Quiere matarme. Quiere matarme.

Wick deliraba. Con la cabeza embotada y repleta de cuchillas, me hablaba desde el fondo de un pozo viejo. Se imaginaba que Mord se estaba tomando un interés personal, cuando no había ninguna implicación de ese tipo. Asomada a ese abismo sellado, lo único que vi fue un espacio oscuro, frío y polvoriento.

—Escúchame, Wick —dije—. Esto no lo ha hecho Mord. No es posible. Esto tiene más tiempo, y es demasiado preciso. Esta entrada la bloquearon hace mucho. —Y con mucho ahínco.

Wick se dejó caer sobre la pared, con la cabeza gacha, rodeado por todos esos escombros inútiles.

—Eso no cambia nada.

Percibí en el destello enajenado de sus ojos una sensación de pérdida, de angustia ante la idea de volver a trepar, de abrirse camino con uñas y dientes a través de la grieta-pasadizo para regresar a los estanques de contención. Jamás lo conseguiría en ese estado. Y yo tampoco sabía si sería capaz.

Le eché agua en la cara, pese a que nos quedaba muy poca. Le obligué a dar un sorbo de la cantimplora, a que se comiera un paquete de comida entero, aunque vomitó la mayor parte.

Después lo dejé allí, custodiando nuestra mochila, demacrado y esquelético, con barba de tres días. Tenía la mirada perdida, como si necesitara aislarse del mundo durante un rato.

Mientras, me dediqué a buscar otra entrada. Porque si el desplome de las escaleras venía de lejos, puede que la transformación de todo lo demás y el cúmulo de catástrofes hubieran formado otro punto de acceso, que saldría a relucir tras una búsqueda exhaustiva.

Separé una mesa de la pared. Nada. Me asomé al espacio entre una pared y una columna rota que debió de caer allí desde un piso superior. De nuevo, nada.

Una y otra vez, nada.

Y Wick, cada vez más ido.

Pensé en Borne, cuando escondía cosas en los armarios. Revisé los escondites propios de Wick, mis preferencias cuando tenía que disimular algún botín sobre el terreno porque era demasiado grande como para cargarlo sin su ayuda. Fue en vano.

—Wick —murmuré—, tienes que recuperarte. Necesito tu ayuda.

Entonces me fijé en la cabeza de un zorro que me estaba observando desde unos seis metros de distancia, asomando de la pared a modo de trofeo. Lo primero que pensé: ese zorro está atravesando la pared como si fuera un fantasma, es un zorro asombroso. Me estoy muriendo. Esto es una alucinación. Pronto aparecerá una luz blanca, a continuación.

Pero entonces comprendí que estaba mirando al zorro que asomaba desde un agujero en la pared, sin fijarme tanto en la certeza de que había aire fresco más abajo, como en el simple hecho de que el aire se filtrara a través de ese agujero. Y después de la grieta-pasadizo, ese agujero sería más que suficiente… siempre que condujera al mismo sitio que las escaleras.

El zorro desapareció, pero nosotros íbamos a adentrarnos en su madriguera. Seguiríamos el rastro de esos dientes, esas mandíbulas, esa mirada brillante, recelosa y animal.

Lo sopesé durante un rato.

—Wick… ven aquí. Trae la mochila —dije.

No hubo respuesta. Wick no estaba lejos, pero estaba encorvado, como si se hubiera dormido, y cuando me acerqué descubrí que apenas estaba consciente. No sé cómo, conseguí que se volviera a despertar, aunque deliraba, y le expliqué que teníamos que meternos por ese agujero. Asintió con la cabeza, y yo lo interpreté como una manera de decir que pensaba que el agujero conduciría, efectivamente, al mismo lugar que las escaleras. Sentí una sensación desagradable en el estómago, que no era solo hambre. Porque no podíamos asegurarlo. Porque no creo que Wick lo hubiera sabido, aunque estuviera completamente lúcido.

Pero no íbamos a volver a trepar por ahí. No íbamos a quedarnos quietos a esperar la muerte. Si dejaba atrás a Wick para irme a explorar, no estaba segura de saber regresar. Si dejaba atrás a Wick, puede que no volviera a verle nunca, y él moriría solo.

—Lo entiendes, ¿verdad, Wick? —Solo lo dije para tranquilizarme a mí misma—. No tenemos elección. Ya sé que te encuentras mal, pero tienes que resistir.

Aguanta, Wick, solo un poco más.

Wick tenía que ir delante, o si no, no podría zarandearle ni

empujarle hacia delante si se quedaba inconsciente. La mochila tendría que ir por delante de los dos, ya que el paso era estrecho.

Si cayéramos hasta el centro de la Tierra, puede que eso solucionara todos nuestros problemas.

LO QUE QUEDABA DENTRO DEL EDIFICIO DE LA COMPAÑÍA

Encontramos el séptimo piso. El agujero conducía hasta allí. Nos colamos como ratones, pero en el polvo se veían las huellas de tantos animales que cabría pensar que por allí había pasado un circo o un ejército. Clandestino o no, ese túnel había sido utilizado, pero no hallé ni rastro del zorro. Salimos a un espacio amplio, uniforme y de techos altos, con la entrada bloqueada a nuestra espalda y un arco por delante, que conducía a un laberinto de pasadizos y salas.

Un halo de abandono envolvía el pasillo, sobrevolaba el arco, pese a que el tenue resplandor blanquecino que irradiaban las paredes denotaba una iluminación por microorganismos que se había ido desvaneciendo con los años. También se había disipado un olor antiséptico, o había quedado eclipsado por el hedor rancio a pelaje de animal.

Daba la sensación de ser un lugar que estaba a punto de ser reanimado, pero se quedó estancado, y ya nunca volvería a cobrar vida. Aun así, se percibía de fondo una especie de tamborileo, zumbido o vibración.

La sala que Wick pensó que nos resultaría útil, con sus provisiones de medicinas, se encontraba apenas a un pasillo y una esquina de distancia. Dejé a Wick apoyado enfrente del agujero y atravesé el arco siguiendo sus indicaciones, rumbo a la enfermería… solo para encontrármela saqueada. Habíamos llegado tarde. Se habían llevado todo cuanto se pudiera transportar: instrumental médico, mobiliario, sillas, incluso los tableros de las mesas.

Pero la registré a conciencia. En un rincón, encontré cuatro pastillas de nautilo. Parecían viejas y marchitas. Las recogí cuidadosamente con las manos temblorosas y les quité el polvo de encima. Como siempre, íbamos a salir de esa a duras penas, íbamos a sobrevivir sin prosperar, pero di gracias por esa pequeña muestra de misericordia. Una pastilla al mes. Le había hecho ganar a Wick cuatro meses, quizá cinco, siempre que sobreviviera al veneno. Me las guardé junto con los demás restos, por si acaso Wick podía utilizarlos.

Solo estuve fuera veinte minutos. Cuando regresé, Wick seguía tendido allí. Apoyé una rodilla en el suelo e hice que se tomara la

pastilla de nautilo. Wick alargó la mano hacia ella con gratitud, con tesón, inspirando una bocanada honda.

—Todavía está aquí abajo. Todo sigue aquí abajo —dijo, resollando.

—Pero alguien bloqueó esa escalera por alguna razón —repuse.

Desde este lado, parecía como si la hubieran sellado con cemento o con piedra. Habían hecho un trabajo concienzudo.

—¿Tú crees?

O bien Wick había recuperado una parte de su yo anterior gracias a la medicina, o bien su lucidez se debía a que por fin había encontrado una parte de la Compañía que estaba ilesa, un sitio que reconocía como su hogar.

—¿Hay algo más aquí abajo, Wick? —pregunté—. ¿Algo que debería saber?

—No —respondió Wick—. Recoge todas las provisiones que puedas y nos marchamos.

Fue entonces cuando las vi, a la luz. Sobre las huellas de los animales, sobre mis huellas y las de Wick, en ese mismo polvo, había unas huellas dejadas por otro par de botas. Y no había nadie más en ese pasillo, aparte de nosotros.

—¿Quién ha estado aquí mientras yo estaba fuera, Wick?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Yo no he visto a nadie.

—¿Y oíste a alguien?

Wick negó con la cabeza.

Me había dado la impresión de que el piso que se extendía a nuestro alrededor era una burbuja de vacío —sin sonido, inmóvil y silenciosa—, y me serené un poco gracias a esa repentina abundancia de aire y espacio. Pero esa impresión ya se había disipado.

Solo llevaba encima un cuchillo. Necesitábamos desesperadamente más provisiones: agua, comida, todo lo que ese lugar nos pudiera ofrecer. No podía llevar a Wick conmigo, ya que no conseguiría traerlo de vuelta a rastras por el agujero si se volvía a desmayar. Aún tenía veneno de oso en su organismo.

Y a medida que me fui aventurando por ese lugar, descubrí que lo conocía. Ya había caminado por esos pasillos, y pensé que el motivo eran los Palcos del Acantilado.

Que Wick, motivado por la nostalgia o por algún impulso encubierto, había diseñado las excavaciones de los Palcos casi a imagen y semejanza de este piso del edificio de la Compañía.

Puede que nunca llegara a sondear todos los secretos de Wick.

Le dejé el cuchillo a Wick. Lo llevé hasta la enfermería y lo escondí en un rincón para que no pudieran verle desde la entrada. Le dejé el petate al lado, e hice que se guardara las pastillas de nautilo restantes en el bolsillo de la camisa.

Le dije que regresaría pronto y me fui a explorar. Fui a comprobar qué aspecto tendría el equivalente a la piscina en este lugar. ¿Sería repulsivo? Pero principalmente me dediqué a seguir las huellas de las botas, allí donde el polvo las delataba y donde la luz se proyectaba sobre su rastro. No sabía si era la decisión más acertada, pero al menos la había tomado yo.

Por el camino, fui conformando la comitiva que esperaba encontrar cuando fui a la enfermería. En cada nueva sala por la que pasaba o a la que me asomaba, veía nuevas evidencias de sus planes y de su dominio, y sus pisadas furtivas se sumaron a las mías. Dos, después tres, después seis, avanzando a mi ritmo, mirándome de una forma desconcertante: el zorrillo que había seguido a Borne, o su gemelo. Con la boca abierta, los ojos centelleantes. Y sus compañeros, algunos con apariencia de zorro y otros no. Un cúmulo de sombras sobre esa tierra sombría, y yo me sentí afortunada de poder pasar. De que me dejaran pasar.

Atravesé esos pasillos con la misma soltura que ellos, como si hubiera encontrado mi sitio, o como si hubiera estado allí antes.

Pero eso era imposible, ¿verdad?

*

La encontré en lo que denominaré el Salón de los Espejos. En otra época había dado cobijo a la piscina de Wick, en toda su fecundidad. En su lugar, no quedaba más que una caverna artificial muy parecida a un anfiteatro, con suelos metálicos, muros de piedra y un techo ovalado que se perdía en las alturas.

En el extremo opuesto: el destello tenue de un muro plateado. Delante del muro, un raíl para alguna especie de vehículo que había sido arrancado por la fuerza y apilado a un lado. Enfrente se extendía una caótica pila de cajas de plástico volcadas, que se habían desparramado. Como todo lo demás en aquel piso, el Salón de los Espejos daba una sensación de continuidad, como si se hubiera construido a partir de un molde. ¿Cuántos salones más existirían en las diversas instalaciones de la Compañía?

A la izquierda se encontraba la Maga, contemplando la escena.

Dudé entre pelear o salir huyendo, y logré reprimir ambos instintos.

—Hola, Rachel —dijo la Maga, sin darse la vuelta.

Nunca he sabido si decidió volverse visible ante mí, o si no le quedó más remedio porque su camuflaje se estaba muriendo. La prenda que la cubría desde la coronilla hasta las puntas de los pies pendía lánguida y chorreaba como una especie de capa viviente. Compartía atributos con las polillas, los camaleones y las plumas de las aves. Profería zumbidos, suspiros y chasquidos, posada sobre la espalda de la Maga, no paraba de cambiar y de agitarse con nerviosismo. Se la veía andrajosa, vieja, deteriorada.

Me acerqué más, pero no demasiado. Mis botas rechinaron sobre el suelo metálico.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó la Maga, con cierto deje de fastidio imperioso que me resultó familiar—. ¿No quieres decirme algo? ¿Preguntarme qué es esto, por ejemplo? —Señaló hacia el muro plateado.

Preferí no mirar hacia el muro. Me daba miedo perder de vista a la Maga. Me acerqué más, pero, al igual que antes, no demasiado. Sentí las líneas de poder, las trampas que me estaban esperando, que la esperaban a ella. Era muy consciente de las criaturas que tenía detrás.

Lentamente, mis ojos se adaptaron a las peculiaridades de esa luz, y a la oscuridad que manaba de la Maga. Estaba tan firme como siempre, pero desmejorada; tenía unas manchitas en un lateral del rostro y el cabello alborotado. Me pregunté si permanecía tan inmóvil porque estaba herida y no quería que yo lo supiera.

—Te vi en la llanura —dije—. Te vi peleando con un vástago de Mord. Supongo que fue entonces cuando tu capa salió malparada.

—Se les ha metido en sus cabezotas peludas que yo le arrebaté las alas a Mord —dijo la Maga.

—¿Y no fuiste tú?

La Maga se encogió de hombros, cansada, pero con un deje de satisfacción en la voz:

—Puede que Mord ya no quisiera volar más. Puede que se hartara de hacerlo.

—Fue una estupidez atacar a Mord —dije.

Una sonrisa perversa en la penumbra, una mirada depredadora.

—Estuve a punto de salirme con la mía. Puede que aún lo consiga.

—Sí, debe de irte bien en tu guerra contra los vástagos, si has venido hasta aquí en persona —dije.

—Hablas como si no desearas la muerte de Mord, Rachel.

—¿Cuánto tiempo nos has estado siguiendo? —pregunté.

La respuesta me daba igual; solo quería saber qué planes tenía. Pero también quería ganar un poco de tiempo para pensar en los míos.

Entonces se dio la vuelta y volví a verle la cara, que había

envejecido una década en apenas tres años. Secuelas de traumatismos, desgaste por uso, lesiones. Había perdido el rumbo por completo, y también reparé en los temblores, en cómo tensaba la mano derecha como si quisiera apretar el puño para combatir el dolor. Entonces lo comprendí: estaba huyendo. Los vástagos de Mord la habían expulsado, coincidiendo más o menos con el ataque a los Palcos del Acantilado, supuse, y las cosas no le habían ido bien.

—Bastante —respondió—. Digamos que desde el aljibe. Digamos que desde que les revelé vuestro olor a los osos, allá en los Palcos del Acantilado. Pero eso no importa. Esto, sin embargo —señaló hacia el muro plateado—, es muy importante. Es algo legendario, valioso, algo de lo que nunca se habla en la ciudad, porque apenas se hablaba de ello en el seno de la Compañía.

Reparé en que, con la otra mano, sujetaba algo que parecía un mando inalámbrico. Pulsó un botón.

—Encontré muy pocos recuerdos referidos a este lugar —dijo la Maga—. Pero había un indicio. Y ese indicio me bastó para desear que existiera de verdad.

El muro de plata se convirtió en un río de gotitas plateadas, y después en una escena congelada tan real que me costó creer que lo que estaba mirando era una especie de pantalla. Se parecía a los hologramas de aquel restaurante elegante de hace tanto tiempo. Pero solo mostraba una única escena estática.

—Tengo que reconocérselo a tu amigo Wick —dijo la Maga—. Me lo mantuvo en secreto, y nunca pensé que se atrevería a hacerlo. Tampoco me imaginé que conocería la existencia de este lugar. Me pregunto si también te lo ocultó a ti. ¿Sabes cuántas cosas te ha ocultado, Rachel?

Los zorrillos y sus parientes habían comenzado a escabullirse a nuestro alrededor, aparecían y desaparecían como si estuvieran entrando y saliendo del espacio-tiempo. La Maga no se dio cuenta de que estaba rodeada por una congregación, de que estaba rodeada de gente, en cierto modo. Yo también estuve a punto de pasarlo por alto, lo había malinterpretado durante demasiado tiempo.

La Maga volvió a señalar hacia la pantalla.

—Por allí se fue todo. Para esto estaba pensado todo. Nos transmitían provisiones a través de esto. No hacían más que llevarse cosas de la ciudad, y nosotros les enviábamos productos de vuelta. Y no era a través de un sistema ferroviario, ni de un pasadizo subterráneo, sino a través de eso.

Era una escena bastante bonita, de un lugar que no había sido dañado por la guerra, ni alcanzado por la ruina que generó la

Compañía. La imagen relucía, permanecía congelada, pero no llegaba a resultar del todo nítida. Aun así, pude ver que era un lugar pleno, fértil, funcional y todas esas cosas que nuestra ciudad no era y posiblemente nunca llegaría a ser. Pero al mismo tiempo era algo irreal, y no serviría para salvarnos. A ninguno. Así que me negué a concederle sustancia, a permitirle el acceso a mi realidad.

—Hace años que no pasa nada a través de él —dijo la Maga—. Cuando me di cuenta de que podría existir, este piso solo era un mito, un rumor. Y puede que lo sea. Aunque siguieron mandándonos cosas durante un tiempo, ¿sabes? Cosas como estas… —Señaló hacia las cajas, hacia lo que se había escurrido desde su interior.

Supuse que la Maga no se había asomado a las demás estancias. Ni siquiera había visto lo mismo que yo, por poquito que fuera; no había visto qué más cosas habían recolectado el zorro y sus camaradas, qué más habían sacado a la ciudad o adoptado como uno de los suyos. Y en caso de que la Maga hubiera visto todos los túneles excavados en este piso —desde la base de las paredes, desde los techos—, también los había pasado por alto. Eran demasiado pequeños para un ser humano, pero no para otros seres.

—Soñaba con que esto fuera real —dijo la Maga—. Soñaba con que esto fuera real y yo pudiera atravesarlo hasta el otro lado. Pero ya no existe ese otro lado. Es una lástima. Podría haber hecho aun más cosas allí. En cualquier caso, puede que sea útil estudiarlo.

No, la Maga había ido directa hasta allí. Este era su tesoro. Quería tener otra oportunidad de renacer, quería disfrutar de otra oportunidad. Y aquello requería más biotecs, así que ahí estábamos, en el interior de una caverna, en un piso que, incluso desvalijado casi por completo, seguía albergando tesoros suficientes como para que alguien como la Maga pudiera empezar de cero. Con un poco de ayuda.

—Quién sabe qué ocurrirá en la ciudad, Rachel —dijo la Maga—. Es imposible saber qué nos encontraremos. Pero te conozco, Rachel. Conozco tu vida. Podríamos hacer una causa común. Tú podrías ayudarme. Yo puedo protegerte. Puedo asegurarme de que no te falte de nada. Te lo mereces, por haberme conducido hasta aquí.

¿Y luego pensaría pedirme que abandonara a Wick? ¿Tan desesperada estaba? No sabría decirlo. Se quedó plantada frente a mí con su capa harapienta y me pidió que me uniera a una causa que destruía niños, que experimentaba con críos y le decía al mundo que era por una buena razón, porque al mundo le gustaba que lo tranquilizasen, porque ese era el camino más fácil. Y lo más espantoso de todo fue que para mí no era una opción tan mala, mirándolo con la

perspectiva de un recolector, de un asesino. Era lo que le había concedido tanto poder: proporcionar seguridad, comida, territorio. Le había convertido en una líder, sin importar lo que pensaras de ella o a quién liderase y cómo. Daba igual que estuviera huyendo… porque seguía viva.

—También podría contarte muchas cosas sobre tu pasado, Rachel, más de las que te puedes imaginar. Esos espacios en blanco, aquello que desconoces. Sé cómo llenarlos.

¿Qué habrías hecho tú, lector, que has podido seguirme tal y como me siguió la Maga? Invisible, omnipresente y libre de toda represalia.

*

Es difícil describir el odio que sentí hacia la Compañía cuando vi ese lugar con el espejo congelado. Mi odio había ido creciendo a lo largo de todo el viaje y durante el desfallecimiento de Wick, al ver cómo, a su manera, seguía mostrando lealtad. Ahora se había convertido en una especie de miedo atávico, en una ola que me recorría por dentro como si fuera la primera vez, con la intensidad de la primera vez.

Nos habían vuelto dependientes de ellos. Habían experimentado con nosotros. Nos habían arrebatado nuestro libre albedrío. Para mantener el orden, habían enviado a un juez terrorífico que cada vez se volvía más psicótico e incontrolable. Habían deshumanizado a Wick. A su manera habían creado a la Maga, porque todo cuanto hacía y planeaba era un ataque contra la Compañía, en cierto modo. Y, al final, los remanentes de la Compañía se aislaron cuando terminaron con nosotros, cuando la situación se volvió demasiado peligrosa, dejándolos a su suerte para negociar con Mord un alto el fuego que cada vez resultaba más peligroso e inviable, una tregua que no duraría mucho.

Lo único que llegaría a conocer de su corazón era este lugar decadente e injusto. ¿Se trataría del futuro expoliando el pasado, o del pasado expoliando el futuro? ¿Era ese espejo una escena surgida de otra parte más próspera del mundo? ¿Era otra versión de la Tierra? No lo sé. Lo único que sé, o que creo, es que se trataba de una puerta hacia otro lugar. La Compañía había venido desde algún otro lugar y se había visto moldeada y deformada por él; aun así, seguiría formando parte para siempre de nuestra historia más profunda, en contra de nuestra voluntad. Mucho después de que Mord muriera o fuera finalmente derrotado. Mucho después de que yo me convirtiera en ceniza o en carne putrefacta, o después de acabar enterrada en una de las tumbas de la Maga.

Estábamos abandonados a nuestra suerte. Siempre había sido así.

No teníamos recursos, y no te imaginas cuánto deseaba una parte de mí que la situación fuera diferente, que hubiera alguien en las profundidades de la Compañía, quien fuera, que tuviera una respuesta, que siguiera vivo y pudiera explicarlo todo. Alguien que, si se lo pedíamos, si se lo rogábamos, accionaría una palanca o pulsaría un botón para arreglar nuestra situación, para reiniciarlo todo y empezar de cero.

Pero no existía nadie así. Solo se presentó, al cabo de un rato, la certeza de que la Maga seguía plantada a mi lado, de que las dos estábamos allí, entre todos esos animales que habían entrado a través de las grietas, que se habían abierto camino cavando, que habían regresado al lugar donde se originaron sus vulneradas y vulnerables vidas. Las ratas en las paredes, que estaban en proceso de renovar todo el cableado, de cambiarlo todo. Ellos eran el futuro, pero la Maga no se había dado cuenta. Pensaba que el futuro era ella.

El muro plateado que asemejaba una cascada —esa puerta que solo funcionaba en una dirección— mostraba una escena cautivadora, como las que contienen los globos de nieve. Un río fabuloso, con muelles y embarcaderos; un resplandeciente cielo azul con pájaros congelados en pleno vuelo, los primeros indicios de la primavera, edificios modernos y radiantes que se erguían sobre la tierra que se extendía al otro lado y que nunca habían sufrido una guerra. Una escena que causaría anhelo entre los habitantes de nuestra ruinosa ciudad y, en algunos casos, puede que también añoranza.

Estaba claro que era una trampa.

La Maga siguió hablando. La Maga siguió intentando decirme cosas en esa cueva. Por qué debía unirme a ella. Qué significaba todo eso. Cómo salvar a la ciudad de sí misma.

Pero yo no quería saber nada más de ella. Golpeé a la Maga con una roca hasta que la maté, y los animales no hicieron nada por detenerme. Puede que la hubieran matado ellos mismos si yo no lo hubiera hecho. Pero lo hice. No habría futuro para la ciudad mientras la Maga siguiera en ella. Puede que me encontrara al límite de mis fuerzas cuando decidí hacerlo, pero tenía la mente despejada.

Es curioso, lo mucho que creía conocerme la Maga, y lo descuidada que se volvía en mi presencia debido a eso. Pero no me conocía. No me conocía en absoluto, por muchas cosas que supiera sobre mí.

Y había otro secreto que no podía conocer: yo ya había leído la carta de Wick, así que, en el fondo, se podía decir que la Maga nunca había tenido ninguna oportunidad.

*

Pero había más incluso de lo que Wick sabía, y había una cosa que me seguía ocultando, a pesar de su carta. Wick había ido allí en busca de una cura, de una medicina. La Maga había ido allí en busca de biotecs, para relanzar su carrera por el control de la ciudad. Y yo estaba allí como el fantasma de Wick, la persona que le obsesionó durante todos los días de su vida.

Todos habíamos sido muy cortos de miras, demasiado miopes como para darnos cuenta de lo que se nos podría revelar si nos fijábamos bien, si prestábamos atención.

Todas esas cajas desparramadas de la Compañía contenían una serie de productos. Reabastecimientos de provisiones para tranquilizar a los remanentes. Materias primas para crear más biotecs y enviarlos luego de vuelta. Paquetes de comida. Embriones muertos para plagar la ciudad con nuevos foxinos etílicos.

Pero el último envío de la Compañía había sido Borne. Muchos Bornes. Centenares que se habían desparramado fuera de los contenedores, delante del espejo. Venían etiquetados como juguetes para niños, pero el diagrama dibujado en los laterales de los contenedores no coincidía con lo que salió rodando de las cajas. Vainas de Mord. Latentes, atrapados en la caverna por aquellos remanentes que tuvieron la precaución de clausurar el piso.

Hasta que los animales excavaron sus túneles.

Después de matar a la Maga, mientras el zorro observaba sin intervenir, deslicé las manos sobre el delicado mecanismo que antaño controló el muro plateado. La ciudad no tendría futuro mientras la Maga siguiera en ella. Pero tampoco habría futuro si las criaturas procedentes de un envío secreto, diseñadas para absorber y «tomar muestras», se extendían en manada por la ciudad.

¿La Compañía había querido destruirla? ¿Borrarla del mapa? ¿Recuperarse gracias a los conocimientos que absorbían? De ser así, había fracasado. Todo lo que se había desparramado desde esas cajas había sido desactivado, aniquilado antes de que pudiera cobrar vida. Solamente habrían podido salir unos pocos, y eso solo habría sido posible si los animales que me rodeaban lo hubieran permitido. Si el zorro lo hubiera permitido. ¿Lo habrían intentado más de una vez? ¿Fue Borne el primero al que despertaron? ¿Lo modificaron antes de liberarlo? Según lo que había visto en las demás estancias, el zorro y los de su especie habían cambiado muchas cosas. Los que tenían manos habían estado ayudando a los que no tenían. Se estaba gestando una revolución silenciosa.

En cuanto a lo que Wick se había callado, supongo que estaba

implícito en la carta, pero también en una serie de pistas a lo largo del camino.

«Mord me mostró lo que era yo».

En una de las salas encontré lo que Wick había escondido con tanto ahínco y destreza, aquello con lo que llevaba viviendo tanto tiempo. Había una pila de esquemas desechados y de prototipos para biotecs. Cajas repletas de piezas marchitas.

Cada una de ellas mostraba una versión del rostro de Wick. Aplastado. Resquebrajado. Suprimido. Apartado.

Excluido. Abortado.

Wick nunca había sido una persona. Pero para mí siempre lo había sido.

LO QUE DESCUBRÍ EN LA CARTA DE WICK

Querida Rachel:

No sé cómo redactar una carta como esta. Es la primera carta que escribo en mi vida.

Te dije que estaba enfermo, y es verdad, pero existe otra enfermedad, provocada por todos los demás secretos que permanecen ocultos. Uno de esos secretos me pediste tú que lo guardara, y los otros no me ha quedado más remedio que guardarlos. Pero la mayoría de ellos tienen su origen en este hecho: el momento que recuerdas como nuestro primer encuentro no fue la primera vez que nos vimos. No llegaste aquí por el río. No llegaste desde el norte. Saliste del interior de la Compañía. Te encontré porque habías surgido de la Compañía.

Tus padres murieron poco después de que llegarais aquí. Murieron de una forma horrible que te marcó profundamente. Te encontré tambaleándote cerca de los estanques de contención en el edificio de la Compañía, hace siete años, unos meses antes del primer encuentro que recuerdas tú. Estabas consternada, consumida por el dolor, y llevabas días sin comer.

Los estanques de contención eran un espectáculo espeluznante en aquella época, mucho peor que ahora. Un lugar cargado de cinismo donde la Compañía lavaba su conciencia, ya que la mayor parte de lo que arrojaban allí seguía viviendo, al menos durante un tiempo. Ese abandono de experimentos se producía a un ritmo vertiginoso, y el furor que se desató entre recolectores y animales fue descomunal.

Cuando te encontré, ibas caminando por un entorno asolado por las matanzas y la desesperación, un infierno en la Tierra compuesto

por los descartes de la Compañía. No sé cuánto tiempo habrías podido sobrevivir allí, cuánto tiempo pasaría hasta que alguien decidiera que no eras humana, que eras biotec, y te sacrificara, te capturase o se te llevara para intentar modificarte.

Estabas conmocionada. Con la mirada perdida. Tenías la ropa desgarrada y alguien te había quitado ya los zapatos.

Me dijiste algo cuando me acerqué a ti, como si pronunciaras en alto lo que se te estaba pasando por la cabeza. Pero con un tono uniforme, impasible, como si hubieras venido de otro planeta.

—Eres precioso. Preciosísimo. Y alguien tan precioso jamás me haría daño.

Era lo último que esperaba que me dijeras, y tampoco era propio de la persona que eres ahora. Sin embargo, fue lo único que dijiste durante una temporada. Me reí cuando te lo oí decir. Era una tontería. La prueba de que eras disfuncional, de que estabas descolocada. Confirmaba que eras una simple mercancía.

Pero no era cierto. Te hice daño, pero no por dejarte allí, y durante mucho tiempo no comprendí el porqué. No entendía por qué te salvé. Me dije que se debía a que eras el único ser humano en ese paraje, y a que apareciste de una forma muy repentina. Porque no esperaba encontrarte allí. Porque no esperaba que dijeras eso. Porque, en cierto modo, a mí también me habían desechado.

Pero de vuelta en los Palcos del Acantilado, no mejoraste, no superaste tu dolor, debido a lo que te había pasado.

Hay gente que llega a la ciudad desde el interior de la Compañía, no desde fuera. Al menos, antes solía ser así. Tus padres llegaron desde el interior de la Compañía, escondidos en cajas como polizones, cuando enviaron provisiones a la ciudad desde algún otro lugar. Si no puedo decirte de qué lugar se trata es porque nadie en la ciudad lo sabe, y la mayoría no conoce su existencia.

Pero si llegaste dentro de una caja de suministros, dejabas de ser humana, según las normas de la Compañía. Te convertías en un conjunto de piezas, en biotec. Sin excepciones. La única muestra de compasión fue que alguien decidiera no matarte —como mujer joven que eras—, y que en su lugar te arrojasen a los estanques de contención, para que murieras lejos de su vista.

Pero tus padres murieron dentro del edificio de la Compañía. Los mataron al salir de las cajas, los asesinaron, y tú fuiste testigo, lo viste todo, y después te arrojaron a un páramo ensangrentado en los confines de una ciudad que no conocías, que nunca habías visto antes.

Perdiste el norte. Tus padres te habían traído hasta aquí, lejos de cualquier mar, fueron asesinados delante de ti, y eso dejó algo roto en

tu interior que no podías reparar.

Un día, cuando apenas llevabas un mes conmigo, en cuanto comprendiste lo que hice, acudiste a mí y me suplicaste que borrase tus recuerdos. Querías desperdigarlos a los cuatro vientos. Querías que desaparecieran todos. No querías enterrarlos, ni reprimirlos, ni convertirlos en una cicatriz, sino que desaparecieran. Hasta el último ápice. Querías empezar de cero.

—Méteme los recuerdos de otra persona —dijiste—. Sé que te importo, Wick, así que te pido por favor que hagas esto por mí.

Fue la primera vez que percibí alguna emoción en ti.

A raíz de tu petición, comprendí que habías perdido la cabeza, pero no tardé en deducir que si no te daba lo que querías encontrarías otra manera, que acudirías a otra persona o algo peor.

Yo seguía sin entenderte del todo. Abandoné el edificio de la Compañía después del proyecto del pez, me expulsaron, me arrojaron a los estanques de contención.

Esperaban que me muriera, igual que otros antes que yo. Sin embargo, me busqué la vida en la ciudad. Pero no me consideraba una persona. No tomaba decisiones como una persona. Sentía, después de todo lo que había hecho y padecido en la Compañía, que no era digno de ello. En vez de eso, sentí que estaba perdido, que seguiría estándolo, y que lo máximo a lo que podía aspirar era a sobrevivir. Así que tomé mis decisiones, no como una persona, sino como alguien que solo quiere sobrevivir.

Tomé decisiones absurdas relacionadas contigo. Jamás debí sacarte de los estanques de contención, jamás debí implicarme. Debería haberte dejado a tu suerte, fuera la que fuese. Me molestaba haber dado esos pasos propios de una persona, haber permitido que entraras en mi vida. Pero ahora, tenía que arrancarte de mi vida si quería darte lo que me pedías. No guardarías recuerdos de mí, ni de ninguna otra cosa de la ciudad. Por muchas razones, me negué a hacerlo.

Pero seguiste insistiendo, aferrada a esa idea como si fuera lo único capaz de salvarte, aunque creo que en el fondo estabas intentando castigarte. Creo que considerabas que te merecías un castigo por ser vulnerable. Pero también te sentías traumatizada, herida, sola y confusa. Pasaste de compartir la vida con tus padres a quedarte sin ellos, en este lugar.

Finalmente, hice lo que me pediste… más o menos. Te borré los recuerdos de la ciudad, de la muerte de tus padres, de los momentos previos a eso. Eliminé esas cosas, pero dejé todo lo demás.

No sé qué le costará más a la Rachel que eres ahora: entender por qué pediste olvidar o comprender por qué no pude darte todo lo que

me pediste. No me habías pedido que te matara. En vez de eso, me pediste que te convirtiera en una persona diferente, para tener la posibilidad de forjarte una nueva vida, desde cero. Y si te hubiera respetado —seguramente, si te hubiera querido—, habría hecho lo que me pediste.

Pero la idea de convertirte en algo inferior a una persona, en un cero a la izquierda, me resultaba inconcebible. Tú no podías saberlo, pero para mí era totalmente imposible. No me podía imaginar, salvo como una atrocidad, llenarte la mente con los recuerdos de otro sin que tú lo supieras. Así que me dije que te lo compensaría, que encontraría una manera, aunque, en el fondo, lo que encontré fue una solución egoísta: una manera de conocerte, aunque tú ya no me conocieras a mí.

Después te solté, para que volvieras a estar a tu suerte. Porque, ¿qué sabía yo acerca de vivir con una persona, de ser una persona, de cuidar de una persona? Nada.

Me aseguré de que cuando te despertaras fuera cerca del río tóxico, por debajo de los Palcos del Acantilado, para poder observarte con los prismáticos y así asegurarme de que habías recuperado la consciencia y que seguías a salvo. Vi cómo te levantabas, te vi marcharte.

Y pensé que eso era todo, que con eso se había terminado.

Pero seguí pensando en ti, en lo que estarías haciendo, preguntándome si te sentirías mejor. Si lo que había hecho era bueno, malo, o ninguna de las dos cosas.

No pude evitarlo. Comencé a buscarte por la ciudad y, cuando por fin te encontré, me limité a observarte durante un tiempo, pensando que con eso sería suficiente. Pero entonces, un día, se produjo el encuentro que tú recuerdas: allí abajo, junto al río, donde fui a buscarte y te mentí. Fingí que no te conocía, te ofrecí todo lo que podía ofrecer.

Te pregunté si querías recuerdos de un tiempo mejor.

Yo te los podía proporcionar. A eso me dedicaba. Me dijiste que no. Si me hubieras dicho que sí, estaba decidido a hacerlo, y después me habría marchado y no habría vuelto a buscarte jamás. En cierto modo, habrías conseguido lo que querías en un principio.

No pude contarte lo que había hecho. Me daba mucho miedo y, finalmente, acabó pasando demasiado tiempo. Estaba viviendo en el epicentro de una mentira. Aunque nos habíamos conocido durante un periodo muy breve, me sentía avergonzado por utilizar lo que sabía de ti en mi provecho. A pesar de una euforia horrible e indigna que planeaba de fondo: esa segunda oportunidad, el momento en que decidiste quedarte, cuando nos convertimos en compañeros,

fortificando los Palcos del Acantilado. Viviendo allí.

La Rachel despojada de la Compañía, despojada de la muerte de sus padres, se sentía confusa, sí, y triste, también. Pero te habías vuelto más segura de ti misma y habías perdido esa angustia, esa inquietud en la mirada que denotaba una herida más profunda. Comencé a preguntarme si sería capaz de ser una persona después de todo. Justo entonces, cuando cometí mi peor traición.

Eso es lo más irónico de todo: pensé que traicionarte era una forma de hacerme merecedor de tu confianza, como si viviera en el mundo al revés.

Pero eso no fue lo único que hice. Antes de nuestro reencuentro, antes de que empezaras a vivir otra vez en los Palcos del Acantilado, ocurrió algo más que no te conté.

Querías olvidar. Querías dejar de existir. Pero eso tenía un coste. Le vendí tus recuerdos a la Maga. Ese fue mi precio, el precio al que tú accediste sin saberlo. Los recuerdos del interior de la Compañía. Los recuerdos relacionados conmigo. Con la muerte de tus padres. Con tu llegada al punto de acceso.

La Maga se había interesado por mí, igual que le pasaba con todas las criaturas de la Compañía, sobre todo con las personas a las que había conocido allí. Las personas que sospechaba que sabían más cosas que ella sobre la Compañía. Hizo preguntas. Se infiltró. Se enteró de la continuidad del proyecto del pez porque me acerqué a los estanques de contención y ella me vio allí.

Utilizó esa información para averiguar todavía más cosas.

Debes entender algo: la primera vez que te vi no me importabas nada. Salvo como mercancía. No me importaba nadie. Eso llegaría después. Pensé que no causaría ningún daño. Pensé que no volvería a verte. Pensé que la Maga desaparecería. Que sería una de esas personas que eran asesinadas o de las que jamás volvía a saberse nada. En aquella época, habría sido imposible vaticinar que llegaría tan lejos, de no ser por cierto deje de crueldad y por esa frialdad que se dibujaba en sus ojos. Más aún, conociendo su aversión hacia la Compañía.

Pero la Maga conocía la existencia de Mord por otras fuentes, y ya lo estaba utilizando para chantajearme, para sacar tajada. Le di lo que consideré que me comprometía menos, y a cambio ella guardaba silencio y me vendía los suministros que necesitaba.

Porque, sí, lo que descubrió es cierto: yo ayudé a crear a Mord. La Compañía empleó todo lo que habíamos aprendido durante el proyecto del pez para construir a Mord. Pero la Compañía no empezó a moldearlo desde cero. No querían ponerle un rostro humano a un

animal, como pasó con el pez. No, querían crear un animal a partir de un ser humano.

Puede que yo no fuera consciente de lo que la Compañía tenía planeado hacer con él, pero eso no es excusa. Debería haber encontrado una salida, o una forma de sacar a Mord. Pero no había elección. En el fondo, no. Fui yo el que hizo todo eso, mientras el proyecto del pez se desinflaba. Pasé a trabajar con él cuando me lo pidieron; le sujeté la mano al comenzar, antes de que dejara de reconocerme. Al principio, creo que él no era consciente de lo que iba a pasar.

Y entonces me fui, tras ser desechado por la Compañía, y no pude hacer nada por Mord, ni siquiera consolarlo.

Tampoco pude salvar al pez. Lo único que pude hacer fue acabar con su sufrimiento después de que se pudriera durante meses en los estanques de contención. La única buena acción que parecía haber hecho fue rescatarte. Sabía lo que me habías pedido realmente, y lo que yo había hecho, pero pensé que lo acabaría olvidando, que no sería nada, ni siquiera agua pasada, pero no fue así. No desapareció. Solo permaneció sumergido durante una temporada.

La Maga no solo estaba al corriente de mi papel en la creación de Mord, sino que, además, cuando te traje a vivir de vuelta a los Palcos del Acantilado, podía recurrir a ese conocimiento sobre tu pasado cada vez que necesitaba algo. Hasta que exigió los Palcos, y aquello fue la gota que colmó el vaso.

Entonces llegó Borne, y no pude arrebatártelo porque ya me había entrometido demasiado en tu vida. No parabas de preguntarme si Borne era una persona. Pero yo no me consideraba una persona, Rachel, así que no pude responder a eso.

Porque lo que descubrirás, Rachel, es que yo no soy lo que crees que soy. Soy más parecido a Borne, y cada vez que me decías que Borne era humano, yo me sentía más inhumano, menos real, y no te culpo por eso, pero así es como me siento, y así es como me sentiré siempre.

Tienes que entender que no he hecho nada con intención de herirte. Todo lo que he hecho, durante muchos años, ha sido por tu bien y por mantener a salvo los Palcos del Acantilado. Por favor, tienes que creerme.

*

Leí la carta de Wick cuando todavía estábamos en nuestro refugio

temporal. La tuve presente durante todo el viaje hacia el interior del edificio de la Compañía. La tuve presente cada vez que ayudaba a Wick a levantarse, cada vez que le daba agua y le animaba a continuar. Cada vez que miraba a Wick veía algo diferente, sentía algo diferente. Wick era como un espejo y una ventana, y la escena no paraba de cambiar.

Cuando pensaba que ya no podía sentirme más humillada, que ya no podían arrebatarme nada más, incluso aquello que parecía restaurar algo, para mí se convertía en una humillación aún mayor. ¿Y si hubiera querido perderme? ¿Y si mi yo anterior hubiera sido más inteligente, más sabio, al querer eliminar todo eso de mi mente? Para que pudiera sobrevivir. Para que quizá pudiera ser feliz. ¿Y si mi desdicha se había debido siempre a que recordaba lo que es la felicidad?

Siempre tenemos elección, incluso si la elección es la amnesia o la propia muerte. Pero, en ese momento, también comprendí finalmente el alcance de la carga que llevaba Wick. Un secreto que podría matarle de una forma distinta que su enfermedad. Algo que provocaría que muchos le odiaran en la ciudad, que incluso quisieran matarle.

O, entre los adoradores de Mord, que lo aclamaran de una manera que le acabaría matando de todos modos.

Ahora entendía por qué Wick lo seguía intentando, por qué perdonaba tantas cosas. Porque sentía que a él también tenían que perdonarle muchas cosas.

Pero al final, todo se redujo a esto: yo no quería recordar. No necesitaba hacerlo. Nadie estaba menos muerto o más vivo después de leer la carta de Wick. El batiburrillo que tenía en mi cabeza, y que Wick no me había arrebatado, me reportaba al menos esa certeza. Me había pasado años, no buscándolos, sino añorándolos, manteniendo su recuerdo vivo en mi mente. No quería recordar más. Eres capaz de perdonar cuando consigues perdonarte a ti mismo o vivir con lo que has hecho. Si no puedes vivir con lo que has hecho, tampoco puedes vivir con lo que han hecho los demás.

La carta de Wick ya no existe. La destruí porque era peligrosa. Pero no he olvidado lo que escribió.

Hay pasajes de esa carta que no pienso contarte nunca.

EL CAMINO DE VUELTA Y LO QUE DIVISÉ EN EL HORIZONTE

El camino de vuelta no resultó más sencillo que el de ida. Fue más arduo, de eso no hay ninguna duda, y no aprendí nada valioso durante

el afanoso trayecto, salvo que la vida es una lucha constante. Me condujo hasta un reino gris y remoto, un paraje marcado por la angustia y el esfuerzo agotador. No me quedaban fuerzas, pero, aun así, seguía teniendo que sacarlas de donde fuera.

Los animalillos no me sirvieron de ayuda, sus objetivos diferían mucho de los míos. Les daba igual que Wick estuviera enfermo o que yo estuviera agotada. Se pusieron a olisquear alrededor del cadáver de la Maga, le lamieron las manos, la cara, y después la dejaron en paz y siguieron con sus cosas. Puede que se pudriera allí, bajo tierra.

Traté de avanzar unos pasos con Wick y me resultó imposible en ese momento, pero tendríamos que darlos pronto o perderíamos la voluntad de hacerlo. Viví con intensidad todos y cada uno de los segundos que transcurrieron. Cada instante se presentaba ante mí con total claridad y nitidez, y ninguno de ellos simbolizó nada. Sentí el paso del tiempo como una losa, en mi necesidad por llevar a Wick hasta alguna especie de refugio temporal. Por escapar de esas ruinas. Estaba pensando en mis padres, en las largas y penosas marchas que habíamos realizado, en cómo me ayudaron a sobrevivir, en la valentía que demostraron al llevarme hasta allí, y en que no les podía fallar.

En cierto punto, volví a escuchar los ecos distantes de un combate, y aunque seguía atrapada en el edificio de la Compañía, comprendí que eso significaba que la batalla entre Mord y Borne aún no había terminado. Pero cuando no puedes escapar al paso del tiempo, cuando estás seguro de que vas a morir antes de ser libre, ciertas cosas dejan de tener tanta importancia. Los ecos que escuché me llegaron a través de las aguas turbias de la distancia y el recuerdo.

Cargué con Wick a través de las ruinas de la Compañía, lo subí por ese tornado artificial de basura, y, deslizándome, cubierta de moratones y magulladuras, a través de la grieta-pasadizo, incluso hasta las arenas sanguinolentas de los estanques de contención, donde nos desplomamos con un gemido ahogado de alivio, hasta esas arenas acariciadas por aguas peligrosas y poco profundas. Pensamos que avanzar renqueando a plena luz del día nos costaría la vida, hasta que descubrimos que los guardias habían abandonado sus puestos. Los vástagos se habían ido, y en el horizonte se desplegaba un espejismo para el que no teníamos explicación ni brújula.

Dos bestias inmensas peleaban entre los restos en llamas de una ciudad. Chocaban entre sí, se separaban, volvían a enzarzarse, exhaustas, en un derroche de brutalidad. Un humo gris se elevaba hacia el cielo y se extendía alrededor de los buitres que planeaban sobre las cabezas de esos mastodontes como si fueran aureolas negras.

Wick sufrió una recaída en la estrechez del túnel y se habría caído,

se habría quedado encajado, inconsciente e incapaz de reaccionar, de no ser porque estuve atenta: para levantarle, para impulsarle hacia delante, para sostenerle la cabeza cuando vomitó. El veneno le estaba afectando cada vez más. Sus venas se habían oscurecido y asomaban sobre la superficie de su piel enrojecida; tenía los labios renegridos, su aliento era débil y maloliente. Sus ojos permanecieron cerrados, pero aleteaban. Pude sentir cómo aleteaban sus párpados al roce de las yemas de mis dedos, en la oscuridad.

En los estanques de contención, hice acopio de toda la fuerza de voluntad que me quedaba y, tambaleándome, conduje a Wick hacia la llanura desolada, que se convirtió en nuestra recompensa por haber sobrevivido tanto. Rumbo a una ciudad arrasada por monstruos.

No había nadie en esa llanura, o quizá si, pero al ver a ese Mord por duplicado habían decidido esconderse. Éramos una presa fácil, pero nada se aproximó hacia nosotros, milagrosamente. Me había llevado el biotec de camuflaje de la Maga, pero no fui capaz de ponerme encima algo que estaba sufriendo de una forma tan marcada, así que lo coloqué suavemente en la parte superior de mi mochila antes de cerrarla. Puede que nos acecharan y aguardaran peligros, pero yo no pude verlos.

—Eres una mercancía demasiado valiosa como para dejarte atrás —le dije a Wick.

—Lo estás haciendo bien, estás mejorando —animé a Wick.

—Solo tienes que aguantar un poco más —le rogué a Wick.

Qué cuerpo tan ligero, tan flexible, casi plegable, como si la Compañía lo hubiera hecho de esa manera, y tan debilitado que yo era más fuerte que él, más fuerte de lo que pensaba, aunque todavía era capaz de agarrarse a mí con las manos, con movimientos instintivos e involuntarios.

—Reconstruiremos los Palcos del Acantilado —le dije, aunque no pudiera oírme—. Volveremos a vivir allí.

No lo dije solo para consolarle a él, sino para consolarme a mí. Lo decía en serio. Pero solo si estábamos los dos. Si me quedaba sola, me desvanecería en la ciudad. Desaparecería, renunciaría a mi nombre, a mi pasado y a cualquier esperanza de tener un hogar, y me convertiría en alguien que en realidad no es nadie.

En los límites de la llanura, el bosque muerto y oscuro esperaba sobre la pendiente. Deposité mi carga en el suelo con suavidad, entre la hierba rala, y solté la mochila. Wick tenía la boca cerrada, también los ojos, y estaba frío. Me embargó una sensación espantosa, como de estar ahogándome. ¿Habría muerto mientras cargaba con él? ¿Estaba muerto ahora?

No pude determinar si tenía pulso, con los dedos rotos y ese tembleque en las manos. Se había asentado una expresión de serenidad en sus facciones que no quise interpretar. Pero no podía estar muerto. Yo no se lo permitiría.

Le acerqué agua a los labios, después a los míos. Besé su rostro mugriento y se lo limpié. Repetí su nombre una, y otra, y otra vez. No presté atención a nada que no fuera su cuerpecito lánguido, tendido sobre la hierba reseca. Ni siquiera podía zarandearle, ni hacer cualquier otro intento por reanimarle, porque estaba segura de que el más mínimo estremecimiento le haría daño.

Me quedé arrodillada a su lado, sintiéndome ingrávida e impotente. Estaba cubierta de mugre, de sangre que no era únicamente mía. Mi estómago era un guijarro reseco dentro de mi barriga, mientras que a mi cuerpo ya no le quedaban lágrimas por derramar.

Me tranquilicé. Contuve los temblores sujetándome el brazo derecho con la mano izquierda, y con la otra mano le agarré la muñeca a Wick. Lo suficiente como para convencerme de que tenía un atisbo de pulso, de que aguantaría si seguíamos adelante, si no tiraba la toalla.

Volví a ponerme la mochila. Recogí a Wick. Apoyé las piernas con firmeza, me impulsé con ellas y lo levanté.

Juntos, Wick y yo, comenzamos a ascender por la pendiente.

Llega un momento en que presencias acontecimientos tan épicos que no sabes cómo ubicarlos dentro del cosmos, o en relación con el transcurso normal de un día. Y es aún peor cuando esos acontecimientos se repiten, con una magnitud cada vez mayor, en una sucesión como no la habías visto antes y que no sabes cómo clasificar. Resulta inquietante porque, cada vez que te acostumbras, pasas página, y si la situación continúa se produce una grandeza mundana en la escala que deja ciertos acontecimientos fuera del ámbito del reproche o el dictamen, del horror o del asombro, o incluso de la interpretación de la historia.

Mientras cargaba con Wick por la pendiente, se oyó un ruido procedente de la ciudad, un sonido nuevo. Fue como la versión invertida del sonido que desapareció cuando Mord perdió la capacidad de volar. Un chasquido que siguió chasqueando, como si se hubiera extendido a través del suelo, como un terremoto, aunque no del todo. Era un sonido que te instaba a levantar la mirada.

A lo lejos, pero bien visible por encima de los árboles, bajo la luz del mediodía, Mord ya no estaba luchando contra Mord. En vez de

eso, Mord luchaba contra Borne, ya que Borne había mudado su disfraz, se había despojado de los colmillos y las garras para volverse aún más temible y más completo. Como un verdadero dios, uno que rechazaba que lo venerasen, porque había sido criado por una recolectora que no tenía nociones de religión. El monstruo al que yo había ayudado a criarse, enfrentado al monstruo que Wick había ayudado a crear.

Me impactó ver cómo el pelaje quedaba reemplazado instantáneamente por el Borne al que yo conocía, aunque en una versión mucho, mucho más grande. Un jarrón morado y centelleante, una silueta que se estaba elevando y que podría haber sido un edificio nuevo y extraño, pero que en realidad era una criatura viviente. Borne estaba fracasando como Mord, así que decidió probar suerte siendo él mismo. Se irguió cuan largo era, un poco más alto que Mord, desplegando esos tentáculos que yo tan bien conocía, mientras que abajo, en su base, se sujetaba sobre unos cilios que ahora eran tan grandes como yo.

Mord retrocedió, tambaleándose, derribando muros de edificios que ya se estaban viniendo abajo; levantando, en su sorpresa, enormes nubes de polvo. Pero aquello solo duró un instante, y cuando las motas y las tormentas de polvo se asentaron, pude ver cómo Mord salía disparado hacia el frente para atacar aquella nueva carne que había quedado expuesta, mientras los vástagos se congregaban a su alrededor.

En la garganta de Mord se originó un rugido colosal y jadeante, de alegría pura, como si estuviera encantado de no tener que seguir luchando contra sí mismo, para poder enzarzarse con una criatura bien definida y despojada de su disfraz.

El coste para Borne fue inmenso, por mucho que modificara su apariencia, que ahora estaba cubierta de pinchos y crestas erizadas; por mucho que golpeara a Mord con unos tentáculos que el oso arrancaba, solo para que volvieran a brotar. No pudo detener al que, de los dos, era el verdadero asesino; no pudo impedir que Mord le desgarrase la carne. Mord hincó sus garras en el cuerpo de Borne, le arrancó unos pedazos enormes y curvados, que temblequearon y se estremecieron al caer, mientras Borne chillaba. Fue un sonido tan desgarrador que me flaquearon las rodillas en la ladera de la colina y me entró un miedo espantoso, un estremecimiento, al pensar en lo que pasaría si ganaba Mord, y si Borne se moría.

Mord brincaba una y otra vez, aproximando a Borne hacia él, obligándole a bajar el cuello con las pezuñas, mientras Borne despedía luces estroboscópicas, mientras hacía aparecer y desaparecer sus

círculos de ojos, de tanto como estaba sufriendo. Borne agitó y zarandeó su cuerpo, golpeó a Mord con sus tentáculos, pero el oso se mantuvo firme y trató de lanzarle una dentellada mortal. Le destrozó el gaznate y lo desgarró con sus zarpas. Hincó sus colmillos en el cuerpo de Borne, provocando un ruido espantoso al masticar que me encogió el corazón. Los vástagos eran manchas oscuras que trepaban por los costados de Borne, mientras Mord trazaba surcos en su carne con mucha pericia, como si el cuerpo de Borne estuviera hecho de cera y Mord tuviera unas garras llameantes. Se desprendieron más pedazos de su cuerpo, que cayeron en picado hacia el suelo y se estamparon haciendo un ruido viscoso.

Borne se estremeció tras esa acometida, fracturado de una manera que yo jamás habría creído posible, en una escena que se volvió tan espantosa que tuve que mirar para otro lado mientras avanzaba a duras penas con Wick. Pero no servía de nada ignorarlo. Mientras a Borne se le escapaba la vida, yo podía sentir sus heridas en mis propias carnes.

Hasta que se rindió.

Hasta que comprendió, o eso creo, lo que tenía que hacer. No iba a vencer. No podía vencer. Puede que Borne fuera un arma, pero no estaba tan curtido como Mord. Mord estaba decidido a seguir devorando, a seguir buscando el chasquido, el gorgoteo, la lluvia de sangre que señalaba el fin de su presa, sin abandonar, sin rendirse jamás, como si eso supusiera la muerte.

Respecto a lo que ocurrió a continuación, nadie en la ciudad pudo verlo en su totalidad, pero todos presenciamos una parte. Luego la memoria rellenó los espacios en blanco.

Mientras Mord se daba un festín con la carne de Borne, este decidió cambiar de táctica. En lugar de intentar volverse más alto, se extendió, desplegando por completo su estatura, de manera que Mord se inclinó sobre él, abriéndose camino a través de la carne, sin miramientos, en busca del corazón de Borne, para poder arrancárselo y sostenerlo en alto mientras siguiera latiendo, para que lo viera toda la ciudad. Pero Borne siguió ampliando y expandiendo el orificio situado en la parte superior de su cuerpo, hasta que se pareció a una inmensa flor de la pasión. Compleja y hermosa, con muchos estratos.

Mord debió de interpretarlo como una rendición, como si Borne se estuviera muriendo y eso explicara por qué el final había sido tan repentino, tan brusco. Mord se irguió, se enderezó, alcanzando una altura cada vez mayor sobre sus patas traseras, y después se lanzó en picado, directo hacia Borne… pero Borne todavía se estaba abriendo, extendiéndose, así que el oso cayó directo en su interior, y siguió

cayendo sin parar mientras los costados del cuerpo de Borne comenzaban a elevarse, a gran velocidad, generando unos tentáculos en la parte superior a modo de barrotes. Entonces, Borne se lanzó hacia el firmamento, cerrado como una trampa, mientras que la cabeza de Mord seguía resultando visible desde la abertura.

A lo lejos, se oyeron un gemido y un grito, un aullido, un rugido, un resuello, el restallar de unas mandíbulas poderosas. Mord perforó su prisión, desgarrando la carne sin cesar, luchando por liberarse.

Fue como si el aire hubiera sido succionado, arrancado del cielo y transferido hacia Borne. Se disiparon todos los sonidos.

Se encendió una luz blanca y plateada, cegadora, un fulgor que se extendió por el terreno formando una oleada que me tiró al suelo, encima de Wick. Una oleada de luz que no emitía calor. Un trueno, muy próximo y estridente. Una palabra dentro de mi cabeza, lo juro, una palabra, nada más que mi nombre: «Rachel». Con un significado diferente al que había tenido apenas unos segundos antes.

Me quedé allí tendida un buen rato, sin saber qué vería cuando me incorporase.

Me levanté. Oteé la ciudad. No había ningún cadáver gigantesco a la vista. Tampoco había restos, ni esqueletos para que los recolectores se alimentaran.

Tanto Mord como Borne se habían evaporado como si nunca hubieran existido, y la ciudad permanecía inmóvil y en silencio, a excepción de los lamentos de los vástagos y del humo sinuoso que se seguía elevando desde todo aquello que había quedado destruido.

En mi interior no quedaba ningún hueco libre. Estaba inundada por el dolor de esa ausencia, apenas podía respirar.

Borne había nacido, pero yo lo alumbre.

Yo sabía que Borne pasó mucho miedo al final. Sabía que había sufrido, pero a pesar de todo nos había concedido la bendición de una vida mejor. Lloré la pérdida de ese niño al que conocí, que era amable, dulce y curioso, aunque no podía parar de matar.

LO QUE PASÓ DESPUÉS Y LO QUE CAMBIÓ

Ya no queda mucho que contar. En su mayoría son las consecuencias, la vida que llevo ahora.

En el aljibe, nuestro refugio temporal, alimenté a Wick como si fuera un ejemplar de colibrí frágil y poco común, mientras los últimos restos del veneno se propagaban por su organismo. Le hice beber el

agua del pozo. Le vendé las heridas y se las limpié. Le hablé a pesar de que seguía sin poder oírme. Le cogí de la mano. Estuve alerta ante cualquier posible enemigo, pero no apareció ninguno.

Entretanto, le dije que le quería, que era una persona. Que él era una persona. Que lo amaba. Y lo decía en serio. Porque pensé que si Wick no escuchaba eso se acabaría muriendo, y puede que no tuviera otra ocasión de decirlo.

Siempre nos estábamos encontrando, y perdiendo, y encontrándonos otra vez. Así era nuestra vida. No sé explicarlo de otra forma. Puede que yo fuera la única capaz de convertir a Wick en una persona normal, al perdonarle; y si lo hacía, si le demostraba que le había perdonado, a lo mejor podríamos ser personas juntos.

Afuera, llovió durante tres días con sus correspondientes noches. Un suceso extraño en sí mismo, un acontecimiento, aunque no fue una lluvia corriente. Cayeron del cielo toda clase de criaturas, o brotaron del suelo al contacto con esa lluvia. La hierba creció deprisa y sin control en el exterior del aljibe, dando forma a senderos cargados de verde, y en algunos de los árboles muertos y renegridos que se extendían por la ladera divisé hojas nuevas. En ciertas avenidas de la ciudad, según me contaron, aparecieron nuevos brotes de vides y plantas que llevaban años desaparecidas. El melodioso canto de las aves amenizó las tormentas, y animales que llevaban mucho tiempo escondidos emergieron de sus refugios.

En su mayoría eran biotecs insólitos. Sobre la llanura desolada, el agua activó las últimas trampas y se produjeron nubes inmensas y estallidos de vida, incluso erupciones de abejas, o de cosas que parecían abejas, allá en el pantano, recogidas por el viento y desperdigadas. Criaturas elásticas y alargadas se desperezaban tras un largo sueño, y, con recelo y unos andares que parecían pesarosos, marchaban con las piernas arqueadas a excavar sus madrigueras.

En los estanques de contención, las aguas crecieron y se desbordaron, y todo el líquido que quedaba en ellos inundó el edificio de la Compañía, se extendió por la llanura, y ni siquiera ahora sabemos qué porcentaje de las nuevas formas de vida que habitan entre nosotros provienen de ese momento. En la propia ciudad, torrentes de foxinos etílicos cobraron vida, deslizándose y retorciéndose bajo la lluvia, acompañados por microorganismos para poblar las calles devastadas y para infiltrarse a través de grietas y grutas. En ese momento se extendió por toda la ciudad, para asombro de la gente acostumbrada a la miseria, una sensación de… plenitud.

Al tercer día finalizó el torrente, y la humedad se evaporó o se

filtró a través del suelo, se esfumó buena parte de la vegetación, y los nuevos animales murieron, se escondieron o fueron devorados. Para un observador recién llegado a la ciudad, es posible que pareciera tan arrasada e inservible como antes. Pero no era así. Algunas cosas permanecieron, echaron raíces, se volvieron permanentes. Algunas florecieron. La ciudad se había purificado tanto como le fue posible, y lo que había sido arrebatado resultó tan importante como lo que se había añadido.

Al cuarto día, Wick abrió los ojos —los tenía desempañados y serenos—, se levantó como pudo y oteó el aljibe, esbozando una sonrisa débil.

Había logrado mantener a Wick con vida. Había fracasado en muchas otras cosas, pero eso lo conseguí.

Wick me dijo nuestra última contraseña durante esos primeros instantes de lucidez, la palabra que me confirmó que era real.

—Ya no las necesitamos —le dije.

Se quedó confuso unos instantes, hasta que comprendió lo que quería decir.

Una persona menos íntegra que Wick se habría parapetado tras un pasado falso, tras una historia personal, habría puesto alguna excusa, se habría inventado alguna mentira… o se habría apoyado en los recuerdos ficticios que le hubiera dado la Compañía. Pero él no había hecho nada de eso. Se había mantenido al margen, había preferido estar solo, abrazar la soledad en lugar de permanecer cautivo.

—Me has salvado la vida —dijo Wick, y me besó. Yo le dejé hacerlo.

Aquella noche, regresamos a nuestro hogar en los Palcos del Acantilado para rebuscar entre los escombros y empezar de cero.

*

Los animales extraños y olvidados que fueron abandonados por la Compañía viven entre nosotros, junto con su insaciable curiosidad, como Bornes que no quieren saber nada del viejo mundo. No necesitan nada de él. Son dueños de sus vidas y siguen su propio camino, aunque sigue habiendo seres humanos que los consideran comida, mercancía. Su audacia me reporta cierto consuelo. Esa manera que tienen de perseguir sus propios planes, su propio destino, me produce alivio. Con el tiempo nos dejarán atrás, y la historia de la ciudad pronto será su historia, no la nuestra.

Los vástagos de Mord siguieron sembrando el terror durante un tiempo, pero tenían su propio terror que afrontar: la muerte de su mentor. Muchos murieron en el plazo de tres o cuatro años, y los que

quedaron, se volvieron más peligrosos y civilizados al mismo tiempo. Tenían su propio e intrincado lenguaje, a base de gruñidos y jadeos, y comenzaron a desarrollar sus propias costumbres. Los cachorros ya se han alejado de la violencia irracional y actúan más como osos: con recelo, con astucia y con más cautela, como si entendieran mejor cuál es su lugar.

Los asilvestrados, aquellos a los que creó la Maga, se dispersaron por la ciudad. Algunos estaban demasiado dañados y formaron sus propias comunidades de proscritos, atrincherados en las entrañas de las fábricas, y a veces salen por la noche a sembrar el terror, para recordarnos que todavía existen. Pero su número también se ha visto muy mermado, y ya no pueden controlar territorios como hacían bajo las órdenes de la Maga.

Otros encontraron su propia salida. Algunos pudieron regresar con sus familias y fueron perdonados y acogidos, a pesar de su deformidad física, a pesar de su psicosis. Otros no tuvieron tanta suerte, pero abandonaron las actitudes de antaño y se fueron a vivir bajo las sombras de los puentes y a edificios abandonados. Jamás volverían a estar enteros, y no se podía hacer nada por remediarlo.

Pero yo ahora puedo caminar por una avenida flanqueada de árboles jóvenes, visitar un mercado donde la gente intercambia bienes al amparo de tiendas de campaña improvisadas. Puedo hacer todo eso, aunque siga habiendo partes de la ciudad que no puedo visitar porque están asoladas por la violencia. A veces, en el barrio del observatorio, vemos luces regulares, y algunas de ellas son eléctricas, una porción del viejo mundo que ha vuelto con nosotros. Pozos excavados o purificados, filtrados, y comunidades que van creciendo a su alrededor. Gente que planta hortalizas. Rumores de uno o dos huertos de árboles frutales.

Ya quedan menos astronautas en las intersecciones que puedan confundirnos. Ahora solo quedamos nosotros, y los monstruos, que forman parte de la historia y siempre estarán con nosotros. En esta ciudad vieja, pero nueva, no ansío obtener un gran poder, no quiero ningún poder, salvo el de poder decidir sobre mi propia vida. Lo único que anhelaba es que no hubiera ningún gran poder en la ciudad. Ni la Compañía. Ni Mord. Ni la Maga. Y, en el fondo, por mucho cariño que le tuviera, tampoco Borne.

Durante un tiempo, vi al zorrillo en las inmediaciones de los Palcos del Acantilado. Durante un tiempo, se dedicó a seguirme. Los ojillos brillantes, las orejas alerta, los andares presurosos. ¿Me escogiste?, le pregunté. ¿Querías que encontrara a Borne? ¿O fue un accidente, un error, una casualidad? ¿Sabías lo que ocurriría cuando lo encontrara?

No esperaba obtener una respuesta, y finalmente, el zorro no regresó.

Wick me dice que vivimos en una realidad alternativa, pero yo le digo que la Compañía es la realidad alternativa, que siempre lo fue. La realidad auténtica es la que generamos en cada momento del día, las realidades se derivan de las decisiones que tomamos durante cada segundo de nuestras vidas. Le digo que la Compañía es el pasado, que se dedica a expoliar el futuro… y que nosotros somos el futuro.

«Un arrecife luminoso y repleto de estrellas, extendido en toda su fosforescencia, donde cada una de ellas podría albergar vida, con planetas girando a su alrededor. Puede que incluso haya gente como nosotros, alzando la mirada al cielo».

¿Habrá otro mundo más allá? ¿Eso es lo que representaba el centelleante muro de gotitas plateadas? ¿Era una puerta? ¿O solo son imaginaciones mías?

No importa. Porque ahora podemos crear uno aquí.

Un mundo.

CÓMO VIVO AHORA

Los Palcos del Acantilado estaban vacíos cuando regresamos. Entramos con cautela, preparados para expulsar a cualquier posible intruso, pero los osos se habían marchado y los demás estaban demasiado asustados como para haberse mudado allí. Los vástagos de Mord habían destruido muchas cosas, pero lo que nos hizo desternillarnos de la risa fue que al principio no consiguiéramos distinguir las partes que habían destruido de las partes que habían dejado intactas, salvo por la pista que daban sus excrementos. Cuántos agujeros abiertos por Borne en esas paredes. Al ver los Palcos con nuevos ojos, nos dimos cuenta de que habíamos vivido en un cuchitril de mala muerte —aunque ordenado, eso sí—, que necesitaba una renovación más concienzuda de la que habíamos realizado hasta entonces.

—¿Y ahora qué, Rachel? —me preguntó Wick—. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo que nos dé la gana —respondí.

Así que nos pusimos manos a la obra.

Wick no ha vuelto a ser el mismo físicamente, aunque tiene sus días buenos. Tiene paralizado el lado izquierdo del cuerpo, y su brazo izquierdo no funciona correctamente. Su piel ya no volvió a ser pálida, sino una encrucijada de venas negruzcas. A veces adopta un gesto

distante, como si estuviera escuchando una música que yo no alcanzo a oír. Pero la mayor parte del tiempo no permanece aislado ni sumido en sus recuerdos, o lo que quiera que haga durante esos episodios. Vivimos, nos tenemos el uno al otro y hacemos lo que tenemos que hacer. Wick reparó su piscina, sigue fabricando biotecs y encontró una manera de producir su medicina antes de llegar al cuarto mes y de que se acabara la última pastilla de nautilo.

Jamás le conté a Wick que maté a la Maga. Simplemente, la Maga nunca regresó. Si Wick había podido cargar con el peso de su secreto durante tanto tiempo, yo podía aferrarme al mío y no cargárselo encima a él.

Tampoco le dije que conocía su secreto, su último secreto. Jamás mencionamos esa carta, aunque seguro que sabe que la leí. Para poder estar juntos, Wick y yo necesitábamos tener algunos secretos entre nosotros, ciertas cosas de las que no podíamos hablar. Hablar es una trampa. Esas cosas que nos decimos —creyendo que es muy importante hacerlo— y que después lamentamos, que se convierten en una parte de ti por mucho que intentes ahuyentarlas, ya que no puedes parar de pensar en ellas.

Prefiero las traiciones cotidianas, las que se basan en la confianza. Mi presencia a su lado le transmite todo lo que necesita saber, y por muchas otras cosas que haya hecho en su vida, Wick nunca ha matado a nadie con una roca. También ha dejado de vender recuerdos.

Wick nunca había creído que fuera una persona y se mortificaba por ello. Borne siempre estaba intentando ser una persona porque yo quería que lo fuera, porque pensaba que era lo correcto. Todos queremos ser personas, pero ninguno de nosotros sabe lo que significa eso en realidad.

Al principio, pensé que Wick estaba alargando un brazo hacia un cuerpo que había al otro lado de la cama. Pero, durante mucho tiempo, lo estuvo alargando hacia mí, hacia la persona llamada Rachel, que, a su vez, amaba a la persona llamada Wick.

La vida sigue siendo dura, pero es justa, y hay más alegría en ella que no se regodea en su miseria.

*

También hay territorios a los que no vale la pena aferrarse, trampas que no vale la pena tender.

Ahora vive más gente con nosotros en los Palcos del Acantilado. Me miran rostros nuevos cuando camino por estos pasillos. A la mayoría los invitamos, y muchos son niños que no tienen adónde ir. No les pedimos nada a cambio, salvo que recolecten lo que puedan y

ayuden a mantener los Palcos.

Wick diseña cosas para los niños, piezas de biotec a partir de retazos que les hacen reír o los dejan pasmados. Me gusta ver jugar a Wick. Me gusta escuchar las risas de los niños. Es mucho mejor que un restaurante elegante. Se parece más al jardín botánico de la isla. Es casi como eso.

Teems es uno de los niños acogidos y lo más parecido que tengo a un hijo. Fantaseé con la idea de encontrar a la niña, a la líder, para criarla como si fuera mi hija, pero no conseguí localizarla. En vez de eso, encontré a Teems y lo adopté. Él fue el primero.

Teems es un niño corriente ai que le gusta jugar al pilla-pilla, que odia las verduras y se lee mi colección de libros cuando yo se lo digo. A Teems no le importa revolcarse en el barro, y la manera que tiene de apretar la mandíbula hace que parezca que siempre se está oponiendo a algo. Pero tiene unos ojos grandes y amplios que lo absorben todo, que no se pierden el más mínimo detalle. Es honesto y respetuoso, y hace gala de todo el honor y valentía posibles.

Solo le enseño cosas útiles, de esas que dan esperanza. Le enseño a ser tanto aquello que soy yo, como aquello que nunca llegaré a ser.

Estoy segura de que Teems nos ve, a Wick y a mí, como dos viejos, como gente excesivamente generosa que no está lo bastante curtida. Gente que ya no es capaz de detectar las trampas. Pero ¿alguna vez las hemos detectado realmente? Wick y yo hemos vivido nuestras aventuras. Tantas como se pueden llegar a tener en una vida, y me gusta que solo lo sepamos nosotros, que guardemos esos secretos comunes. Muy pocos en esta ciudad se creerían o comprenderían la mayor parte de las cosas que componen esta narración, pero tampoco hace falta que las entiendan.

*

Solo me queda por contar una cosa. Cómo, durante un día soleado y plomizo, poco después de regresar a los Palcos del Acantilado, salí a explorar, como haría cualquier recolector, cerca del punto de la ciudad donde Borne y Mord habían desaparecido.

Allí, volví a encontrar a Borne. Lo recogí de entre los escombros. Lo limpié. Estaba débil, era diminuto, tan pequeño como la primera vez que lo encontré. Pero era él. Olía como el océano de mi juventud: a agua salada, algas y oleaje. Pero puede que a otra persona le oliera diferente.

Recogí a Borne como buena materia prima que era, y lo llevé de vuelta a los Palcos del Acantilado. No dijo nada, no podía hablar, pero sentí como si aún estuviera allí, en el interior. Había matado a mucha

gente. Había hecho cosas horribles, a pesar de que no quería hacerlas. Todos habíamos hecho cosas horribles.

Lo puse en nuestra balconada, donde Wick pudiera verlo, y me prometí que, si Borne llegaba a crecer alguna vez, si llegaba a hablar, acabaría con él. Que, si Wick quería llevárselo y utilizarlo para piezas, le permitiría que lo hiciera.

Pero no pasó nada de eso. Wick no se lo llevó, y Borne no se movió por voluntad propia. Se limitó a ser una especie de planta, que extraía su sustento del sol. Borne no volvió a hablar nunca, aunque yo hablaba con él, y en el fondo es posible que deseara que me respondiera, aunque solo un poco. Siempre quedaba la duda, la necesidad, pero supongo que al menos eso me lo podrás perdonar.

Wick y yo nos sentamos en la balconada cuando hace bueno, nos cogemos de la mano y contemplamos la luz que se refleja en el río al atardecer. Para aquellos que me conocen, después de tantos años, no soy más que una mujer madura que vive en los Palcos del Acantilado y cuida de unos niños, una persona a la que a veces ven en lo alto de un río que no está tan contaminado como antes, un río que tal vez algún día llegue a ser precioso.

AGRADECIMIENTOS

Mi gratitud a los osos por soportar tantas tonterías relacionadas con ellos. Los osos son unos animales fascinantes, inteligentes, perspicaces y asombrosos. Se merecen nuestro amor y nuestro apoyo. Si ves uno, por favor, no eches a correr. En vez de eso, quédate quieto. Si es necesario tírate al suelo, permanece inmóvil y finge que eres una roca. [2]

Todos los osos son un milagro. Y muchos humanos también. Gracias a mi primera lectora, mi esposa Ann, y gracias también a Sean McDonald, mi fabuloso y paciente editor en Farrar, Straus & Giroux, y a todos los demás miembros de FSG por ser tan pacientes y maravillosos. Gracias a mis editores en Reino Unido, Canadá, China y Alemania por haber dado cobijo a la novela tan pronto. Gracias a mi agente, Sally Harding, y a la Agencia Cooke, sin olvidar a Joe Veltre, de Gersh. Gracias también a Eli Bush, Scott Rudin, Alana Mayo y Paramount Pictures por su entusiasmo y creatividad.

Gracias a mi hijastra, Erin Kennedy y a mi nieto, Riley (Mr. R), por compartir sus ideas acerca del habla de Borne. Un agradecimiento especial a Erin por prestarme el concepto de «ratón alargado».

Gracias a uno de mis ídolos literarios, Steve Erickson, por publicar un extracto de *Borne* en su maravillosa revista, *Black Clock*, antes de que hubiera terminado la novela. Sus correcciones y su apoyo me dieron la vida. Gracias también a Elizabeth Hand por las salamandras rojas, y a Scott Eagle por las escamas del telescopio.

Por último, gracias a nuestro monstruoso gato, Neo, también conocido como Massive Attack, sin el cual no existirían ciertos aspectos de la personalidad de Borne y Mord. Por ejemplo, su actitud hacia los lagartos.

Notas

[1] El término que se emplea en el original es «borne», de ahí el juego de palabras con el nombre de la criatura. (N. del T.) < <

[2] Por favor, consulta los manuales oficiales de seguridad sobre osos antes de toparte con uno. < <